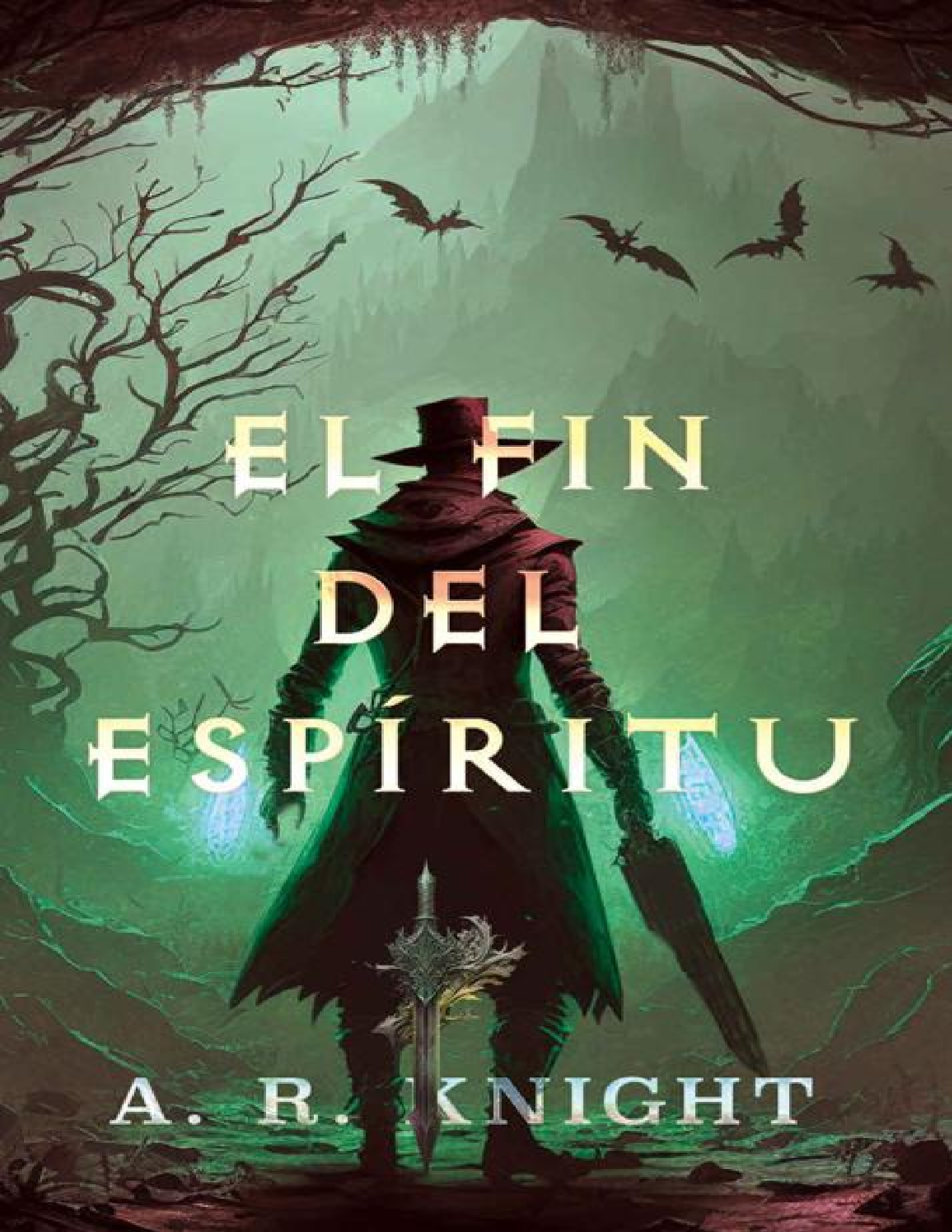

EL FIN
DEL
ESPÍRITU
A. R. KNIGHT

El Fin del Espíritu

La Trilogía Riven

Libro Tres

A.R. Knight



Índice

1. Otro Mundo
2. Trabajo De Laboratorio
3. Brecha En El Callejón
4. Hacia El Este
5. Los Campos Eternos
6. Los Señores De Riven
7. El Cañón Vacío
8. Vida En La Muerte
9. Las Dos Manos
10. Guerra Eterna
11. La Colección
12. Almas Solitarias
13. Marcha Fúnebre
14. Ataque
15. El Premio
16. Runas
17. Diez Mil Veces
18. La Creación
19. Autómata
20. Al Agua
21. Contra La Creación
22. Eterno
23. Nuevo Ghoul, Nuevos Objetivos
24. Perdiendo Terreno
25. Después De Anna
26. Escalera Divisoria
27. Salvar Al Infiltrado
28. Preguntas Y Evasiones
29. Amor En El Más Allá
30. A Través Del Desierto
31. Ayudar A Un Espíritu
32. Víctimas De La Guerra
33. El Fundador
34. Una Leyenda
35. Triple Vínculo
36. Sesión De Estrategia
37. El Reinicio
38. En La Puerta
39. Avance
40. Furia
41. Retirada
42. Ajuste De Cuentas
43. Salvador
44. Mascotas

45. Encadenado
46. La Puerta Del Este
47. El Ejército Atado
48. Un Cambio De Plan
49. Incursión
50. El Asalto De Los Muertos
51. A Través Del Amigo Y Las Llamas
52. Un Regalo
53. Cercenado
54. Forcejeo De Heridos
55. Levántate
56. Apuesta De Almas
57. Dos Necrófagos
58. Reencuentro
59. La Chusma
60. Al Borde
61. Salvado
62. Un Final Susurrado
63. Una Espera Perfecta
64. Paz

Sobre El Autor
Sin título

Otro Mundo



Yo aún estaba vivo la última vez que besé sus labios. Suaves, fríos al tacto. Los míos probablemente eran iguales. Los ojos de Selena, sin embargo, aún tenían vida. Su alma seguía allí. La mía también.

Nos separamos y recogimos nuestras cosas del apartamento gris y ceniciento. Me puse mi largo abrigo negro, un recordatorio de lo que ya no era. Un guía, destinado a llevar los espíritus de los muertos de la Tierra atrapados en Riven y enviarlos. Enviarlos al Ciclo para evitar que abarrotaran este mundo. Este gran y desolado lugar.

Mi hogar.

Enganché mi látigo en mi cinturón, una cuerda de tres metros que se dividía en puntas metálicas al final. En mi lado izquierdo, metí un largo cuchillo, medio metro de desesperación afilada. En mi espalda coloqué la gran espada que le había quitado al hombre que me mató. La espada medía la mitad de mi altura y se necesitaban ambas manos para blandiría. Su hoja de metal negro y plateado habría sido pesada, pero sin un cuerpo real y sus limitaciones, no tenía problemas para levantar el arma.

Ya no me cansaba.

Mi ballesta colgaba sobre la espada, con tres juegos de virotes alrededor del eje. Saetas normales de punta negra destinadas a infligir dolor punzante a cualquier cosa que golpearan. Luego venían las azules, listas para escupir fuego envolvente que llevaría a un espíritu a su fin pacífico. Por último, las naranjas. Un disparo que podía ser tan peligroso para mí como para el enemigo. Mi favorito.

—¿Estás seguro de que esto es lo que deberíamos hacer? —dijo Selena mientras colocaba su cuchilla, tan larga como un cuchillo y tan gruesa como mi espada, con bordes mordientes en el filo delantero, en su funda adherida a la solapa delantera de su abrigo.

—No lo sé —dije—. Pero si Nara no tiene una idea, estamos atascados. Están surgiendo brechas por todas partes, y los guías no tienen el número suficiente. Necesitamos un milagro, y a menos que hayas pensado en uno en las últimas horas, ese espíritu es nuestra mejor opción.

No mencioné la otra razón para la prisa. La voz que susurraba al borde de mi mente, llamándome a dejar todo lo que tenía y comenzar esa larga caminata hacia el olvido. El Ciclo murmuraba, siempre presente. Un dulce silencio invitándome a abandonar mis problemas y abrazar la paz.

Y decían que los muertos no tenían preocupaciones.

—¿Es fuerte hoy? —Selena notó mis ojos cerrados—. ¿Malo?

Me lo preguntaba cada mañana. Su pasión mantenía el Ciclo a raya. Si me concentraba en ella, en lo que Selena estaba diciendo, en lo que teníamos, entonces el canto de sirena del Ciclo disminuiría. Selena me daba una razón para quedarme, una mucho más convincente que el impulso del Ciclo de irme.

—No peor que cualquier otro día. —Pasé la mano por mi cara y le lancé una sonrisa descuidada.

Selena me dio una mirada dura por un momento. Sabía cuándo no le estaba diciendo toda la verdad. Pero no tenía tiempo para esa discusión ahora. Había cosas más importantes de qué preocuparse.

—¿Estás lista? —Me dirigí hacia la puerta—. Alec y Anna deberían llegar pronto.

—Tú eres el que tiene una docena de armas. —Selena no necesitaba hojas para ser letal, aunque las dos que llevaba eran suficientes. Una mirada dura de esos ojos helados y cualquier espíritu debería salir corriendo.

Trabajo De Laboratorio



Salimos del apartamento, ubicado en el último piso de un edificio de tres plantas que manteníamos frenéticamente mientras el resto de la ciudad se desmoronaba a nuestro alrededor. La luz gris de Riven penetraba por las ventanas sin cristales, omnipresente y sin vida. Un recordatorio de lo que había perdido cuando Piotr me hizo asesinar. El color del amanecer, el canto de los pájaros por la mañana, incluso el rugido y el estruendo del tráfico. Riven se alzaba como una ruina silenciosa.

La mayoría de los edificios de la ciudad se estaban desmoronando después de siglos sin cuidados. Destruidos por las luchas, por la destrucción atormentada de espíritus enojados, o dejados a pudrirse según las misteriosas leyes de Riven. Normalmente el cielo gris era un lienzo en blanco, pero ahora chispas salpicaban su aburrido infinito con estallidos de color. Guías alertando y comunicándose entre sí a través de avenidas y kilómetros de manzanas. Avisando a otros de una brecha, un enjambre de espíritus furiosos empeñados en la venganza o el caos o ambos.

En la planta baja entramos en un laboratorio bullicioso, un gran espacio cuadrado lleno de máquinas burbujeantes, metal retorcido y fraguas ardientes. Dispositivos construidos en el duro mundo de Riven por un loco que había encontrado hace años.

Nicholas Salzer levantó la vista cuando entramos y nos saludó rápidamente con la mano antes de volver a un gran trozo de tela que había extendido sobre una mesa. Sostenía un palo con un extremo quemado en una mano. El papel era difícil de encontrar en Riven, así que usabas cualquier cosa que atrapara cenizas oscuras.

—¿Qué está quemando tu mente ahora? —pregunté, y Nicholas hizo una pausa, se volvió hacia mí con una mirada abstraída en su rostro, como un hombre emergiendo de las profundidades de la concentración.

—He estado tratando de encontrar una buena manera de resolver este problema —dijo Nicholas, levantando el palo de ceniza como si lo explicara todo.

—¿Este problema? —Intenté echar un vistazo a lo que estaba escribiendo, pero el aluvión de matemáticas grabadas en la tela me resultaba extraño.

—Los espíritus —dijo Nicholas—. Parece que el cuello de botella es simplemente que el Ciclo tarda demasiado. Que a los espíritus se les permite quedarse más allá de su fecha de caducidad.

—Has descubierto lo obvio —Selena se apoyó contra la pared, con los brazos cruzados—. Pero, ¿qué vas a hacer al respecto?

—Eso es precisamente lo que estoy tratando de determinar —Nicholas hablaba hacia la mesa, de espaldas a nosotros—. Cuando tenga una hipótesis adecuada, estaré encantado de hacérselo saber.

Una pregunta inquisitiva vino a mi mente, pero antes de que pudiera hacerla, el científico estalló en murmullos retóricos. Destinados a sus ecuaciones, sin duda. Miré a Selena y me encogí de hombros. Nicholas era un hombre peculiar y no toleraba interrupciones.

—¿Esperamos fuera? —dijo Selena. Asentí.

El laboratorio se abría a una amplia carretera con varios edificios a ambos lados formando un cañón bajo. De vez en cuando, algún espíritu deambulaba arriba y abajo, con aspecto perdido o, en raras ocasiones, parloteando consigo mismo. Riven no tenía prejuicios. Los espíritus de cualquier lugar podían aparecer, bueno, en cualquier parte. Podías estar caminando por la calle y ver a un soldado de la guerra en un lado y a un miembro de una tribu de una tierra que no sabías que existía en el otro. El más allá era el crisol definitivo.

Sin embargo, entre los copos cenicientos y las aceras vacías, Alec y Anna no se veían por ninguna parte.

Brecha En El Callejón



Los cielos estaban libres de chispas. No se oían gritos de pánico por la avenida. Las ausencias inexplicadas en Riven solían llevar a conclusiones nefastas, pero me aferré a una razón más agradable.

—¿Habré perdido la noción del tiempo? —pregunté.

Riven no tenía relojes, ni días ni noches estrelladas con los que navegar el paso de las horas. Solo mi intuición, esa sensación general de que la historia avanzaba lentamente, me impedía perder toda idea de cuándo me encontraba.

—Se siente correcto —dijo Selena—. Lo cual no es una garantía.

Antes, cuando estaba vivo, había sentido el tiempo. Mi cuerpo, aún en la Tierra, al otro lado, me decía cuándo despertar. Cuándo debía cruzar de vuelta. Anna había enterrado ese cuerpo en algún lugar. O lo había quemado. Nunca le pregunté qué pasó con él, y ella no me lo dijo. Nunca planeé hacerlo.

Ambos gritamos al mismo tiempo cuando vimos a Anna, la vimos tambalearse saliendo de un callejón a media manzana de distancia, agarrándose el costado. Marcas de garras sangrantes, las líneas irregulares dejadas por uñas, desgarrando su abrigo. Su mayal, con la cadena y la bola con pinchos extendidas, arrastrándose por el suelo. Cojeando.

—Alec necesita ayuda —dijo Anna mientras corríamos hacia ella—. Hay una brecha justo ahí atrás. Se abrió encima de nosotros.

No dudamos. Grité de vuelta al laboratorio, le dije a Nicholas que saliera y ayudara a Anna, y luego Selena y yo salimos corriendo. Nuestros pies resonaban en las piedras. Nos metimos entre los edificios. Llegamos a un callejón trasero y luego vimos la brecha a nuestra derecha. En un pequeño claro formado cuando las partes traseras de algunas de las estructuras se habían derrumbado en un gran montón de escombros. Ahora una piscina brillante cubría esas tablas y piedras rotas, solo que en lugar de agua, la superficie reflejaba una parte de la Tierra.

Los espíritus trepaban a través de la brecha, sus manos elevándose hacia Riven como nadadores emergiendo del agua. Personas muriendo por violencia, por enfermedad, o incluso por simple vejez. Normalmente dispersos por todo Riven, las brechas atraían a los espíritus juntos. Los empujaban a áreas únicas donde su confusión, su rabia y desesperación por sus vidas perdidas se alimentaban mutuamente y los llevaban a la rabia histérica que hacía a los muertos tan mortíferos. Cruzaban con ropas arruinadas, en uniformes, jóvenes y viejos, como los espíritus se veían a sí mismos mientras viajaban esa línea final entre la vida y la pérdida.

Un guía estaba en medio de esas manos agarrantes, bocas gruñendo y ojos salvajes. Alec

saltaba de un espíritu a otro, repartiendo una serie de golpes cortos con los guanteletes estriados que cubrían sus puños y antebrazos. Pinchos en esos guanteletes ardían con fuego azul que envolvía a cada espíritu que tocaban y quemaba la ira que se mostraba en esos ojos muertos. Los pacificaba y enviaba a los espíritus en su caminata final hacia el Ciclo.

Habría sido fácil observar esa danza, quedarse atrás y admirar a Alec mientras domaba un espíritu tras otro. Solo que podíamos ver el precio. Cortes aparecían aquí y allá cuando una mano u otra lanzaba un golpe afortunado. Un paso lateral que esquivaba un torpe placaje llevó a Alec hacia la mordida de otro espíritu. Estar en inferioridad numérica en Riven era una sentencia de muerte, sin importar cuán bueno fuera el guía.

Selena y yo nos metimos por ambos lados. Golpeé con el látigo primero, enviando su punta afilada y envolviéndola alrededor de un espíritu que se acercaba a la espalda de Alec. El látigo se enroscó alrededor del brazo del espíritu y su punta se clavó en su hombro. El espíritu, un caballero elegante con un traje que parecía venir directamente de una boda, se volvió y me gruñó. Sus ojos ardían con el fuego pálido, una mente perdida.

Giré la empuñadura de mi látigo y el fuego estalló a lo largo de la cuerda, llamas azules que coincidían con el tono de los ojos del espíritu. Mientras el espíritu se abalanzaba hacia mí, el fuego alcanzó su cuerpo y lo envolvió en su quemadura purificadora. Sentí su mano tocar mi hombro, pero en lugar de desgarrar, se alejó y miré hacia arriba para encontrar una mirada vacía. Los ojos vacíos de un espíritu pacificado.

—Vuestra llegada es de lo más oportuna —Alec esquivó otro espíritu, propinándole tres golpes rápidos en el medio y enviándolo tambaleándose, envuelto en un resplandor azul domador —. Tengo una tablilla, y está casi lista.

Miré hacia Selena y la vi con su cuchilla en una mano y un cuchillo en la otra, corriendo entre los espíritus y cortando su ira con puñalada tras puñalada. Una hermosa tormenta, una compañera que nunca me había dado cuenta que tenía a mi lado. No sabía dónde Selena encontraba su habilidad, pero verla abrirse camino a través de esos brazos agarrantes y bocas escupiendo me llenaba de una especie de orgullo, un amor que solo viene de ver a la persona que más te importa superando tus más locas esperanzas.

Sí, ver al amor de mi vida despedazar un montón de espíritus muertos era lo mejor de mi día.

—Atrás —gritó Alec.

Miré cómo el guía sacaba una tablilla de su cinturón, un bloque de piedra con un zafiro incrustado en el centro. Un zafiro que brillaba con un azul profundo, listo para cumplir su misión. Para cerrar la brecha y ahuyentar a los espíritus restantes. Alec la puso en el suelo y presionó el zafiro mientras dos espíritus más se acercaban a su espalda.

Zarcillos azules salieron disparados de la tablilla, atravesando a los espíritus y envolviéndolos en fuego. Otros se dirigieron hacia el borde de la brecha, pareciendo sumergirse en el suelo y cerrar el portal. Y entonces Selena tiró de mi brazo, alejándome.

—Tenemos que correr —dijo Selena—. Si esa cosa nos alcanza, estamos acabados.

Mis piernas se pusieron en marcha y corrimos por el callejón. Lo había olvidado. Ahora yo era un espíritu. Esa tablilla me destruiría tan seguramente como lo había hecho con nuestros enemigos. Tantas reglas que tenía que volver a aprender.

—Gracias —dije—. No estoy acostumbrado a esto.

—Estoy bastante segura de que fuiste tú quien me dijo que Riven no da segundas oportunidades —dijo Selena—. Que tenía que seguir cuidándome las espaldas.

—No mientras tú estés cerca —dije. Selena puso los ojos en blanco.

Volví a mirar hacia el callejón y no vi nada del portal. Solo a Alec, recogiendo la tableta.

Espíritus contentos mirando a la nada. En uno o dos minutos más, se irían arrastrando los pies y comenzarían un viaje de varios días hacia una montaña al oeste de la ciudad. Entrarían en una cueva y bajarían hasta sus profundidades, donde encontrarían el Ciclo, un gran lago azul.

Cada uno de esos espíritus se sumergiría y se borraría de la existencia.

Hacia El Este



En cuanto a los arañazos, los de Anna no eran peligrosos. Desgarros en el abrigo, un corte a lo largo de su pierna. Moretones en sus muñecas donde manos espirituales la habían agarrado con demasiada fuerza. Alec compartía heridas similares. El costo habitual de hacer negocios en Riven en estos días.

—¿Recuerdas los tiempos en que podíamos entrar y salir sin dolor? —Alec miraba sus heridas, sacudiendo la cabeza. Estábamos en el laboratorio, preparándonos para nuestra excursión al otro lado de la ciudad—. ¿Cuando todo lo que teníamos que temer era un poco de mala suerte?

—No estoy seguro de en qué Riven estabas tú —dije—. Siempre ha sido peligroso.

—Solía ser divertido —respondió Alec—. Ahora cruzo porque es mi trabajo, no porque sea algo que desee hacer.

—Le estás hablando a alguien que está atrapado aquí —dije—. Para siempre.

—No si abren un agujero —dijo Anna—. Entonces podrías volver.

—Para disfrutar el mundo durante las breves horas antes de que los muertos lo invadan por completo —dije—. Qué pensamiento tan feliz.

—¿Esa es la razón de esta aventura, no? —dijo Alec—. ¿Esta mujer, esta Nara, tiene una manera?

—Eso es lo que vamos a averiguar —dije, mirando a Selena—. Hablando de eso, deberíamos movernos. Anna, ¿vas a estar bien?

—Puedo manejarlo. —Anna se puso de pie, sus hombros erguidos. Su cabeza en alto—. Alec no debería estar solo allá afuera de todos modos.

La caminata fue lenta. Anna todavía tenía que cojear, y éramos más cautelosos de lo habitual. Manteníamos nuestros ojos escaneando callejones y calles laterales, con uno de nosotros siempre vigilando nuestras espaldas. Nunca me relajaba mientras caminaba por Riven, pero ahora estaba al límite. A cada momento mis ojos se movían en una dirección diferente, tratando de ver en todas las esquinas y sombras.

Desde el apartamento nos dirigimos hacia el este, atravesando la parte central de Riven. Las calles se ensanchaban en amplios bulevares y los edificios crecían hasta alturas de cinco y seis pisos. Hoteles y oficinas que nunca habían sido utilizados. Como si un niño los hubiera imaginado y descartado la idea a mitad de camino. Casas de muñecas sin muñecas.

Vimos guías. Guías por docenas. Corriendo en equipos hacia chispas que aparecían. Llevando heridos de vuelta hacia donde podían cruzar, donde los guías podían sanar y regresar

de nuevo después de algunas horas fuera. Los gritos de ayuda se mezclaban con gritos de victoria en los pasillos entre las paredes. Varias veces nos desviamos para ayudar a los guías a sellar espíritus, cerrar una brecha o lidiar con un grupo de almas atacantes. Selena y yo, con nuestros abrigos y armas de guía, nos mantuvimos discretos. No hablamos, no dimos nuestros nombres. Hicimos lo que pudimos mientras evitábamos ser reconocidos.

Solo una vez otro guía insistió en el asunto. Había reconocido a Alec y, después de que cerramos una brecha juntos, el guía nos felicitó a cada uno por turno. Dudó cuando vio mis rasgos maltratados. Sus ojos, con bolsas y cansados, se entrecerraron. Me miró de arriba a abajo.

—Conozco esta cara —dijo el guía—. ¿Cuál es tu nombre?

—Su nombre no importa. —Anna puso su mano en mi hombro—. Está conmigo. Y con Alec.

El guía le lanzó una mirada de soslayo. —Nuestras leyes no son amables con quienes ayudan a fugitivos.

—Nunca conocí a un guía que se volviera contra alguien que le estaba brindando ayuda —dije.

El guía dio un paso atrás. —No puedo negar tus esfuerzos. Y no tengo ni la energía ni el deseo de hacerte justicia hoy. Sin embargo, en otra mañana, no me contendré. Tienes vidas que responder, Carver Reed.

Se dio la vuelta y se alejó, los otros guías de su grupo lo siguieron en silencioso juicio. Sus palabras dolieron, pero el dolor se filtró en la misma parte entumecida de mí que había crecido en los días desde que fui expulsado como guía. No pretendía ser un santo. Que no había hecho cosas terribles en nombre de objetivos más grandes. Pero perder amigos nunca era fácil. Perder mi lugar en la vida dolía cada día. Cada hora.

A medida que nos acercábamos al borde este de la ciudad, los edificios se hacían menos densos; amplios patios se volvían la norma. Piedra blanca con patrones interrumpidos ocasionalmente por una estatua o un edificio con cúpula. El más grande de estos, el Palacio, marcaba el lugar donde Alec y yo habíamos luchado contra nuestro primer espectro meses atrás. Un tiempo en que mi vida era diferente.

Cuando *tenía* una vida.

—¿Entonces cuándo crees que volverás? —dijo Anna.

—Esa es una pregunta imposible de responder —repliqué—. Nara podría darnos una respuesta en quince minutos, o podría retenernos allí durante quince meses.

—Riven no durará tanto tiempo. —Alec miró sus guantes, como si fueran directamente responsables de la supervivencia de Riven.

—Nos moveremos tan rápido como podamos —dijo Selena—. No dejaré que Carver pierda el tiempo.

—¿No lo harás? —pregunté—. Pero si es mi cosa favorita para hacer.

La puerta este de Riven se alzaba grande y orgullosa. Un arco construido de piedra y bordeado por torres gemelas con almenas. Los cuatro nos paramos bajo ese arco, mirando hacia las cien yardas de espacio despejado antes de que comenzaran los interminables campos de grano blanco ondeante. Había algo inevitable en la postura, la sensación de que podríamos no volver a vernos nunca más. Esta despedida, este momento en que las dos parejas se separaban, con Alec y Anna regresando a las calles devastadas por la guerra mientras Selena y yo nos aventurábamos en lo desconocido.

—¿Estás seguro de que no quieres que te vincule? —dijo Anna—. Puedo mantenerte fuera del Ciclo. Podemos hablar a largas distancias.

—Necesitas tu fuerza —dije—. No puedes permitirte ser menos que tu mejor versión. Si mueres porque el vínculo agota tu energía, entonces estaría justo donde estoy ahora. Vincularme tampoco ayudaría a Selena.

—Podemos mantenernos cuerdos el uno al otro —dijo Selena.

—Lo opuesto a la mayoría de los amores que he conocido —añadió Alec. Reímos, pero fue del tipo seco. Baja y cargada de futuras cargas. Aun así, agradecí la oportunidad de sonreír. En mi cabeza, el Ciclo continuaba sus susurros.

Nunca se detenía.

Los Campos Eternos



Selena y yo avanzábamos paso a paso. Alec y Anna dieron media vuelta y desaparecieron entre las estatuas y las columnas. De vuelta al mundo que yo había conocido. Frente a nosotros se alzaban tallos y más tallos de un gran grano blanco. Algunos más altos que yo, la mayoría de al menos un metro o metro y medio de altura. Todos se mecían de un lado a otro con la brisa eterna de Riven.

Tomé la delantera, apartando y empujando los tallos. Era como abrirnos paso a través de un bosque espeso o un pantano. Simplemente no había movimiento que pudiera hacer sin tener que apartar las plantas. Si es que se les podía llamar así.

—¿Cómo lograste caminar tan lejos antes? —Selena apartó un tallo de su cara—. ¿Encontrar el camino a algún lugar?

—Nara me mostró —dije—. Me señaló la dirección correcta, me guio la mayor parte del camino. Hasta que pude ver los muros.

—Recuerdo las conversaciones —dijo Selena—. Hablabas de lo interminable que era todo esto. Realmente no lo creía, pero ahora estas plantas son lo único que puedo ver.

La última vez que había estado aquí, Selena y yo estábamos unidos. Yo estaba vivo y podíamos enviarnos nuestros pensamientos y emociones a cualquier distancia en Riven. Había sido mi único consuelo mientras vagaba solo por el campo interminable. Incluso Nara, cuando estaba allí, actuaba menos como una compañera y más como una maestra distante.

—Cuando la encontremos —dije—, déjame hablar primero. No creo que esté esperándote a ti.

—¿Crees que eso será un problema?

—No sé qué pensar. —Separé un par de tallos con mis manos, pasé entre ellos y los mantuve apartados para que Selena me siguiera—. Me dijo que era vieja. Cientos de años. Que había visto cómo Riven se construyó desde cero y se convirtió en lo que es ahora. Dime tú si te volverías loca estando aquí tanto tiempo, sin amigos, sin estaciones, sin nada más que esto.

—¿Sola? No creo que durara ni un mes. No creo que nadie lo hiciera.

—Tú estuviste cerca.

Incluso después de haberla encontrado, incluso después de haberme unido a Selena, ella pasaba la mayoría de los días en Riven esperando y observando. Dibujando en las paredes del apartamento; paisajes urbanos que podía ver desde su ventana. Me preocupaba si iba a derrumbarse, si un día iría a visitarla y encontraría a Selena destruida por la palidez inmutable de este mundo.

—Siempre he sido una superviviente —dijo Selena—. Me apoyé en ti. Me apoyé en Nicholas. Me apoyé en el recuerdo de mis hijos y en lo que costó criarlos.

Selena no mencionó a los maridos que había asesinado. La fuerza de voluntad que debe haber necesitado para planear sus muertes y realmente llevarlas a cabo. Dejar una vida tras otra atrás como una viuda llorosa hasta que finalmente la alcanzó. Esa cicatriz que recorría el rostro de Selena era un recordatorio constante de los sacrificios que había hecho y el dolor que había sufrido. Y que había infligido.

Quizás eso era lo que me atraía de ella. Lo que nos mantenía unidos en este mundo loco. Ambos habíamos perdido tanto, habíamos soportado vidas rotas y sueños rotos. Era apropiado que Riven resultara ser nuestro hogar. El único lugar donde dos almas como las nuestras podían crear una existencia. Tal como era.

—¿Cuánto tiempo estaremos vagando? —dijo Selena más tarde, cuando los muros de la ciudad desaparecieron en el horizonte y continuamos nuestra marcha.

—Depende de si puedo encontrarla —dije—. Si me pierdo, entonces podríamos estar aquí, abriéndonos paso entre los tallos hasta que Riven implosione.

—Estás inspirando mucha confianza.

—Oye, fue tu idea venir conmigo —dije. Selena había insistido en ello, de hecho. Declaró que si me iba a otra búsqueda sin ella, una de dos cosas pasaría: O me volvería loco y caería víctima de los constantes susurros del Ciclo, o ella lo haría. Lo convirtió en una elección bastante fácil.

Continuamos adentrándonos más y más en el vasto campo durante lo que pareció un día o más, pero sin la fatiga de un cuerpo o el patrón de un sol para decirte la hora, era difícil saberlo. Eventualmente, sin embargo, ambos vimos el humo tenue elevándose hacia el cielo. El fuego de Nara. Quemando el grano tallo por tallo aparentemente para siempre.

Cuando atravesé la última línea de tallos y entré en el claro, se veía igual que antes. La choza de Nara, una estructura de paja, se alzaba sola más allá de un fuego que consumía una gran pila de grano. No estaba seguro si era la misma pila que había estado allí cuando encontré el claro por primera vez, o si Nara realmente cortaba más tallos. De cualquier manera, no parecía que su constante quema estuviera progresando. El grano se amontonaba tan cerca como antes.

—¿Dónde está ella? —preguntó Selena—. ¿No dijiste que estaría esperando?

Asentí hacia la choza. —Supongo que está ahí dentro, o hemos venido todo este camino para nada.

—¿Para nada? —La voz de Nara salió de la puerta de la choza, helada y áspera—. ¿Para nada? Tienes una opinión muy baja de tus viajes, Carver. Incluso si simplemente tuvieras que dar la vuelta ahora, ¿no habrías ganado ni la más mínima idea de quién eres?

Nara emergió de la choza, vistiendo la misma túnica oscura que le había visto antes. Su capucha levantada para cubrir sus ojos, manteniendo su rostro en sombras. Esa extraña combinación de edad que hacía que Nara pareciera sabia pero lejos de ser frágil. Líneas grabadas sobre brazos fuertes, piel gruesa y cabello brillante. Movimiento con propósito.

—¿Siempre habla así? —preguntó Selena.

Solo pude asentir.

Los Señores De Riven



Quizás fue la manera en que Nara lucía en su túnica, su andar lento y decidido mientras cruzaba el claro para pararse frente a Selena y a mí, pero me estremecí. Quise retroceder, pero me resistí. A medida que Nara se acercaba, la luz que se colaba bajo su capucha revelaba más de su rostro, una apariencia que tenía suficientes arrugas para transmitir sabiduría, pero no una edad avanzada. Si esto hubiera sido Chicago, le habría dado el respeto debido a una persona mayor, la habría respetado como a una anciana. Aquí, en un lugar donde los espíritus determinaban su propia apariencia, elegir tal aspecto tenía un propósito.

—¿Trajiste a alguien contigo? ¿Quién es ella? —Nara inclinó la cabeza hacia Selena, manteniendo sus ojos en mí—. Un espíritu. Una elección inusual para un guía.

—Ya no soy un guía —respondí—. Esta es Selena. Estamos aquí para pedir tu ayuda.

—¿Mi ayuda?

—Dijiste que tenías una forma de evitar que Riven se desmoronara. Solo está empeorando; los espíritus siguen llegando y se están abriendo brechas por todas partes —dije—. Si tienes una solución, me gustaría saber cuál es.

Nara se acercó a mí, extendió su mano y tocó mi rostro. Me aparté. Había algo extraño en que una persona que no conocías te tocara. La piel fría de Nara, el roce de sus uñas en mi mejilla sembraron inquietud. Noté que la mano de Selena se deslizaba hacia su cuchilla. Pero entonces Nara retrocedió, con un ceño fruncido en sus labios.

—Ella y yo no somos los únicos espíritus aquí —dijo Nara—. ¿Qué te pasó, Carver Reed?

—¿Ves esta espada? —dije, llevando mi mano a la empuñadura de la gran hoja en mi espalda —. El hombre que la poseía me hizo matar al otro lado. Lo pagó.

—Entonces lo lograste. Estoy impresionada. Para que hayas vuelto, Riven debe estar realmente en una situación desesperada.

—Por favor —dijo Selena—. Si puedes ayudar, necesitamos una forma de cerrar las brechas rápidamente. Una manera de ayudar a los espíritus a llegar al Ciclo más rápido.

Nara le dirigió a Selena una mirada helada.

—Riven no es un producto de la naturaleza. No es un mundo aleatorio de caos, como de donde vienes. De donde vengo. Es una construcción. Creada por aquellos que se niegan a dar el último salto al Ciclo. Yo soy una de ellos.

Nara levantó una mano arrugada.

—Antes de que empieces a hacer tus preguntas, antes de que entres en pánico o asumas que soy algo más grande de lo que soy, echa otro vistazo al mundo en el que te encuentras. Un lugar

donde la ley natural está dispersa. Donde las cosas que das por seguras van y vienen con la brisa. Donde una casa puede no ser más que escombros y, sin embargo, la siguiente se mantiene perfecta. Todo esto, cada centímetro que pisas, proviene de nosotros.

Escuché las palabras. Sonaban como las de Piotr. Los desvaríos de alguien que pensaba que estaba por encima de todos los demás. Incluso si Nara estaba diciendo la verdad, incluso si era una especie de espíritu antiguo que había tenido parte en moldear Riven a lo que era, seguía estando aquí en medio de los interminables tallos de grano, sola en una choza. Difícilmente la existencia que imaginaría para alguien con el poder de crear un mundo.

—Si eres tan fuerte, si realmente eres lo que dices, entonces ¿por qué dejar que Riven se deteriore? —pregunté.

—Porque no puedo —respondió Nara—. Porque, a pesar de todo lo que hemos aprendido durante nuestros siglos en Riven, una vez fuimos humanos. Y los humanos son imperfectos.

—Eso no responde a mi pregunta.

—Te pedí que volvieras —dijo Nara—. Porque quiero salvarte. Quiero salvar a tus guías y a tu orden. Mantener a Riven a salvo. En nuestra locura, en nuestro miedo, nos atamos a nosotros mismos. No puedo salir de este claro más de lo que tú, un espíritu, puedes elegir cruzar de vuelta a casa.

—Carver —dijo Selena—. Te está manipulando. Lo he visto antes. Lo he hecho antes.

—Tu amiga es perspicaz —dijo Nara—. Quiero algo de ti. Quiero que vayas y encuentres a los otros dos. Tráelos aquí. Juntos, los tres podemos hacer de Riven lo que necesita ser. Podemos prevenir esta catástrofe y hacer que los guías nunca más tengan que morir.

—Esa es una promesa muy grande —dije.

—Es una que puedo cumplir —dijo Nara—. ¿Es una que puedes permitirte ignorar?

Miré a Selena. Su boca se frunció, sus ojos se entrecerraron hacia Nara. Yo había sido objeto de ese escrutinio antes. Había tenido mi alma pesada y medida. Pero no importaba. Habíamos venido aquí con un propósito; intentar encontrar ayuda para la ciudad condenada y nuestros amigos que, en este momento, luchaban por su propia supervivencia. Incluso si Nara no nos estaba diciendo toda la verdad, ¿podíamos alejarnos?

—Dijiste que hay otros dos —pregunté—. ¿Dónde están?

Nara se acercó a su fuego ardiente y agarró la parte inferior sin encender de uno de los tallos de grano. Sostuvo la antorcha en alto. Sus labios se movieron, un susurro silencioso que no pude descifrar. La llama en la parte superior del grano se retorció, enroscándose sobre sí misma antes de lanzarse hacia el norte y el oeste. De vuelta hacia la ciudad y luego por encima de ella.

—Mali es la primera —dijo Nara—. La encontrarás jugando con sus creaciones. Si alguna de nosotras realmente quería ser un dios, esa era Mali.

Una vez más, Nara susurró al tallo de grano. Una vez más, la llama se replegó sobre sí misma y salió disparada, esta vez hacia el sur y el oeste.

—Dolan es el segundo —dijo Nara—. Debería estar tan ocioso como siempre. Atrapado en un pasado al que no puede regresar.

—¿Y una vez que consigamos a los dos, podrán trabajar juntos? —preguntó Selena—. ¿Podrán cerrar las brechas?

Nara asintió con un gesto marchito. Seguía teniendo la sensación de que Nara no había hablado con nadie más que conmigo en años. Posiblemente décadas. El simple acto de mantener una conversación era una lucha para ella.

—Haremos más que cerrar las brechas —dijo Nara—. Evitaremos que vuelvan a suceder.

—Eso suena demasiado bueno para ser verdad —dije.

—Cuando tratas con dioses, ese suele ser el caso. Te sugiero que vayas primero a buscar a Mali. Ella será la más difícil, y necesitarás toda tu fuerza.

Nara nos dio la espalda y entró en su cabaña. La vi desaparecer mientras contenía mil preguntas en mi lengua. Si algo había aprendido de Bryce y los otros guías, era que la información a menudo llegaba según los deseos de otros, no los míos.

—Nos mostró el camino —dije—. Supongo que será mejor que empecemos a caminar.

—Espera un momento —replicó Selena—. ¿Vamos a seguir sus órdenes sin más?

—¿Tienes alguna idea mejor?

—Podríamos obtener más información —Selena miró hacia la cabaña—. Tengo la sensación de que no nos está contando todo.

—No está diciendo toda la verdad —dije—. Pero no creo que presionarla nos vaya a dar una mejor respuesta.

—Carver, dijo que los tres crearon Riven. Si eso es cierto, ¿por qué nos necesita para hacer esto? No te crees esa tontería de estar atada, ¿verdad?

No sabía qué hacer. Ni qué decir. De repente, la sensación de estar atrapado, de estar encerrado en Riven para siempre, pareció comprimir mi mente y fracturarla en pedazos. Nunca saldría de este lugar. Nunca vería otro cielo que no fuera gris, nunca respiraría aire real ni bebería otra taza de café. Había pasado de un mundo de orden y leyes, donde la razón gobernaba la tierra, a un mundo donde los muertos caminaban y figuras misteriosas reclamaban un poder inimaginable.

—Selena —dije, envolviéndola en un abrazo tan repentino que sus ojos se abrieron de sorpresa—. No sé qué creer. No sé qué otras opciones tenemos. Si le damos la espalda a esto, ¿entonces qué más hay? ¿Qué más hacemos excepto luchar y luchar y luchar hasta que el Ciclo reclame nuestras mentes y nos convierta en nada?

—Yo...

—Morimos, Selena. Nuestras vidas terminaron. Y, sin embargo, de alguna manera, nos encontramos aquí en este lugar terrible —dije, sin realmente saber las palabras que estaba pronunciando. Salían una tras otra como si vinieran del instinto en lugar de mi mente—. Riven es grande y horrendo, pero es todo lo que tenemos. Estoy dispuesto a hacer cualquier cosa que podamos para salvarlo. Ayúdame.

Sentí los brazos de Selena envolverme, devolviendo el abrazo. Era tanto ridículo como absolutamente necesario que nos mantuviéramos cerca. No podía oír los latidos de su corazón, porque no tenía ninguno. No sentía el subir y bajar de sus pulmones, porque no estaba respirando. No sentía el calor de su cuerpo bajo el abrigo, porque no éramos cálidos. Pero sentí su amor, y lo abracé.

Un largo momento después, me separé, di un paso atrás y miré a los ojos de Selena. —¿Estás lista para ir a buscar a un dios?

—Después de todo lo que ya hemos hecho, tengo la sensación de que me voy a sentir decepcionada —respondió Selena.

El Cañón Vacío



Marchamos hacia el norte durante lo que debieron ser horas antes de notar algún cambio. Cualquier cosa que no fuera el interminable grano. Si Nara había dicho la verdad, entonces la visión que ella y los demás tenían para Riven era bastante insípida. ¿Quién necesitaba un campo tan grande en un mundo donde nadie tenía que comer?

Selena, mirando alrededor, fue la primera en darse cuenta de que habíamos vuelto. Mis ojos habían estado demasiado enterrados en las espigas, apartando una tras otra del camino.

—Creo que puedo ver las murallas —dijo Selena—. El lado norte de la ciudad.

—Entonces estamos lo suficientemente al oeste, según Nara —dije—. Es hora de ir al norte.

—¿Alguna vez has estado allí? ¿Al norte de la ciudad?

—Lo más lejos que he llegado fue cuando escoltamos a esa chica, Honora, desde Nueva York —dije.

Nunca había habido mucho interés en ir al norte de la ciudad. No había suficientes espíritus para que valiera la pena. Los Warrens y los Shambles eran terrenos de caza más fructíferos. Las fábricas en ruinas en el Pozo de Alquitrán eran más emocionantes que la hierba muerta y las mansiones derruidas en el lado norte.

Ahora vivía en Riven. Bien podría explorar mi nuevo hogar.

Nos dirigimos hacia la muralla, hacia ese bendito claro de cien yardas entre el final del grano y la piedra de la ciudad. No había puerta a la vista, solo piedra almenada que nos separaba del caos interior y la nada exterior. Busqué chispas, pero ninguna iluminaba el cielo gris de Riven. O estábamos demasiado lejos de la lucha, o ya había terminado.

—Nunca pensé que vería estas murallas y sentiría alivio —dije, tocando con mi mano la roca lisa—. Sería feliz de no volver nunca a ese campo.

—Algo me dice que eso no es probable —dijo Selena, mirando hacia atrás a las espigas—. A menos que Nara decida reubicarse.

La chispa de Nara sugirió que deberíamos continuar a lo largo de la muralla hasta llegar a la puerta norte de la ciudad. Comparado con la caminata a través del campo, el claro más allá de la muralla facilitaba el andar. De vez en cuando recordaba cuánto tiempo llevábamos Selena y yo andando, cómo en realidad no había dormido, bueno, nada desde que Piotr me asesinó. Debería haber estado exhausto. Mi cuerpo, después de caminar millas y millas, debería haber estado dolorido. En cambio, me sentía igual. Ni bien, ni mal. Simplemente... ahí.

Cuando llegamos a la puerta norte, la encontramos igual a la del lado este, un solo arco curvo con espacio para que diez o quince personas caminaran por debajo de frente. Tanto Selena como

yo echamos una larga mirada a la ciudad. Por allí estaba el camino de vuelta a casa. Hacia el este, el campo se reducía y moría, como si fuera cortado por una barrera invisible. Había espigas de grano ondeando, y luego, a no más de un pie de distancia, tierra dura. Esa tierra aplanada se extendía hacia el norte hasta donde alcanzaba la vista. Un paisaje arrasado y vacío.

—No se puede decir mucho sobre su imaginación —dije, mirando fijamente el vacío.

—Nara vive en una choza en medio de ese campo —respondió Selena—. No creo que fueran el grupo más creativo. Si yo pudiera crear un mundo, Carver, sería el lugar más asombroso.

—¿Ah, sí? Cuéntame —respondí mientras emprendíamos nuestro camino hacia el norte.

—Primero, habría un océano —dijo Selena—. Porque nunca he visto uno. Olas imponentes a lo largo de una playa que se extiende por millas y millas.

—No es un mal comienzo —dije.

—La playa se transformaría en una ciudad. No como Riven, o Chicago —continuó Selena—. No, sería a la vez más grande y más pequeña. Sin contaminación, amigos y vecinos que realmente conocieras. Edificios que fluyeran juntos para que pudieras caminar de un extremo de la ciudad al otro sin ver lo mismo dos veces.

—Supongo que tus bocetos no eran todo tu lado creativo —dije. Los dibujos de carbón y ceniza cubrían las paredes de su, nuestra, apartamento. Paisajes urbanos de Riven que Selena capturaba desde el balcón.

—Tal vez toda esta monotonía saca eso de mí —dijo Selena—. En el centro de la ciudad, sin embargo, habría este gran árbol. Un tronco de millas de ancho. Especies enteras vivirían en sus ramas, y la fruta más deliciosa colgaría para cualquiera que pasara.

—Me gusta más tu Riven que este —dije.

Selena siguió hablando mientras caminábamos, añadiendo más y más detalles al mundo de su imaginación. Yo aportaba comentarios, y estábamos tan inmersos en la idea que cuando vimos a Riven dividirse frente a nosotros fue decepcionante dejar atrás el sueño.

Cañones. Esa es la palabra que me vino a la mente. Grandes grietas en el suelo frente a nosotros, la tierra descendiendo y escupiendo en trincheras talladas en la superficie. Hacia el este y el oeste podíamos ver más, sus bordes irregulares asomándose sobre la tierra por lo demás compactada.

El cañón frente a nosotros era ancho, probablemente media milla o más de distancia. Como si alguien hubiera clavado una pala en el suelo justo en este punto y hubiera declarado este lugar el inicio. Había visto dibujos y leído relatos sobre el Gran Cañón en América. Sus sedimentos pintados formando murales en las paredes de la maravilla. Aquí, sin embargo, Riven una vez más demostraba su capacidad para reducir la naturaleza a su forma más desolada.

Grises y negros sombreaban las paredes del cañón, aunque no podía explicar los colores. La luz de Riven ciertamente proyectaba sombras, pero los gradientes a lo largo de los lados estriados frente a nosotros no seguían ningún patrón establecido. Más bien como si alguien hubiera arrojado un frasco de tinta, salpicando su contenido en un lienzo gigante sin pensar dónde caería.

—Y justo estábamos hablando de lo aburrido que es este lugar —dije mientras nos quedábamos mirando.

—Riven siempre sorprende —respondió Selena.

Sorpresas. ¿Qué podría estar acechando en ese cañón? No vi ningún espíritu; definitivamente este no era el camino hacia el Ciclo. El cañón se curvaba no muy lejos de donde estábamos, y cualquier cosa podría estar más allá de la esquina. Recordé el espectro en el bosque, ese monstruo ancestral esperando devorar a cualquier pobre alma que pasara por allí. ¿Por qué no

habría otro aquí también?

—Supongo que Mali está allá abajo en alguna parte —dije—. Es aquí donde Nara nos envió. Solo tendremos que ser cuidadosos.

—¿Porque no hemos sido cuidadosos antes? —respondió Selena—. Vamos, Carver. Estaremos preparados para lo que venga.

¿Inteligente, creativa y engreída? Tantas razones por las que amaba a esta mujer.

Vida En La Muerte



Entramos en el cañón, con paredes elevándose a ambos lados. A medida que avanzábamos, noté que lo que había pensado que era sombra o roca coloreada, era en realidad una planta musgosa. Algo parecido a las hojas oscuras de los árboles en el bosque. Crecía en hilos y tramos que se entretejían entre los afloramientos rocosos y la tierra desmoronada. De hecho, parecía como si esta cosa en realidad estuviera sosteniendo el cañón, evitando que se derrumbara sobre sí mismo. Después de los árboles y el grano, no me sorprendió exactamente una nueva forma de semi-vida en Riven.

Bajo nuestros pies, el suelo se volvió más irregular, la tierra se llenó de rocas y depresiones. Más natural. Los omnipresentes copos de ceniza se desvanecieron, como si fueran filtrados del cielo. Un cielo que había perdido parte de su tono gris. Incluso distinguí una nota de azul. Cuanto más al norte íbamos, más cambiaba Riven para parecerse al mundo que había dejado atrás.

—No entiendo este lugar —dije—. Riven no es él mismo.

—Mali es una creadora, ¿no es eso lo que dijo Nara? —respondió Selena—. ¿Y si ella está creando esto?

—Entonces, ¿por qué Mali no está cambiando todo en Riven? ¿Por qué solo afecta estos cañones?

—Carver, estás tratando de preguntar por qué un espíritu que ha estado atrapado aquí durante siglos no tiene sentido.

—Buen punto.

A medida que avanzábamos, las plantas comenzaron a cambiar. El musgo negro y arácnido se transformó en verde. Esto también parecía extraño a su manera. Las enredaderas y las hojas eran perfectas, inmaculadas en su color esmeralda. Como el espectro había sido en el bosque. De vez en cuando, flores brotaban de una de las enredaderas; fluorescentes púrpuras y azules. Bajo sus pies, la tierra dura dio paso a un césped acolchado, todo de altura uniforme. Como si hubiera sido cuidado por un jardinero especialmente atento.

Los árboles comenzaron a sobresalir a nuestro alrededor, no las altas estatuas muertas al oeste de la ciudad, sino marrones, con corteza codificada con hojas. Entre sus ramas enmarañadas, más enredaderas se entrelazaban y se mecían. Helechos, todos compartiendo el mismo tipo de hoja con bandas, brotaban entre los troncos. Los mismos diseños, apareciendo una y otra vez. Por un lado era hermoso y por otro inquietante.

—Incluso cuando Riven hace algo increíble —dije—, no puede evitar ser un poco espeluznante.

—Tengo curiosidad —Selena trazó con un dedo a lo largo de la corteza abultada—. Si Mali hizo todo esto, entonces Mali hizo la ciudad y el bosque y la Montaña, pero esos no son idénticos. Los edificios de la ciudad no son todos iguales repetidos una y otra vez. Esto, sin embargo, es lo opuesto a lo natural.

—Creo que tendremos que hacerle algunas preguntas —dije.

Por supuesto, primero tendríamos que encontrarla. El cañón se ensanchó a nuestro alrededor hasta que ya no pude ver las paredes. Bloqueadas por la jungla, las gruesas enredaderas. Nos movíamos hacia adelante, abriéndonos paso a través de la maleza y esperando encontrar alguna indicación de que íbamos en la dirección correcta.

Sin embargo, estaría mintiendo si dijera que la luz amarilla que se filtraba sobre nosotros desde un cielo azul no me traía alegría. Y nostalgia. Por unos momentos milagrosos podía fingir que estaba de vuelta en la Tierra.

—¿Cómo se siente para ti? —dije—. ¿Recuerdas cosas como esta? ¿Un cielo tan azul?

—¿Alguna vez te contaron cuentos de niño?

—Dependía de con quién estuviera. A veces, el guía me contaba historias. O leía de un libro. Más a menudo, me dejaban a mi suerte.

—Ver el cielo, la luz del sol, es como recordar un cuento de hadas. Así es como recuerdo la vida que solía tener —dijo Selena—. Una historia que me contaron años atrás y ahora todo lo que tengo son vagos recuerdos. Sensaciones e impresiones.

—Supongo que todo tiene que irse eventualmente.

—Lo reemplazarás —Selena me lanzó una sonrisa—. Crearás nuevos recuerdos. Encontrarás nuevas cosas para amar aquí. Puede que Riven no sea todo lo que quieres, pero no está vacío. Hay cosas aquí que valen la pena conocer. Que valen la pena amar.

—Puedo pensar en algunas.

Estaba en medio de devolverle la sonrisa a Selena cuando noté un destello proveniente del árbol a nuestra derecha. Hay cierto brillo en el metal, una clara señal de que no es natural. Un resplandor áspero. Viviendo en Chicago, había visto ese reflejo todos los días. Entre las hojas y la roca del cañón, no había forma de ocultarlo.

Con un solo movimiento, mi mano derecha alcanzó mi espalda y sacó la ballesta. Agarré el arma con la izquierda y la apunté hacia la luz. Selena se congeló, siguió mi puntería.

—Dime quién eres y no dispararé —grité hacia la jungla. Giré la manivela, cargando un virote normal. No atraparía a un espíritu, pero podría herirlo bastante. Darnos tiempo para reaccionar si lo que sostenía el metal resultaba ser menos que amistoso.

—¿Dispararle? —dijo una voz detrás de mí, curiosa y ligera—. ¿Por qué harías eso? Ninguno de ustedes parece ser miembro de la Mano Derecha.

Le di a Selena un ligero asentimiento, no moví mi ballesta ni mi puntería. Selena desenvainó su cuchilla y la apuntó por encima de mi hombro hacia quien había hablado.

—Lo mismo va para ti —dijo Selena—. ¿Quién eres y qué quieres?

—¿Yo? Soy Cheo, y somos parte de la Mano Izquierda de Mali —dijo el hombre—. ¿Podrían venir con nosotros, por favor? Será un gran honor llevar a dos como ustedes para la colección.

Las Dos Manos



El destello se movió desde los árboles. Se deslizó entre las ramas y las hojas. Mantuve mi ballesta apuntando a la forma mientras descendía. Cheo, detrás de nosotros, susurró palabras, nombres que no reconocí, a la selva. A nuestro alrededor, más personas salieron de detrás de los troncos de los árboles y bajaron de otras ramas. Todos vestidos con ropas naranja, cada una de sus camisas llevaba una mano izquierda impresa en rojo sucio y manchado.

—Puedes guardar tu arma ahora; no hay Diestros aquí —dijo Cheo.

—Tendrás que perdonarme —respondí—. No pienso quitar mi mano de este gatillo hasta que sepa qué son ustedes.

—Carver, esa no es exactamente la mejor manera de hacer amigos —dijo Selena.

—Está bien. Lo entiendo. Los Diestros son astutos. Peligrosos —dijo Cheo mientras me giraba para mirarlo, aún manteniendo la ballesta lista—. Conserven sus armas. Los llevaremos de vuelta a nuestra aldea. Les enseñaremos por qué no deben temernos.

—No tenemos tiempo —dije—. Necesitamos llegar a Mali. ¿Sabes dónde está?

—¿Mali? —dijo Cheo—. ¿La grande? Mali lo es todo. La que da y quita. La creadora y la destructora. No somos dignos de ella. Ustedes tampoco.

—Eso es presuntuoso —dije.

Cheo negó con la cabeza.

—No, es solo un hecho. Ninguno de nosotros puede ser digno mientras los Diestros sobrevivan. Como ellos no pueden serlo mientras nosotros existamos.

Miré a Selena.

—¿Crees que saben que son espíritus?

Cheo inclinó la cabeza.

—¿Espíritus?

—No lo creo —dijo Selena—. Nara dijo que Mali podía moldear cosas. ¿Tal vez esto es algo que ella está haciendo?

—Cheo —dije—. ¿Sabes algo sobre el Ciclo? ¿Alguna vez sientes el impulso de irte de aquí y marcharte?

Cheo negó con la cabeza.

—Ambos son muy extraños para ser errantes. La mayoría no hace tantas preguntas.

—Somos del tipo curioso —dije. Parecía que Mali tenía su propio pedacito de Riven y estaba haciendo algo muy extraño con él. Si Mali podía cambiar todo esto, entonces tal vez realmente tenía el poder de salvar a Riven. De bloquear las brechas o aplacar la ira de los muertos.

Poder. Esa palabra, desde Piotr y Graham, había adquirido nuevos significados. Graham me había mostrado que los espíritus podían tener objetivos y trabajar para lograrlos. Piotr había atado tanto a guías como a espíritus, formando una fuerza mortal que perseguía sus deseos sin tener en cuenta las consecuencias.

Riven ya no era tan simple como antes. Ya no se trataba solo de controlar espíritus enojados y volver a Chicago para tomar una copa por la tarde.

Extrañaba esa vida.

El grupo de personas que nos rodeaba —conté ocho— nos miraba con sonrisas en sus rostros. La felicidad vacía que proviene de una vida sin preocupaciones. Ahora que estaban cerca, pude ver que cada uno llevaba una variedad de armas. Ninguna de la calidad que tenían los guías. Palos afilados, arcos y flechas con puntas de metal, algunos cuchillos y hachas rudimentarias. Cualquier guerra que Cheo y su Mano Izquierda planearan luchar, no iba a ser una elegante.

—Entonces, ¿estás diciendo que los Diestros tienen que irse si queremos ver a Mali? —dije, y Cheo asintió, esta vez con un vigor que me preocupó que se le fuera a desprender la cabeza.

—Sí, sí, eso es exactamente —dijo Cheo—. Vengan con nosotros. Ayúdennos. Cuando derrotemos a los horribles Diestros, entonces tendrán su audiencia con Mali. Entonces el mundo será enderezado.

—¿Qué opinas? —le pregunté a Selena. Por su parte, el grupo parecía infinitamente paciente. Dispuestos a sonreírnos con miradas esperanzadas mientras nos tomábamos nuestro tiempo.

—O tratamos de abrirnos paso luchando contra ellos —dijo Selena— y seguimos vagando por estos cañones, o los ayudamos y obtenemos un camino directo hacia donde queremos ir.

—De acuerdo —dije, y luego a Cheo—: Es tu turno, capitán. Guíanos.

Cheo aplaudió en lo que pudo haber sido la muestra más pura de pura alegría que jamás había visto. Luego se adentró en el bosque, haciéndonos señas para que lo siguiéramos. El resto de los Zurdos se alineó detrás de nosotros mientras marchábamos, aunque noté que más de la mitad desaparecieron mientras avanzábamos. Se desvanecieron de vuelta en los árboles.

—¿Adónde van? —le pregunté a Cheo después de que el tercero se esfumara.

—Aún no hemos terminado con la recolección —respondió Cheo—. Van a buscar más perdidos para nosotros.

—¿Perdidos?

—Como ustedes —dijo Cheo—. Errantes que pueden ayudar. Aunque la mayoría no están tan bien armados como ustedes. Tan grandes y poderosos.

—¿Grandes? ¿Poderosos? —dijo Selena—. No le alimentes el ego, Cheo. Carver no necesita eso.

—Disculpas —respondió Cheo—. Somos un grupo de almas perdidas. Las armas que tenemos provienen de lo que podemos encontrar. Lo que podemos construir. Miro su poder y veo esperanza. Cosas que podrían ganar nuestra lucha para siempre.

—Esa es la idea —dije.

—¿Los Diestros son como ustedes? —dijo Selena—. ¿Espíritus?

—Pueden compartir nuestro rostro, pero no nuestros corazones —respondió Cheo—. Todo lo que son es maldad. Terrible ira.

—¿Cuánto tiempo llevan luchando? —pregunté.

—Desde siempre —respondió Cheo—. Siempre ha habido una Mano Derecha y una Mano Izquierda. Nunca una ha eliminado completamente a la otra.

Escuché calor en su voz. Los hombros de Cheo se tensaron, y me miró con una vehemencia

retorcida que solo había visto en un espíritu consumido por una rabia incontrolada.

—Eso cambia con ustedes dos —continuó Cheo.

—¿Mali requiere que los eliminen por completo? —dijo Selena—. Suena despiadada.

Cheo no respondió. No dijo nada mientras continuábamos moviéndonos por la selva. Tal vez Selena había tocado una fibra sensible. Hizo que el espíritu reconsiderara lo que Mali les estaba pidiendo a él y a los demás. Entonces me di cuenta.

¿A quién le importaba si los Zurdos y los Diestros se destruían mutuamente? Ya estaban muertos.

Guerra Eterna



La vegetación se volvió más densa mientras Cheo nos guiaba a través de más arboledas de árboles delgados y enredaderas. Se recuperó, saliendo de su mal humor y prometiendo que nos asombraríamos y maravillaríamos con lo que la Mano Izquierda había logrado. Con el paraíso que habían construido aquí en la dura tierra de los cañones. Y, por supuesto, Cheo enfatizó que habían hecho todo esto a pesar de los fríos intentos de la Mano Derecha por lastimar y matar hasta el último de ellos.

Cheo no se equivocaba. Mientras que en el resto de Riven, los edificios y las ciudades habían sido objetos de ruina y decadencia que duraron siglos, restos mohosos de sueños dejados a la deriva, la Mano Izquierda tenía un hogar. Una aldea de casas en los árboles y chozas de paja. Una gran plaza con un pilar central dominante inscrito con runas que no podía leer ni entender. Ardían fuegos en grandes fosos para asar, aunque no vi comida cocinándose activamente. Los espíritus deambulaban, hombres, mujeres e incluso niños construyendo más casas, tejiendo ropa con plantas o doblando y moldeando madera para hacer armas. Aquí, quizás, estaba la única sociedad de Riven. Una aldea de muertos que, sin embargo, se sentía viva.

—¿Pero todos ustedes son espíritus? —preguntó Selena—. ¿Cómo están haciendo esto?

Cheo la miró perplejo.

—¿Espíritus otra vez? ¿Qué quieres decir con esa palabra? Todos somos miembros de la Mano Izquierda. Todos hemos sido reunidos y llamados a nuestro deber. Este es nuestro hogar, nuestro lugar sagrado para proteger.

Nuestro lugar sagrado. Las palabras tenían un tono extraño. Pronunciadas con una reverencia que no había escuchado en mucho tiempo. El mismo tipo de reverencia que, cuando era niño, había escuchado en las iglesias. O en las plazas de los pueblos cuando los pregoneros daban los sermones del día. Quienesquiera que fueran estos espíritus, no creo que se consideraran muertos.

—Cheo, ¿cuántos de ustedes hay? —dije—. ¿Qué tan grande es la Mano Izquierda?

—Casi cien —sonrió Cheo—. Cien almas listas para tomar las lanzas por Mali y vencer a la Mano Derecha.

—¿Y la Mano Derecha? ¿Qué tan grande es?

—Lamentablemente, son aún más numerosos. Me temo que si no aumentamos nuestro número pronto, vendrán a aplastarnos.

Cheo dijo las palabras y frunció el ceño. Luego se volvió hacia una de las chozas más grandes, una que era más de tres veces el tamaño de la de Nara. Señaló hacia ella.

—Por favor, síganme hasta allí. Podemos hablar más sobre el plan.

—¿El plan? —preguntó Selena.

—¡Por supuesto! Nuestro gran ataque para derribar a la Mano Derecha. Debe comenzar pronto. Antes de que sepan que vamos.

Mientras caminábamos por la aldea, los espíritus de la Mano Izquierda nos miraban. Algunos incluso nos saludaban con la mano. Todos parecían conscientes y lúcidos. Ninguno tenía la mirada vacía de los espíritus atrapados por el Ciclo. Ninguno tenía los ojos de fuego pálido de alguien perdido en el hambre insaciable de Riven. No, fuera lo que fuesen estos espíritus, habían encontrado una manera de estar fuera de lo que hacía de Riven un universo brutal. Selena y yo cruzamos miradas y asentimos. Mali había creado su propio rincón en este mundo muerto.

Dentro, la choza carecía incluso de lo básico. Solo un pequeño hoyo para el fuego, este apagado. Algunos manojos dispersos de plantas y hierba formando pequeños círculos alrededor del interior. Como si alguien hubiera montado la casa y olvidado cómo llenarla. Cheo se sentó en el suelo duro y nos indicó que hiciéramos lo mismo. Busqué camas, cualquier señal de las comodidades habituales de la vida. El tipo de cosas que cualquier aldea permanente debería tener. Pero no vi ninguna.

—Dime —le pregunté a Cheo antes de que pudiera comenzar con su plan—. ¿Esta aldea ha estado aquí tanto tiempo como la Mano Izquierda?

Cheo ladeó la cabeza hacia mí.

—Por supuesto. ¿Cómo podría haber una Mano Izquierda sin un hogar para ellos?

—Eso no tiene sentido —dijo Selena.

—No tiene que tenerlo —respondió Cheo—. Pero así es, sin embargo.

Selena y yo esperamos un momento. Para ver si Cheo ofrecería alguna explicación adicional. Pero parecía que con esa declaración, la afirmación de que el sentido y la lógica no necesitaban aplicarse, el asunto estaba zanjado.

—Cuando vayamos a atacar a la Mano Derecha —dijo Cheo—, deben saber que será una lucha dura. Siempre lo es. Ellos no se contendrán, y nosotros tampoco.

—Estamos acostumbrados —dije.

—Me lo esperaba.

Cheo expuso un intrincado plan de asalto a una aldea que parecía ser muy similar a la que estábamos sentados ahora. Una serie de chozas en un gran claro. Al menos, eso es lo que parecía a juzgar por las rocas que Cheo colocó en el suelo y las marcas que dibujó con un palo para ilustrar exactamente cómo nos acercaríamos. Si había algo que saqué en claro del plan, era que Cheo albergaba un odio eterno hacia la Mano Derecha. Impregnaba cada frase con insultos y rabia. Hasta que no pude soportarlo más.

—¿Qué hacen? La Mano Derecha —pregunté—. ¿Qué los hace tan terribles?

—Intentaron matar a nuestra diosa —dijo Cheo, su voz cayendo en un éxtasis casi aturdido —. Intentaron quitárnosla. No hay acto más imperdonable que tratar de destruir a la propia creadora.

—¿Cómo lo hicieron?

—Atacaron su templo —dijo Cheo—, y nosotros la defendimos. La Mano Izquierda, acudimos en su ayuda y los detuvimos. Los derribamos. Pero la Mano Derecha, son como una enfermedad. No nos dejarán por mucho tiempo. Lo intentarán de nuevo. Debemos asegurarnos de que no puedan.

Antes de que otra pregunta llegara a mis labios, tres espíritus más entraron en la choza, algunos de los cazadores de antes. Tenían las mismas sonrisas brillantes en sus rostros y agitaban sus brazos. Gritaban que habían encontrado más. Más que estaban listos para unirse a la Mano

Izquierda.

La recolección había sido exitosa.

La Colección



Salimos de la choza a una escena cambiada. Donde antes los espíritus deambulaban por la aldea en lo que parecía una imitación razonable de la vida, como si la tuvieran, ahora todos esos mismos espíritus se reunían alrededor del poste en el centro. Hombres, mujeres y niños se quedaron mirando ese poste, y las cinco figuras reunidas a su alrededor. Un quinteto de espíritus confundidos y perdidos; dos vestidos como soldados, otro un niño de no más de diez años, con el aspecto hundido de quien había caído por enfermedad. Las dos últimas eran mujeres mayores con vestidos fluidos de una región que no conocía.

Cheo nos guió a los dos al frente del círculo, apartando tranquilamente a los espíritus en nuestro camino. Nos abrieron paso con deferencia, inclinándose ante nuestros rostros y nuestras espaldas. No podía comprender del todo lo que estaba sucediendo aquí. Tan diferente a cualquier otra parte de Riven. Los espíritus actuaban de manera tan distinta. No parecían estar atados, y sin embargo se movían con un propósito. No parecían tener ningún recuerdo de quiénes solían ser, pero eran capaces de encontrar un objetivo compartido.

Riven hacía difícil comunicarse con muchos espíritus. El lenguaje y las ideas no trascendían la muerte. Mientras yo podría saber inglés, un espíritu podría no saberlo. Lo que yo tomaba como un gesto de saludo, otro espíritu podría interpretarlo como un ataque. Todo lo cual hacía de Riven un lugar peligroso para hacer suposiciones. Aquí, sin embargo, era como si los espíritus hubieran sido limpiados. Reemplazados con una personalidad común, un objetivo común, una mente común.

—Cada segundo que estamos aquí, me preocupo más —dijo Selena—. Estos espíritus no son normales.

Si Cheo la escuchó, no reaccionó. En cambio, nos condujo a nuestra parte del círculo y luego se movió hacia los cinco en el medio. Cheo se volvió y levantó las manos hacia la multitud. Comenzaron a murmurar. No un discurso individual, no, sino las mismas tres palabras una y otra vez en un zumbido bajo y constante.

Somos Mali.

—¿Nara cree que esta persona va a ayudarla? —le susurré a Selena.

—Supongo que Mali tiene un ejército de espíritus. Podría usarlos para ayudar a limpiar Riven —dijo Selena.

—O gobernarlo —respondí.

El murmullo aumentó en volumen y velocidad, hasta convertirse en un grito. Todos los espíritus gritando en perfecta unión. Los cinco en el medio miraban alrededor, curiosos pero

despreocupados. Sin miedo. Era difícil tener miedo cuando ya estabas muerto. Cuando no sabías lo que eras o qué, si acaso, estaba en riesgo.

—Traed el agua —anunció Cheo cuando el cántico alcanzó su punto máximo, tan fuerte que me estremecía con cada cadencia.

Un camino se abrió entre la multitud de espíritus, un amplio espacio lleno con una cuba en movimiento. Un caldero de piedra negra. Ocho espíritus lo llevaban, el recipiente suspendido sobre palos de madera sostenidos por encima del suelo. No podía ver por encima de su borde, pero parecía, por la inclinación de los hombros de los espíritus, que lo que fuera que estuviera en esa olla no era ligero.

—Ponedlo frente a nuestros nuevos amigos —ordenó Cheo y los espíritus portadores colocaron la olla frente a, primero, la niña pequeña.

Ahora en el suelo, podía ver por encima del borde y dentro de la cuba. Si me hubieras mostrado el líquido en la Tierra, del otro lado, te habría dicho que era agua. Quizás sucia, o teñida con algún tipo de colorante. En Riven, el tono azul pálido del líquido me recordaba al Ciclo y al fuego que tanto enloquecía a los espíritus como los volvía cuerdos.

—Ahora ella será la próxima en unirse a nosotros —anunció Cheo—. ¿Cómo damos la bienvenida a una nueva alma a la Mano Izquierda?

—Con el agarre más firme —gritó la multitud en respuesta.

—¿Y cómo les agradecemos? —continuó Cheo.

—Con el vino más dulce —respondió la multitud.

—He bebido mi buena parte de vino —le susurré a Selena—. Nunca se vio así.

—Carver —dijo Selena—. Si nos ofrecen eso, no creo que debamos beberlo.

—De todos modos no tengo sed. —Moví mi mano hacia el mango del látigo. Todavía teníamos nuestras armas. Cheo no se había molestado en quitárnoslas. Quizás confiando en que éramos realmente sus nuevos amigos. Sus mayores aliados en esta extraña guerra.

La niña pequeña se acercó a la olla, puso sus manos en el borde y se levantó. Miró fijamente las aguas brillantes. Dudó. Cheo caminó detrás de ella, puso su mano contra su cabeza y sumergió al espíritu en el agua.

—Bebe —dijo Cheo.

Otra novedad en Riven. Nunca había visto a un espíritu beber nada aquí, no es que hubiera mucho en cuanto a líquidos. Ni siquiera estaba seguro de que pudieran hacerlo hasta ese momento. Ciertamente yo no lo había intentado desde que Piotr cortó mi conexión con los vivos. La niña, sin embargo, tomó un gran trago. Podíamos ver su garganta trabajar mientras tragaba. Después de un momento se puso de pie, se volvió hacia Cheo y lo abrazó.

—Bienvenida hermana —dijo Cheo—. Bienvenida a la Mano Izquierda.

El resto de los cinco trabajó por turnos. Cada uno acercándose a la olla, tomando su bebida y volviendo como un miembro amoroso de la Mano Izquierda. Nuevas adiciones a su aldea. Después del abrazo final para dar la bienvenida al nuevo hermano, el segundo de los dos soldados, Cheo levantó una mano. Una mano, su izquierda.

—Con esta colección, finalmente estamos listos. Listos para dar un último fin a nuestros grandes enemigos. Id ahora y preparaos. Marcharemos al tercer grito —anunció Cheo. Uno de los espíritus que había llevado la olla puso sus manos alrededor de su boca, las curvó y dio un grito agudo y alto.

—El primer grito —nos dijo Cheo mientras la multitud se dispersaba. Los mismos ocho espíritus que habían traído el caldero lo levantaron una vez más sobre el portador de madera y se lo llevaron—. ¿Estáis listos?

—¿Qué ha sido eso? —pregunté, ignorando la pregunta de Cheo. Selena y yo estábamos tan listos como podíamos estar. Tan listos como se puede estar en un lugar que de repente ya no comprendes.

—¿La colecta? —dijo Cheo—. Estaban jurando lealtad. Uniéndose a nuestra cruzada.

—¿Por qué no intentaste hacer eso con Selena y conmigo?

—Porque no lo necesitáis —dijo Cheo—. No estáis perdidos. No buscáis una causa.

—¿Cómo sabes que te ayudaremos? —dijo Selena—. Tal vez estemos del lado de la Mano Derecha.

Le lancé una mirada de advertencia, pero Cheo se rió. Asintió más allá de nosotros. Me di la vuelta y miré, siguiendo los ojos de Cheo, y noté que en muchas de las casas del árbol, de pie en los techos y en las terrazas de paja, había espíritus con arcos y flechas. Cosas rudimentarias, pero sus puntas tenían un inconfundible tinte azul.

—Bañadas en el don de Mali —dijo Cheo—. Letales para la Mano Derecha. Quizás también para vosotros.

—Una amenaza. Porque eso era lo que faltaba —dije.

—Solo una advertencia —respondió Cheo—. Una que será innecesaria, creo. Con vuestra ayuda, la Mano Derecha caerá. Y entonces todo esto podrá dejar de existir.

Por primera vez vi flaquear la sonrisa de Cheo. Vi algo en esos ojos que hablaba de un anhelo más profundo, algo más allá de su impulso por arruinar a la Mano Derecha.

—¿Qué buscas, Cheo? —dije.

—Un final —dijo Cheo—. Ser libre de esta carga. Ser libre de este odio. Ser libre.

Otro espíritu emitió un grito. El segundo. Cheo se despidió brevemente de nosotros para ir a prepararse. Para armarse para lo que sería la última pelea de su vida, tal como era.

Almas Solitarias



Selena y yo entramos en la choza para tener un momento a solas. Afuera, los espíritus se gritaban entre sí, pedían esto o aquello o lo otro. Preparándose para una guerra. Algo que ni siquiera la muerte parecía poder exorcizar de la existencia.

—Sabes, realmente te ves ridículo —dijo Selena. Estaba de pie frente a mí, con el modesto fuego del hogar entre nosotros. Su cabello se extendía alrededor de su rostro y rozaba el cuello de su abrigo. Normalmente lo llevaba recogido, fuera del alcance de cualquier peligro potencial. Sin embargo, cuando iniciamos el viaje para encontrar a Nara, noté que lo había dejado suelto.

—Me atrevería a decir que la mayoría de nosotros lo parecemos —dije. Ella estaba allí, jugueteando con uno de sus guantes, tratando de que se ajustara perfectamente a sus dedos. Sus ojos y su sonrisa me seguían.

—La mayoría de nosotros no tiene una espada, una ballesta, un látigo y un cuchillo largo sobresaliendo —dijo Selena—. Aunque debo decir que me estoy acostumbrando.

—¿Ahora que estoy muerto empiezas a hacerme cumplidos? —dije. En Riven, no se envejecía. Selena nunca cambiaría hasta que se aventurara al Ciclo. Por fuera, al menos. Bajo la piel, era completamente diferente de la mujer que había encontrado vagando por las calles.

—No quiero perder mi oportunidad —dijo Selena—. Y alguien debe hacerlo. Has estado luciendo bastante triste últimamente.

—Supongo que eso pasa cuando mueres —dije. No hablé sobre cómo Selena también había cambiado. Riven solía tener un efecto oscuro en el alma, podía desolar a las personas más positivas. Sin embargo, durante estos últimos meses, Selena había pasado de depender de Nicholas y de mí para esbozar una sonrisa, a ser la causa de las nuestras.

—Te acostumbrarás —dijo Selena—. La muerte tiene sus ventajas.

—¿Ah, sí? ¿Como cuáles?

Al principio, creo que me enamoré de Selena porque era como yo. Completamente sola. Yo era huérfano, ella era un espíritu. Compartíamos nuestros secretos entre nosotros, porque no había nadie más a quien contárselos. Ahora, sin embargo, no se trataba de lo que nos separaba de los demás, sino de lo que nos unía. Literalmente, Selena me mantenía a salvo del canto del Ciclo, y yo hacía lo mismo por ella.

—Te despoja de tus necesidades —dijo Selena, colocando sus manos sobre el pequeño fuego —. No necesito el calor de estas llamas. No necesito buscar comida para comer, aire para respirar. Nunca estoy enferma, ni cansada. Podrían pasar siglos sin envejecer un día.

—Pero sin todas esas cosas, ¿qué nos queda?

Selena pasó por encima del hogar, deslizó su mano bajo mi barbilla y se inclinó para besarme. Nuestros labios fríos se tocaron, y aunque puede que no tuviera una gota de sangre en mi cuerpo, puede que no tuviera latidos, tenía un alma. Y en ese momento, mi alma encontró una compañera.

—Presentas un argumento convincente —susurré contra su sonrisa. Una sonrisa que vaciló cuando se alejó de mí. De vuelta al otro lado del fuego.

—De cierta manera, creo que lo que tenemos ahora es más puro de lo que jamás fue antes. —Selena lanzó una mirada hacia la puerta, a los espíritus que se preparaban afuera—. Nuestra supervivencia depende el uno del otro, y no hay otras necesidades que se interpongan.

—No lo veré de esa manera —dije. Ahora era mi turno de perseguirla alrededor del fuego. La envolví suavemente en mis brazos—. Esto no se trata de supervivencia. Se trata de tú y yo. Juntos.

—Cuidado, Carver, te estás volviendo demasiado dulce —rio Selena—. ¿No me digas que mi rudo guía se está ablandando?

No sabía si el beso me había ablandado o no. No me importaba.

—¿Te das cuenta de que estamos a punto de luchar en una guerra por un montón de espíritus? —dije cuando nos separamos—. ¿Que dejamos la ciudad buscando el fin de la lucha y solo encontramos más?

—Tú y yo hemos estado luchando toda nuestra vida. —Selena comenzó a revisar sus armas, organizándose—. ¿Por qué pensaste que se detendría una vez que nuestras vidas terminaran?

La gran espada fue a mi espalda, la ballesta encima de ella. Sin flecha cargada, ya que no estaba seguro de qué necesitaría disparar primero. El látigo enrollado y colocado en la funda del cinturón a mi derecha. Mi cuchillo largo, afilado y listo, a la izquierda.

—Por un tiempo —dije—, albergué la extraña esperanza de que tú y yo encontraríamos una manera. Que podríamos acurrucarnos en este rincón imperfecto del mundo y hacer una vida. O que yo encontraría una forma de traerte de vuelta.

Selena se ató el cabello, y nos quedamos uno frente al otro. Dos guías, fuertemente armados y listos para sumergirse en otra pelea. Ver a Selena de pie, tan fuerte, hizo pulsar una emoción a través de mí. Ver a la persona que amas confiada y capaz, esa emoción no desaparecía con la muerte.

—Ya lo hiciste —dijo Selena—. Me diste un propósito. Me enseñaste lo que necesitaba saber para sobrevivir. Ahora estoy devolviendo el favor.

El tercer grito sonó. La llamada a otra batalla más. No la estaría luchando solo.

Marcha Fúnebre



Nos deslizábamos por la jungla con la Mano Izquierda. La banda de Cheo susurraba entre y sobre los árboles, deslizándose por las ramas y alrededor de los troncos con poco más que el murmullo de las hojas para anunciar su paso. El propio Cheo, junto con nosotros y algunos otros espíritus que supuse no habían dominado del todo el arte del viaje forestal, caminábamos por el suelo, pisando helechos y hojas caídas bajo nuestros pies.

—¿Alguna vez has notado, Cheo, que todo parece igual? —le pregunté a nuestro líder mientras avanzábamos.

—¿Igual? —respondió Cheo.

—Las plantas, los árboles. Son todas copias. Los mismos tipos, y crecen de la misma manera.

—Cuando llegué aquí por primera vez, cada rama era única. Florecían flores de todos los colores. Incluso las criaturas silbaban en la noche o se dispersaban ante nuestra presencia —la voz de Cheo cayó en la ensoñación—. Con el tiempo, tales cosas han desaparecido.

—¿Con el tiempo? —preguntó Selena—. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

Cheo nos miró, las comisuras de su boca tenían problemas para decidir si curvarse hacia arriba o hacia abajo. —Mali es una diosa maravillosa, y me quedo a su gusto.

¿Una diosa? ¿A su gusto? El mundo privado de Mali se volvía cada vez más extraño, ¿y Nara quería que esta persona la ayudara?

—¿Sirves a alguien? —me preguntó Cheo cuando planteé las preguntas—. ¿Alguna vez has vivido y muerto para ayudar a otro?

—Solo por mi propia elección —respondí.

—Entonces quizás no lo entiendas. Mali no es simplemente una maestra, o una persona a la que obedecemos. Está con todos nosotros. Dentro de nosotros. Cuando triunfamos, ella celebra con nosotros. Cuando fallamos, lamenta nuestra pérdida.

—¿Os controla? —Lo que Cheo estaba describiendo sonaba cada vez más como un grupo de espíritus atados cumpliendo los caprichos de Mali.

—Ella expresa sus deseos, y nosotros hacemos lo que podemos para hacerlos realidad —Cheo nunca dejó de avanzar, siempre manteniendo sus ojos en el siguiente trozo de jungla que debía apartar—. Haces estas preguntas como si desaprobaras, sin embargo, viniste aquí, ¿no?

—Necesitamos la ayuda de Mali, pero no soy fan de atar a menos que sea necesario.

—He visto lo que les sucede a aquellos que pierden el don de Mali. Esta atadura que mencionas. Vagan, perdidos, y desaparecen para no volver jamás.

Cheo no sonaba demasiado decepcionado por la perspectiva. De hecho, yo habría

argumentado que el líder de la Mano Izquierda veía perder el don de Mali como una bendición.

Cheo pareció darse cuenta de que su propio tono lo traicionaba, y dio un profundo suspiro. —Si estoy cansado del arco y la flecha, la lanza y la espada, es porque el servicio a Mali no es fácil.

—Podrías perder, ¿verdad? —dije—. ¿Lanzarte al ataque de la Mano Derecha?

—Mali me obliga a luchar lo mejor que pueda. Tal acto iría en contra de sus deseos. Por lo tanto, espero el día en que un Diestro me supere en combate. Que llegue pronto.

No supe qué decir a eso. Un espíritu con un persistente deseo de muerte que no podían cumplir. Riven nunca dejaba de sorprenderme.

La caminata se sintió larga, pero sin el agotamiento o el paso del día para medir el tiempo, era imposible saberlo. Solo cuando Cheo levantó una mano descubrimos que estábamos cerca.

—Más allá del próximo claro —dijo Cheo—. Encontraremos su aldea. No nos estarán esperando, así que si nos movemos rápidamente, la victoria debería ser nuestra.

—¿Cómo sabes que no nos están esperando? —pregunté.

—Porque han completado su recolección. Nosotros no —dijo Cheo—. Ya no recorren la jungla en busca de nuevos integrantes para aumentar sus números, lo que significa que se están preparando para atacarnos. Lo que significa que tenemos un momento para capturar el elemento sorpresa.

Cheo se descolgó un arco rudimentario de la espalda y sostuvo una flecha en su mano izquierda. Sus ojos adoptaron un brillo enfocado que había visto en mis compañeros guías antes de una batalla; ese enfoque de hierro, una reserva acerada contra cualquier despiadez que siguiera.

—Supongo que es hora —le dije a Selena, pero ella ya había sacado su cuchilla y su cuchillo. Seguí el ejemplo de Cheo y saqué la ballesta. Coloqué los pernos azules y preparé uno en posición. ¿Quería usar alguno de los seis pernos que tenía en una pelea aleatoria con espíritus de la jungla? No particularmente, pero tampoco quería morir.

Y si la victoria significaba una audiencia con Mali, entonces no tenía sentido contenerse.

Ahora nos arrastrábamos. Nos mantuvimos agachados mientras nos movíamos entre la maleza. Cheo y yo a cada lado y Selena entre nosotros, justo detrás. Las posiciones nos daban líneas de tiro claras mientras dejaban a Selena libre para avanzar y enfrentarse a cualquiera que se nos abalanzara. Tácticas estándar para enfrentarse a espíritus. En cuanto a si funcionarían contra la Mano Derecha, quién sabía.

El claro parecía idéntico a la aldea de la Mano Izquierda. El mismo número de chozas en aproximadamente los mismos lugares. Un poste central erguido, aunque las runas eran diferentes. Al igual que los espíritus que se agolpaban a su alrededor. Los muchos espíritus que rodeaban el poste. Muchos más que los de la Mano Izquierda.

—Cheo, nos superan demasiado en número —dije—. Deben tener el doble que nosotros, tal vez más.

—La sorpresa, mi amigo —dijo Cheo—, es el gran ecualizador.

Cheo se puso de pie y tensó una flecha. Los Diestros continuaban cantando —distinguí el nombre de Mali entre palabras desconocidas— y miré alrededor del perímetro para ver a los otros Zurdos tomando posiciones. Eligiendo sus blancos. Supuse que debería encontrar el mío.

Mirando a través de la ballesta, entrecerré mi ojo derecho y apunté. Como la Mano Izquierda, la Mano Derecha tenía espíritus de todos los orígenes, edades y razas. Los devotos de Mali no discriminaban.

Encontré a un hombre aterrador, que llevaba una serie de cicatrices irregulares alrededor de su cara, cuerpo y brazos, y nivelé mi tiro. Probablemente había muerto en un accidente,

repentino y violento. Había cruzado a Riven sin darse cuenta, sin tener la oportunidad de cambiar su alma para adaptarse a sí mismo.

Ahora, borraría lo que quedaba de él igual de rápido. Mi dedo se tensó en el gatillo y entrecerré los ojos. Directo al blanco.

Cheo disparó.

Ataque



La flecha voló en silencio. Mi única pista fue el leve *twang* al soltarse la cuerda del arco. La puntería de Cheo fue certera, y la flecha reapareció clavada entre los omóplatos de un espíritu en el exterior del círculo. Un hombre que gritó sorprendido por la herida, un grito que se cortó abruptamente cuando un fuego azul pálido brotó de la punta de la flecha.

Dudé. ¿Fuego azul? ¿Estos espíritus tenían flechas capaces de domar? ¿Cómo?

Los gritos de batalla me devolvieron al presente. Los Zurdos llamando desde los árboles mientras acribillaban a los Diestros con flechas. Los Diestros dispersándose y pidiendo armas. Ambos bandos deseaban la venganza de Mali sobre el otro. Ambos bandos maldecían a sus enemigos en nombre de la misma diosa.

—¿Vas a usar esa cosa? —dijo Selena mientras Cheo soltaba otra flecha.

—Espero el momento adecuado —dije, disimulando. Apunté con la ballesta. Mi hombre con cicatrices había desaparecido en la multitud arremolinada, así que elegí un objetivo al azar. Un tipo frenético cuyos brazos larguiruchos se agitaban, dirigiendo el tráfico. Señalando a los Zurdos en los árboles y la jungla. Apreté el gatillo.

Mi dardo azul se disparó, atravesó el pecho del espíritu y lo envolvió en el mismo fuego azul que las flechas de los Zurdos. Dejó de agitar los brazos y, un momento después, se alejó caminando hacia la jungla. Un largo, largo camino hasta el Ciclo desde aquí, pero el espíritu llegaría.

Los primeros contraataques comenzaron por parte de los Diestros. Sus propias flechas disparadas desde las ventanas de las chozas, o desde espíritus agazapados detrás de pilas de madera y montones de maleza. Nuestra emboscada había acabado con una buena quinta parte de ellos, calculé, basándome en el número de espíritus ociosos y errantes que permanecían en el centro del claro. Aun así nos superaban en número.

—No podemos permitir que se establezcan —le grité a Cheo.

—¡De acuerdo! —respondió Cheo, y luego juntó las manos y lanzó un grito ulular—. ¡Cargad conmigo, amigos!

—Y ahora se pone interesante —dijo Selena mientras dábamos nuestros primeros pasos fuera de la maleza.

—Mantente cerca —respondí—. Si esas flechas nos alcanzan, no podremos salvarnos mutuamente. No podemos usar un vínculo para recuperarnos.

—¿Quieres decir que podríamos morir de nuevo? —Selena se rio mientras corríamos hacia la aldea—. Carver, ¡todo lo que eso me daría es paz!

Levanté la ballesta mientras cargábamos, girando el siguiente dardo azul a su posición. Directamente frente a nosotros había un par de chozas, con Diestros empezando a salir en tropel por las puertas principales. Era difícil apuntar con cada pisada haciendo que la ballesta subiera y bajara. Afortunadamente, no era difícil encontrar un tiro a quemarropa.

Un espíritu corpulento se abrió paso fuera de la choza de la derecha, y le disparé al pecho monstruoso del hombre con mi tiro, haciéndolo caer de espaldas dentro de la choza con el fuego azul ardiendo por su cuerpo. Una mujer tatuada ocupó su lugar, levantando un par de cuchillos y dirigiéndose hacia mí.

Lancé la ballesta con fuerza, golpeándola en la cara. Manteniéndola en la entrada de la choza, lo único que limitaba el número de espíritus que venían hacia mí. Mientras ella retrocedía, agarré la gran espada con ambas manos, planté mi pie derecho en la tierra y, inclinándome hacia adelante, blandí el arma en un largo tajo frontal. La espada atravesó las paredes de la choza, cortó los patéticos cuchillos del espíritu y la despedazó en llamas.

La entrada se derrumbó, el techo se hundió cuando mi corte socavó la integridad de la choza. En lugar de uno, ahora tres espíritus más estaban frente a mí en la amplia abertura. Dos con hachas toscas y un tercero sosteniendo un arco, con la flecha preparada y lista para disparar. Me preparé para el disparo.

Un cuchillo voló junto a mi hombro derecho, clavándose en el espíritu que empuñaba el arco, haciendo que el hombre tropezara hacia atrás. Selena lo siguió, esquivando el golpe de un hombre con hacha para perseguir su cuchillo, agarrar el arma con su mano izquierda y girar la empuñadura. El fuego azul recorrió la hoja, enviando al arquero a la dichosa paz.

El primer hombre del hacha vino hacia mí, gritando en un idioma que no conocía y lanzando su arma de mango corto en un golpe descendente hacia mi cabeza. Una jugada suicida: el espíritu se dejó completamente al descubierto, listo para recibir un golpe con tal de asestar uno aplastante. En su lugar, me impulsé con el pie derecho, fui a la izquierda del golpe salvaje y corté con mi espada mientras el espíritu pasaba. Mi tajo alcanzó al espíritu en la espalda y lo hizo caer desplomado, encendiéndolo con un fuego azul brillante.

Frente a mí, Selena igualaba golpe por golpe a su hombre del hacha, los choques resonaban mientras la cuchilla detenía los ataques del hombre del hacha una y otra vez. El hombre del hacha fingió un corte con la mano derecha, que Selena se movió para contrarrestar, y atacó con su mano izquierda. Golpeando hacia la cara de Selena.

Mi amor era demasiado rápida. Vio venir el puñetazo, lo esquivó y lanzó su hombro derecho contra el pecho del hombre del hacha. Mientras él tropezaba hacia atrás, Selena giró su brazo derecho, barriendo con la cuchilla por delante y atrapando al hombre del hacha con los brazos abiertos. Un corte azul ardiente se abrió en el estómago del espíritu, y miró a Selena, boquiabierto, mientras toda la rabia y la ruina se desvanecían de sus ojos.

—¡Cheo! —gritó Selena mientras el hombre del hacha caía. Seguí su mirada y vi a nuestro líder Zurdo acosado por un cuarteto de espíritus Diestros. Al principio pensé que el fin de Cheo llegaría rápidamente, pero nuestro guía en esta tierra maldita no tenía intención de irse sin luchar. Giraba y pateaba, bloqueaba y contraatacaba, contento de mantener a raya las hachas y cuchillos que lo acosaban en lugar de exponerse a un golpe mortal.

—Supongo que será mejor que lo ayudemos —dije, corriendo de vuelta al claro. Más allá de la danza desesperada de Cheo, el resto de la aldea de los Diestros se había convertido en una de las surrealistas batallas campales de Riven. Los espíritus vacantes, aturdidos o empezando a caminar hacia el Ciclo, se mezclaban con la furiosa lucha entre ambos bandos. Los Zurdos, ya sea por falta de flechas o por no poder encontrar buenos blancos en la refriega, habían

abandonado sus puestos de emboscada y se habían lanzado contra una fuerza de Diestros que se estaba reagrupando.

El papel de la estrategia en esta obra había terminado. El caos se había apoderado de todo.

Algo me embistió mientras corría hacia Cheo, me levantó y me arrojó a diez pies de distancia sobre el suelo. Caí en la hierba y rodé, manteniendo la hoja de la gran espada plana contra el suelo. Levanté la vista para ver un pie deslizándose hacia mí. Sentí que golpeaba mi cabeza y la echaba hacia atrás.

Los espíritus en Riven no podían sufrir lesiones graves por mucho tiempo. Sin órganos, huesos o sangre, simplemente no había mucho que dañar realmente. El dolor, sin embargo, persistía. No debido a un proceso natural, o eso me había dicho Nicholas, sino porque nuestras mentes aún creían que teníamos cuerpos frágiles. Aún creían que podíamos ser dañados y destruidos.

Así que cuando la patada conectó, una explosión palpitante de dolor punzante sacudió mi mente y la jungla sobre mí giró como un reloj sobrecargado. Solo el instinto me salvó. Rodé con el golpe, levanté la gran espada para interceptar el ataque y detuve el garrote de mi agresor con ella.

El arma de mi enemigo era un instrumento de pesadilla: un eje de madera retorcido con fragmentos de metal sobresaliendo de su extremo en ángulos extraños. Como las garras torcidas de un monstruo horrendo. Cada una de esas piezas brillantes resplandecía con un fuego pálido esperando ser desatado. No podía dejar que me tocara.

Empujé contra el garrote y contra los brazos musculosos que lo sostenían. Brazos cubiertos de cicatrices. Mi primer objetivo, que había vuelto para encontrar a su aspirante a asesino. El empujón me dio un poco de espacio para respirar mientras él retrocedía para mantener el equilibrio. Me incliné hacia adelante, apoyé la espada contra el suelo para ponerme de pie. Eché mi primera buena mirada a mi adversario.

Lo primero que noté fue su garrote, volviendo directamente hacia mí en un golpe demoledor que no tenía tiempo de esquivar.

El Premio



Así que no lo intenté. Solté la gran espada y me agaché para esquivar su golpe, esperando acercarme lo suficiente para evitar esas piezas de metal. Sentí el garrote golpear mi hombro y la parte izquierda de mi cuello. El impacto casi me hizo caer de rodillas, pero no sentí ningún ardor. Ningún corte. Ningún fuego azul. Mi hombro, si aún hubiera sido humano, se habría dislocado. Mi hombro, debido a que estaba muerto, simplemente alternaba entre un dolor punzante y el entumecimiento.

Con mi mano derecha saqué mi cuchillo e intenté apuñalar al espíritu en el estómago, pero su mano izquierda agarró mi muñeca, manteniendo mi cuchillo alejado. Se echó hacia atrás con el garrote para otro golpe y me deslicé a su alrededor, tirando de su brazo izquierdo sobre su pecho mientras pasaba por debajo de su derecha. O al menos, eso es lo que intenté hacer. Mientras me movía detrás de él, el espíritu clavó su pie izquierdo y me jaló de vuelta, azotándome contra el suelo. Levantó el garrote sobre su cabeza y lo trajo aplastante hacia mi cara. Apuñalé hacia arriba con el cuchillo, atrapando el garrote en la punta de mi hoja. El cuchillo se clavó en la madera, partiendo el garrote y haciéndolo pedazos, los fragmentos cayendo a mi alrededor. El espíritu miró fijamente el muñón en su mano, unos pocos centímetros de madera astillada. Hasta que me puse de pie.

—La calidad importa, amigo mío —dije, blandiendo mi cuchillo pulido y forjado.

El espíritu me gruñó, su rostro una amenazante mezcolanza de hueso y piel arrugados. Su salida de la vida había sido verdaderamente miserable. Me arrojó el muñón del garrote y lo siguió con una carga temeraria, con la cabeza gacha y los brazos extendidos. Me agaché bajo sus manos, agarré su cintura y, apoyando mis pies, lo levanté sobre mi hombro y lo envié volando detrás de mí.

Cuando golpeó el suelo, me di la vuelta y saqué mi látigo. El espíritu plantó sus manos y se empujó hacia arriba, justo a tiempo para que mi látigo se envolviera alrededor de su cuello. El extremo de metal perforó la piel del hombre marcado y giré la empuñadura, enviando el fuego azul a lo largo de la cuerda y envolviendo al espíritu en su pálido resplandor, poniendo fin a su dolor.

Retiré mi látigo y me di la vuelta, esperando que Cheo aún viviera. Vi que Selena había acudido en su rescate. Los dos estaban terminando con los espíritus de la Mano Derecha. Cortando y rebanando y desgarrando con abandono salvaje. Detrás de ellos, la intensa refriega se apagaba. La jugada sorpresa de Cheo había funcionado. Sin oportunidad de formarse, los de la Mano Derecha habían quedado atrapados dentro de las chozas, o dispersos por el claro donde

equipos de Zurdos los dividían y atravesaban. A pesar de los números, los de la Mano Derecha no tenían liderazgo, no tenían organización, y fueron deshechos.

Selena y yo nos unimos a los esfuerzos de limpieza, encargándonos de la resistencia dispersa y asegurándonos de que no quedaran otras amenazas. Eventualmente, cuando la jungla volvió a su silencio normal, los dos grupos de Zurdos que habían sobrevivido a la batalla se unieron a nosotros en el centro del claro. Grupos de espíritus de mirada vacía nos miraban fijamente, mientras otros vagaban bajo el llamado de sirena del Ciclo.

—Entonces está hecho —dijo Cheo al grupo—. La Mano Izquierda es victoriosa. Nuestros enemigos han sido vencidos. Ahora, nuestra paz finalmente puede reinar.

Miré a Selena. —¿De qué paz crees que está hablando?

Selena se encogió de hombros. —¿No crees que puedan vivir en su aldea?

—¿La viste cuando estuvimos allí? ¿Viste esta? Lo único que hacían era prepararse para la guerra. Reclutar más espíritus. No tienen una función en tiempos de paz.

—Tal vez ahora puedan encontrar una —dijo Selena.

Cheo continuó exaltando su victoria. Reclamó la batalla en nombre de Mali. Afirmó que su gracia causó el triunfo de la Mano Izquierda. El resto de los Zurdos coreaba cada una de las declaraciones con gritos salvajes. El tipo de victoria delirante que había visto en ocasiones con los guías cuando cerrábamos una brecha. Cuando derribábamos a un espectro. Aun así, el éxtasis en los rostros de estos espíritus mientras Cheo los proclamaba los elegidos me hizo estremecer. Había visto lealtad así antes. Había visto a los espíritus en la torre de Barth, los guías que seguían a Piotr. Ese tipo de obediencia ferviente solo terminaba en terror.

Después de que terminó el discurso de Cheo, la multitud se dispersó. Los Zurdos vagaron por el claro y encontraron las armas que querían llevar. Recogieron flechas y lanzas y hachas. Luego desaparecieron de vuelta en la jungla para caminar de regreso a su aldea natal. Cheo nos mantuvo atrás, hasta que solo quedamos los tres en el claro. Extendió su mano y estrechó la de cada uno de nosotros.

—Ha pasado mucho tiempo desde que luché junto a un par de su calibre —dijo Cheo—. Gracias.

—Me alegro de que pudiéramos ayudar —dije—. ¿Esto es lo que querías?

—La Mano Izquierda ganó. La Mano Derecha perdió. Logré el objetivo de Mali —dijo Cheo, pero las declaraciones sonaban extrañamente huecas—. Ahora, imagino que les gustaría ver a la diosa misma.

—Es por eso que estamos aquí —dije.

—Entonces los llevaré con ella, como prometí.

Runas



Salimos de la aldea unos minutos después, sin dirigirnos de vuelta al este hacia el pueblo de los Zurdos, sino rumbo al norte. Nos adentramos en los cañones cuyas paredes parecían crecer cada vez más altas y la selva cada vez más densa. Aunque los árboles y helechos eran los mismos, había más de ellos. Se apretujaban a nuestro alrededor hasta que la idea de abandonar el sendero y saltar a las ramas como habían hecho los Zurdos parecía imposible. En su lugar, avanzamos en fila india, con los gruesos troncos cerrándose a ambos lados. Todas las señales del cielo azul se desvanecieron cuando los doseles frondosos bloquearon la luz. Los rayos se filtraban a través de pequeños huecos, como focos iluminando nuestros pasos. Como si estuviéramos alternando entre la noche y el día.

—Vaya ambiente —dije.

—Mali solía crear cosas hermosas —respondió Cheo.

—¿Solía? —Selena apartó una enredadera baja de su rostro.

—Hace mucho que no sale de su templo —contestó Cheo—. Sospecho que ha perdido el interés en nosotros, en su gente.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —pregunté.

—Sabes que esa es una pregunta imposible —Cheo nos guió a través de un puente, hecho de ramas de árboles atadas con enredaderas, sobre una grieta poco profunda cuyo fondo liso sugería que alguna vez corrió agua—. Pero siento como si hubieran sido muchos, muchos años.

—Lo pregunto porque entiendes inglés. Comprendes nuestras palabras. Sin embargo, no creo que vengas de Estados Unidos. O Inglaterra.

—Hablo muchas lenguas —dijo Cheo—. Tengo que recolectar muchos espíritus, enseñarles y entrenarlos. A medida que encuentro nuevos, me esfuerzo por aprender. Cuando el tiempo no es un obstáculo, dominar una nueva habilidad no es tan intimidante.

—¿Y Mali? ¿Nos entenderá?

—Mali escuchará lo que quiera escuchar. Por eso deben elegir sus palabras con cuidado.

No era realmente una respuesta, pero como con la mayoría de las cosas relacionadas con Mali, parecía que la única forma de saberlo sería cuando la conociéramos cara a cara. A nuestro alrededor, la selva cambió su forma imitadora. Donde antes se agrupaban árboles similares, ahora se arqueaban grandes troncos con corteza en espiral. Hongos florecían hasta la altura de nuestra cintura. Flores, inmóviles sin brisa alguna, se erguían rectas buscando cualquier rayo de sol que se colara.

—El jardín de Mali —observó Cheo—. La energía que gasta se concentra aquí, más cerca de

ella.

—Hermoso —Selena se acercó a una de las flores, una mezcolanza púrpura y negra con largos pétalos delgados. Pasó su mano por los extremos y luego frunció el ceño—. Es dura. No suave, como debería ser una flor.

Me tocó el turno, pasé un dedo por el borde. El pétalo se sentía como piedra. Áspero y rasposo. Cuando presioné, la flor no se movió. Cheo, de pie detrás de nosotros, no dijo nada.

—¿Puedo decir que me siento inquieta? —dijo Selena mientras continuábamos nuestro camino.

—Puedes. Incluso estaría de acuerdo contigo —respondí—. Sea lo que sea que Nara esperaba que fuera Mali, no creo que fuera esto.

—Mantén esa espada tuya a mano.

—Siempre.

No mentía tampoco. Mis manos se habían acostumbrado a descansar sobre la empuñadura del látigo, el cuchillo largo. Era reconfortante pensar que sin importar lo que me saltara encima, tendría una buena oportunidad de apuñalarlo primero.

Así era nuestro mundo.

Nuestra caminata en fila india terminó frente a una pared de roca. Solo que, a diferencia de las negras enredaderas musgosas que cubrían el resto de los cañones, esta sección, de quizás sesenta metros de ancho, estaba tallada en oro. O al menos, en roca que parecía oro. Cada centímetro cuadrado moldeado en un símbolo u otro. Caracteres que no reconocía, curvas en líneas y diagonales entrelazándose. Algunos se extendían por metros, trepando hasta la cima donde el dosel frondoso rozaba contra ella. Todo ello resplandeciendo mientras varios puntos de luz se colaban y rebotaban. Una apertura, de unos seis metros de ancho, se abría ante nosotros. Bordeada en los extremos por piedra tallada. Ninguna luz provenía de esa cueva, solo una profunda oscuridad. A los lados de la entrada se alzaban un par de pilares, en los cuales los mismos cuatro caracteres se repetían de arriba a abajo.

—Supongo que ese es su nombre —pregunté.

—Mi diosa no es humilde —Cheo señaló la fachada del templo, los patrones grabados en la roca—. Antes, traíamos espíritus aquí para la colección. Esto servía como su primera introducción a la grandeza que iban a presenciar. Hasta que Mali se cansó de la ceremonia.

—Hay tantos símbolos en estas paredes —Selena miraba fijamente las columnas, y observé cómo sus ojos recorrían los grabados—. Son difíciles de entender.

—¿Puedes leer estos símbolos? —pregunté.

—Está en una lengua antigua —dijo Cheo—. Ya no escucho a ningún espíritu hablar este idioma. La Tierra debe haberlo olvidado.

—No puedo leerlo, Carver —Selena se acercó al pilar izquierdo, trazando con su mano las runas talladas—. Pero he visto estos símbolos antes. En museos.

—¿Sabes lo que dice? —le pregunté a Cheo.

Nuestro guía recorrió con la mirada el exterior del templo. Decidí llamarlo templo porque eso es lo que parecía ser. El lugar de poder de Mali. El palacio de fuerza de una diosa.

—Mi traducción es imperfecta —dijo Cheo—. Pero creo que dice que este dominio pertenece al creador. Este mundo pertenece a quien lo construyó. Todos aquellos que no reconozcan su brillantez, no son bienvenidos. Aquellos que deseen presentar sus respetos, entren y sean reconocidos.

—Percibo que la arrogancia es algo característico de Mali —dije.

—Puede que sea todo lo que le queda —respondió Cheo—. Si has venido a ofrecer algo que

Mali desea, te irá mejor.

—No tengo ni idea si Mali quiere lo que le estamos ofreciendo.

—¿Quién no querría una invitación para caminar a través de un montón de grano muerto para encontrarse con un espíritu viejo y espeluznante? —dijo Selena.

—No le estamos dando opción —repliqué—. Ella vendrá con nosotros.

Cheo nos miró a ambos, confundido. Negué con la cabeza y asentí hacia la entrada.

—¿Vamos?

—Antes de entrar —dijo Cheo—, os advierto: sed cuidadosos y corteses, o estad preparados para enfrentar la furia de una diosa.

—Cheo, ¿alguien te ha dicho alguna vez lo bueno que eres dando advertencias ominosas? —dije—. Selena y yo hemos visto lo peor que Riven tiene para ofrecer. Creo que podemos manejarlo.

—Por vuestro bien, espero que así sea.

Seguimos a Cheo a través de la entrada, hacia el templo de Mali.

Hacia la oscuridad.

Diez Mil Veces



De niño, había tenido miedo a la oscuridad durante años. Creo que tenía algo que ver con mudarme constantemente. Nunca tener un padre o alguien con quien pudiera meterme en la cama, alguien que ahuyentara esos monstruos fantasmales. En su lugar, había tenido un guía hosco tras otro, personas cuyas noches transcurrían en otro mundo. Quienes, cuando gritaba por alguna pesadilla, no se despertaban. No venían a consolarme ni a ahuyentar mis miedos.

Me llevó más años de los que me gustaría admitir llegar a dominar mis terrores. A luchar contra las sombras. La noche se convirtió en un campo de batalla, un lugar donde libraba interminables guerras con los rincones oscuros de mi habitación. Cuando empecé a cruzar a Riven, los espíritus dieron forma a los monstruos contra los que había estado luchando durante años.

Así que cuando entramos en el templo de Mali, cuando los detalles se desvanecieron hasta que solo la silueta de la puerta detrás de nosotros era visible, me negué a tener miedo. Me negué a temer lo que no podía ver. Puse mi mano en el hombro de Selena y sentí que ella ponía su mano sobre la mía. Caminamos lado a lado.

—Tengo que decir —dije, mi voz sonando extraña en la oscuridad. Incorpórea; viniendo de todas partes y de ninguna—. Me encanta el ambiente.

—Solía haber luces —dijo Cheo—. Antorchas ardientes que nunca se apagaban. Mali se cansó de las pinturas.

—¿Las pinturas? —preguntó Selena.

—Espera. —Bajé la mano hacia mi cinturón, saqué el cuchillo largo y giré su empuñadura. Un fuego azul envolvió el arma e iluminó el pasillo con su pálido resplandor. A nuestro alrededor, las paredes estallaron con imágenes coloridas. Trazos finamente detallados que delineaban paisajes y contaban historias. Tres figuras se repetían entre todas ellas. Dos mujeres y un hombre. Una mujer con cabello plateado, otra con cabello negro. El hombre no tenía.

Una pintura en la pared izquierda mostraba al trío parado sobre un disco rodeado de lava. O algún otro líquido brillante y horrendo. La siguiente los mostraba maravillándose ante la tierra que los rodeaba, con los brazos de la mujer de cabello oscuro alzados hacia el cielo. En tierra firme, con una montaña elevándose en la distancia.

—¿Quién hizo estas? —dije—. ¿Mali?

—No lo sé —dijo Cheo—. Siempre han estado aquí. Desde antes incluso que yo. Si Mali hizo estas, entonces fueron las únicas que jamás pintó.

El fuego en mi cuchillo se apagó. No era una antorcha, solo ardería durante segundos cada

vez. Reajusté la empuñadura y estaba a punto de girarla de nuevo cuando Cheo, en la oscuridad, puso su mano en mi muñeca.

—Por favor —dijo—. Vienes como invitado. Es mejor obedecer los deseos del anfitrión. Si Mali quiere que estas pinturas permanezcan ocultas, es mejor que así sea.

—¿Y si quiero verlas? —pregunté.

—Hazlo después de que me haya ido —dijo Cheo, y pude escuchar su sonrisa—. Así Mali sabrá a quién culpar.

Lo pensé. Es cierto, tampoco quería molestar a Mali, pero quería echar otro vistazo a esas pinturas. Lo que parecían mostrar. Tres espíritus, y uno con el cabello plateado de Nara. Mali, tal vez, la otra mujer, la que parecía estar creando el mundo. Quién era el hombre, no tenía idea. Nara había mencionado un nombre, ¿Dolan?

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —le pregunté a Selena.

—Carver, aprendí hace mucho tiempo a nunca asumir que tú y yo estamos pensando lo mismo —respondió Selena.

—Buen punto. Cuando salgamos de aquí, hablemos.

—Tenemos un largo camino de vuelta a la ciudad. Tiempo de sobra.

Cheo nos guio adelante. Más abajo por el oscuro camino. Podía sentir las paredes cerrándose a mi alrededor. El suelo de piedra resonaba con el arrastre de nuestras botas. No se escuchaban otros sonidos. Ni agua fluyendo, ni el susurro de una brisa. Ni el crepitar de una llama lejana. Riven nunca fue un lugar ruidoso, a menos que estuvieras en una pelea encarnizada con espíritus aullantes o parado junto a un edificio que finalmente sucumbía a un lento colapso. Pero el pasaje alcanzó un nuevo silencio por completo. Como si realmente hubiera muerto, como si todos mis sentidos hubieran desaparecido.

Choqué contra la espalda de Cheo. Nuestro guía se había detenido.

—Estamos casi allí —dijo Cheo—. Cuando entre en su cámara, dejaré de ser yo mismo.

—¿Qué quieres decir?

—Soy súbdito de Mali —respondió Cheo—. Bajo su gobierno y su voluntad. No interrumpan. Después de que termine, tendrán su oportunidad. Les deseo toda la suerte.

—¿No te quedarás?

—Haré lo que Mali disponga —dijo Cheo—. No creo que sea probable que, después de todos estos años, haya cambiado. Ha sido un placer conocerlos a ambos. Que la Diosa les conceda buena fortuna.

—No estoy segura de que queramos su bendición —murmuró Selena. Cheo no respondió. Empezó a caminar de nuevo y lo seguimos.

Casi no me di cuenta de la luz. No me percaté de que las paredes desaparecían mientras entrábamos en una cámara más grande. Una habitación con dos estanques a cada lado. Uno brillaba con un tenue azul y el otro con un verde lima. Un camino de piedra corría entre ellos. Conducía a un estrado, sobre el cual, en una silla, estaba sentada la diosa que buscábamos. A su lado, resuelto y mirándonos con ojos inexistentes en su rostro metálico, se erguía un espectro. Su piel dorada brillaba con la luz de los estanques. El espectro llevaba una túnica cubierta de joyas, un arcoíris de piedras preciosas. Dos brazos, dos piernas, cada uno un pilar de metal precioso. Como si Mali hubiera moldeado al espectro tanto de espíritus como de la tierra.

La propia Mali lucía un vestido plateado, que fluía a su alrededor y alrededor del trono en el que estaba sentada como mercurio líquido. No llevaba corona ni joyas. Como si no quisiera competir en opulencia con su propio espectro.

Cheo siguió caminando mientras nosotros mirábamos boquiabiertos. Nos dejó allí parados,

embobados ante la cámara de Mali. Dio cinco pasos hacia adelante y se arrodilló, colocó las manos en el suelo y bajó los ojos al piso.

—Como siempre ha sido, he regresado —anunció Cheo. Su voz perdió cualquier afectación amistosa. Cada sílaba pronunciada como si diera un aviso oficial. Como si estuviera pronunciando, sentenciando a alguien a muerte.

—Como siempre ha sido —respondió Mali desde su trono. Habló con una voz ligera, sincera. Una persona tratando de parecer más emocionada de lo que realmente estaba. Ocultando el peso de sus siglos.

—¿Debo realizar el rito? —preguntó Cheo.

—Diez mil veces —habló Mali suavemente—. Diez mil veces, Cheo, has llevado a la Mano Izquierda a la victoria. Y diez mil veces, has conquistado mi reino para la Mano Derecha. Parece que eres mi mejor creación.

¿Diez mil veces? ¿Tanto la Mano Izquierda como la Derecha? Quería hacer preguntas, pero la idea de interrumpir se sentía tan alejada de cualquier aspecto de cortesía, que me sentí clavado al suelo. Incapaz de apartar mis ojos de estos dos. De una diosa y su sirviente.

—He luchado muchas batallas por usted —dijo Cheo—. Lucharé cuantas más elija para mí.

—Me pregunto, mi Cheo, ¿por qué sigues ganando? —dijo Mali—. Cada vez que paso el manto a un nuevo espíritu, tú terminas siendo el vencedor. ¿Eres realmente el mejor que el tiempo ha visto jamás?

—Es porque usted me da la fuerza que necesito.

—Sí —respondió Mali, inclinándose hacia adelante en su silla y dando a Cheo una sonrisa resplandeciente—. Mientras yo viva, tú también vivirás. No importa cuán peligroso se vuelva tu deber, mientras yo esté aquí, volverás victorioso.

—Como siempre ha sido —dijo Cheo.

Mali asintió y Cheo se puso de pie, se acercó al estanque verde lima y sumergió su mano. Tomó un sorbo del agua. Se estremeció.

—Me pongo del lado de la Mano Derecha —anunció Cheo a la cámara—. Con su bendición, destruiré a la Mano Izquierda. Pondré fin a sus viciosos intentos de lastimarla. De dañar su reino.

—Ve entonces, y busca su merecida perdición —respondió Mali.

Cheo se volvió hacia ella, hizo una reverencia y luego marchó pasando junto a nosotros. Pensé en detenerlo, pero no parecía que nuestro amigo viviera más en esos ojos. El Cheo que nos había traído aquí se había ido.

La Creación



Has sentido alguna vez la mirada de un anciano? ¿Una mirada de alguien que parece saber quién eres y en quién te convertirás?

Cuando Mali volvió su mirada hacia nosotros desde la espalda de Cheo que se alejaba, sentí esos ojos. Sus pupilas color gris Riven sobre mí. Recorrieron cada centímetro de mi alma. Y cuando Mali deslizó su mirada hacia Selena, mentiría si dijera que no me relajé.

Pero intercambiar miradas no nos llevaría a ninguna parte.

—Mali —dije—. Nara nos envió. Necesitamos que vengas a trabajar con ella para salvar Riven.

Mali se recostó en su trono. Sus dedos rebotaban constantemente arriba y abajo, como si tocara un piano que nadie podía ver. Observé cómo sus ojos se movían hacia mí. En lugar de encontrarse con los míos, la mirada de Mali se posó en algún lugar sobre mi hombro. En un espacio y tiempo muy lejos del templo en el que nos encontrábamos.

—Nara los envió —dijo Mali—. ¿Están seguros?

—La mujer en el campo de grano —respondió Selena—. Riven se está desmoronando, y ella dijo que usted podría ayudar a salvarlo.

Mali rio. Una especie de risa extraña y desesperada que surge cuando alguien escucha sobre otra locura cometida por un amigo notorio. Otro error en una interminable serie de equivocaciones. Donde la redención está tan lejos que la única reacción es una triste carcajada.

Entonces Mali, diosa de su propia creación, extendió sus brazos, con las palmas hacia arriba, y comenzó a tararear. El agua en cada una de las piscinas comenzó a elevarse, gotas desprendiéndose del resto, suspendidas en el aire como diamantes. Luego las gotas se desplazaron hacia el centro, sobre el pasillo y entre Mali y nosotros.

Formaron un cuadrado, una lámina móvil de agua suspendida en el aire. Las gotas comenzaron a moverse, a reorganizarse. Algunas se combinaban para oscurecer su color y otras se dividían, volviéndose más claras. Hasta que ante mis ojos apareció una imagen como la de la pintura en el pasillo. Un disco verde profundo sobre el que se erguían tres figuras azules. Dos mujeres y un hombre. A su alrededor, un mar de agua azul claro, casi transparente.

El agua se movió, gotas azules reuniéndose y entrelazándose a través del verde. Figuras más pequeñas. Líneas azules saliendo y dispersándose.

—Creo que eso es el Ciclo —dijo Selena, y estuve de acuerdo.

El desfile de espíritus continuó mientras las tres figuras observaban. Entonces una de las mujeres pareció extender su mano, tocando una de las líneas azules. Las gotas detuvieron su

camino a través del disco verde. Esperaron hasta que la figura azul señaló hacia arriba. Luego las gotas marcharon formando su figura hacia arriba y fuera del disco. Una vez más, se dispersaron en el mar transparente.

Ahora la segunda mujer se movió, trazando su mano a lo largo del borde exterior del disco verde. Más gotas de la piscina verde se apresuraron a unirse a la cortina de agua, añadiendo su color al disco en expansión. Ensanchándolo hasta que casi toda el agua transparente había sido empujada hacia el borde. A medida que el disco crecía, la primera mujer continuaba extendiendo la mano y tocando a los espíritus azules más pequeños, manteniéndolos en un gran grupo. Construyendo un ejército.

El agua transparente, el Ciclo, casi había sido removida por completo de la cortina cuando la figura masculina extendió la mano. Señaló al creciente grupo de espíritus de la primera mujer. A las líneas azules errantes que ya no tenían un lugar adonde ir. La segunda mujer se movió, sus brazos corriendo el Ciclo hacia un pequeño círculo y enviándolo al lado izquierdo de la cortina acuática. Rodeándolo en un triángulo de verde profundo.

La Montaña, y el Ciclo dentro de ella.

Me di cuenta ahora, vagando por la cortina de agua, aparecían más figuras de azul profundo. No tan grandes como las tres principales, pero más definidas que los espíritus. El hombre se acercó a esas figuras, y cada una que tocaba parecía encender sus manos y brazos con gotas de azul claro. El pálido fuego dominante. La primera mujer, la del ejército en expansión de delgadas figuras azules, se agitó. Algunas de las delgadas figuras azules rodearon a uno de los aliados ardientes del hombre. Y lo apagaron. Esto provocó que el hombre enviara a sus otros sirvientes contra el ejército de la mujer. Chocaron alrededor del disco, con muchas de las delgadas figuras azules de la mujer corriendo hacia la montaña mientras luchaban.

Mientras tanto, el disco verde cambió. En lugar de una superficie plana y uniforme, en todas partes donde la segunda mujer pasaba su mano, surgían nuevas características. El verde se aclaraba y oscurecía, se agrupaba y cambiaba para formar un contorno familiar. Un mapa que conocía muy bien.

—Esta es la historia de Riven —dije—. Cómo llegó a ser.

—Pero ¿quiénes son? —dijo Selena, señalando más allá de mí hacia las tres figuras—. Entiendo que la que está haciendo todas las cosas verdes debe ser Mali.

—¿Las otras dos? No lo sé.

—¿Crees que la otra mujer es Nara?

—¿La que está atando a todos los espíritus? —dije—. Posiblemente.

Eso explicaría cómo Nara sabía tanto sobre ataduras. Si ella hubiera sido la primera en aprender, con siglos para perfeccionar y realizar el proceso. Solo que en esta representación, casi parecía que Nara era la malvada. Su ejército de espíritus luchando constantemente contra la fuerza más pequeña del hombre que empuñaba el fuego pálido.

En el juego acuático, parecía que el hombre y la primera mujer habían llegado a un punto muerto en su lucha, una línea igual de figuras reemplazándose y destruyéndose continuamente. La segunda mujer, Mali, se apartó de ellos y observó. La vista cambió. Se acercó a la ciudad, las gotas cambiando y expandiéndose para mostrar callejones y manzanas. Delgadas figuras azules moviéndose y aparentemente trabajando juntas. Espíritus dirigiendo un pueblo. Moviendo carros de mercancías, ilustrados en gotas verdes. Operando tiendas. Reuniéndose.

Luego, desde los lados izquierdo y norte, llegaron las figuras de azul profundo y sus brazos de fuego pálido. Fluyendo por las calles y quemando a los espíritus. A veces parecían atravesar edificios, dispersando gotas verdes. Las batallas arremolinadas continuaron por un tiempo, hasta

que la vista volvió a cambiar. Las figuras más pequeñas desaparecieron por completo, reformándose en el hombre y la primera mujer, de pie en una llanura verde. Luchaban, sus dedos entrelazándose. Detrás de ellos, el verde se desplazaba y se rompía, las gotas dispersándose y volviéndose a formar.

Mali entró por la derecha, su forma azul oscuro parecía suplicar a la pareja. Ser ignorada. Y, finalmente, levantando sus brazos al cielo. Líneas verde oscuro bajaron por la cortina de agua, separando al hombre y a la mujer. Separando a Mali de ellos. La figura de Mali inclinó la cabeza, y entonces la cortina de agua se disipó. Dispersándose de vuelta a las charcas.

—Ahora lo entienden —dijo Mali—. No puedo liberarlos. No puedo liberar a Nara, porque lo intentará de nuevo.

—¿Intentar qué de nuevo? —pregunté—. ¿Vincular espíritus? No parecía tan malo allí, en el pueblo.

—Los mantuvo —dijo Mali—. Todos los espíritus. Hacían su voluntad. La adoraban. Si creen que Riven está en peligro ahora, entonces liberarla solo traería a las hordas bajo su control. Lo que vieron allí era una ciudad doblegada a los deseos de su líder.

—Entonces, ¿por qué lo creaste en primer lugar? —preguntó Selena.

—Porque Nara me lo pidió. Fuimos las primeras. Las primeras que nos mantuvimos alejadas de dar ese último paso hacia el Ciclo. Sin duda han descubierto que es más fácil resistir su llamada cuando trabajan juntos, ¿no? Así fue con nosotras. Cuando Nara quiso una ciudad, la construí. Cuando Nara quiso que el Ciclo desapareciera, intenté destruirlo.

—Lo pusiste en la Montaña —dije.

—Lo habría sellado completamente de no ser por Dolan —dijo Mali—. Si él no me hubiera detenido. Argumentó que aún podría tener algún uso.

—Entonces, si crees que Nara va a arruinar Riven —dije—, ¿puedes ayudarnos? ¿Puedes empujar a los espíritus hacia el Ciclo?

Mali negó con la cabeza. Una mueca apareció en su rostro. —Intervenir solo me ha traído dolor, pequeños espíritus. Debería haber desaparecido en el Ciclo cuando llegué aquí por primera vez. En cambio, aquí estoy. Atrapada en una prisión de mi propia creación.

—No lo entiendo —dije.

—Aprendí a crear este mundo. No sé cómo destruirlo. No hay manera de liberar el Ciclo. Y no dejaré ir a Nara. Pase lo que pase con Riven, ella no tendrá nada que ver.

Miré a Selena. Si Mali no iba a ayudarnos, entonces no tenía mucho sentido quedarnos aquí. Estábamos perdiendo el tiempo.

—Volvamos —dije—. Tal vez Nara tenga otra idea.

—¿No la escuchaste? —dijo Selena—. Está diciendo que Nara es malvada.

—Mali también dijo que no quería ayudar a Riven —dije—. Eso las hace iguales para mí. Al menos Nara nos da una oportunidad. Tal vez haya cambiado después de todos estos años.

Con mi asentimiento, Selena y yo nos volvimos hacia el pasaje. El camino oscuro hacia la superficie.

—No son los primeros —anunció Mali a nuestras espaldas—. Nara ha enviado a otros. Todos suplicando por su liberación. Todos se volvieron como ustedes. Decididos a ayudar a Nara a encontrar una forma de liberarse.

—¿Qué les pasó? —preguntó Selena.

—No los dejé ir —dijo Mali, bajando su voz a un susurro. Una vez más, la mano de Mali se disparó hacia adelante. Las piedras que bordeaban el pasaje de salida se estremecieron y luego se derrumbaron sobre sí mismas. Bloqueando nuestra escapatoria.

—No queremos pelear —dije, dándome la vuelta.

—Son libres de morir —respondió Mali, y luego asintió hacia el espectro dorado a su lado. Su cabeza giró, y aunque sus ojos eran óvalos dorados, encontré su mirada.

Y cuando el espectro marchó hacia nosotros, Selena y yo nos enfrentamos a su avance.

Autómata



Selena corrió hacia el espectro con la cuchilla carnicera en alto en su mano derecha y el cuchillo largo sujeto a la cintura, con la punta hacia adelante, lista para apuñalar a la creación de Mali. El espectro triplicaba con creces nuestra altura; Selena no le llegaba ni a la cintura. Cuando los dos se acercaron, el espectro lanzó un golpe con su mano derecha y conectó con el costado de Selena, lanzándola por los aires hasta caer en una de las piscinas. El espectro ni se molestó en mirar lo que le había pasado. Siguió directamente hacia mí.

La mayoría de los otros espectros que había visto eran criaturas horrendas. Masas deformes de brazos, piernas y extremidades que no tenían otra descripción. Los espíritus que habían consumido se retorcían bajo su piel, con rostros que emergían a la superficie recordándote quiénes habían sido devorados para crear la abominación. El espectro de Mali se veía diferente. Dorado, prístino, un modelo de persona, aunque sin rasgos de género claros. Piel lisa y vistiendo una larga túnica dorada que se extendía desde el cuello hasta las rodillas. Había visto cosas similares antes, en museos de artefactos antiguos. Exhibiciones en giras por Chicago. Pero una cosa era mirar un artefacto bajo una vitrina de cristal y otra muy distinta era tener un objeto de la antigüedad alcanzando mi garganta.

Hice restallar el látigo, envolviéndolo alrededor de la mano extendida del espectro. Esperé la señal reveladora de que la punta de metal había perforado la piel del espectro. Entonces comenzaría el fuego y lo enviaría a su próxima vida. Solo que la punta del látigo rebotó en la piel del espectro y quedó colgando, flácida, mientras el espectro continuaba su avance.

—Su piel no es... piel —le grité a Selena mientras ella salía de la piscina. El líquido azulado se aferraba a ella, gotas cayendo al suelo. Más espeso que el agua.

—Tal vez si lo golpearas más fuerte —replicó Selena.

No tuve tiempo de golpear nada. El espectro arremetió contra mí con su mano derecha otra vez, tal como había atacado a Selena. Me tiré al suelo, aplanándome y sintiendo el puño del espectro pasar sobre mi cabeza. A través de las piernas del espectro, vi a Selena acercándose por detrás, con la cuchilla carnicera lista. Si pudiera mantener su atención un momento más, Selena podría asestar un golpe certero.

Miré hacia arriba y vi el puño izquierdo del espectro elevándose. Listo para propinar un golpe en mi espalda que me reduciría a la nada. Entonces la cuchilla carnicera de Selena se hundió en la pantorrilla del espectro. Blandió su gran cuchillo con ambas manos, acuchillando la piel del monstruo. Esta vez, a diferencia de mi látigo, vi pedazos volar. La hoja de Selena estaba penetrando. Esperaba un rugido, pero el espectro permaneció en silencio. Una mirada a su rostro

confirmó que no tenía boca, solo una línea metálica. Aun así, su ataque hizo que el espectro se detuviera, se girara y considerara a la pulga que le mordía la pierna. Lo que me permitió ponerme de pie.

La cuchilla carnicera de Selena tenía otro truco. Giró la empuñadura, con la hoja clavada en el espectro, y envolvió la cuchilla en fuego azul. Esperé que las llamas purificadoras se extendieran sobre la criatura, que la redujeran a cenizas y no dejaran nada en pie. Excepto que las llamas fallaron. No quemaron. No prendieron ni se propagaron por la criatura. Se quedaron en la cuchilla, como si el espectro estuviera hecho de agua. Como si una brisa constante soplara las llamas hacia atrás. Selena miró su arma como si la hubiera traicionado.

—¡Cuidado! —dije.

El espectro, en lugar de aplastarme con su puño, balanceó su brazo izquierdo hacia atrás, atrapando a Selena con su mano del tamaño de un barril. De nuevo voló por el aire, esta vez aterrizando al pie del trono de Mali. Se desplomó en el suelo.

—Oye —le dije al espectro—. Mi turno.

No quería que la criatura convirtiera a Selena en papilla espiritual. El espectro no parecía importarle a cuál de nosotros aplastaba, siempre y cuando estuviera aplastando. Su puño derecho vino hacia mí en un gancho pesado. Esquivé el ataque, retrocediendo fuera del alcance del espectro. Solté mi látigo y desenvainé mi espada grande. Levanté el arma cuando el espectro retrajo su brazo para otro golpe y bajé la gran hoja de Piotr sobre la mano del espectro. Cortó limpiamente, cercenando tres de los dedos de la criatura. Cayeron al suelo; bloques pesados de oro sólido.

—Tendrás que tener más cuidado —dije—. Solo tienes diez de esos. Bueno, siete ahora.

El espectro no parecía importarle mis ataques, físicos o verbales. Su mano izquierda intentó agarrar mi cabeza. Giré, blandí la gran espada contra ella, y en el último momento el espectro retiró su mano. Mi golpe falló por centímetros. Estaba bien. Todo se trataba de ganar tiempo.

—Mali, detenlo —grité—. No queremos pelear contigo. No quiero romper tu juguete.

Mali, por su parte, me ignoró. Ignoró la pelea. Sus ojos estaban cerrados, sus manos aún tocando ese ritmo en el aire. O viviendo en un recuerdo o haciendo algo que yo no entendía.

Si ella no iba a detener al espectro, entonces tendría que destruirlo yo.

El espectro barrió con su mano derecha rota hacia mis piernas, atacando bajo. Me agaché y luego salté sobre el golpe, bajando la gran espada sobre la muñeca del espectro. Mi hoja se hundió y, mientras caía de vuelta al suelo, giré la empuñadura para enviar fuego azul hacia la criatura. De nuevo falló. Miré el corte profundo, incrédulo. El fuego debería consumir la rabia, limpiar el vínculo que mantenía unido a un espectro en Riven. Si no funcionaba, entonces no teníamos esperanza.

La mano izquierda del espectro me cogió desprevenido, golpeándome contra la pared de la habitación. Rebote y caí de rodillas. Mi cabeza resonaba con el impacto, y me di cuenta de que la gran espada aún colgaba de la muñeca derecha de la criatura, atascada en el espectro. El monstruo se volvió hacia mí, y saqué el cuchillo largo de mi cinturón. Una elección patética para enfrentarse a la gigantesca criatura.

Así que corrí.

Rodeé al espectro y me dirigí hacia la piscina azul en el extremo opuesto. El espectro se dio la vuelta, pero su volumen lo hacía moverse lentamente. Algo bueno, ya que tenía que idear una estrategia. Mi cuchillo no serviría de mucho. Tenía mi ballesta. Los virotes normales serían inútiles. Un virote azul solo enviaría el mismo fuego que hasta ahora había fallado en herir a la criatura. El naranja. Esa era una opción, si quería derrumbar todo este templo sobre nosotros. El

espacio era demasiado pequeño; el invento de Nicholas se abriría paso a través de la roca y de nosotros en su afán por devorar todo lo que estuviera a su alcance. Así que retrocedí. Intenté mantener la distancia. Por su parte, el espectro no parecía tener prisa. ¿Por qué molestarse en correr cuando la rata no tiene a dónde ir?

Mi retirada alrededor de la piscina trajo a Mali, y su trono, a la vista. Un pensamiento: si no podía derrotar al espectro, tal vez podría acabar con su creadora.

Di cuatro pasos hacia ella antes de que Mali se diera cuenta de lo que estaba haciendo. Con los ojos aún cerrados, Mali extendió su mano. El suelo a su alrededor comenzó a temblar, los bloques de piedra se desprendieron de sus marcos. Revelando suciedad y mugre debajo. Se juntaron, formando un muro frente a mí, entre Mali y la punta de mi cuchillo.

—Por favor —dijo Mali—. Detén esto. Ríndete y deja que llegue el final. Acepta tu destino como Cheo aceptó el suyo.

Cheo. Esa era una idea. Si pudiera llevar al espectro al lugar adecuado...

Al Agua



Pero se me había acabado el tiempo. El necrófago se había acercado, sus manos entrelazándose en un pesado golpe por encima de su cabeza. Intenté esquivar, escurrirme hacia la izquierda a lo largo de la pared trasera de la cámara. El necrófago, manteniendo las manos en alto, lanzó una patada con su pie derecho en lugar de golpear hacia abajo. El golpe no fue directo, ni muy fuerte, así que solo salí volando y rebote contra la pared, aterrizando cerca de la esquina con la cabeza y la espalda doloridas. El cuchillo fuera de mis manos, que intentaban levantarme. Sabía que el contraataque del necrófago estaba por llegar, y mientras me arrastraba hacia adelante, el puño izquierdo del necrófago aplastó el lugar donde había caído.

No logré pasar más allá de la mano derecha. A pesar de tener solo un pulgar y un meñique, el necrófago envolvió su palma alrededor de mí mientras corría. Me levantó del suelo. Sin embargo, sin los dedos, aún podía mover mi brazo derecho. El pulgar del necrófago presionaba contra mi cabeza, como si estuviera exprimiendo una fruta. Intenté pensar en qué podía agarrar, pero todas mis armas se habían perdido. Mi ballesta estaba sujeta a mi espalda. En un segundo, me partiría en dos.

—Suéltalo —gruñó Selena, su voz temblando de dolor, pero fuerte.

El necrófago se volvió hacia ella, permitiéndome ver cómo saltaba sobre la túnica de la criatura. Selena trepó, usando su cuchillo y su cuchilla para cortar nuevos asideros. Con su mano izquierda, el necrófago intentó arrancar a Selena de sí mismo, pero sus movimientos eran demasiado lentos. Demasiado torpes. Selena era un espíritu ágil, escurridiza y rápida cuando quería serlo. Esquivó la mano que la buscaba y se impulsó hasta los hombros del necrófago. Tomó su cuchilla con ambos brazos mientras envolvía sus piernas alrededor del cuello de la criatura, y golpeó su hoja contra la cabeza del necrófago, arrancando escamas de metal.

El necrófago saltó. Presionó sus piernas hacia abajo y se elevó, agachando la cabeza. Estrelló a Selena contra el techo y la aplastó contra los bloques de piedra.

El impacto hizo que la mano del necrófago se abriera, liberándome de sus dedos. Caí salpicando en la piscina azul, su agua helada empapando mi ropa. El frío pareció ahuyentar el dolor, devolviendo la realidad a foco.

—¡Selena! —llamé, escupiendo el agua. Ella no respondió, su cuerpo roto inmóvil en la pasarela. El necrófago, después de mirar la forma de Selena por un segundo, se volvió hacia mí. Me quedé de pie en la piscina. Justo donde quería estar.

Las manos del necrófago vinieron por mí de nuevo, golpeando hacia abajo. Esquivé hacia atrás, hacia el extremo lejano de la piscina y la entrada que Mali había sellado. Las manos del

necrófago salpicaron en el líquido frente a mí, finalmente sacudiendo la gran espada fuera de su muñeca. El agua azul y viscosa corrió hacia los cortes y agujeros, los arañazos que habíamos hecho en sus manos. Llenándolos.

El necrófago se estremeció. Se detuvo.

Cuando Cheo bebió la sustancia verde del otro lado, pareció borrar su mente. Una trampa, o algún tipo de atadura. Tal vez, tal vez el azul haría lo mismo con el necrófago.

El monstruo pareció quedarse dormido por un momento. Se enderezó. Me quedé en la piscina y observé. No hice nada para interrumpir su ensueño. Si esto no funcionaba, si el necrófago decidía nuevamente aplastarnos hasta convertirnos en polvo, entonces no creía que hubiera nada que pudiéramos hacer para detenerlo.

En cambio, el necrófago se sacudió. Se volvió hacia la salida de la cámara y, con un fuerte golpe de su mano izquierda, atravesó la pared rota de Mali. El necrófago dorado se alejó, desvaneciéndose en la oscuridad.

—Inesperado —dijo Mali—. Nunca había visto que eso sucediera antes. No en todos mis años.

—Me alegra que hayamos podido hacerlo interesante —dije, corriendo hacia la forma de Selena.

Si hubiera sido humana, no tenía duda de que el necrófago la habría matado. Cada hueso de su cuerpo se habría convertido en polvo. Sin embargo, como espíritu, Selena no tenía huesos. No tenía nada más que su alma. Así que cuando la sostuve, vi que sus ojos parpadeaban. Su boca se movía. Selena volvería.

—En efecto —dijo Mali, sus ojos moviéndose hacia la piscina—. El regalo de Nara, parece, ha resultado ser una trampa todo este tiempo. Siempre arruinando las cosas hermosas que Dolan y yo construimos para este mundo.

—Empiezo a pensar que tú eres la malvada, no ella —dije—. Mantienes a los espíritus durante siglos, repitiendo el mismo conflicto una y otra vez. Dijiste que habías asesinado a todos los que Nara envió antes.

Mali consideró. —Déjame preguntarte, espíritu, ¿qué crees que debería haber hecho? ¿Debería haber recibido a los peones de Nara con los brazos abiertos? ¿Aceptado sus propuestas, liberarla?

—Por lo que veo, todos ustedes tenían el poder para mantener a Riven a salvo. Entonces, ¿por qué no lo hicieron?

Mali se inclinó hacia adelante, mirando fijamente a mis ojos. —Me pregunto si ella tiene sus garras en ti incluso ahora. Tan lejos, deberías estar libre, y sin embargo...

—Ayúdanos.

—No hay forma de ayudarlos. No entregaré este mundo maldito a las garras de Nara. —Mali presionó sus manos sobre los brazos de su trono, clavando sus uñas en sus ranuras—. Vamos, sirviente. Veamos si Nara ha elegido bien esta vez.

Mientras sostenía a Selena en mis brazos, mis armas esparcidas por la habitación, Mali, el espíritu que construyó el Riven que conocía, que creó sus edificios, sus bosques, su cielo ceniciento, se levantó de su trono con mi final en sus ojos.

Contra La Creación



Mali se deslizó de su trono y se estiró, juntando los brazos sobre su cabeza. Dejé a Selena en el suelo y agarré su cuchillo con la mano derecha, sin saber qué hacer. ¿Qué estrategias funcionarían contra un espíritu de miles de años? ¿Qué no habrían visto ya? Decidí cambiar el cuchillo a la izquierda, lanzarme hacia adelante y apuñalar.

Mali me hizo dudar.

Dos bloques de piedra frente a sus pies se agitaron y se desprendieron del suelo. Uno voló a cada una de sus manos y se derritió formando un anillo, la piedra parecía licuarse y reformarse en su agarre. Los anillos eran tan grandes como un melón, pero con bordes aserrados. Mali los sostenía con ligereza, aunque no podía ver cómo no se cortaba con los brillantes anillos. Tal vez lo hacía. Tal vez no le importaba.

—Ha pasado tanto tiempo —dijo Mali—. Puede que esté oxidada.

—Sería una verdadera lástima —respondí—. Realmente quería otra pelea difícil después de la última.

—Oh, yo no me preocuparía por eso.

Mali levantó su brazo derecho detrás de ella, preparándose para lanzar el anillo. Lo que significaba que tenía que atacar primero. Pasé por encima de Selena y di un largo paso hacia adelante. Me lancé con el cuchillo hacia Mali. Una tercera piedra se elevó del suelo frente a ella, golpeando el centro del cuchillo y haciéndolo volar. La hoja cayó en la piscina verde, dejándome con las manos vacías y mirando la sonrisa diabólica de Mali.

—Vamos —dijo Mali—. ¿Un ataque tan obvio? Tendrás que hacerlo mejor.

—La mayoría de la gente no puede sacar bloques del suelo —repliqué—. No es justo.

—¿Esperabas que fuera justo? ¿Cómo has llegado tan lejos?

Mali agitó su brazo derecho, luego el izquierdo, y los afilados discos volaron hacia mí. No tuve tiempo de esquivar, solo unos pocos pies nos separaban. El primero se enterró en mi hombro izquierdo, y el segundo en mi pierna derecha. Giraban como cuchillas de sierra; triturando, girando y desgarrando. Mi brazo izquierdo se adormeció, y caí sobre una rodilla cuando mi pierna dejó de poder sostener mi peso. En cuanto a peleas, había tenido mejores comienzos.

—¿Eso es todo lo que tienes? —dije, tratando de ganar tiempo. Los espíritus sanaban rápido en Riven, y si podía mantenerla hablando, tal vez recuperaría algo de función—. ¿Todos esos siglos y haces un par de anillos? ¿Por qué no otro espectro?

—Dolan me dio el espectro —dijo Mali, lanzando una rápida mueca de disgusto hacia el

pasaje—. Lo cubrí de oro después de un tiempo. Solo puedes soportar ver espíritus arremolinados y carne grotesca durante cierto tiempo.

—Eso no respondió mi pregunta.

—No te debo explicaciones —replicó Mali.

Absorbió otro par de bloques del suelo, convirtiéndolos nuevamente en anillos circulares. Todavía llevaba la ballesta en la espalda, pero sin dos brazos, era imposible sacar el arma y cargarla. Sin mencionar que sería obvio, y no creía que Mali se quedara quieta y me dejara colocar un virote en posición.

—Los mismos anillos otra vez. Muy creativo —dije—. Es como si estuvieras obsesionada con ellos.

Mali me dedicó una sonrisa. —Cuando ya has creado todo, te encuentras volviendo a tus favoritos.

Detrás de mí, Selena gimió. Apenas se había movido desde que el espectro la aplastó contra el techo. Si pudiera despertar, tendríamos una mejor oportunidad. Diosa o no, Selena y yo éramos un equipo difícil de manejar.

Mali no iba a permitir que eso sucediera. Caminó a mi alrededor, y la observé. No podía hacer nada, apenas podía concentrarme por el dolor ardiente de los discos de piedra, que todavía estaban incrustados en mi piel por el ataque de Mali. La diosa se paró sobre Selena y la miró, negando con la cabeza. —Olvido lo difícil que es destruir realmente a un espíritu. Sin las armas de Dolan, seguirán volviendo.

No se equivocaba. Aproveché el momento de distracción de Mali y usé mi brazo derecho para arrancar el anillo de piedra de mi hombro izquierdo, y saqué el de mi pierna derecha. Los arrojé al suelo. Inmediatamente, sentí que mi espíritu se recomponía. Como beber agua después de una larga sed: un resplandor fresco y reconfortante. Tomaría horas recuperar el movimiento completo, pero cada pequeña mejora ayudaba.

—¿Sabes qué? —dijo Mali—. Nara y Dolan me llamaban la creadora. Tú me llamas diosa. Es un nombre incompleto. No puedo crear lo que quiera. Cosas inanimadas, sí. Facsímiles. Esos árboles en el gran bosque de Riven. El grano que cubre los campos de Nara. Todo está tan cerca de la vida, pero nada está vivo. Las flores en los cañones, las interminables copias de helechos y enredaderas. Nada de eso está vivo. Todo permanece como yo lo deseo, y lo hará mientras yo quiera. Pero si quiero almas con las que jugar, tengo que encontrarlas. Igual que tú.

—Yo no juego con las almas. Las envío al Ciclo.

—Sí, y qué noble de tu parte —dijo Mali. Selena se estremeció y Mali le dio una patada viciosa, inmovilizándola. Luego Mali caminó hacia la piscina verde y sumergió sus anillos en ella—. Alimentas almas, criaturas de mente y memoria, amor y pérdida, en lo único que puede destruirlas por completo. ¿Alguna vez te has preguntado por qué?

—Si no lo hiciera, Riven estaría invadido —dije—. Este mundo, y la Tierra, solo serían hogar de los muertos.

—¿Sería realmente tan malo?

Mali sacó los anillos, goteando verde. Sabía lo que iba a hacer. Lo había visto con Cheo. Con el espectro. Cortarnos, meter ese líquido dentro de nuestras almas y atarnos a ella. O a su Mano Izquierda. O Mano Derecha. No podía recordar qué color significaba cuál. No quería ninguno de los dos.

—Dímelo tú —dije—. Has estado viviendo con los muertos todo este tiempo. No pareces muy feliz al respecto.

Me di la vuelta y miré a Selena. El movimiento hizo que la ballesta golpeara contra mi

espalda. Una idea, tal vez, pero necesitaba una distracción.

—Todo se debe a la falta de variedad —dijo Mali—. Un poco más de espacio. Libertad de este lugar. Entonces, creo que sería tan feliz como un espíritu podría serlo.

—Estarás tan sola entonces como lo estás ahora.

—Tal vez, pero vale la pena intentarlo, ¿no crees? —Mali se acercó a mí y levantó el anillo en su mano izquierda—. Ahora te daré una última opción. ¿Tú o ella? ¿Quién de ustedes será el primero en entrar a mi servicio?

—Ella —dije.

Y Mali se rio.

Eterno



—Qué galante —dijo Mali—. Incluso los hombres de mi época eran mejores que eso.

Mali me dio la espalda, brindándome mi oportunidad. Con mi mano derecha, alcancé detrás de mi espalda. Agarré los pernos azules cargados en el costado de la ballesta y saqué uno. Lo giré entre mis dedos mientras volvía a traer mi brazo hacia adelante. Lo lancé. Como un dardo, duro y rápido. El perno se clavó entre los hombros de Mali, estallando en llamas azules. Pude ver a Mali estremecerse, y estoy seguro de que sus ojos se habrían abierto de par en par si hubiera visto su rostro. Pero la creadora de Riven no gritó. No chilló, ni aulló, ni maldijo mi nombre. Mientras el fuego la cubría, dejó caer los anillos al suelo y se arrodilló.

—Ahí tienes la libertad que buscabas —dije, sacando un segundo perno azul. Por si acaso.

Un momento después, el espíritu de Mali se elevó, vacío e ignorante del mundo que había creado. El fantasma de la diosa salió de la habitación, desvaneciéndose en el oscuro pasaje.

Después de que Mali se fuera, me quedé en la cámara, sentado en el suelo de piedra durante lo que pareció horas. Dejando que mi alma se recompusiera y repasando en mi mente lo que había sucedido. Nara nos había enviado una petición para encontrar a Mali, para convencerla de que volviera. En su lugar, la encontramos, la enfurecimos y la destruimos. Un espíritu que Nara dijo que era clave para salvar Riven, y lo habíamos enviado al Ciclo.

A eso se sumaba todo lo que Mali nos había dicho. Su espectáculo con el agua. Sus declaraciones sobre Nara, que el viejo espíritu nos estaba manipulando. Que Nara quería socavar Riven y todo lo que representaba. Que todo en lo que Nara creía era en atar espíritus por docenas; creando un mundo a su propia imagen.

—¿Carver? —La voz de Selena sonaba débil. Cansada—. ¿Seguimos aquí?

—Contra todo pronóstico, así es —dije—. ¿Cómo te sientes?

—Oh, bien. —Selena gimió—. Ya sabes, rota por todas partes. Cada parte posible de mi alma está doliendo. El dolor se está anulando a sí mismo, creo. Como si mi mente no pudiera reconciliar todo esto.

—Mejorará —dije—. Estamos a salvo ahora. Mali se ha ido.

Le relaté la pelea. Cuando llegué a la parte donde sugerí que Mali se llevara a Selena primero, Selena se rio. Aún tendida allí sobre las piedras, con la cabeza plana contra la roca, pero vi la sonrisa, y me hizo sentir feliz. Necesitaba esos momentos. Un poco de amor y ligereza en la tenue luz de las piscinas gemelas.

—Por supuesto que me enviarías primero —dijo Selena—. Siempre se trata de ti.

—Tenía que hacerlo —protesté—. Si no me hubiera dado la espalda, entonces no habría...

—Claro, claro —dijo Selena—. Por supuesto que esa es la razón. ¿No podrías haberlo hecho en cualquier otro momento, como cuando estaba sumergiendo sus anillos en la piscina? ¿Tenías que esperar hasta que estuviera a punto de acabar conmigo?

—La piscina habría sido un tiro lejano. Tenía que estar seguro.

Podía notar que Selena no hablaba en serio. Podía ver el juego en sus ojos. Pasamos un rato allí, sentados, luego de pie, y luego cojeando fuera de la cámara, recogiendo nuestras armas por el camino. Con cada paso nuestros espíritus se recomponían. Para cuando salimos del templo, podíamos mantener un ritmo bastante bueno, apoyándonos el uno en el otro para sostenernos.

—Me siento como un anciano —dije—. Como si mi cuerpo ya no funcionara.

—No tienes cuerpo, ¿recuerdas? —respondió Selena.

—Si así es como se sienten, quizás me alegro de no haber visto el mío roto.

Afuera, nos volvimos para mirar la entrada del templo. Todas esas runas, esas historias sobre la diosa que vivía dentro. Ya no más. El templo permanecería vacío, potencialmente para siempre. Riven no tenía fuerzas naturales, y a menos que algo viniera y destruyera activamente este lugar, el hogar de Mali permanecería en pie durante más siglos de los que ella duró.

—Entonces, ¿qué le vamos a decir a Nara? —dijo Selena mientras nos volvíamos hacia la jungla.

—Que lo intentamos —dije—. Tal vez ella tenga otras ideas.

—¿Crees que deberíamos confiar en ella? Porque si no lo hacemos, y nos equivocamos, Riven se desmoronará. Pero si lo hacemos, y nos equivocamos, entonces la versión de Nara podría ser peor.

—Lo jugaremos de ambas maneras —dije—. Si lo que dice parece ser correcto, lo haremos. Si está equivocada, ahora sabemos que podemos manejarla como a cualquier otro espíritu. Mali nos mostró eso al menos.

Selena asintió. Pasamos junto a la misma flor dura como una roca de antes. De nuevo, Selena extendió la mano para tocarla. Sin cambios. Sin señales de que la flor supiera que su creadora había desaparecido. Como los edificios en la ciudad de Riven, lo único que destrozaría la planta serían nuestras armas, nuestra lucha.

—Es extraño que esta flor probablemente dure más que todos nosotros —reflexionó Selena, mirando la planta.

—También lo harán las piedras, los ríos y las nubes —dije—. La diferencia es que ellos no están haciendo nada con su tiempo. No se están arriesgando para salvar este lugar.

—No suena tan mal.

—Te aburrirías.

Selena se rio, luego hizo una mueca y se estabilizó en mi hombro. Aún recomponiéndonos.

Continuamos caminando, pasando por los helechos y árboles que adquirían un aspecto más extraño ahora que sabíamos que ninguno de ellos vivía realmente. Que todos eran figuraciones de un espíritu aburrido tratando de encontrar algo que hacer con su imaginación. Avanzamos hacia el cañón, hasta que el susurro del viento dio paso a ruidos más duros. Gritos y llantos. El sonido del metal contra el metal.

—¿Cheo ya está luchando en otra guerra? —pregunté.

—No creo que podamos librar otra.

—Puede que no tengamos elección.

Porque los sonidos venían directamente hacia nosotros ahora. Una mezcla rodante de ramas que se partían, arbustos que se estrellaban y hierro que chocaba. Y no teníamos la fuerza para correr.

Nuevo Ghoul, Nuevos Objetivos



Frente a nosotros, un árbol simplemente desapareció, se vaporizó y se hizo pedazos cuando la forma dorada del ghoul de Mali lo atravesó. Cheo y un grupo de otros espíritus venían justo detrás del monstruo, todos arrojando cuchillos, lanzas o disparando flechas a la espalda del ghoul.

—No cedan —gritó Cheo sobre el ruido—. ¡No se debe permitir que viva el monstruo de la Mano Izquierda! ¡Es una perversión, un insulto contra nuestra diosa!

El ghoul corrió directamente hacia nosotros, pero al notar nuestras formas cojeantes, se detuvo. Nos miró fijamente con sus ojos sólidos y ciegos. Detrás de él, las flechas y lanzas arrojadas rebotaban en la espalda del ghoul, cayendo al suelo. Cheo y los demás, cuatro espíritus, nos alcanzaron y también nos miraron fijamente, deteniendo su ataque al darse cuenta de que el ghoul había hecho lo mismo.

—No sabía que éramos tan impresionantes —dije—. ¿De verdad nos vemos tan mal?

—¿Quiénes sois? —Cheo apuntó uno de sus cuchillos rudimentarios hacia nosotros—. ¿Sois parte de la Mano Izquierda?

—No nos recuerda —me dijo Selena. Los otros espíritus de Cheo se desplegaron a nuestro alrededor, preparando una trampa. En nuestro estado, incluso con nuestras armas de vuelta en las manos, ni Selena ni yo podríamos defendernos de ellos. Si Cheo realmente no tenía idea de quiénes éramos, si creía que éramos el enemigo, no había forma de que pudiéramos ganar.

—¿Recordaros? —dijo Cheo—. No entiendo.

—¿Sabes quién es Mali? —dije.

—Por supuesto —respondió Cheo—. Es mi diosa.

—No lo tomes a mal, pero está muerta.

En lugar de estallar en furia o sentarse en desesperación, Cheo reaccionó con un asentimiento. Un movimiento lento y triste. Los otros espíritus imitaron el gesto. —Su voz cambió. Un susurro, ahora, diciéndonos que nos alejáramos de aquí. Supuse que era un truco de la Mano Izquierda.

—El Ciclo —dije—. Te acostumbrarás.

—No entiendo —dijo Cheo.

Cheo preguntó, y Selena y yo les contamos a los espíritus sobre el Ciclo, cómo cayó Mali. Cuando terminamos, los espíritus habían guardado sus armas. No podía decir si el ghoul también escuchaba, pero se mantuvo alto y brillante sobre nosotros todo el tiempo.

—Parece que no nos queda ningún lugar adonde ir —dijo Cheo—. Excepto a este Ciclo.

—Has sido un espíritu durante mucho tiempo —dijo Selena—. Ya no tienes que serlo más.

—¿Y este? —Cheo señaló al ghoul—. ¿También pertenece a vuestro Ciclo?

El ghoul, de pie sobre nosotros en silencio, extendió la mano y me señaló con una mano. La que solo tenía dos dedos restantes.

—¿Crees que está enojado porque le cortaste los dedos? —me preguntó Selena.

—Espero que no —respondí. El ghoul retiró su mano. Me miró fijamente con su rostro dorado y vacío. Por impulso, señalé un árbol a mi lado y le hablé al ghoul—. Agarra eso.

El ghoul me rodeó pisando fuerte, alcanzó con su mano intacta y arrancó el árbol del suelo. Lo sostuvo en alto como un garrote.

—¿Te está obedeciendo? —dijo Selena.

—Parece que me he conseguido un ghoul. —Hice un gesto para que el monstruo arrojara el árbol y el ghoul dorado lo lanzó a través de la maleza—. Será mejor que seas muy amable conmigo ahora.

—¿Acaso no lo soy siempre?

El ghoul, junto con los otros espíritus, pertenecía al Ciclo. Pero cuando estaba a punto de decirles que marcharan hacia allá, me detuve. Los espíritus tenían armas para luchar, y el ghoul ciertamente podía hacer pulpa algunas brechas.

Bryce y los guías podrían usar una fuerza como esta.

—Selena —dije—. Creo que tenemos un nuevo plan.

—Me pongo nerviosa cuando dices eso.

—Este es bueno, lo prometo —dije—. ¿Cuántos espíritus tienes, Cheo?

—¿Entre ambas manos? El número rondaría los cien. No ha habido muchas nuevas colecciones últimamente. Los espíritus se están volviendo escasos.

—Las brechas los están atrayendo hacia el sur —dije—. Cheo, necesito que reúnas a ambas manos. Incluso a los espíritus que odias. Vamos a la ciudad.

—La Mano Izquierda no marchará por mí —respondió Cheo.

—No. —Miré al ghoul—. Pero lo harán por esto.

Perdiendo Terreno



Convencer a Cheo para que reuniera a los otros espíritus en la jungla y regresara con nosotros a la ciudad no requirió mucho esfuerzo. Supongo que vivir sin un propósito significa que no hay nada a lo que aferrarse. No estaban renunciando a nada al venir con nosotros, así que se embarcaron en la nueva aventura sin quejarse. El ghoul nos seguía a todas partes, caminando pesadamente detrás de mí. Tampoco estaba seguro de qué motivaba sus acciones, excepto, quizás, una lealtad hacia quien había destruido a su amo.

Mali había dicho que el ghoul era un regalo de Dolan, el tercero de su trío. Nunca había oído hablar de alguien que hubiera creado un ghoul antes, quizás este era diferente. En cualquier caso, no iba a decir que no a tener un monstruo gigante como guardaespaldas.

Después de una larga caminata, llegamos a la vista de las murallas de la ciudad. Luego a la puerta norte. Selena y yo caminábamos por nuestra cuenta ahora, casi recuperados por completo. En verdad, estar muerto hacía maravillas por la salud de uno.

El lado norte de Riven albergaba una serie dispersa de grandes casas. Parques y lagos secos. Vacío, arruinado por los combates. Ni siquiera nos encontramos con un guía hasta que entramos en el centro de la ciudad. Entonces una manada se derramó en la calle frente a nosotros. Sus armas listas. Varios guías colgaban de las ventanas de los edificios que bordeaban la calle, apuntándonos con armas y arcos de su propia fabricación. Nuestro grupo, de casi cien miembros, que alardeaba de su propio bestiario militar y un gigantesco ghoul dorado, probablemente los ponía nerviosos.

Comprensible.

—Nunca esperé verte de nuevo —dijo el guía que lideraba la manada. Se subió la máscara y lo reconocí. Mi asesino más probable. Polk era un hombre delgado y fibroso. Un rostro astuto. No sabía que los guías aún lo contaban como miembro. No sabía qué estaba haciendo aquí.

Mi mano se deslizó hacia mi látigo. Selena la agarró. Me detuvo.

—Ahora no es el momento —dijo Selena—. Hay demasiado en juego.

—Sabes por qué lo hicimos —me dijo Polk—. Órdenes de Piotr. Nos dijo que tenía una solución que salvaría a todos. No queríamos morir más que él.

—Eso no es una excusa —dije.

—Por eso estoy aquí —respondió Polk—. Tratando de compensarlo. Cerrando brechas. Ganándote tiempo.

—¿Quieres ganarnos tiempo? —dije—. Entonces déjanos pasar. Este grupo son refuerzos. Para ayudarte. Saben lo que están haciendo y pueden manejar espíritus.

—¿Y esa cosa? —dijo Polk, asintiendo hacia el ghoul.

—Es mío. Lo enviaré tras cualquiera que me moleste. Como tú.

Polk se rió, pero fue una risa débil. Cargada de nerviosismo. Bien.

Los guías no nos combatieron. Nos dejaron entrar en su territorio. Desde allí no fue un largo camino hasta la plaza con la fuente, cerca de las ruinas carbonizadas de la torre del reloj, donde Bryce había establecido su cuartel general. Tuvimos suerte. Habíamos llegado en un momento en que tanto Bryce como Alec habían cruzado. Estaban allí, examinando un gran tablero en el que se había dibujado un mapa rudimentario de Riven. Marcadores colocados, movidos de un lado a otro para indicar las brechas. Otras piezas, trozos de escombros cortados en cuadrados y círculos, indicaban grupos de guías y dónde habían sido enviados.

No le tomó mucho tiempo a Bryce, después de que le conté nuestra historia, enviar al ghoul, a Cheo y su ejército a un nuevo objetivo. La puerta oeste de la ciudad.

—Es el mejor punto de estrangulamiento que tenemos —le dijo Bryce a Cheo—. Tendrás acción constante. Hay demasiadas brechas en el bosque y no podemos llegar allí. Pero si los contienes con las murallas, los canalizas hacia la puerta, eso nos dará tiempo para limpiar la ciudad. Ahora mismo apenas estamos resistiendo.

Cheo aceptó el nuevo deber con la misma expresión solemne que le había dado a Mali. Juró su devoción a la nueva causa y luego marchó con su fuerza.

Bryce se acercó a Selena y a mí. Le hizo señas a Alec para que se acercara.

—No se ve bien —le dije a mi antiguo mentor—. Matamos a la persona que Nara dijo que nos iba a ayudar.

—¿No hay un plan de respaldo? —dijo Bryce.

—No lo sabemos —dijo Selena—. No hemos vuelto con ella.

—Ahí es donde vamos ahora —añadí.

—¿Pueden dedicar una hora o dos? —preguntó Bryce—. Anna está desaparecida. Ella y ese escurridizo de Laurence nos estaban ayudando. No me quedan guías que pueda enviar a buscarlos. Especialmente ninguno que quiera arriesgarse por un escurridizo.

—Iría solo, pero las brechas hacen que sea demasiado peligroso viajar en solitario —dijo Alec.

—¿Adónde fue? —pregunté.

—Dijo que iba a volver al lugar donde cruzan. Querían un edificio alto para ayudar a explorar la ciudad. Si podemos asegurar un punto de observación, podremos enviar guías a las brechas rápidamente. Mantenernos vivos un poco más —dijo Bryce—. ¿Sabes dónde podría haber un edificio así?

—La Colmena. Podemos comprobarlo. ¿Cómo va todo lo demás?

Bryce suspiró. —Si hubiera alguna esperanza de que pudiéramos sobrevivir a esto por la fuerza de las armas, te pediría que te quedaras. Te pediría que lucharas con nosotros y cerraras tantas brechas como pudieras. Hemos perdido el bosque. Nos enfrentamos a más ghouls cada día. Por el otro lado, con Piotr fuera, las conversaciones de paz están vacilando. Nadie quiere renunciar a su parte. Mientras discuten, sus ejércitos siguen luchando.

Bryce lanzó una mirada al cielo lleno de chispas.

—Carver, si no tienes éxito, no resistiremos mucho más. Ni nosotros ni Riven.

Después De Anna



Correr por Riven se sentía familiar, y de una buena manera. Los mismos callejones traseros, edificios en ruinas y calles cubiertas de ceniza se sentían como el hogar. Ya no más cañones, ni más flora idéntica de la jungla. Solo piedra dura y madera. Selena, Alec y yo nos dirigimos hacia el sur desde la torre del reloj en dirección a los Warrens.

—¿Cómo está el otro lado? —le pregunté a Alec mientras caminábamos.

—Caótico como siempre —dijo Alec—. Chicago es un desastre. Todos en un frenesí tratando de hacer cosas para esta guerra interminable. Encima de eso, todos están enfermos. Esta enfermedad continúa su devastación. Ahora todos usan sus máscaras. Incluso en interiores.

—Suena divertido —dije.

—Yo solía vivir así —los ojos de Selena miraban fijamente a un pasado distante—. Wiley, mi esposo, trabajaba como carnicero. Nunca teníamos aire limpio en esa parte de la ciudad. Todos usaban sus máscaras. A veces los purificadores se averiaban y las usabas también en interiores. Como cualquier cosa podía enfermarte, usábamos guantes todo el tiempo.

—Qué asco —dije.

—En efecto, de los mundos que tenemos, el tuyo parece el más miserable —dijo Alec.

—Pensarías eso —dijo Selena—. Excepto que éramos tan cuidadosos que pocos de nosotros realmente enfermábamos. Éramos felices, saludables a nuestra manera.

—Yo me arriesgaría con la enfermedad para poder respirar por mi propia boca de vez en cuando —dijo Alec—. ¿Cuando hace calor? Nadie quiere una máscara envuelta alrededor de su cara.

—El precio que pagas, supongo —dijo Selena.

—¿Todavía existe Ezra? —pregunté.

—Carver, has estado fuera una semana. El mundo no ha cambiado —dijo Alec.

Justo. No había estado muerto por tanto tiempo. Solo que era difícil de decir. Ya parecía que mis recuerdos del tiempo anterior, de la Tierra y de caminar por las calles reales, se estaban desvaneciendo. Como la infancia o un día aburrido a la mañana siguiente. Pedazos cayendo y siendo reemplazados por el gris perenne. No sabía cómo aferrarme a ellos. Cómo aferrarme a quién era yo.

Llegamos a la Puerta de los Espectros, el arco que conducía a los Warrens. Los espíritus eran más comunes aquí, los edificios altos y apretados proporcionaban mucho espacio para que cruzaran después de su fallecimiento. Usualmente encontrarías algunos espíritus enojados corriendo por ahí, listos para ser capturados. Ahora, había guías patrullando en grupos y casi

todos los espíritus ya habían sido pacificados. Sus ojos en blanco. Ninguna de la curiosidad asustada que verías en un espíritu antes de que el fuego los reclamara. No, todos estos habían sido capturados. Si Riven tenía una política de tierra arrasada, los guías la estaban empleando.

—¿Crees que alguna vez volverá a ser como antes? —le pregunté a Alec—. ¿Donde no tengas que caminar cada cuadra con la mano en tu arma?

—No puedo responder esa pregunta —dijo Alec—. Podemos elegir. Si tenemos éxito, entonces Riven puede conocer algo de paz. Si fallamos, entonces nosotros podemos conocer la nuestra.

Después de cuatro cuadras más, nos encontramos con un edificio grande, casi una manzana de largo por sí mismo. Siete pisos de altura y sirviendo como punto de cruce de Anna. Su habitación, el lugar donde ella y Laurence cruzaban desde su escondite en Chicago, estaba en el sótano. Nos paramos en frente, mirando hacia la entrada, y no vimos nada.

—¿Deberíamos entrar? —pregunté.

—¿Dónde podrían estar? —Alec escudriñó la amplia fachada del edificio.

—Dos opciones —dije—. Arriba o abajo. Cruzan al sótano, así que digo que revisemos allí primero.

Los tres nos movimos hacia el vestíbulo, un lugar espacioso que merecía estar decorado con plantas en macetas y columnas de mármol. Un escritorio de bronce con una recepcionista, un portero para inclinar su sombrero y saludarte. En su lugar, manchas salpicaban el interior, rojos y marrones descoloridos, la ocasional marca negra de fuego. Agujeros perforados en el suelo y desgarros en las paredes daban fe de peleas distantes. Grandes habitaciones a ambos lados del vestíbulo rendían homenaje a la vida que se suponía que el edificio de apartamentos debía tener. Restaurantes, quizás. O espacios de reunión. Clubes sociales, como si Riven alguna vez los hubiera tenido. Hacia la parte trasera del vestíbulo se abría una amplia escalera, que iba tanto hacia abajo como hacia arriba.

Caímos en el típico silencio que los guías adoptaban al investigar un área nueva. Un espacio donde el peligro podría estar a la vuelta de cualquier esquina. El más mínimo sonido, la risa más silenciosa podría servir para enfurecer a un espíritu. No era una posibilidad que estuviéramos dispuestos a correr. Yo iba al frente, con la gran espada en mis manos. La escalera me daba suficiente espacio para balancearla, aunque estaba menos seguro sobre los pasillos de abajo y arriba. De nuevo, a estas paredes no les importaría unos cuantos cortes extra.

El sótano se parecía a una catacumba. Había cruzado aquí con Anna más de unas cuantas veces, pero nunca solo. Siempre con ella para guiarme hacia afuera. Así que tuve que sacar el plano de mi memoria. Ya fuera porque estábamos parados justo allí, o porque el pensamiento concernía a Riven, el diseño volvió con claridad.

¿Quién necesitaba recuerdos de la infancia cuando podías recordar disposiciones de sótanos a voluntad?

—Es una cuadrícula —susurré a Selena y Alec—. Estamos en el medio de atrás. A la derecha, hay tres habitaciones principales. Todas cuadradas, creo que tal vez destinadas a almacenar suministros. A la izquierda, es un gran espacio. Conductos. Muchas cosas arruinadas. Probablemente donde iría la energía, si esto hubiera sido Chicago. Digo que empecemos allí.

No dije que la habitación grande facilitaría vernos entre nosotros. Para cubrir las esquinas y asegurarnos de que no nos tendieran una emboscada. Alec, Selena y yo necesitábamos un calentamiento. Necesitábamos volver a acostumbrarnos a despejar habitaciones donde espíritus furiosos podían esconderse detrás de cualquier cosa. Podían alcanzarte desde cualquier sombra para agarrarte la garganta y destrozarla.

La puerta de la habitación grande, un asunto doble, había sido arrancada. Al otro lado, era fácil ver qué lo había hecho. Un trío de espíritus babeantes estaba al fondo de la larga habitación, arañando su puerta trasera. Golpeando y desgarrando. No sabía qué intentaban alcanzar, por qué no salían simplemente por nuestra puerta. Sin razón, excepto que los espíritus tendían a pensar en línea recta.

Nos adentramos sigilosamente en la habitación, pisando tuberías, escombros y trozos de madera rotos. Los espíritus no se dieron cuenta. Tan concentrados en ese extremo lejano. En lo que fuera que hubiera al otro lado de esa puerta. Llegamos a menos de metro y medio de ellos antes de que uno se girara, un hombre de mediana edad cuyos ojos ardían brillantes con ese fuego azul furioso. Abrió la boca para gritar y sus compañeros se volvieron, y entonces los acabé a todos con un solo movimiento. Un amplio corte con la gran espada, su hoja envuelta en fuego azul.

Cada uno de los tres cortes de mi tajo se encendió, quemando a los espíritus y haciéndolos caer al suelo. En un minuto se levantarían de nuevo, ya no peligrosos.

—Menuda arma esa —dijo Alec—. Por un segundo pensé que fallarías. Que le darías una oportunidad a ese.

—Me alegro de que tengas fe en mí —dije.

—Estás recién muerto —respondió Alec—. Pensé que necesitarías algo de tiempo para adaptarte. Que podrías estar un poco lento.

—No he perdido facultades, créeme.

Selena pasó junto a nosotros y levantó el pomo de la puerta, una acción que los espíritus no habían pensado en hacer. Al otro lado estaba la parte trasera del sótano, un pasillo oscuro y vacío. Salimos a él y giramos a la derecha. Hacia las habitaciones del otro lado del sótano. Reconocí este lugar; Anna y yo cruzamos a la última habitación de este lado. La puerta que daba a ella estaba cerrada, y cuando intenté girar el pomo no se movió. Cerrada con llave. Así que hice lo que ningún espíritu se molestaría en hacer jamás.

Llamé a la puerta.

Escalera Divisoria



¿Quién anda ahí?

Escuché la voz al otro lado. La reconocí.

—Laurence, soy Carver. Y algunos amigos. Estamos tratando de encontrarte a ti y a Anna —respondí.

La puerta hizo clic un momento después y se abrió para revelar a Laurence, el compañero de Anna en el sigilo y residente de Chicago. Tenía un aspecto, para decirlo de manera caritativa, no muy bueno. Sus ojos estaban muy abiertos, y noté que su boca había adquirido un tic inquietante, como si no pudiera decidir entre fruncir el ceño o abrirse en un grito escalofriante. Laurence, quien no había ocultado su desdén por los guías, me abrazó con fuerza. Tan fuerte que tuve que levantar los brazos para mantener la gran espada fuera del camino mientras el hombre hundía su cabeza en mi hombro.

—Nunca pensé que volveríamos a ver a otra alma —murmuró Laurence mientras se apartaba de mí—. Nunca pensé que podría salir de este sótano. Que Riven estaría cerrado para mí para siempre.

—Parece algo extremo, ¿no? —dije—. No es como si no hubiera un montón de guías por ahí.

—¿Cuántos entrarían aquí? —preguntó Laurence—. No se puede ver la brecha desde la calle. Nos dimos cuenta de eso después del primer día. Está en medio del edificio, junto con todos los espíritus. No estaban haciendo mucho ruido cuando volvimos aquí. Subimos a la azotea y captaron nuestro olor.

—¿Anna está en el techo? —dijo Selena—. ¿Por qué?

—Pensamos que podríamos encontrar un lugar —dijo Laurence—. Este edificio es uno de los más altos de toda la ciudad. Desde el techo se puede ver a través de todos los barrios. Puedes detectar brechas a kilómetros de distancia. Si lo manteníamos y establecíamos una línea de comunicación con Bryce y el resto de los guías, podríamos dirigirlos rápidamente a cualquier brecha.

—Entonces, ¿por qué estás aquí abajo, cuando ella está arriba? —pregunté.

—Nos arriesgamos —dijo Laurence—. Anna desvió su atención y yo hice una carrera. Acordamos que, como ella tenía un arma y sabe cómo luchar, Anna debería quedarse arriba mientras yo bajaba. Apenas logré engañar a los tres espíritus en la habitación de al lado.

—Los encontramos —dije—. Ya nos encargamos de ellos.

—Disculpen, creo que deberíamos movernos hacia el techo —dijo Alec—. Cualquier retraso parece inapropiado.

—Sí, sí —dijo Laurence—. Había planeado ir a lo de Ezra. Para contarles lo que pasó. Pero ahora están aquí.

—Siempre llegando justo a tiempo, ese somos nosotros —dije.

Nos dimos la vuelta y corrimos desde el sótano. Nuestros pies resonaban en las escaleras, con Laurence en la retaguardia. Subimos al vestíbulo y luego al segundo piso. Arriba hasta el tercero.

Se podía oír: los gruñidos y golpes de manos enloquecidas golpeando las paredes. El siseo y la rabia medio susurrada. La brecha estaba aquí.

—¿Hay otra escalera? —le pregunté a Laurence.

Había subido a este edificio de apartamentos una vez antes, cuando Anna y yo intentamos hablar con los espíritus que atamos en la Montaña. Habíamos tomado la escalera central hasta arriba. Ella nunca mencionó si había una salida trasera, pero parecía extraño que estos escalones estuvieran tan vacíos.

—Delgada y traicionera —dijo Laurence—. Una escalera de incendios. Nunca entendí por qué se necesitaría una de esas en Riven.

—Hay una larga historia sobre de dónde vino todo esto —dije—. Te la contaré más tarde. Si los espíritus no están subiendo por esta, entonces tienen que estar yendo por la otra.

—Eso es bueno, ¿verdad? —sugirió Selena—. ¿Menos obstáculos antes de llegar a Anna?

—En teoría.

—Esperen —dijo Alec—. Tengo una tableta. Podemos cerrar la brecha.

—Alec y Selena. —Saqué mi cuchillo largo y se lo entregué a Laurence—. Tú también. Encuentren la brecha, ciérrenla. Yo iré por Anna.

—¿Estás seguro? —dijo Alec—. ¿Podríamos dividirnos equitativamente?

—La brecha es más importante. —Levanté la espada—. ¿Y han visto esta cosa? Estaré bien.

Selena puso los ojos en blanco. Le di una amplia sonrisa. A los espíritus también les gustaba jugar a ser héroes.

El trío se separó y se dirigió por el pasillo paso a paso. Levanté la gran espada frente a mí, con ambas manos envueltas alrededor de la empuñadura, y subí corriendo las escaleras. Una vez más, fui consciente de cómo la resistencia infinita de un espíritu hacía que correr por los pisos sosteniendo un arma pesada fuera tan fácil como un trote ligero en Chicago. Solo esperaba que Anna aún estuviera allí para que yo la salvara.

Salvar Al Infiltrado



Llegué al cuarto piso y las cosas se pusieron feas. Un par de espíritus estaban en el rellano, gruñéndose entre sí. Peleando por quién iría primero. Dos soldados. Aún llevaban sus uniformes andrajosos. Había notado que a medida que la guerra avanzaba, la calidad del equipo que vestían los espíritus se volvía más delgada y deteriorada. Antes solían cruzar con colores limpios, medallas y rangos cosidos a los lados. Ahora apenas llevaban más que harapos. Lo que fuera que los países pudieran producir lo suficientemente rápido para vestir a sus tropas.

Y, sin embargo, esos simples uniformes se adherían a la identidad del soldado tan fuertemente que cuando morían, esos harapos los acompañaban.

—Ojalá más gente peleara por mí como ustedes están peleando por esas escaleras —dije, llegando al rellano.

El soldado más cercano me miró con furia, sus ojos ardiendo con fuego azul. Se giró y saltó hacia mí con las manos extendidas. La altura de la escalera le dio bastante alcance, pero resultó poca defensa contra mi espada larga. La blandí de derecha a izquierda atrapando al espíritu en medio del salto y lanzándolo escaleras abajo mientras el fuego azul lo envolvía. Dondequiera que el soldado aterrizara, estaría caminando hacia un solo lugar. El Ciclo.

El segundo espíritu me placó hacia atrás por las escaleras, atrapándome antes de que pudiera poner la espada en posición. Rebotamos contra la pared, rodando el uno sobre el otro por los escalones. A mitad de camino de vuelta al tercer piso. Seguí rodando hasta que quedé sentado encima, nivelado en un escalón. El espíritu me mordió y le clavé la empuñadura de la espada larga en la cara. Lo hice retroceder.

Me hubiera encantado tener mi cuchillo largo. Para agarrarlo con la mano izquierda, dar una estocada rápida para terminar la pelea. La espada larga no servía de mucho en espacios reducidos. Así que hice lo que pude. Levanté la empuñadura de nuevo y le golpeé la cara al espíritu por segunda vez. Me gané un momento de confusión aturdida. Lo aproveché para levantar mi rodilla y plantar mi pie en el estómago del espíritu. Me puse de pie y subí un par de escalones. El espíritu se levantó tras de mí, agarrándome los tobillos. Bien. Giré la espada en mis manos y la clavé directamente hacia abajo. Justo en medio del espíritu. Lo envié lejos con una explosión de azul.

Subí las escaleras, pasé el cuarto piso hasta el quinto. Podía oír los ruidos al final del piso. Hacia donde Laurence dijo que podría haber una escalera trasera. Tenía una opción. Podía ir por ahí, enfrentarme a los espíritus aquí y luchar para subir. O tomar estas escaleras, la ruta más fácil para llegar al techo.

Me incliné por el camino de menor resistencia.

Subí al sexto piso y luego al séptimo. O más bien, a la puerta que se abría hacia la azotea. Escuché antes de girar el pomo, pero no oí nada al otro lado. Ni choques de metal, ni gruñidos, ni peleas. Si Anna aún vivía, se había despejado bastante espacio.

Usé mi hombro, empujé la puerta para abrirla con la espada lista para apuñalar cualquier cosa al otro lado. Solo que no vi a nadie. Ni un alma en toda la azotea. Piedras vacías y la amplia extensión de la ciudad más allá del borde.

—¿Anna? —grité—. ¿Dónde estás?

—¡Carver! —escuché la voz de Anna, a un lado del edificio. Abajo de la azotea.

Corrí, pisando fuerte a través de las piedras planas. Miré por el borde y vi que Laurence tenía razón. Una segunda escalera se aferraba al edificio, hierro negro subiendo por el costado en un patrón entrecruzado. En la parte superior de esa salida de emergencia, conteniendo una larga fila de espíritus que rechinaban y se retorcían, estaba Anna. Blandía el mayal que Nicholas había hecho para ella con ambas manos, aplastándolo sobre un espíritu que intentaba subir hacia ella. Anna balanceaba lentamente, y noté que sangraba por varios cortes. Particularmente un largo tajo sobre su ojo izquierdo.

—¿Te importaría que cambiáramos de lugar? —dijo Anna sin mirar hacia arriba—. He estado aquí durante mucho tiempo.

—Dame algo de espacio —dije. Anna retrocedió, permitiendo que un par de espíritus ganaran unos escalones más sin que su mayal se balanceara frente a ella. Eso fue un error. Me dejé caer de la azotea, clavando la espada larga frente a mí mientras caía. Alcancé la plataforma en la parte superior de las escaleras y bajé la espada sobre ambos espíritus. Mientras los partía en dos, me di cuenta de por qué Anna había elegido pelear aquí, en lugar de en la base más amplia de la azotea.

Los espíritus que había derrotado se quedaron allí por un momento en las escaleras, bloqueando el camino a los furiosos que venían detrás. Confundidos y perdidos. Ganándonos tiempo.

—No es un mal plan —dije—. Aunque, ¿por qué no usaste tu chispa? Para eso son.

—Lo hicimos —Anna se desplomó contra la barandilla—. Usé todas las chispas que tenía. Solo que el cielo está demasiado abarrotado. Hay tantas luces ahora que es imposible saber cuáles realmente necesitan ayuda. O tal vez nadie se dio cuenta.

Al regresar a Riven desde los cañones de Mali, había notado lo mismo. El cielo era un arcoíris cambiante de colores mientras infinitas chispas salpicaban contra la niebla. Nuestro principal método de comunicación se volvía menos efectivo cuanto más lo usábamos. Si había chispas por todas partes, no podíamos distinguir cuáles requerían la primera, o cualquier, respuesta.

—¿Así que estabas atrapada aquí arriba? —pregunté.

—No, me quedé porque me apetecía —replicó Anna—. ¿No parece divertido?

—Lo siento, mala pregunta.

Los dos espíritus retrocedieron a través de la línea de furiosos y tomé el lugar de Anna. Agité mi espada ante las manos que intentaban agarrar de la siguiente oleada, manteniéndolos a raya. Y si se acercaban demasiado, los partía en dos.

—¿Encontraste a Laurence? —preguntó Anna.

—Estaba disfrutando del sótano —apuñalé a un espíritu y lo envié tambaleándose escaleras abajo, consumiéndose—. Tienes que enseñarle a ese tipo a pelear.

—Lo haré, con todo ese tiempo extra que tenemos —dijo Anna, y luego se animó—. Pero si

podemos tomar este edificio, creo que ayudará. Bryce no sabe adónde enviar sus fuerzas. Estamos respondiendo, no siendo proactivos. Cuantas más brechas atrapemos temprano, menos espectros tendremos que enfrentar.

—Lo haremos —dije—. Selena y Alec están ocupados lidiando con la brecha. Una vez que la despejen, deberíamos poder encargarnos del resto de estos tipos sin problemas.

—Gracias, Carver.

—Es mi culpa que estés en este lío. Creo que te debo al menos una escapada.

Nos quedamos allí, manteniendo la posición en lo alto del techo durante un rato más. Hasta que empezaron los chillidos abajo. Alec y Selena habían cerrado la brecha y estaban abriéndose paso hacia nosotros. Cuando los espíritus me dieron la espalda, acabé con ellos rápidamente. Nos encontramos en el medio, en el quinto piso. Alec y Selena tenían expresiones sombrías en sus rostros.

—¿Dónde está Laurence? —pregunté.

—Cruzó al otro lado, después de que los vimos a ustedes dos arriba. Por lo visto, ¿han pasado un rato en este lado? —dijo Alec.

—Mi cuerpo probablemente esté muerto —dijo Anna—. Solo estoy bromeando a medias.

—Entonces ve. Le contaré a Bryce sobre el edificio. No te preocupes.

—Nosotros también tenemos que irnos —dije—. Nara está esperando.

—Ella no es la única. Todos están esperando, Carver, ve. Encuentra una manera de salvarnos. Selena, no dejes que lo arruine.

—Estás pidiendo lo imposible —dijo Selena mientras nos abríamos paso entre espíritus aturdidos.

—Carver —dijo Alec, y lo vi sosteniendo mi cuchillo largo por la hoja—. ¿Olvidando algo?

Me lanzó el arma y la atrapé, sentí el filo cortarme la palma. Sentí que el corte comenzaba a curarse inmediatamente mientras guardaba el cuchillo en su funda. Mi espíritu cubriendo mis errores.

Dejamos los Warrens y nos dirigimos al este. La primera vez que salimos de la ciudad, Alec y Anna nos habían dado una escolta personal. Ahora no teníamos ninguna. Ahora los guías que corrían por ahí apenas nos notaban. No teníamos fuego azul en los ojos, no teníamos una brecha a nuestras espaldas, no había tiempo para investigar a un par de espíritus. No había razón si no estábamos tratando de matarlos.

Riven estaba muriendo por mil heridas. Los guías tenían que concentrarse en las más grandes.

Preguntas Y Evasiones



Los campos de grano no eran tan encantadores como las oscuras calles de Riven. Algo en esas espigas interminables, sabiendo que habían sido creadas por una diosa enferma sin amor por la persona que Mali había atrapado, hacía que las plantas ondulantes fueran aún peores que antes. Vi a Selena estremecerse, y sentí ganas de hacer lo mismo mientras nos abríamos paso. Cada una de estas espigas reflejadas era el producto de la ilusión de una persona.

Llegamos rápidamente al claro de Nara. Ninguno de los dos quería pasar un minuto más en estos campos. Su fuego aún ardía, la pila de grano a la misma altura que cuando nos fuimos. La ruina carbonizada enviaba un fino humo hacia el cielo y dejaba en el aire el olor a leña seca. La propia Nara no estaba fuera cuando llegamos. Solo apareció después de que hubiéramos estado allí de pie durante un minuto entero o más. Como si esperara el momento adecuado para hacer su gran entrada.

No es que su frágil forma, vestida y cansada, pudiera lograrlo.

—Cuento solo dos de ustedes —dijo Nara.

—A Mali no le gustó tu oferta —suspiré—. Tampoco le gustamos mucho nosotros.

Me lancé a contar la historia. La pelea con el ghoul, el espectáculo de agua de Mali, y mantuve un ojo en el rostro de Nara durante todo el relato. Su expresión nunca cambió. Ni siquiera cuando compartí los comentarios de Mali, esas duras declaraciones sobre si se debía confiar en Nara. Sobre si sus motivos eran verdaderos. Que Nara solo llevaría a Riven a un caos mayor. De hecho, la única reacción que vi vino cuando le conté cómo había apuñalado a Mali con el virote de la ballesta. El fuego azul quemando el poder de Mali, su conciencia. Ante esas palabras, Nara cerró los ojos por un segundo y juré, juré que vi una lágrima hacer su camino por las arrugas de sus mejillas.

Cuando los ojos de Nara se abrieron de nuevo, eran tan feroces como siempre.

—Debería haber esperado que Mali hubiera perdido su visión —dijo Nara—. Mali siempre fue la más sintonizada con el presente. Con lo que sentía en el momento. Eso la hacía una creadora tan grande y terrible. Sus caprichos construyeron la ciudad, construyeron el bosque, construyeron este campo masivo. No pensaba en hacia dónde iba, no pensaba en lo que estaba haciendo.

—Quería preguntarte —dijo Selena—. Si sabías por qué la ciudad de Riven es tan cercana a lo moderno. Si Mali había estado aquí durante siglos, ¿por qué construiría un lugar que debe ser completamente diferente a su época?

Nara sonrió, miró hacia el fuego. —No siempre fue así. La ciudad ha vivido y muerto mil

veces. Hace tanto que no la veo que apenas recuerdo cómo se ve. A medida que llegaban nuevos espíritus, Mali les hacía contar sobre el mundo, y rehacía Riven para adaptarse a sus relatos. Dices que ella mantenía espíritus nuevos propios. Supongo que, cuando le apetecía, Mali reconstruía la ciudad.

—¿No lo notaríamos? —dije—. Si, digamos, hace cien años, la ciudad se transformó por sí misma.

—Tal vez lo hicieron. ¿Hay registros? ¿Diarios escritos?

—Algunos —dije—. Pero la mayoría se ocupan de guías. Nombres y títulos. Posiciones y leyes. Riven en sí siempre pareció ser la misma. Una tarea interminable.

—Entonces quizás esa sea tu respuesta —respondió Nara—. Si el enfoque está siempre en los espíritus, entonces un mundo que cambia ligeramente una vez en la vida puede no ser tan notable.

Nara tenía razón. Si mañana hubiera vagado por los Warrens y lo hubiera encontrado renovado con edificios más nuevos, podría estar confundido por un momento, pero a la primera vista de un espíritu torturado, volvería a lo habitual. Riven tendía a matar a los curiosos.

—Mali mencionó prisiones —dije, volviendo al tema—. Con el agua, pareció mostrar a los tres de ustedes siendo divididos. ¿Es por eso que no viniste con nosotros?

—Cuando nos separamos —dijo Nara—, teníamos nuestras diferencias. Nos dimos cuenta de que representábamos un gran peligro para Riven con nuestras luchas. Así que nos sellamos mutuamente. Esperaba que Mali pudiera separar las barreras.

—No veo ninguna barrera.

—El campo —dijo Nara—. Esa es mi prisión. Dolan tiene su desierto, y Mali sus cañones.

—No lo entiendo —dijo Selena—. ¿Cómo? ¿Cómo pueden sellar a alguien en un solo lugar?

—Seguramente a estas alturas aceptan que Riven tiene secretos a los que no tienen acceso. Quizás, con el tiempo, lo entenderán.

Había escuchado a los guías darme declaraciones vagas toda mi vida. Creciendo con una frase tras otra diciéndome que aceptara lo que me habían dicho y no hiciera preguntas. Que lidiara con el hecho de que algunas cosas no estaban destinadas a que yo las supiera hasta algún "momento" indefinido. Había vencido al líder de los guías en combate, rescatado y condenado a mis propios padres, y había sido asesinado. ¿Qué más podría hacer posiblemente para estar listo para entender algo?

—Nara —Desenvainé la gran espada. La apunté hacia la mujer. Sentí los ojos de Selena ardiendo en mí, pero la ignoré—. Explica. O asumiré que lo que dijo Mali es cierto. Te acabaré aquí y me arriesgaré con los espíritus.

—Una declaración audaz —respondió Nara con calma—. Y sin duda, Carver Reed, estás dispuesto a arriesgarte. Pero ¿qué hay de ella? ¿Qué hay de tus amigos en la ciudad? ¿Estás dispuesto a arriesgarlos a todos por tu juicio precipitado?

Entrecerré los ojos y ella levantó una mano nudosa. —Aun así, tal vez tengas razón. ¿Quieres saber por qué estamos sellados? Ve, encuentra a Dolan. Él te lo dirá. Si Mali no puede ayudar, entonces él es nuestra última opción. Aunque los tres habríamos sido mejores, Dolan y yo aún podemos hacer lo que se necesita.

—¿Y por qué no puedes decirnos? ¿Por qué no puedes darnos las respuestas?

—¿Me creerías si lo hiciera? —respondió Nara, y tuve que admitir que tenía razón en eso. Ya había empezado a tomar cada una de sus frases con una gran dosis de duda.

—¿Dijiste que él vivía en un desierto? —Selena nos sacó de la tensión. Levanté la espada, la volví a poner en su vaina.

—Al sur de la ciudad —dijo Nara—. En un mar de arena muy parecido a este campo. Si sigues caminando, lo encontrarás. Tráelo aquí, y juntas podremos ayudarte.

Nara se dio la vuelta para entrar en su cabaña, y Selena miró hacia el camino por el que habíamos venido.

—Espera —le dije a la espalda del espíritu—. Tengo una pregunta más.

Nara me miró, su rostro una línea inexpresiva. Sin sorpresa, sin irritación, sin nada. —Pregunta.

—Mali. Lo que nos mostró, parecía que habías atado espíritus. Muchos, muchos de ellos. ¿Cómo lo hiciste, si no estabas viva?

Nara sonrió, pero no me gustó el hambre que apareció en sus ojos arrugados. Una persona que recordaba su brillantez y estaba ansiosa por demostrarla. —Un alma viva ata a otra dando parte de su vida. Como prender fuego a la leña. Un espíritu muerto ata de la manera opuesta. Robando lo que queda de aquel al que busca controlar.

Sus palabras encajaron. La torre de Barth, en el extremo lejano de la ciudad. El antiguo guía enloquecido tenía más de una docena de espíritus a su servicio, pero la mayoría habían perdido su personalidad. Habían estado inmóviles y en silencio, excepto por el que Barth había dirigido para recibirnos.

—¿Cuántos? —pregunté—. ¿Cuántos espíritus podrías atar de esta manera?

—¿Por qué necesitas saberlo? ¿Estás teniendo ideas?

—Estoy tratando de encontrar las tuyas.

—Te he dicho, una y otra vez, que mi verdadero deseo es salvar mi hogar —habló Nara, con un dejo de molestia en su voz.

—No has dicho cómo.

—No estás en posición de preguntar. Ahora, vete. Tus amigos están muriendo mientras pierdes el tiempo.

No tenía argumentos contra ese punto. Mientras Nara volvía a su cabaña, Selena y yo una vez más nos pusimos en marcha a través del campo de grano. Regresando a la ciudad, y luego hacia el sur, a otra parte de Riven que nunca había visto.

Con suerte, el desierto y Dolan resultarían menos hostiles que la selva y su reina.

Amor En El Más Allá



Para llegar al desierto, una vez más teníamos que elegir: volver a atravesar la ciudad o rodearla. Llegamos a la puerta este sin enfrentarnos a esa decisión y, mirando hacia el Palacio derruido y el desfile de chispas más allá, miré a Selena y me encogí de hombros.

—Si entramos ahí, es probable que nos atascemos —dije—. Ya oíste a Alec, no hay tiempo que perder.

—¿Me oyes discutir?

—Yo, eh, no, no te oigo. Supongo que quería expresar mi opinión.

Selena asintió, encontrando mi mirada a través del arco. —Vamos, Carver. Rodeemos por fuera. Bryce y los demás pueden mantener el control el tiempo suficiente.

Así que seguimos el muro hacia el sur. Pasamos la mayor parte del viaje discutiendo si Nara resultaría ser la peor decisión que habíamos tomado. Después de ver el espectáculo de Mali, cada vez me sentía menos seguro de que el viejo espíritu de la choza fuera a ser una buena opción. Que al intentar salvarnos, acabaríamos llevando a Riven a una ruina aún más oscura.

—Es difícil empeorar algo que ya es el fin del mundo —respondió Selena cuando expresé ese pensamiento.

—¿Confías en ella?

A nuestra derecha, el muro de la ciudad continuaba. Caminábamos sobre tierra dura, manteniéndonos alejados del grano a nuestra izquierda. Arriba, el mismo cielo gris se cernía sobre una brisa que hacía volar copos de ceniza por el aire. Nunca entendí realmente de dónde venían esos copos, pero hacían que Riven pareciera estar constantemente nevando. Ligeras nevadas. Sin ninguno de los encantos estacionales del tipo natural y frío.

—Veo a alguien que quiere algo y piensa que somos la mejor manera de conseguirlo —dijo Selena—. ¿Mi primer marido, el alcohólico?

—¿El que se cayó por la ventana del apartamento?

—Matthias, sí. Teníamos un entendimiento similar —dijo Selena—. Yo no quería quedarme en el campo. Él quería una esposa y vivía en la ciudad, donde yo pensaba que ocurría todo lo que realmente importaba.

—Eso es ingenuo —dije.

—¿Qué esperas de una chica de quince años? —respondió Selena—. Durante un breve tiempo, además, fue todo lo que imaginé. Matthias me usaba a mí, su nueva y bonita esposa, para entrar en el tipo de clubes y fiestas a los que antes no había sido invitado. Era un trato, y ambos sacábamos provecho.

—Eres tan romántica.

—Por favor —dijo Selena—. Tú no eres mejor. Es por eso que somos perfectos el uno para el otro. Somos tan malos compartiendo sentimientos que nos tuvo que llegar la muerte a ambos para enamorarnos de verdad.

Me reí. No podía discutir eso. Antes, cuando había atado a Selena, siempre había estado nuestra posición desigual cerniéndose sobre nosotros. Yo podía volver al otro lado mientras Selena tenía que quedarse en Riven. Si yo hubiera muerto, el vínculo se habría roto, potencialmente enviándola al Ciclo. Ahora, nos necesitábamos mutuamente. Necesitábamos las historias del otro, su mano para mantener a raya los susurros del Ciclo.

Riven no tenía citas para cenar. No tenía teatros ni circo. Pero tenía tiempo. Ya no dormíamos, no nos cansábamos. Nuestros momentos llegaban cuando trabajábamos para controlar a un espíritu, cuando navegábamos por la atestada jungla en los cañones de Mali, cuando llenábamos el interminable gris con historias que nos contábamos el uno al otro. Lo que teníamos no era un cuento de hadas, pero lo amaba de todos modos.

—Entonces, ¿cómo hace Matthias que confíes en Nara? —pregunté.

—Porque ella no cambiará hasta que tenga lo que quiere —dijo Selena—. Y cuando la gente consigue lo que quiere, baja la guardia. Si Nara empieza a hacer algo que no nos gusta, nos encargamos de ella.

—No sé si hay muchas ventanas de apartamentos para empujarla en ese campo.

—No necesitamos una. No aquí —dijo Selena. Podía decir sin mirar que su mano descansaba sobre el mango del cuchillo de carnicero. En eso, Selena tenía razón. Si Nara decidía jugar un juego diferente, intentaba cambiar las reglas, podríamos acabar con ella igual que hicimos con Mali.

A Través Del Desierto



Cuando llegamos a la puerta sur, al otro lado de los Tugurios y el lugar más concurrido de Riven, me detuve y contemplé la procesión de espíritus. Miles de ellos se agolpaban en la puerta, saliendo de la ciudad y dirigiéndose hacia el Ciclo. Por un sendero descendente que se adentraba en el oscuro bosque y subía hasta la Montaña más allá. Técnicamente, la puerta oeste habría estado más cerca, pero el camino iba por aquí y los espíritus lo seguían.

Tal vez así era como Mali lo había diseñado.

Hacia el sur, la hierba muerta y raquítica de Riven se extendía hasta el horizonte. Me pregunté si sería como los cañones, donde estaríamos caminando hacia la nada en un momento y, al siguiente, veríamos un nuevo mundo abrirse ante nosotros.

—¿Por qué está tan abarrotado? —dijo Selena, maravillándose ante la puerta—. No estaba tan mal cuando rescatamos a Bryce.

—Las brechas —respondí—. Normalmente los espíritus están esparcidos por todo Riven, pero ahora se están concentrando. Cuando una batalla en la Tierra forma una brecha, atrae a otros espíritus que están cruzando. Entonces tienes un gran grupo. Los guías los eliminan, y caminan juntos hasta aquí. Se unen al resto.

—Es inquietante.

Todos esos rostros; hombres, mujeres, niños de todo el mundo arrastrando los pies uno tras otro. Mirando al frente. Silenciosos y entumecidos.

—Es pacífico —dije, y Selena ladeó la cabeza mirándome.

—Supongo que se podría ver así —respondió.

—Elijo verlo así. Es más fácil de afrontar si lo miras de esa manera. Una marcha pacífica hacia un sueño sin fin.

Nos aventuramos hacia el sur, caminando sobre el suelo hasta que noté que comenzaba a ceder. Mis pisadas caían sobre un terreno menos firme. La tierra se desplazaba, y mis huellas dejaban marcas más profundas. La poca hierba que había murió.

—Es blanco —dijo Selena, mirando hacia adelante. Frente a nosotros, la tierra de Riven se convertía en una arena sedosa, extendida en pequeñas dunas como si alguien hubiera esparcido una fina manta de nieve. Los copos de ceniza caían y desaparecían en el paisaje, enterrados por la leve brisa de Riven.

—Al menos no es gris —respondí.

Atravesar la arena habría sido una tarea ardua si hubiéramos estado vivos. Capaces de agotarnos. Supuse que por eso nadie había explorado estas regiones antes. Los cañones y el

desierto estaban tan lejos de los muros de la ciudad de Riven que cualquier guía vivo habría tenido que dar media vuelta. Quizás con una sucesión de diferentes puntos para cruzar, uno podría avanzar gradualmente más y más lejos, pero eso planteaba una pregunta diferente.

¿Por qué?

Durante casi dos mil años, los guías habían operado en Riven sin perseguir los orígenes de sus estructuras. Se habían ceñido a su objetivo principal: controlar a los espíritus, mantener a los muertos en movimiento hacia el Ciclo. Nuestro número nunca nos dio el lujo de enviar guías en expediciones.

Nuestro. Todavía hablaba como si fuera uno de ellos. No solo era un espíritu, ya no estaba vivo, sino que había matado a Piotr, el último líder de los guías. Puede que él estuviera persiguiendo el desastre, pero no creo que yo aún calificara para ser miembro de ese estimado grupo. Miré de reojo a Selena caminando a mi lado, sus ojos brillantes bajo la luz que se reflejaba en la arena.

Tenía lo que necesitaba.

La columna apareció en una lenta revelación. Un obelisco sombreado en el borde de nuestra visión que se definió junto con sus compañeros detrás de él a medida que nos acercábamos. Tan altos como los que bordeaban el templo de Mali, y similarmente tallados con runas. Detrás de la columna, dividiéndola a ambos lados, había más. Una larga fila que se extendía hacia atrás hasta lo que parecía ser un amplio grupo de edificios.

Laurence tenía un mapa, en Chicago, que insinuaba un pueblo como este. Un lugar en ruinas. Si había alguien que daría los saltos necesarios para llegar tan lejos, sería él. Ahora deseaba haber estudiado ese mapa más detenidamente. Por mucho que disfrutara caer en la trampa en el templo de Mali, preferiría evitar la misma situación aquí.

—¿Lo ves? —me dijo Selena—. En la estatua.

Miré con más atención mientras nos acercábamos. Y lo reconocí. El disco, las tres figuras plasmadas en la dura piedra. La misma imagen que en el espectáculo de Mali con el agua. Nada más adornaba la estatua, solo un montón de ladrillos arenosos apilados uno encima del otro.

La siguiente columna continuaba el relato. Las figuras se movían ahora, algunos de los delgados contornos azules que había tomado por espíritus aparecían en el disco. Las mismas ilustraciones, la misma historia. Se desarrollaba a lo largo de las estatuas, cada una mostrando la siguiente escena a medida que avanzábamos más profundo y más lejos por la fila.

—Supongo que eso significa que Mali dijo la verdad —dijo Selena—. A menos que ella también haya hecho estos, y todo sea una mentira.

—Parece mucho trabajo, pero no puedo descartarlo —pasé un dedo por una de las pinturas. Para ver si se descascaraba, pero las columnas eran sólidas—. Por lo que dijo Mali, sonaba como si ella hubiera creado todos estos lugares.

Llegamos a las escenas de guerra. Donde las figuras oscuras con el fuego azul atacaban a los espíritus. Los empujaban hacia el Ciclo. Sin Mali empujando la historia, nos tomamos un tiempo para examinar las figuras. Las pinturas que les daban vida.

—¿Crees que estos son los guías? —le pregunté a Selena—. ¿Los que controlan a los espíritus y los envían de vuelta al Ciclo?

—No se me ocurre qué otra cosa podrían ser —dijo Selena—. Lo que significaría que esa tercera figura es la razón por la que existimos.

—¿Existimos?

—Siento que me lo he ganado, Carver —Selena se cruzó de brazos—. Mantenerte con vida tiene que valer algo.

—¿El placer de mi compañía no es suficiente pago?

—Ojalá —Selena me dedicó una leve sonrisa—. Sé que no debería importarme. Que es inútil, dado que somos espíritus, pero nunca *pertenecí* a nada. Ni una sola vez.

—Hasta ahora —dije, ganándome esta vez la sonrisa completa—. Claro que eso significa que no puedes marcharte. No puedes retirarte a un rincón lejano de Riven cuando las cosas se pongan peligrosas.

—Porque eso es tan propio de mí.

—Solo digo que los guías no aceptan gorrones.

—Te aceptaron a ti, así que creo que estaré bien —respondió Selena.

—Buen punto.

La siguiente columna mostraba una imagen de las tres figuras, separadas y divididas por gruesas barras verdes. Mali había insinuado que fue entonces cuando los tres se encerraron mutuamente. Pero nunca explicó las prisiones. Nara dijo que no podía abandonar el campo, pero ¿por qué? ¿Cómo?

—¿Crees que ella no podía salir de los cañones? —reflexioné.

—Creo que Mali estaba tan atrapada como Nara —dijo Selena—. Y Dolan, él está atrapado aquí.

—Espero que sepa cómo liberarse. Si estamos haciendo todo este camino para nada...

Fui a la siguiente columna, la última. Como la primera, se encontraba en el centro del camino. Las otras columnas se desplegaban a ambos lados, contándonos a través de imágenes pintadas la historia de los tres espíritus y cómo habían convertido a Riven en lo que era hoy. Esta, en tres de sus cuatro lados, mostraba un espíritu. Mali, Dolan y Nara. Cada uno pintado con un círculo verde alrededor de la figura. El círculo parecía extender la línea de uno al siguiente. Mali, con la mano extendida, parecía empujar el círculo alrededor de Dolan. Quien hacía lo mismo con Nara, que completaba el arco alrededor de Mali.

El alcance de Nara atravesaba el lado en blanco de la columna, la totalidad de ese lado era una única línea verde que atravesaba las piedras. Como si algo pudiera haber estado allí que se dejó fuera en el último momento. Sentí una mano posarse en mi hombro, pesada. Al principio pensé que era Selena, y luego miré.

Los ojos grandes y perdidos de un espíritu nuevo en Riven me devolvieron la mirada.

Ayudar A Un Espíritu



Joven, un chico no mucho mayor de doce o trece años. Sin marcas de enfermedad, sin heridas mortales. El chico había tenido la presencia de ánimo para convertir su espíritu en quien quería ser, en lugar de lo que era.

—Carver, lo tengo —dijo Selena desde detrás del niño, con la voz tensa. Sin duda con su cuchilla lista para atacar.

—Espera —dije—. Los espíritus no deberían aparecer aquí. Debería ser atraído a una brecha, o a uno de los otros lugares de la ciudad.

—¿La ciudad? —dijo el chico—. ¿Sabes dónde estoy?

Empecé a responder, pero los ojos del chico se desviaron y, en medio de mi frase, comenzó a caminar detrás de la columna. Más adentro del desierto. No era inusual. Los espíritus tenían mucho en mente, y sus mentes no estaban exactamente completas para empezar.

—¿Deberíamos atraparlo? —preguntó Selena, poniéndose a mi lado.

—No —dije—. No vi ningún fuego. Sigámoslo.

Seguimos al espíritu más adentro del desierto. Pasamos las columnas y entramos en lo que parecía un pequeño pueblo. Casas de un solo piso, sus pálidos ladrillos de estilo adobe se elevaban de la arena blanca en formas cuadradas. Se sentían antiguas, pero también prístinas. Un conjunto construido por un historiador, o alguien haciendo un modelo en un museo. El espíritu pasó de largo las casas, sin molestarse en revisar o mirar dentro de ninguna de ellas.

—¿Quién eres? —le pregunté al espíritu, gritándole adelante. A veces, empujar a un espíritu a recordar quién era podía darle una medida de cordura. Traerlo de vuelta del borde. El chico me miró por encima del hombro.

—Mis padres me llamaban Turner —dijo el chico—. ¿No crees que estén aquí, verdad?

De nuevo, cuando empecé a responder, el chico se dio la vuelta y siguió caminando. Más adentro del pueblo.

—No se dirige hacia el Ciclo —dijo Selena.

—Lo que significa que nos está llevando a donde vino —respondí—. Lo atraparemos allí.

Después de unas cuantas vueltas más por las calles del desierto, llegamos a un gran patio. Piedras pavimentaban el centro, y la amplia plaza estaba rodeada por todos lados por más de los edificios de ladrillo. Varios de estos se alzaban hasta dos pisos y uno, frente a nosotros, se erguía con cuatro pisos completos. El edificio grande parecía diseñado por una mano experta, su entrada bordeada por columnas gemelas que culminaban en un arco. El templo de Mali, en forma desértica.

—Hay una brecha —dijo Selena, señalando. En el centro del patio, el amplio estanque resplandeciente de una brecha nos devolvía la mirada. Más espíritus flotaban alrededor de los bordes. Mirando alrededor, curiosos. Debía haberse formado hace solo momentos. Los espíritus aún no estaban enojados, aún no eran viciosos ni estaban decididos a hacernos pedazos.

—Turner —dije—. ¿Es aquí donde querías traernos?

—Pensé que podrías ayudar a mis amigos —dijo Turner—. Todos estamos perdidos, ¿sabes?

Mi mano se deslizó hacia mi espada grande. Solo había una dirección para estos espíritus.

Víctimas De La Guerra



Desenvainé la gran espada de mi espalda y la apunté hacia el chico. Selena sacó su cuchilla y su cuchillo largo a mi lado. Nosotros dos nunca habíamos enfrentado una brecha solos, pero esta aún no estaba ardiendo. Al menos, no todavía.

—Carver —dijo Selena—. No tenemos una tableta.

—Entonces lo limpiaremos lo mejor que podamos.

Sin una tableta de zafiro, no estaba seguro de cómo cerraríamos la brecha, pero dejar espíritus alrededor eventualmente crearía un enjambre furioso. La brecha crecería. Se tragaría el pueblo del desierto y comenzaría a derramar espíritus hacia el norte. Retrasar eso tanto como fuera posible aún importaba.

Turner no se movió cuando me acerqué a él, cuando giré la empuñadura, cuando el fuego azul ardió sobre él. Los otros espíritus se volvieron para mirar, boquiabiertos mientras avanzaba, compartiendo tajos con Selena. Limpiando lo que quedaba de los espíritus de Riven para que sus almas sin mente pudieran comenzar su último camino hacia el Ciclo. En un minuto habíamos despejado la mayor parte del patio. O al menos, eso creía.

Casi salté al escuchar el primer aullido, tan discordante con el silencio del lugar. El susurro del viento sobre la arena, el ocasional murmullo de la brisa serpenteando a través de una casa cercana. Por lo demás, los únicos ruidos provenían del silbido de nuestras hojas. Hasta que los recién llegados hicieron notar su presencia.

Se arrastraron desde la brecha sin que nos diéramos cuenta, una mano a la vez. Tirando de sí mismos, parecían soldados. O nativos de una tierra que no conocía. Las brechas no discriminaban.

Un par de espíritus se levantaron del charco, mirando alrededor. Sus ojos parpadeaban con el fuego azul pálido que significaba que todo rastro de cordura había abandonado sus almas.

—Y justo cuando empezaba a aburrirme —les dije, agitando la espada en su dirección. Los espíritus sisearon y cargaron hacia mí, con los brazos extendidos y las garras dirigidas a mi cara.

Di un paso adelante con mi pierna izquierda, lanzando un amplio golpe que bisecó a ambos espíritus y los envió ardiendo al suelo. Detrás de ellos, sin embargo, aparecieron cuatro pares más de brazos a través de la brecha, arrastrando a los espíritus.

—Termina con el resto —le dije a Selena—. Yo me encargaré de los recién llegados.

Corrí hacia los brazos de los espíritus que aparecían y los corté. Primero uno, luego otro y otro con tajos consecutivos. Quemándolos mientras cruzaban a Riven.

Algo me agarró el tobillo y caí de espaldas. La brecha se extendió debajo de mí, una ventana

a un pueblo montañoso en ruinas. Eso explicaba la variedad. Un pueblo devastado por la guerra en un país que no conocía, soldados y habitantes cruzando mientras continuaba el bombardeo.

No es que tuviera tiempo de apreciarlo. El mismo espíritu que me había derribado salió de la brecha sobre mí. Arañando mi abrigo mientras trepaba hacia mi cara. Con mi mano izquierda, agarré mi cuchillo largo del cinturón y lo clavé en el pecho del espíritu, giré la empuñadura y lo quemé. Solo esos segundos ya me habían costado demasiado tiempo.

Me puse de pie y dos espíritus más me golpearon por detrás. Logré moverme con el empujón, usando la piel suelta de mi chaqueta para alejarme de ellos. Los dejé sosteniendo jirones de cuero. Los dos espíritus continuaron viniendo por mí, unidos por otros tres a mi derecha. Detrás de mí, podía escuchar a Selena cortando a los otros fuera del patio.

—Supongo que me merezco esto por ser arrogante —dije. No es que los espíritus escucharan o les importara. Sus ojos azules ardientes estaban interesados en una sola cosa: yo.

Di un paso lateral a la izquierda, y los dos grupos de espíritus chocaron entre sí al girarse para seguirme. Deslicé el cuchillo largo de vuelta en mi cinturón y agarré la gran espada, lanzando un amplio tajo. Uno que debería haber cortado limpiamente a través de todos los espíritus. Que lo habría hecho, excepto que el primer espíritu se lanzó hacia mí en una frenética embestida. Atrapó mi brazo antes de que mi golpe pudiera ganar impulso. Apartó la gran espada con sus manos escarbadoras. Los demás lo siguieron.

Levanté los brazos, tratando de apartar los puños y las garras, los dientes. —¡Selena! —grité. Si nadie venía en un segundo, me harían pedazos. No tenía idea si mi espíritu podría recuperarse de algo así, y no quería averiguarlo.

Selena no respondió, pero escuché bastante furia gruñendo desde su lado del patio. Estábamos superados en número y estábamos perdiendo. Mientras un espíritu mordía mi cara, lancé mi cabeza hacia adelante, golpeándolo y derribándolo aunque hizo que el mundo se volviera borroso. Alcancé el cuchillo largo, y cuando lo clavé hacia adelante, sentí que se hundía, vi que las llamas se apoderaban. Entonces el siguiente espíritu apartó el cuchillo de un manotazo. El látigo no servía aquí, demasiado cerca.

Un par de manos agarraron mis hombros desde atrás y me arrojaron al suelo. Otro espíritu, mirándome con una sonrisa llena de dientes podridos. Ojos salvajes y cejas deshilachadas. Una piel arrugada y manchada que sugería más de un encuentro con la enfermedad. El espíritu se inclinó hacia mí, su boca abriéndose para revelar dientes irregulares hundiéndose hacia mi cara.

El Fundador



Un fuego pálido estalló de su pecho, como si el espíritu hubiera sido apuñalado. Entonces algo levantó al espíritu en el aire y lo lanzó lejos. Lo arrojó al otro lado de la brecha. Los otros espíritus que se acercaban a mí se detuvieron. Un error fatal. Un hombre, vestido con una camisa y pantalones de tela beige, pasó por encima de mí y balanceó sus brazos, apuñalando el aire. En lugar de armas, cada vez que sus manos envueltas en cuero se acercaban a un espíritu, un fuego retorcido brotaba de sus nudillos, extendiéndose hacia adelante y atrapando las almas en su quemadura purificadora.

Mientras el hombre barría a los espíritus lejos de mí, escuché su risa; alegría brillante y fluida.

El hombre, pues no sabía cómo llamarlo de otra manera, limpió la brecha con movimientos suaves. Principalmente puñetazos y patadas, pero a la manera de alguien que hace ejercicio. Probando sus músculos, su alcance. Varias veces el hombre me miró, aparentemente asegurándose de que ningún otro espíritu me hubiera atrapado desprevenido. No llevaba casco, y su cabeza oscura estaba calva, sus ojos brillantes y ardiendo en los bordes con el mismo fuego que los espíritus furiosos. Sus dientes eran tan blancos como la arena del desierto, descubiertos en una sonrisa feroz. Antes de que pudiera decir algo, se agachó y recogió mi gran espada del suelo. Se dirigió al centro de la brecha, clavó la hoja en ella, la punta cortando la piedra. Giró la empuñadura.

Una llama azul brotó de la espada, extendiéndose y cubriendo la brecha como un lago de aceite encendido. Dondequiera que el fuego tocaba, la imagen de la Tierra, el pueblo en ruinas desaparecía. Se arrugaba y revelaba las piedras blancas debajo. Busqué a Selena y la vi en el borde, desterrando a un par de espíritus restantes con barridos y tajos sincronizados de su cuchilla y cuchillo. En un minuto todo había terminado.

—Hace mucho tiempo que no veía esta espada —dijo el hombre mientras me ponía de pie, su voz teñida de ceniza y fuego—. Es como encontrarse con un viejo amigo. Uno que nunca pensaste que volverías a ver.

—¿Dolan? —dije, porque ¿quién más podría ser?

—Parece que sabes quién soy —respondió el hombre—. Ahora te pregunto lo mismo. ¿Quién viene a jugar aquí, en estas ruinas desoladas?

—Personas que vienen a buscarte —dije.

Ahora la sonrisa de Dolan vaciló. Se hundió en una línea. Miró la espada, aún en sus manos. —No tiene mucho sentido venir por mí —dijo Dolan—. Tuve mi tiempo, y este no lo es.

—No estoy segura de que sea tu decisión —dijo Selena—. Riven te necesita, Dolan. Te guste o no.

El espíritu se rió, una carcajada fuerte y retumbante que rebotó en las paredes de las casas que nos rodeaban. —Un anuncio audaz. Y puede que no te equivoques, ya que no he visto una brecha en esta ruina en mil años o más. Desafortunadamente, no puedo abandonarla.

—¿Estás seguro? Nara nos envió —dije—. No lo habría hecho si no pudieras venir con nosotros.

Cuando dije el nombre, los ojos de Dolan se encendieron y sus dientes se descubrieron en un gruñido. Antes de que pudiera moverme, antes incluso de saber lo que estaba sucediendo, Dolan se lanzó hacia adelante con mi espada y me apuñaló con ella. Un fuego azul me envolvió y quemó mi mundo.

Cuando morí, cuando Piotr me hizo matar en la Tierra, se sintió como caer por un pozo infinito. Pedazos de mí desapareciendo mientras mi alma se desataba de mi cuerpo. Esto, esto era más cruel. Mientras que antes mi cuerpo físico se desvanecía, ahora mi mente se disolvía. Mis recuerdos, mi sentido de quién era, dónde estaba, qué era, desaparecieron. Diría que todo se volvió negro, pero eso no es cierto. No fue a ninguna parte, no se convirtió en nada.

Simplemente terminó.

Volví al borde del patio. Dolan estaba frente a mí, con su mano en mi frente. Sus ojos aún ardían, no en el centro de las pupilas como los espíritus enojados, sino más como si los bordes brillaran con esa pálida llama parpadeante.

—Lo siento —dijo Dolan. Miraba fijamente mis ojos, aparentemente buscando ver si realmente estaba allí.

—Sí, ya puedes alejarte —dije, empujándolo—. ¿Qué me hiciste?

—Te traje de vuelta —dijo Dolan—. Algo que no había hecho en siglos.

Lo había hecho antes. Con un vínculo, podías restaurar un espíritu a una semblanza de su antiguo yo. Rescatar su mente. Había traído de vuelta a Selena después de que el espectro en el camino a la Montaña la demoliera. No sabía cómo se sentía ser desgarrado y vuelto a armar. No quería que volviera a suceder.

—Bueno, eso es encantador —dije—. ¿Te importaría explicar por qué decidiste quemarme en primer lugar?

—Dijiste que Nara los envió —dijo Dolan—. Eso por sí solo es razón suficiente.

—No se llevan bien —añadió Selena.

—Ya lo capté, gracias —respondí—. Mali nos dijo que Nara no era exactamente tu mejor amiga. Tienes que superarlo. Si no lo haces, todo se derrumbará.

Dolan miró hacia el patio, donde había estado la brecha. —Te creo. Excepto que hay una diferencia. No liberas un río para apagar una vela.

—¿Disculpa? —dije.

—Lo que sea que ella les haya dicho, Nara condenará a Riven más seguramente que cualquier cosa que puedan imaginar. Eres un espíritu, y estarías en sus cadenas. Ella gobernaría sobre todos ustedes sin pensarlo dos veces, y no tendrían nada que decir al respecto.

—¿Tienes una mejor idea? —dije—. Porque si nuestras opciones son morir horriblemente mientras Riven se despedaza, o ser gobernados por un espíritu hambriento de poder, entonces bien podríamos quemarnos aquí y ahora.

Dolan me miró fijamente, luego dejó que sus ojos recorrieran las ruinas. —Mencionaste a Mali. Supongo que Nara los envió primero con ella.

—Se ha ido —dijo Selena. Antes de que pudiera hablar, Selena se lanzó a contar la historia.

Dolan escuchó el discurso con calma y, al final, asintió cuando Selena terminó con nuestro regreso a Nara. —Entonces han tenido un golpe de suerte —dijo Dolan—. Ya no necesitarán a Nara, porque yo puedo hacerlo mejor.

—¿Hacer qué mejor? —dije.

—Estás mirando al fundador de los guías —dijo Dolan—. Si alguien puede llevarte a la victoria contra una horda de espíritus furiosos, puede limpiar Riven del hedor nauseabundo de los muertos, ese soy yo. Y con Mali fuera, por fin soy libre.

Ah, qué bien.

Una Leyenda



Dolan decidió que nuestra instrucción sobre la historia de Riven de manos de Mali no había sido suficiente. Mientras comenzábamos el largo camino de regreso hacia la ciudad de Riven desde las ruinas del desierto, el antiguo espíritu nos contó su versión de la historia.

—Si quieren saber cómo surgió Riven, todo comienza con nosotros tres —dijo Dolan mientras caminábamos por la arena. Sus ojos vagaban en la distancia, flotando entre recuerdos —. Llegamos a Riven con apenas unos momentos de diferencia entre nosotros. Cada uno, todos nosotros, víctimas de un ataque a nuestra aldea por parte de una vecina. Todos éramos jóvenes, apenas teníamos quince años. Eso no importó. Los atacantes llegaron rápido, masacraron a todos y presumiblemente se llevaron todo lo que era nuestro. Lo siguiente que supe fue que estábamos de pie aquí, en un trozo plano de roca de unos cincuenta o sesenta metros de ancho.

—¿Cómo sabes lo que es un metro? —le pregunté, y Dolan parpadeó molesto por haber interrumpido su relato.

—Si quieres adelantarte —dijo Dolan—, estaré encantado de hacerlo.

Negué con la cabeza, ya que era obvio que Dolan no estaba, ni estaría, de hecho, encantado de hacerlo. Después de un momento, el espíritu volvió a su historia.

—Si has visto cómo se ve Riven ahora, no comparte nada con el Riven que yo conocí cuando llegué aquí. No había árboles. Ni montañas. Ni muros. Ni ciudad. Los muertos eran nuestros únicos compañeros. Venían al único lugar al que podían. Un río interminable de espíritus y almas cayendo en nuestro pequeño parche y dando un paso hacia el gran océano azul del Ciclo. Los observaba. No sé por cuánto tiempo.

—Si crees que el tiempo tiene poca relevancia en Riven hoy, tenía aún menos entonces. Nada medía cuánto tiempo estuvimos allí de pie. No había edificios que contaran una historia de guerras, ni trozos de papel para escribir el paso de los días. Eventualmente, los tres nos dimos cuenta de la presencia de los otros. Encontramos en nuestra inacción, en nuestra vacilación para caminar fuera del borde, un vínculo común. Los ojos de Nara y Mali, como los míos, seguían la interminable marcha de nuestros compatriotas sin unirse a su viaje. Mali habló primero.

—¿Están vivos? —nos preguntó Mali.

—No sabíamos entonces qué había sucedido. Si habíamos muerto o si algún evento místico nos había forzado a entrar en este extraño nuevo lugar. Nuestros dioses no tenían historias de un mundo como este. Nuestros ancianos no tenían cuentos para prepararnos para un vacío como Riven. Así que en nuestra confusión y soledad nos unimos a lo largo de los interminables años.

—Nuestra amistad mantuvo el Ciclo a raya. Sus susurros quietos, flotando en los bordes de

nuestra conciencia. Como hacen los niños, empezamos a jugar. A probar los límites del mundo en el que estábamos. A los espíritus muertos no les importaba que los empujáramos.

—¿Ustedes tres fueron los únicos que se quedaron? —dijo Selena—. ¿Ningún otro espíritu llegó preguntándose dónde estaba?

Dolan vaciló, su pie se asentó en la arena en la cima de una duna ondulante. La mirada que le dio a Selena contenía la misma tristeza que había visto en miles de rostros de espíritus. Un arrepentimiento que no podía ser corregido.

—Ese parche se convirtió en nuestro castillo. Nuestro santuario. Cualquiera que no comenzara el camino hacia el Ciclo se convertía en un problema. Alguien que podría atacarnos. Intentar gobernarnos. —Dolan se retorció en una máscara desafiante—. No somos santos. Éramos un trío que se encontró en un lugar extraño y desconocido. Sin guía, sin conocimiento. Pero Riven era nuestro, y lo mantuvimos.

—Eso es malvado —dijo Selena.

—Selena —la advertí.

—Tiene razón —dijo Dolan—. Mi, nuestra, única defensa es que no conocíamos nada mejor. Solo que los espíritus que caían en el infinito azul nunca regresaban. Que nuestro parche era pequeño. Y que, en nuestra experiencia, los recién llegados solo significaban pérdida.

Pude ver más preguntas bailando en los labios de Selena, pero los mantuvo cerrados. Dolan esperó un momento, luego comenzó su marcha. Continuó su historia.

—Con el tiempo comenzamos a ver las grietas en la fachada de Riven. Las piezas de este mundo que no encajaban del todo. Comenzó cuando un espíritu se defendió. Cuando logré dominarlo y romperle el cuello. Solo para que el mismo espíritu se curara y se pusiera de pie una hora después. Esa fue nuestra pista de que las reglas normales no se aplicaban.

—Nara fue la primera. Se dio cuenta de que podía encontrar una manera de conectarse con los espíritus. Tomar su mano y ganar su confianza y, eventualmente, controlarlos. Fueron horas trascendentales. Mali y yo observando a Nara acercarse a cada espíritu por turno, tomar su mano y hablarle suavemente. Deben entender, un acto como el vínculo nos llegó como salido de una de nuestras leyendas. Magia, podrían haberlo llamado, aunque con el tiempo entendimos que el vínculo era más parecido al amor que a la hechicería.

—Mientras Nara nos demostraba que nuestra concepción de la realidad no tenía vigencia en Riven, Mali jugaba con un sentido diferente. Proyectaba sus sueños y deseos en el gris. Nunca entendí exactamente cómo, y Mali nunca nos lo explicó. Una celosa guardiana de secretos, esa.

—Parece encajar con su carácter —dije—. No quería hablar mucho con nosotros.

—Siempre más interesada en su propia mente —dijo Dolan—. Es por eso que terminé confiando más en ella que en Nara. Mali quería su propio mundo, pero no sentía la necesidad de destruir este para conseguirlo.

Triple Vínculo



Así que ¿ella no os enseñó cómo crear cosas vosotros mismos? —dije—. ¿Y no preguntasteis?

—Preguntamos —dijo Dolan—. Tanto Nara como yo. Excepto que, como has visto, el talento aún elige sus objetivos en Riven. Mali albergaba el suyo, y ni Nara ni yo pudimos dominar más que las creaciones más simples. Para mí, eso significaba esto.

Dolan asintió hacia las columnas por las que pasábamos, las que estaban cubiertas de pinturas.

—Manchas de color —suspiró Dolan—. Eso es todo lo que pude hacer. Nara incluso menos. Su atención se dirigió hacia adentro, hacia el funcionamiento del alma. Con la creciente habilidad de Mali, nos convertimos en reyes y reinas, viviendo en grandes castillos en medio de la ciudad. Nara vinculaba espíritus y los interrogaba, nos traía información del mundo exterior. Yo actuaba como el ejecutor, trabajando con los espíritus de Nara para empujar a las almas reacias al Ciclo.

—No tardé mucho en hacer que Mali fabricara armas para armar a las almas de Nara. Para armarme a mí mismo. Algunos de los espíritus se habían vuelto agresivos, resistiéndose a nuestras escoltas hasta el final. Con el largo eje de una lanza encontré mi propio talento. Una curiosa inmersión en el Ciclo, la punta de la lanza desapareciendo bajo la superficie, envió el fuego pálido por su longitud y hacia mi cuerpo.

—Debería haber sido destruido entonces —Dolan se frotó los bordes de los ojos, donde aún brillaba el tenue tono azul—. Excepto que los espíritus de Nara, mis aliados vinculados, me sacaron del borde. Llevaron mi cuerpo pasivo a Nara, donde ella me encendió. Me trajo de vuelta.

—Entonces le debes la vida —dije.

—Hasta cierto punto —admitió Dolan—. Una deuda que hace mucho tiempo pagué, te lo aseguro. Después de que Nara me devolviera a mí mismo, podía sentir el fuego ardiendo en mi alma. Si el Ciclo te susurra, a mí me grita. Y como un chillido, descubrí que podía dejarlo salir. Verter su energía en las cosas, como esa lanza. Como tu espada.

—No pasó mucho tiempo para que la ciudad se llenara de espíritus perdidos. Nara se obsesionó más con vincularlos, exigiéndome que me ocupara solo de los que parecían conscientes, para saber dónde estaban. Nara recurrió a Mali para crear calles y tiendas, edificios grandes y pequeños. Réplicas de lugares sobre los que los espíritus nos contaban. La ciudad de Riven creció, y encontré más espíritus vagando por sus callejones. Perdidos y cada vez más

enojados.

—Así que tomaste medidas —dije.

—No —respondió Dolan—. Aunque me pregunto qué habría pasado si hubiera empezado antes. Antes de que Nara se quedara fascinada con las vidas que estaba tejiendo en nuestra ciudad muerta. A medida que vuestro mundo crecía, más almas cruzaban hacia Riven. Nara no podía vincularlas lo suficientemente rápido. Los espíritus se volvían contra ella, contra los que ya había encantado. Las calles brillantes se volvieron peligrosas, y Nara me miró a mí.

—Mali y yo creamos las armas juntos. Ella moldeaba los bordes, yo les imbuía el fuego. Al principio se las dimos a los espíritus de Nara, y patrullaban las calles con una eficacia mortal. Guerreros incansables. Con un solo amo.

—No te gustó eso —dijo Selena.

—Éramos un trío —asintió Dolan—. Ahora, éramos prisioneros de Nara. Mali se dio cuenta primero. Cuando Nara pidió un cambio en parte de la ciudad y Mali se negó. Dijo que prefería ese barrio tal como estaba. Solo cuando Mali se negó, un par de espíritus de Nara con mis armas aparecieron en su puerta. Esta vez, no era una pregunta.

—A partir de entonces, Mali y yo empezamos a reclutar y albergar a los espíritus sensatos que encontrábamos. Los fortalecimos y entrenamos en secreto, en una montaña al borde del bosque. Bien lejos del mundo de fantasía de Nara.

—Hemos estado allí —dije—. En la Montaña.

Dolan miró hacia el norte y el oeste, hacia donde estaría la Montaña. —Mali la hizo para cubrir el Ciclo, para ocultar lo que estábamos haciendo. Le dijo a Nara que nos permitiría controlar a los espíritus que llegaban, y así fue. Tomamos y entrenamos a los que pudimos. Con el tiempo, teníamos nuestro propio ejército.

—No sé cuánto duró la guerra. Solo que a Nara se le acabaron las armas antes de que a nosotros se nos acabaran las almas. Al final, de pie en la gran sala de Nara, cometimos nuestro peor error.

—Os atrapasteis a vosotros mismos —dijo Selena—. Por eso os separasteis.

—Intentamos vincularla —dijo Dolan—. En lugar de simplemente enviarla al Ciclo, que es lo que deberíamos haber hecho.

—¿No funcionó? —pregunté.

—Nara intentó hacer lo mismo. Vincularnos mientras la vinculábamos. Los conflictos destrozaron nuestras mentes. Casi nos volvió locos a todos. La propia Mali arrasó la mitad de la ciudad, la construyó y la derribó. Como si mil voces gritaran en nuestras mentes a la vez. Nara, no lo entiendes, puede controlar cada una de tus ideas. Cada uno de tus sentimientos, si lo elige. Así que Mali y yo nos aferramos a lo único que podíamos controlar, que era nuestra conexión con ella.

—Enviamos a Nara al este, a los campos. La hicimos caminar cada paso, y luego la obligamos a permanecer en ese claro. Al mismo tiempo, podíamos oírla susurrarnos. A Mali y a mí. Poco después, encontré a Mali en mi garganta, viniendo a por mí con las maldiciones de Nara brotando de sus labios. Después de eso, abandonamos la ciudad. Yo vine aquí, donde la arena del desierto y la distancia mantienen la voz de Nara en silencio. Mali y yo nos habríamos arrojado al Ciclo hace años, excepto que hacerlo habría liberado a nuestra enemiga.

—Si lo que dices es cierto, entonces traerte de vuelta es un riesgo —dije—. ¿No puede Nara dominarte?

—Tal vez —dijo Dolan—. Aunque todas las cosas cambian con el tiempo. Quizás ahora pueda resistir sus impulsos, o controlarla con mi propio vínculo. Mejor aún si no probamos la

teoría. Si podemos calmar a Riven sin involucrar a Nara.

Después de lo que Dolan había dicho, yo estaba totalmente a favor de eso.

Sesión De Estrategia



Llevar a Dolan, un espíritu antiguo, al centro del cuartel general de los guías fue tan bien como esperaba. A los guías se les enseña a tratar cualquier cosa nueva con más que un poco de sospecha. Los espíritus que se parecían a Dolan, vistiendo ropa que ningún guía usaría, dieron una excusa para tomar precauciones adicionales. Los guías nos observaban desde los edificios mientras caminábamos, los espías nos seguían desde el momento en que entramos en la ciudad.

Bryce tenía una operación en marcha, y funcionaba bien.

Aun así, vi las grietas. Otros guías cruzaban nuestros caminos, pasando rápidamente frente a nosotros y escondiéndose en los callejones. Pidiendo ayuda para cerrar una brecha o controlar a un grupo de espíritus. Sin embargo, el caos parecía mejor controlado que cuando Selena y yo habíamos dejado la ciudad por primera vez para ir con Nara hace días y días. Incluso me permití sentir una oleada de esperanza. Que tal vez, de alguna manera, lograríamos controlar la ciudad. Salir y detener la marea de espíritus enojados.

Mala idea.

Para cuando llegamos al patio de la torre del reloj y al improvisado centro de mando de Bryce, el líder de los guías nos esperaba. Alec nos condujo a los tres hacia un grupo de guías veteranos, que estaban de pie alrededor de una gran mesa improvisada con puertas arrancadas de sus bisagras. Sobre ella, marcados por trozos de piedra rota, se encontraban puntos de referencia que conocía.

La Montaña. Las murallas de la ciudad. Las puertas en los lados sur y oeste.

—Para ser una guerra improvisada, no estoy impresionado —anunció Dolan después de que se hicieran las presentaciones—. Están dejando que los espíritus lleguen hasta su puerta. Deberían estar haciéndolos retroceder. Tomen las brechas una por una hasta que no quede ninguna.

—No sé cómo eran los números en su época, señor —dijo Bryce—. No tenemos ni el personal ni las armas para hacer tal movimiento.

—Conmigo, sí los tienen —dijo Dolan—. Guiaré a sus mejores hombres hacia la puerta oeste, hacia el bosque, y lo limpiaremos. Desde allí forjaremos un camino directo hacia el Ciclo y lo mantendremos patrullado. Haremos que sea fácil para los espíritus encontrar el camino hacia su hogar eterno.

—Habla como si las brechas no estuvieran en constante movimiento —dijo Bryce—. Aparecen y desaparecen. Cerramos una y otra aparece en una parte completamente diferente de

la ciudad. No hay caminos que patrullar, no hay regiones únicas que mantener. Están en todas partes, y nosotros no.

Dolan miró fijamente a Bryce, pensando profundamente. O al menos eso es lo que yo creía que estaba haciendo. Quizás, después de tantos siglos, la idea de mantener una conversación estratégica era nueva para él. Así que pensé que sería mejor que interviniera.

—Bryce, creo que Dolan tiene razón. Si no otra cosa, limpiar las brechas más antiguas en el bosque puede comprarnos tiempo para deshacernos de algunos de los espectros y tal vez llevarnos a otra solución.

—Dejar la protección de las murallas permitirá que tal fuerza sea rodeada —dijo Bryce—. Aquí, si aparece una brecha, tenemos refuerzos. La ayuda está a tu alrededor. Allá afuera, en esos árboles, serás rodeado por espíritus buscando almas para devorar. Espectros por docenas. La puerta oeste está constantemente presionada tal como está.

Bryce me dedicó un asentimiento. —Ese espíritu, Cheo, y su incansable fuerza es la única razón por la que no estamos allí ahora luchando por la vida de la ciudad.

—¿Tus guías están demasiado aterrorizados como para arriesgar sus vidas por Riven? —dijo Dolan—. ¿Demasiado asustados para adentrarse en el peligro?

—No le temen al peligro. Tampoco aman el suicidio. Tenemos familias, Dolan. Gente al otro lado que depende de nuestro regreso. Tirar todo eso por la borda en un intento incierto no es una orden que pueda dar.

—Entonces eres un cobarde —respondió Dolan. El resto de la sala miró al espíritu, y las miradas no eran amistosas. Incluyendo la mía—. Creé a los guías como una fuerza para Riven. Para enfrentar sus peligros sin miedo. Una espada contra la plaga de los muertos. Ahora dices que estás nervioso por el costo que podrías pagar. ¡Deberías sentirte honrado de pagarlo!

Todos nos quedamos en silencio por un minuto. No estaba seguro de qué decir. Cómo calmar la tensión. Entonces Bryce hizo lo que había hecho por mí innumerables veces: encontró una manera.

—No puedo entender de dónde vienes —le dijo Bryce a Dolan—. No conozco tu vida. Qué circunstancias te trajeron aquí con nosotros. Carver dice que eres una fuerza de nuestro lado y elijo aceptar su juicio. Pero aquí, en este lugar, no eres el líder. Seas lo que seas, no eres un guía, y aquí los guías toman las decisiones, y lo hacemos sin amenazas. —Bryce se volvió hacia mí—. Carver, te fuiste para encontrar a una mujer. ¿Dónde está?

Selena y yo explicamos lo que sucedió. Cómo encontramos a Dolan, y cómo Nara aún vivía en su cabaña en el campo. Dolan no dijo nada. Ni arrebatos de ira, ni comentarios duros que arrojaran dudas sobre las motivaciones de Nara y su carácter. No, se quedó allí y miró fijamente a Bryce. Sus ojos en calma.

Si sabía algo, adivinaría que Dolan finalmente estaba evaluando a Bryce. Tomando la medida de la persona de mi mentor contra los siglos de experiencia de Dolan y encontrando dónde se ubicaba Bryce entre todos los espíritus que Dolan había conocido.

—¿Entonces estás proponiendo que Dolan es tan bueno o mejor que tu opción original? —me preguntó Bryce cuando concluimos, y yo asentí—. ¿Que deberíamos escucharlo?

—No sé si su plan funcionará —dije—. Pero sí sé que no hacer nada nos matará. Volver con Nara puede ser peor, si lo que dice Dolan es cierto. Con esos hechos en mano, en mi opinión, deberíamos al menos intentarlo.

Bryce se volvió hacia Dolan. Le dio un asentimiento al espíritu. —Te permitiremos llevar una fuerza de espíritus. Mis guías pueden seguirlos. Proporcionar apoyo a distancia. Si las cosas van bien, y espero que así sea, entonces comprometeremos a más de nosotros en el intento.

—Si eso es lo que puedes dar, entonces eso es lo que pediría —respondió Dolan, inclinando la cabeza—. Ahora, si podemos empezar. Han pasado muchos, muchos años desde que tuve el placer de una buena pelea.

—Entonces, ¿quién va? —pregunté al grupo alrededor de la mesa—. ¿Quién quiere desafiar a los fantasmas de los bosques, los necrófagos y las brechas? Porque Dolan y yo no podemos hacerlo solos.

Dolan captó la inclusión. Me había sumado a su causa. El viejo espíritu me dio un asentimiento de aprecio. Selena, detrás de mí, añadió su nombre.

—Yo iré —se oyó la voz de Anna, desde el fondo de la sala. Ni siquiera la había visto allí—. Laurence puede cubrir mis turnos vigilando desde las Madrigueras.

—No puedo dejar que Carver se mate, así que iré —dijo Alec. Varios otros guías repitieron su alegre observación y en poco tiempo teníamos un grupo de treinta personas listas y dispuestas a arriesgar sus vidas en nuestra misión imposible.

El Reinicio



Partimos hacia el oeste desde el patio de la torre del reloj. Atravesamos avenidas abarrotadas y pasamos por el apartamento que hacía tiempo le había dejado a Nicholas. Lo que me recordó que no había visto al científico en un buen rato.

Selena y yo nos separamos del grupo y entramos. Por un momento, me pregunté si Nicholas se habría volado en pedazos, dado que, desde fuera, su laboratorio parecía tranquilo.

Lo que encontramos dentro, lo que vimos, no era lo que esperaba. Las máquinas que antes cubrían su laboratorio; hornos y forjas rudimentarios, artilugios ensamblados con cualquier chatarra que Nicholas pudiera encontrar, habían desaparecido. Lo único que quedaba en la habitación estaba en el centro. Un dispositivo esférico sobre el que Nicholas estaba inclinado, de espaldas a nosotros, pareciendo un hombre devorando una comida con locura.

—¿Has cambiado las cosas por aquí? —le dije a Nicholas, y él se sobresaltó al oír mi voz.

—Carver —dijo Nicholas, volviendo sus ojos cubiertos por gafas protectoras hacia mí. Noté más de unas cuantas chamuscaduras en la cara del hombre, y su abrigo, siempre sucio, había alcanzado un nivel de inmundicia que ponía en duda su definición como prenda de vestir—. No te esperaba. Con más aviso, podría haber preparado una mejor presentación.

—¿Presentación de qué?

—Ah, de esto. —Nicholas se hizo a un lado y señaló el objeto. Sin el científico de por medio, tuve una mejor vista. La bola de metal ceniciento se parecía a lo que había visto de los proyectiles de artillería usados en la guerra. Nicholas había estado metiendo la mano por una puerta de acceso abierta. Intenté mirar dentro, pero sin meter la cabeza, no pude distinguir nada —. ¿Recuerdas mis rayos naranjas? ¿Los de la ballesta?

Asentí. Los rayos saltaban de un objeto a otro, devorando y destruyendo todo lo que estuviera cerca. Y por destruir, me refiero a arruinar por completo. Desintegrar hasta la nada. Obliterar almas parecía peligroso, así que intentaba no usar el arma con demasiada frecuencia.

—Este dispositivo enviará muchos más —dijo Nicholas—. Con el doble de alcance. Seguirá quemando hasta que no quede nada más que atrapar.

—¿Dónde crees que lo usaríamos? —dijo Selena—. Los espíritus no se quedan quietos esperando a que detones una bomba.

Nicholas miró más allá de nosotros, por la ventana del primer piso hacia la calle. —La ciudad está lo suficientemente abarrotada. Los rayos deberían poder saltar a través de las calles. Si usáramos el dispositivo en la plaza de tu torre del reloj, toda la ciudad debería estallar.

—Eso no suena a victoria —dije.

—No apunto a la victoria. Apunto a la supervivencia. El dispositivo aniquilará a la mayoría de los espíritus. Si los guías cruzan antes de la explosión, sobrevivirán. Riven se reiniciará y tendremos otra oportunidad.

Dejé que las palabras se asentaran. Un botón de reinicio. Si activábamos el dispositivo cuando la guerra estuviera terminando, cuando la enfermedad detuviera el flujo insano de espíritus, entonces un reinicio podría ser todo lo que Riven necesitara. Una oportunidad de escapar. Solo teníamos que mantener Riven funcionando el tiempo suficiente para prepararlo.

—Me gusta —dije.

—¿Te gusta? —dijo Selena—. ¿Te gusta que haya creado algo que puede destruir todo lo que tenemos?

—Por favor, Selena. En realidad no tenemos nada. Mali ideó esto hace siglos. No es nuestro. No es real. Lo único que lo es, somos tú y yo. Lo que tenemos. Eso no necesita la ciudad.

—Nicholas —dijo Selena—. ¿Quién va a activar la bomba?

—Yo lo haré —dijo Nicholas—. Soy el único que puede. Que sabe cómo. Y no os lo enseñaré.

—¿Qué? ¿Por qué? —pregunté.

—Porque, Carver —dijo Nicholas—, tú tienes a Selena. Graham y Katherine ya no están aquí. Eso me deja solo. Con todo el tiempo que he pasado con estas frías máquinas, me estoy cansando. Me siento solo. Este dispositivo es mi salida. Un canto del cisne, creo que lo llaman.

—Te conseguiremos tiempo suficiente para usarlo.

Nicholas asintió. Se sentía extraño; hablar sobre el final de alguien. Normalmente, el final de un espíritu llegaba a través del Ciclo. Una lenta caminata hacia la nada pacífica. Un viaje desencadenado, quizás, por mi látigo domador. Sin embargo, aquí había un alma planeando su autosacrificio. Para eliminarse a sí mismo y llevarse nuestros problemas con él.

—Eres un buen hombre —le dije a Nicholas—. Un gran científico.

—No me digas lo que ya sé —dijo Nicholas, con una sonrisa que saboreaba sus palabras—. Ahora id a comprarme algo de tiempo. El dispositivo aún no está listo.

En La Puerta



La puerta oeste que conducía fuera de la ciudad se erguía alta y majestuosa, lo opuesto a los restos industriales del Pozo de Alquitrán que la precedían. Pude distinguir el espectro dorado de Cheo desde varias manzanas de distancia, parado en medio de la puerta como si estuviera bloqueando el paso a la ciudad por sí solo. Solo cuando nos acercamos me di cuenta de que eso era exactamente lo que el espectro estaba haciendo. Afianzaba sus piernas contra el suelo, con un par de grandes piedras de una de las fábricas arrastradas detrás de él, para ayudar al espectro a mantener el equilibrio. Sus manos estaban extendidas, con las palmas abiertas contra la puerta. Una puerta cerrada por primera vez en mi memoria.

Del otro lado podíamos oír el clamor de espíritus enojados. Los golpes de sus puños contra la sólida barrera de madera. No podía decir cuántos espíritus había allí afuera, no desde el suelo. Así que Dolan, Selena y yo subimos a la cima de la torre izquierda.

Cheo estaba allí arriba, mirando hacia la horda que intentaba entrar. Una verdadera multitud. Más espíritus de los que jamás había visto en un solo lugar. Se extendían en un amplio semicírculo desde el claro en la puerta hasta el borde del bosque. Cien yardas o más. Todos ellos chillaban, se lamentaban, agitando sus manos con ira por alguna angustia que yo nunca podría conocer. Los espíritus eran de todo tipo: hombres, mujeres, niños, abuelas y abuelos. Razas de todo el mundo. Culturas igualmente variadas. Un hombre con uniforme de soldado podía estar junto a una mujer con tocado tribal, ambos con los ojos ardiendo con un pálido fuego de ira.

—Esta no es una batalla que podamos ganar —dijo Cheo—. La Mano Derecha no tiene las fuerzas para esto. El espectro no resistirá para siempre.

—Parece estar haciendo un buen trabajo hasta ahora —dije.

Cheo negó con la cabeza. —Están empezando a trepar unos sobre otros. Eventualmente, escalarán estos mismos muros. Una vez que eso suceda, comenzará la verdadera batalla. Y terminará poco después.

—Hoy todos están con el ánimo por los suelos —dije—. Primero Nicholas, ahora tú. Dolan, ¿puedes animarme?

El viejo espíritu miró hacia la multitud. La oleada de ojos azules ardientes. —He visto una fuerza como esta antes —dijo Dolan—. Nara hizo cosas similares. Trajo un flujo interminable de enemigos a nuestra puerta. Los lanzó contra nosotros como un ariete. ¿Saben cómo los vencimos?

—¿Acaso parecemos tan viejos? —dijo Selena.

—Usamos lo que ellos no tenían —Dolan se tocó la cabeza—. Los espíritus no piensan. No

están atados, no pueden ajustar sus tácticas. Tendemos una trampa, abrimos la puerta y ponemos fin a esta pelea. Así que piensen, amigos míos. ¿Qué trampa podemos tender?

—Tengo una idea —dije, agradeciendo a Nicholas por recordarme las armas que ya tenía.

Primero, tomamos mi ballesta y descargamos los pernos naranjas. Los tres. Luego, los colocamos en el suelo, uno separado del otro a lo largo de la puerta. Seguros detrás de la puerta mientras el espectro la sostenía. Una vez que los pernos fueron colocados, retrocedimos, reunimos a nuestros guías y los espíritus de la Mano Derecha alrededor de la apertura. Lo suficientemente lejos para estar fuera del alcance de esos abrasadores rayos naranjas.

—Advertencia justa; los rayos podrían destruir la puerta —dije.

—Ya no la necesitaremos —dijo Dolan—. Después de esto, atacamos. Llevamos la pelea a las brechas en el bosque. Los ralentizamos y los acabamos. Si tu hombre del otro lado puede cumplir su parte del trato, entonces eso debería ser suficiente para inclinar la balanza.

Bryce había cruzado de vuelta cuando nos fuimos. Cruzó de vuelta en otro intento de advertir al mundo contra su curso cataclísmico. Por su parte, Bryce dijo que la guerra estaba disminuyendo de todos modos. Una falta de soldados. Una falta de voluntad nacional. Pero cuanto más rápido se pudieran resolver los conflictos, más pronto podríamos ganar el control de nuestro lado. Más pronto Nicholas podría accionar un interruptor.

—Vamos —ordenó Dolan y el espectro obedeció. La bestia se echó hacia atrás sobre sus talones, sus manos dejando la puerta. Inmediatamente los golpes aumentaron, y sin las manos del espectro sosteniendo la puerta, la pura fuerza de los golpes de docenas de espíritus incansables comenzó a destrozarla.

Apareció una arruga en el medio de la puerta, luego una grieta. Las bisagras gimiendo junto con el arco. Uno pensaría que algo tan masivo cedería lentamente, pero no. Cuando la puerta perdió su agarre, se abrió en un instante. Las grandes puertas retorciéndose y rompiéndose por los lados. Un flujo interminable de horrores derramándose hacia nosotros.

—Armas listas —dijo Dolan. Cambió la gran espada, mi gran espada, a una posición de ataque con sus manos. La punta apuntando hacia los espíritus. Saqué mi látigo y mi cuchillo largo. Selena sostenía su cuchilla lista. Entonces un espíritu pisó el primer perno.

El rayo naranja explotó, floreciendo y bailando y cortando y quemando su camino entre las filas que cargaban. El arma de Nicholas funcionaba mejor si los objetivos estaban cerca, y estos espíritus estaban tan cerca como se podía estar. Apretujados unos contra otros mientras la estampida avanzaba. Los ardientes rayos naranjas los atravesaron a todos. Saltaron y se dividieron de soldado a marinero. De cantinero a barón. Los espíritus desaparecieron mientras el resplandor floreciente los consumía.

Para cuando los tres pernos habían sido activados, para cuando los rugidos gruñones habían cesado, lo único frente a nosotros era una ruina carbonizada que alguna vez había sido una puerta. Los muros de piedra se habían quemado, el arco se había derrumbado, pero no había espíritus.

No sabía cuántos miles y miles habían sido obliterados por esos pernos, pero sí sabía que la idea había venido de Dolan. El antiguo espíritu había demostrado por qué merecía liderar. Por qué yo estaba feliz de seguirlo.

—No descansen —anunció Dolan—. Porque esto es solo el comienzo. Prepárense, porque ahora cargamos.

Avance



Dolan podía correr. El espíritu ancestral no estaba dispuesto a esperar un momento más, y después de verlo adelantarse cinco largas zancadas, esquivando los escombros y los restos chamuscados que dejaron atrás los rayos ardientes de Nicholas, nos unimos a él en la carrera.

Los guías se desplegaron detrás de Selena y de mí, junto con el escuadrón de espíritus de Cheo. Un grupo variopinto. Nuestro número, comparado con las almas furiosas que acabábamos de diezmar, no era más que una nimiedad.

Dolan quería llegar a las brechas antes de que pasaran más espíritus. Sabía que no lo lograríamos. No éramos tan afortunados.

Estábamos a mitad de camino del claro cuando la siguiente oleada comenzó a emerger del bosque. Los árboles grises del bosque y sus hojas oscuras ocultaban a los espíritus hasta que salían. Aparecían como de la nada y corrían de cabeza a través de la llanura abierta hacia nosotros. Sus ojos azules ardían de odio. Un odio que no conocían ni entendían, pero que manifestaban de todos modos.

Dolan levantó la gran espada. —¡No dejéis de correr! —nos gritó mientras nos guiaba—. Acabad con ellos conforme vayan llegando y pasad al siguiente. Encontrad las brechas, sellad las puertas y reclamad vuestro mundo.

Y entonces los espíritus cayeron sobre nosotros.

Intenté mantenerme cerca de Dolan, de Selena. Pero en la refriega, eso era imposible.

El primer espíritu que venía hacia mí parecía un soldado que hubiera recibido el extremo equivocado de un mortero. Sus brazos destrozados se extendían, alcanzando mi garganta mientras corría, y sin detenerme hice chasquear el látigo frente a mí. La punta se hundió en el pecho del soldado y lo iluminé de azul. Arranqué el látigo mientras él se desplomaba.

Fustigué con el látigo a otro espíritu a mi derecha, que se dirigía directamente hacia un guía. Lo atrapé en el hombro y lo retorcí, ardiendo, hasta el suelo.

Al volverme hacia el bosque, vi a otro que se abalanzaba sobre mí. Esta vez era una mujer que vestía una bata de hospital. Otra víctima de enfermedad. Murió una segunda muerte en el borde ardiente de mi cuchillo. La aparté de un empujón y seguí avanzando. Casi habíamos llegado a la línea de árboles.

Dolan ya se había abierto paso a tajos hasta el bosque, pero sus gritos, fuertes alaridos de emoción estimulante y aliento, daban muchas pistas sobre el camino que abría. A mi lado, Selena terminó de trocear a conciencia a un hombre trajeado y se tomó un segundo para mirar a lo largo

de nuestra línea.

—No vamos a poder avanzar rápido —dijo Selena.

Estuve de acuerdo. Demasiados espíritus brotaban del bosque. Nuestro grupo estaba siendo rodeado, a pesar de que nos abríamos paso con brutal eficiencia. Columnas de fuego azul estallaban constantemente a nuestro alrededor mientras los espíritus eran sometidos y enviados al Ciclo. Sin embargo, entre los gruñidos de rabia y los aullidos de ira, capté gritos de dolor. Golpes infligidos en el lado equivocado.

—No podemos detenernos aquí —dije—. Dolan tiene razón, nuestra única oportunidad de frenar a los espíritus es ahora mismo.

No esperé el asentimiento de Selena, sino que me lancé hacia los árboles oscuros.

Furia



La primera brecha se encontraba a pocos metros del borde del bosque. Un charco verde lima que se expandía para llenar un claro bajo el oscuro dosel. Dolan, mientras me acercaba, esquivó dos brazos que arañaban y asestó un corte fatal. Luego, sin detenerse en su movimiento, giró el mango en su mano y clavó la espada directamente en la tierra. Tal como lo había visto en el desierto; una llama brillante se derramó en el suelo y consumió la brecha. Diferente a las tabletas de zafiro que usábamos. No necesariamente mejor.

Los espíritus al borde de la brecha se arrastraron lejos, escapando de las llamas. Nuestras tabletas los habrían atrapado a todos en el área. Cada espíritu habría sido arrastrado de vuelta y limpiado de su furia. Pero entonces, una tableta también me habría atrapado a mí.

—A por la siguiente —me dijo Dolan a mí y a Selena cuando lo alcanzamos.

—Nos estamos adelantando —dije—. Si los dejamos atrás, podrían quedar atrapados.

—Si no nos movemos —dijo Dolan—, lo seremos nosotros.

El espíritu antiguo se dio la vuelta y avanzó, cortando a través de otro par de almas azules ardientes.

—Está perdiendo el control —dijo Selena—. Dolan va a hacer que nos maten si sigue así.

—Ya estamos muertos —dije.

Pero tenía razón. Los guías que se quedaban atrás estaban arañados, heridos o luchando contra el agotamiento. Los espíritus continuaban surgiendo de entre los árboles, y mi látigo restallaba una y otra y otra vez. Mi cuchillo apuñalaba más veces de las que podía contar. Yo no tenía músculos que se cansaran, pero mis amigos sí.

Tenía que sacarlos de aquí.

—¡Anna! —grité. Y escuché la respuesta, en algún lugar del bosque—. Da la orden de retirada. Lleva a los guías de vuelta a la puerta. Mantén esa línea. Nosotros nos encargaremos desde aquí.

Los guías a nuestro alrededor escucharon mis palabras y retrocedieron, formaron un grupo apretado y se dirigieron hacia la puerta oeste. Yo fui en la dirección opuesta. Cheo y su Mano Derecha se unieron a nosotros, y noté que algunos subían a los árboles como lo habían hecho en la jungla de Mali. Sus flechas domadoras hendían el aire, atravesando y limpiando espíritus que no veíamos.

Maltrechos, dimos con la segunda brecha. Seguimos el rastro de Dolan de espíritus domados y cortes profundos en los troncos. Excepto que esta vez, a Dolan no le estaba resultando tan fácil.

Frente a él se alzaba un espectro, una cosa de dos piernas que no tenía brazos, como un arco

viviente. Se lanzaba hacia adelante y movía sus piernas en cualquier ángulo que quisiera. Como si estuviera hecho de goma o arena. Cuando entramos en el claro, Dolan rodó hacia adelante, esquivando un amplio barrido de la pierna delantera de la criatura. Sin embargo, en lugar de continuar su movimiento, el espectro se hundió de nuevo en el suelo y recogió sus piernas en la dirección opuesta, envolviéndose en un círculo y atrapando a Dolan en el medio.

El espíritu antiguo intentó mover la gran espada, pero el espectro lo apretaba demasiado fuerte. Sin espacio, sin rango de movimiento.

Empecé a hacer un movimiento, entonces Selena gritó y me giré. Demasiado lento. Un espíritu, una especie de repartidor andrajoso, me placó y me derribó al suelo. Sus garras, uñas afiladas, arañaron mi mejilla. Sentí el calor, y si hubiera tenido sangre, estoy seguro de que habría estado corriendo. Rodé hacia la izquierda, usando mi hombro para quitarme al espíritu de encima. Apuñalé con el cuchillo en mi mano izquierda. Despaché al espíritu. Y entonces dos más lo reemplazaron.

—¡Ayuda a Dolan! —grité, sin estar seguro de que Selena pudiera oírme. Los espíritus mordían y desgarraban mi capa, mis brazos y piernas. Pero no podían matarme. Al menos no por un tiempo. Si ese espectro se llevaba a Dolan, entonces todo esto estaría perdido.

Uno de los espíritus envolvió sus brazos alrededor de mi cuello e intentó aplastarme la garganta. Golpeé mi cabeza contra su cara, que no me molesté en reconocer. Había demasiados, simplemente demasiadas almas para notar detalles. Todos ardían igual, todos sus dientes chasqueaban y rechinaban hacia mí. Sus manos eran todas frías y duras. Ya no eran las personas que habían sido.

Mi cabeza golpeó la del espíritu hacia atrás, lo que me dio suficiente espacio para mover mi mano izquierda y apuñalar hacia arriba en dirección a la cadera del espíritu. O al menos, lo intenté. Un tercer espíritu se unió al montón, inmovilizando mi brazo y mi cuchillo contra mi costado izquierdo. Sentí que mis piernas se entumecían. El segundo espíritu destrozándome las rodillas.

No estaba seguro de cuánto daño podía soportar hasta dejar de existir. No sabía en qué punto podía ser abrumado. Si podía ser despedazado tanto que mi alma no sería capaz de reconstruirse.

No quería averiguarlo.

Con mi mano derecha, solté el látigo y agarré al espíritu que estaba sobre mí. Torcí mi brazo hacia la derecha y arrojé al fantasma. Agarré el cuchillo de mi mano izquierda por la hoja y lo saqué de mi propio agarre. El espíritu que había arrojado intentó lanzarse de nuevo sobre mí, pero no fue lo suficientemente rápido. Aún sosteniendo la base de la hoja, se la clavé al espíritu mientras intentaba recuperar su posición. Deslicé mi mano hasta la empuñadura y giré. Ignoré mi propio dolor ardiente para salvar lo que quedaba de mi vida.

Retiré el cuchillo y me lancé contra el espíritu que desgarraba mi brazo izquierdo. Me encargué de él. Aunque ya no podía sentir mi lado izquierdo, excepto por el dolor. Todo el dolor. Me habían quemado, me habían golpeado, me habían cortado y apaleado en este mundo. Pero esto desgarró una nueva capa de agonía a través de mi mente. Creo que la única forma en que mantuve algo de concentración fue enfocándome en los gritos de Selena y Dolan mientras luchaban con el espectro.

Eran mis amigos y me necesitaban.

Me incliné hacia adelante, me senté y apuñalé. Puse fin al espíritu que había hecho un festín con mis piernas.

Intenté ponerme de pie, pero no podía sentir mis pies. De hecho, no sentía nada, excepto mi brazo derecho y mi cuello. El suelo retumbó debajo de mí. Por encima, balanceándose en un arco

perezoso, apareció el enorme pie izquierdo del espectro. Más parecido a un elefante o a una gran columna griega que a cualquier apéndice humano. La pierna del espectro se cernía sobre mi cabeza, y pude ver las cicatrices goteantes, los cortes hechos por el cuchillo de Selena y la espada de Dolan. Vi cómo esa pierna descendía hacia mí. Y no podía hacer nada para detenerla.

Un destello dorado, y luego la pierna salió volando. El espectro, desde una boca que desconocía, rugió su indignación mientras la creación de Mali lo golpeaba alejándolo. Lo aporreaba con grandes puños dorados. Miré y vi al monstruo de dos patas desplomarse bajo la avalancha de golpes. Vi a Selena y Dolan, cojeando, clavándole sus hojas y enviando su fuego azul recorriendo el cuerpo del espectro. Un momento después, Dolan hizo lo mismo con la brecha.

Por el momento, estábamos a salvo. Por un momento, estábamos vivos.

Retirada



Estás herido —dijo Selena mientras se acercaba a mí, que estaba sentado en el suelo, viéndome y sintiéndome patético.

—Has visto lo obvio —respondí.

—Tenemos que seguir moviéndonos —anunció Dolan desde donde solía estar la brecha—. Si nos quedamos aquí, nos atraparán. Vamos a la siguiente.

—Carver está herido —dijo Selena—. No puedes caminar, ¿verdad?

—Voy a tener que quedarme fuera de esta. ¿Crees que el Dorado de aquí puede llevarme de vuelta a la puerta?

Selena miró al espectro de Mali, cuyo rostro sin forma nos devolvía la mirada. —No creo que peses tanto, Carver.

—Entonces ve con Dolan —dije—. Cierren las brechas. Y vuelvan sanos y salvos.

Selena se inclinó, me dio un rápido beso en la frente, y luego ella y Dolan se marcharon. Corriendo más adentro del oscuro bosque. Cheo y los demás los siguieron, mientras el espectro se quedaba atrás y me levantaba.

Nunca antes me habían cargado así, en los brazos de una criatura gigante como esta. Elevado sobre el suelo. La paz no duró mucho. No habían pasado ni treinta segundos de nuestro camino cuando llegaron los primeros espíritus. Atraídos por el sonido de nuestro crujir y moler a través de la maleza. El espectro rompiendo ramas mientras avanzábamos pesadamente.

Los espíritus se lanzaron contra las piernas del espectro, mordiendo y arañando su piel metálica. Por lo que podía ver, no estaban causando ningún daño. Al menos, no físicamente. Pero lo estaban desgastando. El espectro se ralentizó, cada paso frenado por los brazos que lo agarraban. Espíritus aferrándose a las piernas; tirando y arrastrando. Intentando forzar al espectro a caer. Con ambos brazos sosteniéndome, el espectro no tenía mucha defensa.

Pero yo sí.

Metí la mano dentro de mi abrigo, hasta la funda que Nicholas me había hecho después de que encontrara la pistola de Inman. Mantenía el arma cargada, tenía más balas en los bolsillos de mi abrigo. Los guías tenían mucha munición, aunque las balas estaban hechas de chatarra de Riven. Nada comparado con la calidad que encontrarías en la Tierra.

Saqué el arma, su cañón dorado parecía muy fuera de lugar en el oscuro bosque gris. Apunté y disparé mientras el espectro daba un paso adelante.

La bala derribó a un espíritu en el tobillo izquierdo del espectro. Amartillé el arma, apunté y disparé de nuevo. Otro espíritu cayó al suelo. Los disparos no ardían con fuego azul, solo metal

duro. Pero cada espíritu que derribaba permitía al espectro acelerar. Nos acercaba más a esa puerta.

Disparé otras cuatro veces hasta que, con un clic, la pistola me indicó que estaba vacía. Tendría que recargar con una sola mano en funcionamiento. No era exactamente algo que supiera hacer.

Tal vez no tendría que hacerlo.

El espectro irrumpió en el gran claro frente al muro. Gritos y lamentos de guías y batalla llegaron a mis oídos. Podía verlo; el caos masivo alrededor de las ruinas donde una vez estuvo la puerta oeste. Los guías que habían venido con nosotros, junto con los refuerzos, defendían la línea de escombros. Contenían una ola de espíritus que intentaban abrirse paso a zarpazos. La idea de Dolan; esos rayos naranja ardientes, nos habían dado una apertura, habían condenado nuestras defensas.

—¡Anna! —grité mientras nos acercábamos. Podía verla, blandiendo su mayal con pinchos y agitándolo de un lado a otro, golpeando y quemando espíritus mientras cargaban hacia los guías —. ¡Deja pasar al espectro! ¡Puede mantener la línea por nosotros!

Los guías, ya sea porque me escucharon o porque vieron a la bestia dorada, abrieron un camino para que pudiéramos pasar. Hice que el espectro me dejara sobre unos fragmentos rotos de la puerta. No era exactamente cómodo, pero cuanto antes estuviera fuera de sus manos, antes podría el espectro volver a hacer lo que mejor hacía: machacar espíritus hasta convertirlos en pulpa.

Al igual que la pistola de Inman, el espectro no podía dominar a los espíritus. No podía quemarlos con llama azul y hacerlos huir. Pero podía aplastarlos. Derribarlos y dejarlos incapacitados para que un guía que lo siguiera pudiera rematar al espíritu.

Y el espectro era incansable.

Observé, lisiado e inútil, desde mi posición cómo el monstruo de Mali destrozaba a los espíritus. Si hubieran sido los miles de antes, no tenía duda de que el espectro habría sido abrumado. Cubierto y simplemente hundido en la tierra por el peso de los espíritus. Ahora, con solo docenas, el espectro era libre de desatar su destrucción.

—¿Qué te pasó? —preguntó Anna, acercándose. Podía ver el sudor brillar en su rostro, la fatiga evidente en cómo sostenía su arma baja. Respirando con dificultad aunque Riven no tenía aire.

—Superado en número —dije—. Resulta que dejar que los espíritus te tacleen es una mala idea.

—Pensé que ya lo habrías aprendido —dijo Anna—. ¿Selena? ¿Dolan?

Le dije dónde estaban. Le dije que el éxito de toda esta misión dependía enteramente de ellos.

—Si no pueden cerrar más brechas, entonces sacrificamos la puerta por nada —concluí.

—No por nada —dijo Anna—. Cerramos algunas y nos dimos esperanza. Una oportunidad de que los guías hicieran algo en lugar de morir en callejones y habitaciones oscuras.

—Esa esperanza no durará mucho.

—Eso depende de ti. ¿Cuánto tiempo antes de que puedas moverte de nuevo?

Podía sentirlo; mis huesos, tales como eran, uniéndose. La sensación volviendo a mis brazos y piernas. Lento, pero llegaría. Antes de mucho tiempo estaría de vuelta, tan peligroso como siempre. Tal era la magia de ser un espíritu. Tal era el beneficio de estar muerto.

—Cuando Selena regrese —dije—. Estaré listo.

Lo que no sabía era para qué estaría listo. Ya fuera para otra incursión profunda en el bosque, o una retirada hacia Nicholas y su bomba desesperada.

Ajuste De Cuentas



A primera vista, no tenían buen aspecto. Los dos, Dolan apoyándose en Selena mientras emergían del bosque. La gran espada colgando en la espalda de Dolan, sostenida por su vaina. Atravesaron el claro tambaleándose, con los espíritus irrumpiendo tras ellos. Oí a Anna pedir a los guías que los asistieran. Vi a mis amigos y compañeros separarse de la línea y guiar a Dolan y Selena a casa. Y vi en los ojos de mi amor que habíamos perdido.

—¿Aún estás aquí? —le dije a Selena mientras se acercaba a mí. Mientras sentaba a Dolan junto a mi cuerpo destrozado. Mientras ella se desplomaba en el suelo.

—No debería estarlo —dijo Selena—. Deberían habernos despedazado mil veces. Debería haber muerto mil muertes, Carver.

—Pero no lo hiciste —respondí. Miré a Dolan. Los ojos del espíritu estaban cerrados. Tenía varias heridas y cortes desagradables. Quizás, como yo, estaba esperando a que sanaran—. ¿Está vivo Dolan?

—Estará bien —dijo Selena—. No está peor que tú, creo.

—¿Cheo? ¿Sus espíritus?

Selena tomó aire. Qué curioso que el instinto sobreviviera más allá de nuestras vidas. Más allá del punto en que nuestros cerebros dejan de funcionar. Sin embargo, aquí estábamos, todavía tomando un momento e inhalando aire inexistente antes de dar malas noticias.

—Cinco —dijo Selena—. Nos habíamos estado moviendo rápido. Entrando, Dolan sellando cada brecha con la espada, y luego corriendo. Para la quinta, sin embargo, habíamos perdido algunos. Demasiados.

—¿Perdido?

—Los necrófagos —dijo Selena—. No pueden matar a un espíritu, enviarlo al Ciclo, pero pueden consumirlos.

Vi el miedo en sus ojos. Luego recordé que le había pasado a ella. Devorada en el bosque por un viejo necrófago, Selena había dejado de existir. Al menos hasta que Anna y yo la rescatamos. Los necrófagos eran simplemente productos de espíritus, una masa de fría ira y odio. Confusión y pérdida. Unidos para propagar la ruina.

—Os alcanzaron —dije. No era una pregunta. Sabía por su mirada que Cheo y sus espíritus aún estaban ahí fuera. Que ahora eran parte de alguna criatura que probablemente se manifestaría pronto.

—Había dos más esperando —dijo Selena—. Dos necrófagos más alrededor de la brecha, atacándose entre sí. Absorbiendo un espíritu tras otro mientras se arrastraban a través de la

brecha. Estaban alimentándose, Carver.

—Supongo que hay suficiente para que coman —dije.

—Se detuvieron cuando entramos. No sé cómo describirlos, pero eran cosas sin forma. Glotones que habían perdido cualquier extremidad que pudieran haber tenido alguna vez. Vinieron a por nosotros —la voz de Selena tembló aquí. Vagó arriba y abajo en tono. Traumatizada.

A veces olvidaba, con todo lo que habíamos visto, que siempre era posible que las cosas empeoraran. Podías toparte con algún nuevo terror que te dejara sin palabras.

—No había nada que pudiera hacer —dijo Selena—. Dolan lo intentó. Cargó hacia el centro de la brecha y clavó la espada. Fue entonces cuando el primer necrófago lo golpeó. Lo lanzó al borde del claro. Ambos necrófagos fueron tras él. Así que cerré la brecha. Fui a la hoja y giré la empuñadura y envié el fuego hacia abajo.

—Al menos la cerraste —dije, las palabras sonaban débiles saliendo de mi boca. No era ni de lejos suficiente para llenar el vacío de emoción.

—No me di cuenta —continuó Selena—. Detrás de mí, Cheo y los otros, atacaron a los necrófagos. Estaban tratando de salvar a Dolan. De alguna manera, lo hicieron. Distrajeron a los necrófagos el tiempo suficiente para que yo sacara la espada, agarrara a Dolan y corriera. Los dejé allí, Carver.

—Hiciste lo que tenías que hacer —dije—. Cheo quería paz. Ahora la tiene.

Selena se rió, una risa desesperada. —¿Paz? ¿Dentro de un necrófago? No lo sé, Carver. Esa no es ninguna paz que yo quisiera.

—No puedo discutir eso. Excepto para decir que tal vez valga la pena.

Selena miró hacia los espíritus. Los guías. Luchando entre sí en una danza interminable. Más guías llegaban desde la torre del reloj, desde la ciudad, mientras otros se retiraban de las primeras líneas. Heridos o agotados. Una rotación que se llevaría a cabo indefinidamente.

—Deberíamos usarlo —dijo Selena—. Nicholas. Su dispositivo. Usémoslo y terminemos con esta locura.

—Sabes tan bien como yo que esa no es una solución permanente —dije—. Si arrasáramos la ciudad, las brechas volverían igual que antes. Necesitamos algo mejor. Necesitamos que Bryce tenga éxito en el otro lado.

—Incluso si lo logra —dijo Dolan, su voz crujiendo a mi lado—. Incluso si tu hombre detiene esta guerra. Incluso si esta enfermedad termina. Habrá más. Siempre habrá más personas, más almas inundando Riven. Será imposible contenerlo.

—¿Esto, del espíritu más optimista que había visto en mucho tiempo? —repliqué.

—Esto, de un espíritu que ha visto el final. No tenemos otra opción, Carver —dijo Dolan—. Debemos ir con Nara.

—¿No dijiste, no hace mucho, que Nara era la peor elección que podíamos hacer?

—Es la única que puede crear un ejército lo suficientemente grande para mantener a Riven a salvo —dijo Dolan—. La única que puede salvarnos de la aniquilación total.

—¿Entonces fallamos?

—Lo hemos hecho —respondió Dolan—. No hay otra manera. No podemos cerrar todas las brechas, y si no podemos cortar el flujo de espíritus, entonces no podemos sobrevivir.

Salvador



A medida que pasaba el tiempo, mientras yacíamos entre los escombros recomponiendo nuestras almas, los guías formaron un perímetro más organizado. Los corredores establecieron rutas, llevando municiones y armas a aquellos que habían roto las suyas, y pidiendo refuerzos según fuera necesario. Los heridos eran transportados en camillas improvisadas. Se identificaron y comunicaron puntos de cruce cercanos a la puerta oeste para que los guías del otro lado pudieran llegar más fácilmente al muro. A las ruinas.

Pero el enjambre nunca terminaba. Los espíritus seguían llegando. Sí, eran irreflexivos. Sí, se estorbaban entre sí. Aquellos que habían sido dominados a menudo esperaban un tiempo, dando a los guías un momento de alivio antes de ser apartados por la siguiente oleada de atacantes. No era fácil. El aburrimiento repetitivo del ataque jugaba con nuestros instintos humanos. Hasta el punto en que un guía podía esperar un momento después de dominar a un espíritu solo para encontrar al siguiente justo detrás, alcanzando su garganta.

Finalmente, pude ponerme de pie. Apoyándome en Selena. Dolan, menos herido que yo, iba delante de nosotros. Nos pusimos en marcha, dejando a Alec y Anna a cargo de defender el muro. Nunca antes había abandonado una pelea así. Alejándome de los guías que me necesitaban.

Recordé a mis padres, en las entrañas de la Montaña, luchando contra Piotr y gritándome que los dejara. Aquellas habían sido probabilidades imposibles como estas, así que quizás las peleas no eran tan diferentes después de todo. O quizás yo era un cobarde.

—No les harás ningún favor quedándote —dijo Dolan después de que había mirado hacia atrás demasiadas veces—. No importa cuántos espíritus destruyas, habrá el doble viniendo después de ellos. La mejor manera de ayudar a tus camaradas ahora es esta.

—¿Y qué es esto? —Vertí mi frustración en mi voz—. ¿Qué esperas que pueda hacer Nara? ¿Lo que tú no pudiste?

—Te lo dije —respondió Dolan—. Ella tomará los espíritus, los unirá y creará un ejército que pueda cubrir Riven. Restaurarlo a la paz.

—Entonces, ¿por qué no fuimos con ella desde el principio? —preguntó Selena.

—Porque se necesitó tanto a Mali como a mí para contener su ambición antes —dijo Dolan —. No confío tanto en mí solo.

—Estaremos allí —dije—. Y además, si Riven cae, Nara también cae.

Dolan solo asintió y luego se sumió en el silencio. Recordé las pinturas, el espectáculo de Mali. Si Nara realmente representaba un terror mayor que lo que ya estaba sucediendo, bueno,

tendríamos que arriesgarnos. El fracaso era seguro en el camino que habíamos intentado. Con Nara, teníamos una pequeña posibilidad de éxito.

Para cuando llegamos al patio de la torre del reloj, tanto Dolan como yo caminábamos normalmente. Nuestras almas reparadas. Bryce aún no había regresado del otro lado, lo que tomé como una señal positiva. Si estaba avanzando allí, eso podría compensar la falta de progreso aquí. No nos quedamos mucho tiempo. Di una actualización rápida a los guías que mantenían el centro de mando, y luego nos fuimos. Marchando hacia el este hacia el campo de grano una vez más.

El viaje hacia Nara se sintió más corto esta vez. Quizás porque Dolan, tan pronto como pudo, nos empujó a correr. Afirmó que como no podíamos cansarnos, bien podríamos viajar lo más rápido posible. Había vidas en juego. No discutí.

Correr sin fin se sentía extraño. Como si en cualquier momento mis músculos se despertaran y se dieran cuenta de que no deberían estar haciendo esto. Que esprintar una manzana tras otra, a través de vecindarios y hacia la muralla este, pasando el palacio y saliendo hacia el verde sin una sola pausa para respirar era de alguna manera incorrecto. Pero no lo hice. Mis piernas nunca protestaron. No me ahogué en sudor, ni me desmoroné cuando mi cuerpo se rindió. Eventualmente, la extrañeza de todo se desvaneció. Estaba viviendo en una nueva normalidad. No tenía cuerpo, no uno físico real de todos modos, y era hora de que aprendiera a usarlo.

Nara estaba fuera de su cabaña cuando nos acercamos esta vez. Miró más allá de nosotros directamente a Dolan. Fijó sus ojos en el espíritu, pero por lo demás no dejó que ninguna expresión cruzara su rostro.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo Dolan primero.

—Había olvidado cómo se sentía —dijo Nara—. Tenerte lo suficientemente cerca como para sentir el vínculo. No me gusta.

—Si pudiera mantenerme alejado, lo haría —respondió Dolan.

El espíritu luego le contó a Nara lo que había sucedido. Nuestra fallida defensiva. El número abrumador de espíritus fluyendo de las brechas. Ni una sola vez la sorpresa cruzó el rostro de Nara. Ni una sola vez mostró miedo. En cambio, esa misma mirada fija se clavó en Dolan durante toda su narración.

—¿Entonces puedes ayudarnos? —pregunté cuando Dolan había terminado.

—¿Ayudarlos? —dijo Nara—. Parece que necesitan un poco más que ayuda. Necesitan un salvador.

—No dejes que se te suba a la cabeza —dijo Selena.

—¿Por qué no debería? —respondió Nara. Se movió hacia la pila siempre ardiente de grano y la pinchó con una paja suelta—. Aquí estoy, cuidando este fuego por toda la eternidad, hasta que ustedes tres deciden hacerme una visita después de intentar todas las formas posibles de evitar hacerlo. Me dicen que todo está perdido. Que sus amigos y familias están sufriendo. Que soy su única salvación. Si no soy su salvadora, ¿quién podría serlo entonces?

—Cuando vine aquí por primera vez —dije, pasando por alto la discusión—, me dijiste que podría ayudarte. Lo he hecho. Te he traído a quien pediste. Necesitamos tu parte del trato.

—No puedo discutir eso —dijo Nara—. Creo que sé cómo pagarte. Puedo hacer lo que me pediste. Puedo extenderme, una vez que esté cerca, atraer a los espíritus y arrastrarlos a mi red. Salvar a tus amigos. Tu mundo.

La vacilación flotó en el aire mientras su voz se apagaba.

—¿Pero? —pregunté.

Nara se alejó de su pila de grano ardiente y se acercó a mí. Se acercó hasta quedar apenas a

un pie de distancia. Me mantuve firme.

—El problema de ser un salvador —dijo Nara— es que todos esperan que los salves. Incluso de sí mismos.

—Explícate.

—Carver, aléjate de ella —dijo Dolan, con un tono diferente en su voz. Oí cómo la gran espada era levantada de su vaina.

Y entonces sentí algo extraño. Nara extendió la mano y tocó mi pecho. Su mano presionando sobre mí, y luego *dentro* de mí. Yo había unido espíritus antes, pero esto era diferente. En lugar de unirse, la técnica de Nara se sentía más como un robo. Nara me arrebató la voluntad, la voz y la elección. Mis sentidos fueron reemplazados por sombras de sí mismos, sostenidos por hilos que conducían de vuelta a ella.

En un instante, pasé de saber quién era, qué era y dónde estaba, a esperar que Nara me lo dijera, que su mente me informara. Me quedé quieto, rígido. Miré fijamente a los ojos de Nara y supe lo que había sucedido, supe que no había nada que pudiera hacer al respecto.

Mascotas



Carver, ¿qué está pasando? —preguntó Selena.

Quería girar la cabeza hacia ella. Advertirle. Pero era un prisionero en mi propio cuerpo. No podía moverme. Hasta que Nara me diera una orden. La compulsión, el vínculo de Nara empujando mi mente a tomar a Selena y lanzarla al suelo. Menos una orden externa y más un impulso irresistible.

Derribar a Selena era *lo correcto*.

Me volví, miré a Selena y le di una sonrisa.

—Está bien —dije—. Nara nos va a ayudar.

—¿Qué?

Mientras entrecerraba los ojos hacia mí, di un paso adelante, rodeé sus hombros con mis brazos y la tiré sobre mi pierna hacia el suelo. Nara se inclinó sobre Selena mientras yo observaba, pero antes de que la mano de Nara pudiera tocarla, Dolan interpuso su gran espada. Empujó a Nara hacia atrás.

—Dolan —dije, sacando el látigo con mi mano derecha y el cuchillo largo con la izquierda —. Nara está tratando de ayudar. Así es como lo hace. Hazte a un lado.

Dolan me miró de reojo, luego se volvió hacia Nara.

—Esperaba que los años te hubieran ablandado. Parece que me equivoqué.

Nara inclinó la cabeza hacia él.

—¿Ablandarme? Esperé, atrapada aquí en este campo, durante siglos. Lo único que pude alimentar fue mi venganza. Ahora la tendré.

—¿Incluso si te cuesta todo?

Nara se rio.

—No será así. Después de ti, recuperaré Riven y lo convertiré en el paraíso que siempre debió ser.

—No mereces ser una diosa —respondió Dolan, y luego se abalanzó con la espada. Directamente hacia Nara. Selena retrocedió, mientras yo me interponía entre Nara y el ataque de Dolan. Desvié la espada del espíritu con mi cuchillo lo suficiente para que Nara se apartara.

Dolan fijó sus ojos en los míos. Le di un asentimiento. Respetaba sus habilidades. No respetaba su postura.

—Por favor —dije—. Sabes que esta es nuestra única opción. No te sacrifiques por nada.

—Ella habla a través de tu boca ahora —dijo Dolan—. Lo siento, Carver. Merecías un mejor final.

Dolan levantó la gran espada, la alzó hacia la izquierda y luego dio un paso adelante con un fuerte golpe hacia mi cabeza. Algo que no podía contrarrestar. Así que rodé, caí hacia la derecha y dejé que la hoja pasara sobre mí. Me levanté en cuclillas y lancé el látigo hacia el tobillo de Dolan. Lo atrapé cuando el espíritu ralentizó su golpe, y tiré. Debería haber derribado a Dolan.

En cambio, el espíritu clavó su talón en la tierra, deteniendo mi tirón, y luego golpeó hacia abajo con la gran espada. Solté el látigo para que cayera suelto y el golpe de Dolan fallara la cuerda. No quería que mi arma fuera cortada estando tan lejos de Nicholas, el único que sabía que podía arreglar la cosa.

Me puse de pie, retrocedí mientras Dolan avanzaba hacia mí, con el látigo arrastrándose detrás de él. Mi mano derecha vacía se metió en mi abrigo, sacó la pistola de Inman. Correctamente cargada y lista. La apunté a la cara de Dolan, y él se detuvo.

—No eres lo suficientemente rápido para atrapar esto —dije.

—Resiste, Carver —respondió Dolan—. Esto no es obra tuya.

El problema con las palabras de Dolan es que no entraban por mis oídos. O más bien, la mente que escuchaba esas palabras no era la mía. Así que apreté el gatillo.

Dolan se tambaleó, la bala abriendo un agujero en su pecho. Sin sangre, por supuesto, pero cada golpe seguía doliendo. Más importante aún, mantuvo la atención de Dolan en mí. Al menos, hasta que escuchó el sonido rasposo del cuchillo de Selena saliendo de su vaina.

Dolan miró detrás de él, vio a Selena moviéndose a posición. Vi en los ojos de mi amada el mismo espíritu que había tomado el mío. Nara, observando desde el borde del claro, mantenía una pequeña sonrisa. Dos nuevos premios para comenzar su colección.

—Ríndete —le dije a Dolan—. Esta es una pelea que no puedes ganar.

—¿No lo entiendes? —dijo Dolan, sosteniendo la gran espada con una mano, la otra sobre la herida de la bala—. Ella no puede irse si yo no la dejo. O a menos que yo esté muerto. ¿Cuál crees que ha elegido?

Luché en ese momento. Empujé contra la voz de Nara, susurrando en mi cabeza. Diciéndome que disparara de nuevo. Que derribara a Dolan y permitiera que Selena acabara con su miseria.

Hazlo. Nara habló en mi mente. *Libéralo.*

Mi dedo se tensó en el gatillo. Los tristes ojos de Dolan observaban, bordeados por el pálido fuego que lo había estado quemando durante mil años o más. Y me detuve.

No.

La furia de Nara fluyó a través del vínculo, y sentí que perdía el control. Si Nara quería moverme ella misma, no podía detenerla.

Dolan debió haber visto la lucha parpadeante en mis ojos, porque cambió la posición de sus pies. Se lanzó al ataque. Pero no contra mí. No contra Selena. Contra Nara. La gran espada barriendo el suelo, ardiendo con fuego azul, para destruir nuestra esperanza y nuestra condenación.

Mi siguiente bala golpeó a Dolan en su hombro derecho, pero el espíritu apenas se inmutó, cruzando el claro a toda velocidad. Un breve pánico cruzó el rostro de Nara, y entonces apareció un cuchillo largo, sobresaliendo de la espalda de Dolan, ardiendo con llama azul. Mientras Dolan cruzaba las últimas yardas hacia Nara, tropezó, la espada se le cayó de las manos, y cuando el fuego comenzó a arrastrarse sobre él, el viejo espíritu se desplomó en la tierra a los pies de Nara.

Selena retiró su brazo, vacío sin su cuchillo, y observó. Al igual que yo.

Nara se inclinó, levantó la cabeza de Dolan con su mano y dirigió su rostro hacia ella. No podía ver sus ojos, no podía leer el dolor en su rostro, solo podía sentir la inmensa satisfacción fluyendo a través de mi conexión con Nara. Solo podía escuchar sus palabras mientras se

deslizaban de su sonrisa sanguínea.

—Adiós, viejo amigo.

Encadenado



Deslicé la gran espada en su vaina, colgada a mi espalda. Miré hacia el claro en el trigal donde, hace un momento, Dolan había desaparecido en su vacío viaje al Ciclo. Una mano se posó en mi hombro, ligera y firme.

—Se siente bien, ¿verdad? —dijo Nara—. ¿Tener tu arma de vuelta?

Asentí. Mi mente, por lo demás, estaba en blanco.

—Es una espada apropiada para un campeón —continuó Nara—. ¿Dolan te contó esa parte cuando te mintió?

—No lo hizo —respondí.

Las palabras de Nara provocaron una pregunta, un pensamiento: *¿nos mintió?* Pero la idea de preguntar se desvaneció, desapareciendo de mi consciencia sin consideración.

—Riven solía ser un mundo bullicioso —dijo Nara—. Donde cada espíritu tenía un hogar. Un nuevo comienzo. Una oportunidad de perseguir pasiones sin el peso de la realidad sobre sus hombros. Sin necesidad de comida, de refugio, sin miedo a la muerte o al tiempo, todo era posible. Hasta que Dolan y Mali consideraron apropiado destruirlo. Supongo que estaban asustados. Pensaron que mis métodos eran crueles. Peligrosos. Como todos los que ven cosas que no entienden.

Nara me giró para enfrentar a Selena, quien había guardado sus armas y nos observaba con rostro solemne. Esperando la orden de su líder.

—Hasta que decidió tomar otro camino, Dolan era mi espada. Era mi campeón. Protegía mi ciudad, Carver. Ahora te pido lo mismo a ti —dijo Nara, y luego soltó una risa baja—. Bueno, quizás *pedir* no sea la palabra correcta. Una vez que has visto las fallas en la lealtad, es fácil ver las ventajas de la obediencia. De la posesión.

Nara señaló hacia el trigal, y nos movimos. La escuché caminar detrás de nosotros mientras mis brazos apartaban los tallos. Despejando un camino para la nueva libertad de Nara.

Mientras avanzábamos, probé los límites del control de Nara. Me había asignado una tarea —despejar el camino— y dentro de los límites de esa tarea, parecía que podía ajustar mi enfoque. Mover un tallo con mi mano izquierda, luego el siguiente con la derecha. O usar ambos brazos. Intenté simplemente derribarlos con mis hombros y también funcionó. Intentar dejar de moverme, sin embargo, no servía de nada. Mi cuerpo simplemente no respondía.

Antes, con Dolan, había sentido a Nara dirigir mis pensamientos. Alterar mi mente. Mis palabras. Pero cuando el espíritu no se enfocaba en mí, mi alma regresaba. Como despertar de un sueño profundo, tenía que conectar con mis sentidos, mis extremidades. Entender lo que podía y

no podía hacer.

Miré de reojo a Selena, quien marchaba resuelta a mi lado. No tenía idea si ella estaba descubriendo las mismas cosas.

—¿Selena? —dije, más para ver si podía hablar que por otra cosa.

Sentí la mirada de Nara clavarse en mí cuando pronuncié las palabras. Sentí su mente presionar la mía, buscando mi objetivo. Relajándose cuando encontró solo curiosidad.

—¿Carver? —respondió Selena, encontrando mi mirada—. ¿Qué vamos a hacer?

—Lo que ella quiera que hagamos —respondí.

—Correcto —dijo Nara desde atrás—. Aprovechen la oportunidad para acostumbrarse a su nueva existencia. Entiendan que están con una correa. Una que puede ser larga o corta, según sus acciones. No tengo deseos de lastimar a mis campeones, y preferiría enfocarme en otras cosas que no sean su próximo movimiento, así que por favor, valoren nuestra relación.

—Valorar —dijo Selena—. Acabas de matar a nuestro amigo.

—No. Lo hicieron ustedes.

—Eso es mentira —repliqué.

Y caí de rodillas. Mis ojos se cerraron. La boca apretada. No por voluntad propia. Mi mente huyó de mi cuerpo, acurrucándose contra un dolor de cabeza aplastante. Dolan iba al Ciclo por lo que Nara nos hizo hacer. ¿Verdad?

¿O lo habíamos hecho por nuestra cuenta?

¿No se había vuelto Dolan contra nosotros? ¿Desenvainado su espada mientras hablábamos con Nara? ¿Discutido el plan para salvar Riven?

Había intentado matar a Nara. Sin provocación. Ella no tenía arma.

—Tuvimos que detenerlo —le dije a Selena—. No había otra opción. Habría arruinado nuestra última oportunidad de salvar Riven.

Vi el lento asentimiento de Selena en respuesta. —Tuve que hacerlo —dijo Selena—. Era la única manera.

—Lamentable —dijo Nara—. Pero no tenemos tiempo para el dolor. Vamos, sigan moviéndose.

Me puse de pie, extendí la mano y aparté el siguiente tallo del camino. Puse un pie delante del otro. Dolan se había vuelto un traidor al final. Trágico, pero inevitable. Su plan había fallado, después de todo.

Ahora teníamos una nueva líder.

La Puerta Del Este



Había dos guías esperándonos en la puerta del este. Observando para ver si habíamos tenido éxito. A uno de ellos lo reconocí; el guía delgado que había trabajado con Piotr. Quien muy bien podría haberme matado al otro lado, atrapado en la habitación del hotel en Nueva York. Al otro no lo conocía, pero no importaba.

—Esta es Nara —dije mientras nos acercábamos—. Ella va a salvarnos.

Polk miró más allá de mí, asintió hacia Nara. —¿Dónde está el otro? ¿Dolan? ¿Viajaban todos juntos?

—Dolan tiene que ocuparse de otros problemas —dijo Nara—. Encantada de conocerlos.

Nara dio un paso adelante y extendió su mano. Polk la tomó. Vi el cambio en sus ojos, el momento en que perdió el control. El momento en que Nara lo convirtió en uno de los suyos. El otro guía, sin embargo, no parecía prestar mucha atención. Estaba mirando a Selena, y me di cuenta de que mi amor había sacado su cuchilla.

—No necesitarás eso aquí —dijo el guía—. No hay ninguna brecha cerca. Lo mantuvimos limpio para ustedes.

—Solo por si acaso —dijo Nara, colocando su mano en el hombro del guía.

En un instante, él también le pertenecía.

Desde la calle, oímos un ruido. Un arrastre de pies mientras otro guía salía de un puesto de guardia achaparrado, justo dentro de la puerta. Lo conocía. Derringer. Solo que en lugar de ojos amistosos, su rostro estaba cubierto de sospecha.

—Derringer —llamé—. Ven aquí, saluda.

—No creo que lo haga —dijo Derringer—. Verás, vi mucho del trabajo de Piotr. Vi cómo reaccionaban esos espíritus atados cuando él hablaba. Vi cómo esos ojos coincidían con su mirada de la misma manera que los vuestros coinciden con los de ella. Sé lo que estoy viendo.

Y entonces Derringer echó a correr. Nara no habló, no dijo las palabras, pero sentí la orden. El llamado a atrapar a Derringer y someterlo. A hacerle respetar a nuestra líder. Así que los cuatro salimos corriendo a toda velocidad. Perseguimos a Derringer por los amplios patios de piedra entre el Palacio y las estatuas que conformaban el lado este de Riven.

Derringer no era un hombre pequeño. Tampoco era lento. Avanzaba pesadamente, bombeando sus brazos y pies como lo hace un verdadero corredor. Pero era humano. Sus músculos ardían. Selena y yo ganamos terreno, corriendo más cerca, más fuerte. Derringer intentó esconderse detrás de las columnas, serpentear entre las calles y tomar callejones al azar, pero no fue suficiente. No podía evitar nuestra energía infinita.

Las calles se habían cerrado para cuando finalmente lo alcanzamos. Los edificios bordeaban ambos lados de la amplia avenida. Los copos cenicientos tan comunes en Riven me soplaban en los ojos. Entonces Derringer se detuvo, jadeando, con las manos en las rodillas.

Selena y yo nos acercamos por detrás. Yo tenía mi látigo y cuchillo listos, Selena con su cuchilla. Dentro de mi mente sentía a Nara empujándome a acabar con él. A quemarlo y convertirlo en un espíritu que ella pudiera atar cuando nos alcanzara. Debajo de ese llamado sentía mi propio calor hirviente. Derringer había estado con Polk, con mi cuerpo en esa habitación de hotel. Uno de ellos había apretado el gatillo, cortado mi conexión con el otro lado.

Yo lo quería muerto tanto como Nara.

—¿Saben lo que pasa si nos matan? —dijo Derringer—. La línea apenas se mantiene en el oeste. Va a caer cualquier día, cualquier hora ahora. Cuando lo haga, toda esta ciudad será arrasada hasta los cimientos por espíritus furiosos y desenfrenados. ¿Creen que su nueva líder puede salvarla?

—No lo creo —dije—, lo sé.

—Bueno, esta es una manera infernal de empezar.

Levanté el cuchillo y Derringer me miró fijamente. Era hora de borrar esa cara. Me moví hacia adelante, eché mi brazo hacia atrás. Y sentí un dolor ardiente desgarrando mi hombro. Caí en la calle, escuché el eco del disparo mientras rebotaba por la avenida. No era lo que esperaba que sucediera.

—No va a funcionar —dijo una voz familiar—. Estás rodeado, Carver. Ríndete, y quizás podamos liberarte de tu maldición.

—Alec —llamó Selena, y sí, tenía razón. Conocía esa voz—. ¡Estás equivocado! ¡Nara quiere ayudar a Riven!

Conté los rostros en las ventanas, varios de ellos apuntando rifles largos hacia mí. Los recursos que debieron haber sacado del muro en la puerta oeste para esperar nuestro regreso. Un regreso que esperaban fuera triunfante, que trajera milagros. Para salvar a sus amigos moribundos al otro lado de la ciudad.

Ahora el oeste solo servía para salvaguardar a los condenados.

—Selena, es una tragedia verte así —dijo Alec, caminando por la calle hacia nosotros con un par de guías a cada lado—. Nuestra oferta es para ambos. Bajen sus armas. Hablen de paz con nosotros.

Me puse de pie, el dolor de la bala empezaba a disminuir ya.

—No podemos —dije—. Y ustedes no pueden ganar.

Uno de los guías en el edificio junto a nosotros gritó y desapareció de la ventana. Atacado por detrás. La voz de Nara llenó nuestras mentes, diciéndonos que corriéramos. Que retrocediéramos por la calle y la encontráramos a unas cuadras de distancia. Otro guía chilló al otro lado. Mientras Derringer y Alec se giraban hacia el ruido, Selena y yo salimos disparados. Escuché las balas golpear el suelo a mi alrededor, pero luego nos metimos en un callejón y desaparecimos. Corriendo a toda velocidad a través de edificios y alrededor de esquinas y curvas. La ruta que Nara quería que siguiéramos aparecía como un mapa ante nuestros ojos. Una compulsión diciéndome que girara a la izquierda, luego a la derecha, luego que fuera recto a través de una tienda en ruinas.

La encontramos en lo alto del apartamento decrépito, las escaleras destartaladas nos dieron una subida tropezada hasta el último piso. Al borde del centro de la ciudad. Nara miraba por una ventana sobre Riven. Ninguno de los otros guías estaba allí.

—Dos sacrificados por vuestra insensatez —dijo Nara—. La próxima vez, atrapen a su presa

más rápidamente.

Selena y yo nos disculpamos. Al unísono.

—Parece que vuestros guías han mejorado con los años —dijo Nara—. El tipo de organización necesaria para tener formaciones en capas nunca existió en mi tiempo. Dolan debe haber estado orgulloso de su legado.

—Los guías son fuertes —dije.

—Pero no lo suficientemente fuertes —replicó Nara bruscamente—. Aun así, los guías no tienen por qué ser nuestros primeros enemigos. Hay caminos más fáciles que podemos recorrer. No temas, Carver. Salvaremos tu mundo y no necesitamos a los guías para hacerlo.

El Ejército Atado



Nos movimos hacia el sur. Sur y oeste, bordeando los límites del territorio principal de los guías alrededor de la torre del reloj. Nos mantuvimos en callejones, en calles laterales. Atravesamos edificios. Nos arrastramos por pequeños cañones entre estructuras en ruinas. Cada vez que nos encontrábamos con un espíritu, Nara nos hacía contener al alma perdida mientras ella la ataba a sí misma. Luego enviaba al espíritu por delante de nosotros y en varias direcciones, explorando para ver dónde podría haber peligro. Evitábamos las brechas, que atraerían a los guías. Esquivábamos grupos de espíritus que podían ser vistos por otros. O que potencialmente podrían atacarnos antes de que estuviéramos listos. Pero a medida que avanzábamos más y más, y Nara ataba más y más, comencé a notar en los bordes de mi visión, en las ventanas de los edificios que pasábamos y en las calles por las que no caminábamos, espíritus que pasaban volando. Siempre estaban allí, siempre observando. Formando un anillo a nuestro alrededor.

Nara no hablaba, y Selena y yo no teníamos palabras que decir. Sentía una creciente sensación de desesperación. Una desesperación que, sin embargo, se mezclaba con la más leve esperanza. Puede que Nara misma no sea la salvadora que esperábamos. Sin embargo, tampoco quería ver a Riven destruido. Podría salvar a Riven, aunque lo que quedara no fuera el mundo que conocíamos.

Llegamos a los Escombros y a la puerta sur, los comienzos de un ejército caminando a nuestro alrededor. Varias docenas de espíritus marchaban tras nosotros o lideraban nuestro avance. Nara ataba a todos los que nos encontrábamos. Con un rápido movimiento de su mano, una palma en una espalda desprevenida, añadía otro a nuestra fuerza. Comencé a ver cómo había acumulado tantos espíritus tan rápidamente. Cómo Dolan y Mali habían llegado a temer a su amiga. Si en cuestión de horas podía reunir cientos de almas, en cuestión de días podría tener miles. Eventualmente, millones. Entonces no habría fuerza capaz de detenerla.

Sin embargo, sentía que había alguna posibilidad de supervivencia. Los guías, después de todo, podían cruzar. Podían dejar atrás a Riven. Si Nara gobernaba un ejército de muertos, al menos no tocarían el otro lado. No volverían a la Tierra.

No llevábamos mucho tiempo en el bosque, caminando por el sendero que los espíritus tomaban hacia el Ciclo, cuando un familiar temblor sacudió el suelo. De los árboles a nuestra derecha surgieron varios necrófagos. Unos que había visto antes, persiguiendo a Dolan y Selena en su búsqueda para cerrar las brechas.

—¿Qué deberíamos hacer? —le pregunté a Nara.

Ella solo me sonrió —Observa.

Los necrófagos se acercaban pisoteando, los tres eran monstruos grandes y vagamente humanoides con colecciones aleatorias de brazos y piernas. Golpeaban el suelo y recogían espíritus a medida que avanzaban, devorándolos en sus cuerpos y creciendo con cada uno. Hasta que Nara envió su ola.

Su nuevo ejército se movió en un gran grupo, cargando y aullando y destrozando a los necrófagos. Escalaron esos horribles brazos y piernas. Se clavaron en sus cuerpos y los despedazaron. Las criaturas gigantes arrojaban espíritus de sí mismas por docenas, pero dos docenas más corrían para reemplazar a los perdidos.

En minutos, los necrófagos habían sido destrozados, esparcidos y rotos en pedazos. Nara nos dio la orden. Selena y yo, con mi látigo y mi cuchillo largo, ella con su cuchilla, nos acercamos a los necrófagos rotos y los quemamos con fuego. Los dividimos en sus masas de espíritus. Entonces Nara también los ató.

—¿Aún dudas de mí? —me dijo Nara cuando terminaron—. ¿No crees que puedo salvar tu mundo?

Solo pude sacudir la cabeza. Nara era verdaderamente grandiosa, verdaderamente terrible. Era nuestra salvadora.

Un Cambio De Plan



La Montaña. La última vez que había visto este lugar, me dirigía hacia mi eventual muerte. No había cambiado mucho. Seguía teniendo una única entrada excavada en sus paredes rocosas, llena de espíritus caminando hacia el Ciclo. Espíritus que Nara iba atando uno tras otro en un frenesí febril. Iba de uno a otro tomando y encadenando sus almas a ella. Aumentando y expandiendo su fuerza. Enviando a los nuevos espíritus a formar filas frente a la misma Montaña.

Justo antes de la entrada de la caverna, nos giramos para mirar las filas desplegadas frente a nosotros.

—¿Lo ves? —dijo Nara—. Esto es por lo que viniste a mí, Carver. Esto es lo que necesitabas. Con estas almas, podemos limpiar Riven de nuestros adversarios y tomar el mundo para nosotros.

—Una pregunta —miré al ejército, a todos los espíritus que estaban de pie sin nada encima. Sin armas, sin ganchos, sin espadas, sin chispeadores. Una turba, sí, pero una que carecía de formas para dominar espíritus—. ¿Cómo cerraremos las brechas?

Nara me miró de reojo. —Tienes la espada contigo.

—No puedo estar en todas partes a la vez —dije—. Ven, acompáñame.

Sentí que Nara me dejaba hacer la declaración. Me dejó guiarla hasta la cima de la Montaña, a través del pasaje de Piotr hasta la ladera muy por encima del bosque. Selena nos siguió.

Desde allí arriba, podíamos ver todo el bosque hasta el borde de la ciudad. Las brechas estallaban, luces amarillas, azules y verdes brillando por todo el bosque y más allá. Tantas que parecían las estrellas en el cielo aquella noche que fui con Inman a su campamento junto al río.

—Incluso si hubiera una docena de mí —dije—, nunca podríamos cerrarlas todas. Nunca podríamos mantener Riven con vida.

—Entonces haremos cien de tus espadas —dijo Nara—. Mil. Suficientes para que cada espíritu empuñe una.

—¿Cómo? —preguntó Selena—. ¿Puedes hacerlo sin Dolan?

La sorpresa, seguida de frustración, se derramó a través del vínculo cuando Nara recordó que Dolan se había ido. El único espíritu que había dominado el arte de crear las armas ardientes había desaparecido. Y aunque los guías habían tomado las herramientas originales, las habían reestructurado en nuevas espadas, hachas y arcos a lo largo de los siglos, sin Dolan, no había forma de hacer más.

—Dolan era un espíritu —dijo Nara—. Cualquier cosa que él hizo puede ser hecha por otro.

Todo lo que tenemos que hacer es encontrar al adecuado.

Ni a Selena ni a mí se nos dio permiso para responder. En su lugar, seguimos a Nara bajando, de vuelta a la Montaña, hasta el borde del Ciclo. Nos posicionó cerca del borde, y observamos cómo se acercaba a un espíritu que pasaba, una mujer mayor, y la tocaba en el hombro. La ataba a la voluntad de Nara. Luego, Nara señaló hacia el Ciclo.

Dolan había dicho que había capturado la llama por accidente. Al tocar el Ciclo y controlar su energía ardiente. Nara envió al espíritu a hacer lo mismo.

La mujer se inclinó sobre el borde y tocó el azul. El fuego subió por su brazo, sobre su cuerpo hasta que no pudimos ver nada de ella. Nada excepto la luz cegadora. El espíritu se desplomó sobre el borde y desapareció.

—Solo el primer intento —murmuró Nara.

Pero el siguiente tuvo el mismo resultado. Y el tercero. El quinto. Hasta los cientos. No pude seguir cuánto tiempo pasó Nara arrojando espíritus a su perdición, solo que debieron ser muchas horas antes de que Nara retrocediera, su rostro una máscara de rabia apenas controlada.

—No funcionará —dije. Nara no estaba prestando atención a mi voluntad, su enfoque en otras cosas. Por una vez, tenía la libertad de mover mis propios labios—. Podríamos estar aquí por una eternidad esperando a otro espíritu como Dolan. Si eso no sucede pronto, entonces Riven bien podría desaparecer para cuando encuentres uno.

—¿Desaparecer? —dijo Nara, mirándome con una pregunta en sus ojos—. Antes, cuando viniste a mí por primera vez en el campo. Mencionaste que querías salvar Riven. ¿Salvarlo de qué?

—Está siendo invadido —dije. Sentí a Nara empujando, buscando una respuesta más profunda—. La historia de los guías dice que si hay suficientes espíritus en Riven, podría abrirse un agujero de vuelta a la Tierra. Un camino de regreso al otro lado. Donde podrían lastimar a nuestras familias. A nuestros amigos. Destruir todo lo que conocemos.

Nara asintió. —Eso es lo que necesitaba recordar. Ven, volvamos a la ladera.

De vuelta en el mirador, volvimos a mirar las brechas.

—Me pediste que salvara tu mundo, Carver —dijo Nara—. Pero parece que Riven no puede ser salvado. No hay otra opción que dejar que esta calamidad nos alcance. Cabalgar la ola hacia lo desconocido. Si estos espíritus crearán un portal, entonces lo atravesaremos.

Incluso con la conexión, incluso con Nara suprimiendo mis sentimientos, me revolví de ira. Traición. Por un momento, ese impulso superó nuestro vínculo.

—Mentiste —escupí—. Tú fuiste quien dejó ir a Dolan. Quien detuvo nuestra única oportunidad. No es que Riven no pueda ser salvado, es que tú destruiste cualquier esperanza de salvarlo.

—Todos somos humanos, ¿no es así? —dijo Nara—. Defectuosos, empujados por nuestras ambiciones hacia algo más allá de nuestra capacidad de obtener. Solo que en lugar de enfocarnos en nuestros fracasos, elijo aprovechar el futuro, y nuestro futuro está con esos.

Los brazos de Nara se extendieron a través de la vista, abarcando las brechas que salpicaban el campo. Mientras lo hacía, una, un resplandor que venía de dentro de la lejana muralla de la ciudad, se apagó. Nara detuvo su gesto, parpadeando hacia el espacio.

—Los guías —dije, respondiendo a su pregunta no formulada—. Todavía están sellando las brechas que pueden dentro de la ciudad.

—Retrasando nuestra victoria —dijo Nara—. Parece, Carver, que aún puedo tener un uso para ti. Mi campeón todavía tiene una causa contra la cual blandir su espada.

—¿Cómo puedo servirte? —dije, odiando las palabras mientras salían de mi boca, amándolas

y la forma en que complacían a Nara a través del vínculo. Yo era su marioneta, y adoraba cuando ella tiraba de los hilos.

—Tomarás mi legión —dijo Nara—. Marcharás por el camino del espíritu y entrarás a la ciudad desde el sur. Lleva a los guías delante de ti. Masacra a los que se queden. Ahuyenta a los que huyan. Limpia Riven de ellos y sus almas. Abre la puerta a nuestro nuevo hogar.

Incursión



Nara alineó las almas para mí en fila tras fila ante la entrada de la Montaña. Bañado por el resplandor del Ciclo, me encontraba frente a cientos de espíritus obligados a seguir las órdenes de Nara y, a través de ella, las mías.

Los espíritus provenían de todas partes. Jóvenes y viejos, ricos y pobres, vestidos con harapos y los trajes más finos. A través y alrededor de ellos deambulaban almas que Nara aún no había atado, como un río rompiendo alrededor de una presa de muertos.

Cada pocos segundos, otro espíritu me rodeaba y tomaba su lugar en las filas. Otra atadura, otra alma que no se detendría ante nada para despedazar a cada guía. Solo necesitaba decirles cuándo.

—¡Marchen! —grité hacia las cenizas arremolinadas. Hacia aquellos árboles oscuros. Nara escuchó mis palabras y envió la orden a aquellos bajo su control. Incluyéndome a mí.

Sin esfuerzo consciente, mis piernas se movieron hacia adelante. Largas zancadas que me llevaron a través y más allá de mi ejército hasta que caminé a su cabeza. Sostenía la gran espada en mis manos, listo para defenderme de cualquier atacante.

Y había muchos de esos. Espíritus furiosos de brechas cercanas mordían los flancos de mi fuerza. Se estrellaban desde los árboles en olas gruñentes solo para que mis espíritus los rechazaran. Descendían sobre mis almas en montones rechinantes hasta que, con nuestro número superior, destrozábamos a los atacantes.

Por supuesto, sin los fuegos domadores, los espíritus sanarían con el tiempo. Volverían a sus estragos. Continuarían empujando a Riven hasta que colapsara.

—¿Por qué los Escombros? —le dije a Nara a través de nuestro vínculo—. ¿No deberían estar la mayoría de los guías concentrados en la puerta oeste?

Podía sentirla allá atrás, cerca del Ciclo, reuniendo más espíritus y añadiéndolos a su fuerza. Sin embargo, la fuerza de ese vínculo se desvanecía a medida que crecía la distancia entre nosotros. Tomaría dos días de marcha llegar a los Escombros, y en ese tiempo sus ataduras se debilitarían. Cuando alcanzáramos la ciudad, podría ser capaz de resistirla por completo.

—Porque quiero aplastar su determinación —respondió Nara a través del vínculo, su voz estrellándose en mi mente—. Porque cuando amenaces con cortarles el acceso a su hogar, no lucharán. Huirán. Se dispersarán y se quebrarán.

—Los estás subestimando. Los guías son mejores que eso.

—¿Lo son? —Pude oír la risa de Nara—. Olvidas, Carver. Una vez tuve que elegir entre morir por mis creencias o vivir, atrapada durante siglos. Ellos elegirán como yo lo hice. Correrán

por su oportunidad de sobrevivir.

A mi alrededor fluían los muertos de mirada vacía. Domados o, menos probable con cada hora, un espíritu naturalmente seducido por el Ciclo. Atrapé sus ojos mientras ellos evitaban los míos. ¿Cuántos de ellos Nara pondría de su lado?

—Deberíamos dirigirnos a la torre del reloj —Mi mente se volvió hacia el ataque, tratando de encontrar los ángulos para la victoria de Nara—. Ese es el centro de las fuerzas de los guías.

—Entonces tómala —dijo Nara—. Empuña mi fuerza como un martillo y aplasta a los guías hasta convertirlos en polvo.

Si hubiéramos estado en persona, podría haberme inclinado. O haber dicho cuánto amaba la oportunidad de llevar a cabo su orden. Sin embargo, mientras avanzaba crujiendo por el sendero, Nara sintió mi placer a través de nuestro vínculo. Supo que no dudaría en destrozar la ciudad a su palabra.

Los cientos de almas detrás de mí harían lo mismo.

El Asalto De Los Muertos



La puerta sur era una mezcolanza. Un punto focal donde todos los espíritus de la ciudad se reunían antes de abalanzarse por el camino hacia el Ciclo. Nunca antes había estado del otro lado, mirando hacia adentro.

Al menos, no como invasor.

A cada lado de la puerta se alzaban torres almenadas. Asomándose por la de la derecha, un guía clavaba su mirada en mi ejército. Mientras mis fuerzas se formaban, el guía levantó una bengala y lanzó un brillante destello al aire.

Apunté mi espada hacia el guía mientras la chispa estallaba en lo alto de las nubes, esparciendo una serie de puntos azules por doquier. Se atenuaron y se apagaron mientras mis almas corrían a mi alrededor, hacia la puerta.

La cual se cerró de golpe, sus grandes puertas de roble deslizándose antes de que las primeras de mis fuerzas pudieran atravesarla. Al parecer, me había equivocado. Los guías no estaban completamente concentrados en la puerta oeste.

Quizás Bryce había aprendido de los otros en lo que Selena y yo nos habíamos convertido. Quizás se había preparado para lo peor.

No sería suficiente.

Clavé la espada en el suelo frente a mí. Me quité la ballesta de la espalda y coloqué un virote naranja. Mala suerte que Nicholas hubiera repuesto mi suministro después de la desafortunada carga de Dolan hacia el bosque.

Levanté la ballesta, apunté y apreté el gatillo. El virote naranja se disparó hacia la puerta, golpeó las gruesas hojas y estalló en una nova cegadora. Los rayos abrasadores se deslizaron por los contornos de las puertas, como pintura derramada extendiéndose por un lienzo.

Después de un minuto, los rayos se desvanecieron, dejando solo algunos pedazos ennegrecidos colgando de los lados. Un trío de guías estaba de pie detrás de las ruinas, atónitos.

—¡Deberíais correr! —grité mientras me dirigía hacia la puerta. La ballesta sobre mi espalda, la gran espada arrancada del suelo mientras caminaba—. No hay necesidad de que muráis aquí.

La guía del medio, una mujer con hachas, a quien reconocí vagamente como una de las guardias de Bryce después de su arresto, se puso rígida pero se mantuvo firme. Los dos guías a su lado, cada uno con la combinación de espada y cuchillo de los reclutas más novatos, igualaron su resolución.

—¡Ya no eres bienvenido en la ciudad, Carver Reed! —respondió la mujer, su voz cargada con el conocimiento de las probabilidades imposibles.

—Si alguien tiene el poder de decidir quién entra y sale de aquí, no creo que seas tú —levanté mi mano izquierda y los espíritus de la fuerza de Nara se alinearon a mi lado. Igualaron mi paso, paso a paso—. Lo repito. Marchaos, cruzad de vuelta y esperad vuestro destino con vuestras familias.

Estos tres guías morirían si se quedaban. Serían arrasados por la fuerza a mis espaldas. Su sacrificio no compraría tiempo. No demostraría nada ni cambiaría el resultado de esta guerra segura.

Así que cuando la mujer cruzó sus hachas frente a su pecho, lista para enfrentar la carga, contuve a mis espíritus. Nara, a través de nuestro vínculo, instaba a un ataque total. Me decía que avanzara hacia la ciudad y los aplastara. Pero donde antes su voz había arrasado mi mente, ahora era más cercano a una conversación. Palabras que podían ser ignoradas.

Avancé delante de mi ejército. Me encontré con la mujer y los otros guías justo dentro del arco. Los Escombros, los apartamentos dispersos, los barrios bajos y las calles retorcidas se extendían frente a mí. En algún lugar de allí estaban los diarios de mi madre, aún reposando, como lo harían para siempre, en una casa vacía.

—No hay necesidad de que muráis aquí —repetí a los tres mientras me acercaba—. No puedo contener a los espíritus de Nara, ni mi propia espada, por mucho más tiempo.

—Y yo te diré lo que dije antes. Es nuestro privilegio morir por nuestra ciudad y nuestra orden —la mujer pareció por un segundo que iba a atacar allí mismo, pero una última mirada a los guías más jóvenes a su lado detuvo sus manos.

—Entonces hacedlo cuando importe —dije—. Id, corred y advertid a vuestros compañeros de lo que se avecina.

Nara no podía controlar lo que yo decía, no a esta distancia. Aun así, mi piel comenzó a erizarse. Me dolía la cabeza. No estaba desafiando exactamente su orden, no todavía, pero la presión para derribar a estos tres, para enviar a los espíritus, crecía.

—¿Por qué nos das consejos? —preguntó la mujer—. ¿Por qué deberíamos confiar en ti cuando estás atado al enemigo?

—Porque ¿quién más queda? —dije—. Además, esto.

Levanté la espada y los guías retrocedieron. Los espíritus detrás de mí se acercaron. Este era el momento.

—Cinco segundos —empecé—. Cuatro.

La mujer miró de nuevo a los guías. A los espíritus detrás de mí.

—Tres.

A las probabilidades imposibles. Vi cambiar sus ojos.

—Dos.

Corrieron. Dieron la espalda y se lanzaron calle abajo. Pasando junto a espíritus indefensos que marchaban hacia nosotros.

—Uno.

Apunté la gran espada hacia adelante y los espíritus de Nara se abalanzaron pasando a mi lado hacia la ciudad. Caminé con ellos, un pie tras otro.

A mi izquierda, los espíritus de Nara se enroscaban por un edificio de apartamentos. Rompiendo ventanas y puertas, registrando cada habitación en busca de guías escondidos. A mi derecha, los espíritus encontraron donde los tres guías habían guardado armas de repuesto. Las tomaron y se armaron.

Dondequiera que mirara, el ejército de Nara se extendía. Una ola arrasando la ciudad y trayendo el terror consigo.

A Través Del Amigo Y Las Llamas



Los tres guías debían haber regresado. Debían haber advertido a los demás. No encontré resistencia al moverme por los Escombros. Ninguna en absoluto en las Madrigueras. Incluso el edificio de apartamentos de Anna había sido abandonado.

Una apuesta peligrosa: sin acceso a su sótano, Anna no podría cruzar de vuelta. Al menos, no si hubiera seguido usando el edificio como su entrada a Riven.

Dudaba que fuera la única guía que tomaba tal riesgo.

Los guías se habían instalado en la plaza de la torre del reloj. Mi hogar en Riven durante años, la torre del reloj se alzaba como una ruina quemada en el extremo norte de la plaza. Una fuente, ahora rodeada de refugios improvisados, servía como nexo para las operaciones de los guías.

Formé a los espíritus de nuevo en una línea mientras nos movíamos a la vista de la plaza. A una manzana de distancia. Frente a nosotros, asomándose por las ventanas de los edificios y formando una línea a lo ancho de la avenida, estaban los guías a los que había llamado amigos. Hermanos y hermanas que planeaba ahuyentar o reducir a polvo.

Al frente y en el centro estaba mi mentor, su voulge de doble filo más alto que él mismo. Bryce me miraba con una mezcla de ira y decepción, una mirada que estaba tan dirigida a sí mismo como a mí.

A su lado estaban Anna y Alec. Supongo que en algún tipo de intento por retorcer mis emociones con mis amigos. Un intento que funcionó, que me hizo tambalear, que sin embargo no hizo nada para impedir que ordenara la carga.

El ejército de Nara perdería muchos espíritus, pero podíamos permitírnoslo. Los guías, por otro lado, serían diezmados por cada baja.

Desde los edificios que nos rodeaban, elevándose dos y tres y cuatro pisos, los guías dispararon sus chisperos. Anna, Bryce y los demás también. La luz brillante y el calor saturaron el aire, me hicieron detenerme, protegerme los ojos con las manos. El calor rozó mi rostro, y cuando aparté las manos, los edificios a nuestro alrededor ardían.

Los guías que habían estado en ellos no se veían por ninguna parte. Los incendios escupían humo hacia la calle, el cielo, los callejones. Las paredes debilitadas se derrumbaban, esparciendo escombros y enviando cascotes carbonizados al paso de mis espíritus. Aunque no mortales, las ruinas calientes obstaculizaban nuestro avance. Incendiaban espíritus o destrozaban sus piernas. Los atrapaban bajo balcones que se desplomaban.

Nuestro avance se tambaleó.

Nara podía sentir la ira y la agonía a través de sus ataduras, y me transmitió esos sentimientos, y yo los usé. Cargué hacia adelante a través del fuego hasta el otro lado. Donde en lugar de docenas de guías, vi unos pocos dispersos. Bryce había desaparecido. Se había retirado.

—Carver, me alegra ver que tus tácticas no han mejorado —Alec atacó rápido, sus guanteletes volando hacia mí desde mi costado.

Rodé con los golpes, girando mientras sus puños golpeaban mi hombro para interponer la gran espada entre nosotros.

—Con los espíritus de Nara, no las necesito.

Contraataqué. Lancé una estocada con la espada. Alec agarró la hoja con sus manos, intentó desviarla. Solo que yo empujé hacia adelante, forzándolo a retroceder.

Él había sido más fuerte que yo como hombre. Con limitaciones humanas. Como espíritu; ya no.

Alec empujó la espada hacia un lado cuando sintió que la pira ardiente de un edificio se acercaba. Aceptó un corte en su hombro derecho mientras se retorcía para salir de debajo de la hoja. Bailó hacia mí, y luego rodó hacia fuera de nuevo cuando invertí el golpe y lo obligué a retroceder.

—¡Puedes luchar contra el vínculo, Carver! —Alec retrocedió cuando algunos de los espíritus de Nara se abrieron paso a través del humo detrás de mí. Asentí, y se abalanzaron sobre mi amigo.

—Puedes correr, Alec —respondí.

El guía dio un paso hacia el primer espíritu, propinando un uppercut con el guantelete en la barbilla del alma. Golpeando y prendiéndole fuego.

El segundo saltó en el aire, con los brazos extendidos, hacia el hombro izquierdo de Alec. En lugar de girarse, Alec extendió su mano izquierda y dejó que el espíritu se empalara en los pinchos del guantelete.

El tercero, sin embargo, pilló a mi amigo fuera de posición. Golpeándolo bajo, con la mano derecha de Alec aún empujando al primer espíritu. Le arrebató las piernas de debajo y envió al guía contra las piedras.

En un instante me paré sobre él, el espíritu restante de Nara sujetando los brazos de Alec. Clavé a Alec contra el suelo con la punta de mi espada.

—Eres mejor de lo que eras —me dijo Alec.

—Siempre te dejaba ganar —respondí. Levanté la espada. La voz de Nara gritaba en mi cabeza que acabara con él. Que apuñalara a Alec y quemara el vínculo del guía con la Tierra. Con la vida.

Difícil ignorar una orden directa a través de un vínculo, incluso de alguien tan distante. Pero podía dudar. Podía intentarlo.

Solo por un segundo.

—Eso, nunca lo creeré.

Alec tiró del espíritu de Nara, aferrado a sus brazos, sobre su cabeza y entre mi espada y su pecho. Apuñalé hacia abajo, sentí que la espada mordía, y giré la empuñadura. Quemé al espíritu hasta que desapareció.

Alec se impulsó para salir de debajo de mis piernas. Se arrastró para ponerse de pie mientras yo sacaba mi espada del espíritu. Adoptó una postura de combate, que se relajó cuando miró por encima de mi hombro.

Podía oírlos. Los espíritus de Nara abriéndose paso a medida que encontraban caminos a través de las llamas. Mientras los escombros en llamas se apagaban. Los guías habían retrasado

nuestro avance, sí, pero su estratagema había llegado a su fin.

—Por mucho que me encantaría continuar —dijo Alec—, creo que estas probabilidades están en mi contra.

—¿Estás abandonando la torre del reloj? ¿Cómo cruzarás de vuelta?

—¡Si no terminamos con esto ahora, no habrá ningún lugar al que regresar! —Alec me hizo un leve gesto con la cabeza y luego se dio la vuelta y corrió. La plaza detrás de él estaba desierta. El equipo de los guías, las mesas y los mapas permanecían allí.

Los espíritus de Nara inundaron el lugar, destrozando todo sin control. Me acerqué a la mesa principal, donde no hace mucho me había sentado con Dolan, Selena y los demás para trazar nuestra última mejor esperanza de salvación.

Sobre la mesa estaba el mismo mapa que habían tenido antes, solo que en lugar de brechas, ahora había dibujada una única línea gruesa. Desde el centro de la ciudad hacia la Montaña.

Una pequeña esfera se encontraba al final de la línea, justo sobre el Ciclo.

Un Regalo



Sentí el pulso de Nara mientras levantaba la vista del mapa. Sus palabras cruzaban la distancia entre nosotros.

—¿Los has expulsado de su hogar? —preguntó Nara.

—Riven es su hogar, y aún están en él —respondí.

—Entonces estás fallando.

—No quiero tener éxito —observé cómo los espíritus se armaban con el equipo restante. Cuchillos largos y espadas. Lanzas y hachas. Armas de guía en manos de aquellos a quienes estaban destinadas a destruir.

—Pero yo sí, y tú me perteneces —en lugar de una ira ardiente, una fría aceptación fluyó a través del vínculo. La seguridad de que yo era, en efecto, suyo. Que haría todo lo que me pidiera.

Nara tenía razón.

—Creo que tienen la intención de venir a por ti —dije, explicando el mapa—. Aunque es más difícil saber qué planean hacer cuando lleguen allí.

—Intentar destruirme, por supuesto. Aunque no sé cuáles son sus esperanzas después de eso.

—La Montaña está demasiado lejos para la mayoría de ellos —dije, echando un vistazo a las ruinas de la torre del reloj—. No podrán cruzar de vuelta antes de que sus cuerpos mueran al otro lado.

—Una lástima. Los seguirás desde atrás. Persíguelos. Estoy formando una fuerza secundaria que se enfrentará a los guías de frente en el bosque. No tendrán a dónde correr.

Con esa orden, la voz de Nara se desvaneció. Su mente se volvió hacia otros asuntos. La mía se dirigió al ejército, que ahora me miraba esperando más órdenes.

Así que marchamos hacia el oeste. Hacia la Montaña, Bryce y los guías.

Mientras atravesábamos el centro de la ciudad, me di cuenta de que pasábamos cerca del apartamento que había compartido con Selena y los demás. Del laboratorio de Nicholas.

Ordené a los espíritus que continuaran su destructiva marcha tras los guías y me desvié por la calle de la derecha. Nara estaba prestando menos atención de lo habitual. Concentrándose en hacer crecer su segundo ejército, sin duda.

El apartamento estaba como lo había visto por última vez. Tres pisos de construcción destartalada, pero sólida. Los balcones que Selena adoraba asomaban sus barandillas de hierro negro desde la parte superior, una escalera de incendios estropeaba la vista lateral.

Entré en el laboratorio de Nicholas, que ocupaba toda la planta baja, y me detuve. Vacío, excepto por un par de mesas viejas. Sobre una de ellas había un trozo de papel, junto a una caja

no más grande que mi mano.

Llamativamente ausente estaba la bomba. El botón de reinicio. Había esperado a medias que nos estuviera esperando en la plaza de la torre del reloj. Pensé que la activarían y nos enviarían de vuelta.

Carver:

Anna me dice que vienes a arruinarnos por orden de algún espíritu antiguo. No se me ocurre manera más apropiada de que termine nuestro tiempo aquí que a tus manos, aunque confieso que mi propio razonamiento te considera demasiado terco como para simplemente seguir órdenes.

Sin embargo, he llegado a entender Riven como un lugar de paradojas. Un mundo donde la ciencia se entrelaza con lo espiritual, y donde nuestros amigos más fuertes pueden necesitar la mayor ayuda. Y así, te ofrezco un regalo, con todo mi agradecimiento.

Tu humilde científico,

Nicholas

Miré la caja, pequeña y achaparrada y negra. Un regalo. Lo que Nicholas podría tener para mí en esta etapa, no lo sabía. Alargué la mano hacia la caja, ningún cierre guardaba su contenido, y empujé la tapa hacia arriba.

Oí la explosión. Mis ojos captaron el destello antes de que se cerraran por reflejo. Sentí el fuego arder. Tanto el calor áspero de las llamas naranjas como el azul purificador.

—Vuelve, Carver.

¿Qué? Flotaba. O más bien, existía en un lugar que no lo hacía. Un vasto vacío. Uno que reconocía, de cuando Dolan me había atrapado. Un lugar de sombras e imágenes fugaces.

Este era, comprendí, el lugar donde los espíritus permanecían mientras sus formas sin mente caminaban hacia el Ciclo.

—Me dijeron que debería dejarte. Pero tú me salvaste, así que siento que tengo que devolverte el favor.

Miré alrededor, pero no pude encontrar la fuente de la voz. No podía recordar a quién pertenecía. Las sombras se movieron. ¿Una cara? ¿Cabello?

Algo tiró de mí, me arrancó de mis pies, tales como eran, hacia mi espalda y caí. A través de las sombras y las luces. Hasta que el mundo gradualmente se iluminó a mi alrededor y me di cuenta de que estaba mirando a los ojos de Anna.

—Ahí estás —dijo Anna. Hubo un ruido, en algún lugar fuera, y una expresión de preocupación cruzó su rostro—. Lo siento, pero no puedo esperarte. Cuando te recuperes, encuéntranos. Vamos a la Montaña.

Anna se puso de pie. Intenté hablar, pero mi boca no funcionaba. No podía sentir mis piernas, mis brazos. El dolor comenzó a filtrarse.

Anna sacó su mangual, dejó que la cadena colgara cerca de mi cabeza. —Adiós, Carver. Espero verte de nuevo.

Y luego se fue. Dejándome allí tirado, en el suelo del laboratorio, con hordas de espíritus de Nara corriendo por la zona.

La bomba de Nicholas había roto mi espíritu. Tardaría horas en sanar. Horas que no tenía.

Cercenado



La sensibilidad volvió a mis brazos, con sensaciones de hormigueo que gradualmente se convirtieron en el frío tacto del suelo de piedra o el roce áspero de mi abrigo destrozado al rozar mi pierna. El techo se volvía borroso y nítido mientras mis ojos se recomponían.

Nicholas no había sido suave conmigo.

Si Anna no hubiera estado allí para traerme de vuelta, aún estaría en esa oscura nova. Perdido. Inconsciente.

La primera vez, cuando Dolan me quemó, no sabía lo que estaba pasando. Me había arrastrado de vuelta tan rápido que no tuve oportunidad de procesar el evento. Nos habíamos movido fuera del desierto y no le di una segunda reflexión.

Ahora entendía lo que había sucedido. A quién agradecer por traerme de vuelta al mundo ceniciento de Riven.

Extendí mi conciencia a través del vínculo de Anna. Se estaba alejando. En camino a la Montaña. Sentí una oleada de cálido aliento de su parte. De alguna manera, ella aún creía en mí.

Mi mano derecha volvió a responderme. Palpé el suelo. Me orienté alrededor, ya que mi cuello se negaba a girar.

La bomba de Nicholas había devastado mi abrigo, dejando un desastre hecho jirones. Al menos la gruesa chaqueta había logrado proteger algo la camisa y los pantalones debajo. Se sentían crujientes al tacto, pero intactos.

No podía decir lo mismo del látigo. El calor, al parecer, había quemado el cable. La empuñadura seguía en la funda, pero como arma, sus días habían terminado.

El arrastre comenzó suave al principio. Un gruñido áspero. La puerta del laboratorio abriéndose de golpe y golpeando contra la pared. No podía girarme para ver, pero podía sentir sus ojos sobre mí. El rasguño se detuvo.

Un espíritu, y a juzgar por lo rápido que tomó forma, uno de los de Nara.

—Está aquí, sí —habló el espíritu a nadie. Al menos, a nadie de aquí—. Vivo, sí. Sus ojos están abiertos. Su mano se movió.

Mi mano izquierda solo dolía. No podía moverla. Las piernas podían estremecerse, pero no doblarse. Lo único que tenía era mi derecha.

—Estoy segura, sí. —El espíritu se acercó a mí. Su cabeza apareció en mi campo de visión. Cabello largo y fibroso. Un rostro que debería haber sido joven, pero había sido maltratado. Parpadeó mirándome—. Vivo, sí.

—Ella no puede sentirme, ¿verdad? —dije. Jugando por el retraso.

—Está hablando —murmuró el espíritu—. Haciendo preguntas.

—Pregúntale —dije.

El espíritu me gruñó, luego retrocedió. Miró fijamente la pared del laboratorio.

—Se pregunta si puedes sentirlo.

Moví mi mano derecha. La arrastré por mi cuerpo. Hacia mi funda izquierda. Hacia el cuchillo largo que esperaba que estuviera allí. Cuando el espíritu volvió bruscamente sus ojos hacia mí, me detuve.

—No, dice ella. Ya no eres suyo.

—Puedo sentirla —protesté. Mi voz sonaba rasposa. De nuevo el espíritu miró hacia otro lado. Escuchando.

Mi mano llegó más lejos. Agarró el extremo de la empuñadura del cuchillo largo.

—Dice que mientes. —El espíritu se inclinó cerca de mí. Sus ojos enloquecidos se fijaron en los míos, sus labios se separaron—. Dice que no se puede confiar en ti.

—¿Cómo te llamas?

Una táctica que había usado antes con los espíritus, especialmente con los que estaban al borde de la locura. Incluso si no tenían intención de responder, por un momento el espíritu pensaría en su nombre. Muchos ya no podían recordarlo, y esa realización los arrojaría al pánico.

Como ocurrió con este. Su rostro se relajó, luego se ensanchó con preocupación. Hasta que Nara reprimió esos sentimientos. Empujó al espíritu de vuelta a su objetivo.

—Dice que debes ser eliminado. —El espíritu abrió la boca de par en par, el interior demasiado cerca y visible para mi comodidad. Los dientes, torcidos y rotos, se acercaron a mis ojos.

El cuchillo se hundió con fuerza, aunque no tenía el ángulo para girar la empuñadura. Mi muñeca no giraba. El espíritu retrocedió, con mi cuchillo largo sobresaliendo de su abdomen. Siseando de ira, dolor. Silbidos agudos que resonaban en las duras paredes del laboratorio.

Me lancé con mi brazo derecho, volteé mi cuerpo. Presenté mi espalda al espíritu, luego mi lado izquierdo. Pero vi lo que quería.

Atrapada debajo de mí, bajo las ruinas de la ballesta, estaba la gran espada. Rodé ligeramente, dando a mi brazo derecho suficiente espacio para agarrar su empuñadura. Doblé el codo para levantar la punta de la espada, tal vez unos treinta centímetros.

Nunca me había dado cuenta de lo pesada que era la hoja hasta ahora. De repente, no estaba seguro de poder usarla realmente. De poder mantenerla lo suficientemente alta.

El espíritu envolvió sus manos alrededor del cuchillo y lo sacó. Parecía que iba a tirar la hoja, pero se detuvo. Nara otra vez.

Tanto control directo desde tan lejos. Si no otra cosa, mantener a Nara tan ocupada les daría a mis amigos algo de tiempo. Dejaría unos cuantos espíritus más sin atar.

El espíritu se lanzó hacia mí, tropezando hacia adelante con el cuchillo balanceándose en su mano derecha. Sosteniéndolo hacia adelante en una estocada.

Empujé con mi mano derecha, apoyé la empuñadura de la gran espada en el suelo mientras me deslizaba sobre mi espalda. La punta se elevó cuando el espíritu se acercó. Mi hoja golpeó el cuchillo, arrancándolo de la mano del espíritu. Pero entonces mi movimiento había terminado.

La gran espada estaba en posición vertical, pero era todo lo que podía hacer para mantenerla así.

Afuera, desde la calle, escuché el golpeteo de pasos. Refuerzos, y dudaba que fueran míos.

El espíritu dio un paso lateral cerca de mi cabeza, sus ojos fijos en mi espada. No podía moverla para seguirlo. Intenté pensar en qué trucos me quedaban. Me quedé en blanco.

Mientras el espíritu se daba cuenta de que no podía contraatacar, una sonrisa retorcida se extendió por su rostro. Se acercó para matarme.

Mientras se abalanzaba sobre mí, moví el hombro y empujé el brazo derecho hacia adelante. Dejé que la empuñadura se inclinara hacia mi cabeza. La pesada hoja cayó, directamente hacia mí. Crucé la mirada con la espada por un segundo, antes de que el rostro salvaje del espíritu bloqueara mi vista.

Sentí sus dientes morder mi piel, y luego escuché el corte profundo cuando la gran espada cayó sobre la cabeza del espíritu, hundiéndose en ella. Esta vez, tenía el punto de apoyo para girar mi mano derecha, retorcer la empuñadura de la gran espada y enviar el pálido fuego ardiendo.

Las llamas cubrieron mi visión mientras consumían al espíritu, que yacía sobre mí. Cerré los ojos por un segundo. Empecé a relajarme. Hasta que oí los pasos de nuevo. Cerca.

Había sobrevivido a un espíritu, solo para morir ante la docena que se acercaba.

Forcejeo De Heridos



Aparté el espíritu vacío de mí con mi mano derecha. Sentí un poco de vida en mi pierna izquierda, así que presioné ese pie contra el suelo y me arrastré hacia atrás. Me gané algo de espacio y un ángulo para mirar hacia la puerta que daba a la calle.

Allí vi la locura.

Espíritus enredados con espíritus. Se lanzaban unos contra otros, rodando por la calle. Algunos tenían los delatores ojos azules de un alma enojada, enfurecida y sin razón. Los otros probablemente eran las fuerzas de Nara, arrastradas a una pelea que no buscaban.

Tantos espíritus enojados significaban que habría una brecha cerca. Una brecha que, justo ahora, estaba salvándome la vida.

Un estruendo atrajo mi mirada de vuelta hacia el espíritu con el que había forcejeado. La gran espada había caído al suelo cuando el espíritu se levantó, su cabeza en un ángulo extraño por el corte de la espada. Sus ojos estaban vacíos, mirando al frente sin emoción.

Dio un paso, luego un segundo y un tercero. Hacia la puerta y hacia el caos. Sin interrupción, llegaría hasta el Ciclo.

Donde, si Nara estaba lista, podría ser atada de nuevo a su servicio.

Nada podía hacer al respecto, sin embargo. Así que me arrastré hacia la gran espada. Esta vez, me moví hacia la pared, arrastrando la espada detrás de mí mientras gateaba.

Clavé la espada en el ángulo entre el suelo y la pared y empujé con mi mano derecha. Presioné hacia abajo y deslicé mi pierna izquierda debajo de mí. Con mi pierna derecha aún estirada, la posición era profundamente incómoda.

Pero si no podía ponerme de pie, estaría indefenso contra los próximos espíritus que entraran, ya fueran de Nara o salvajes de la brecha.

Con mi mano derecha, solté la espada. Desplacé mi peso hacia mi lado izquierdo. Me incliné hacia adelante, agarré mi tobillo derecho y doblé mi pierna derecha debajo de mí.

El dolor chispeó y salpicó. Mi visión se nubló. Intenté concentrarme. Suprimirlo.

El dolor no es real, Carver. No tienes nervios.

Si tan solo fuera tan fácil.

Afuera, los chillidos se hicieron más fuertes. Más de ellos. Espíritus aullando de frustración sin reservas. Lo que significaba que el lado de Nara estaba perdiendo. O abandonando el campo.

Pronto tendría compañía, una vez que una de esas almas enojadas deambulara aquí.

De nuevo tomé la espada, ahora en posición de rodillas. La presioné contra la pared con mi mano derecha. Mi pie izquierdo, con la bota destrozada pegándose a la piel, se movió hasta que

descansó plano sobre la piedra. Luego empujé, fuerte.

Puede que haya gritado.

Pero, apoyándome en la espada, me puse de pie. Mi pierna derecha, aún un desastre roto, tocó el suelo. No quería poner peso en ella todavía.

Miré a través del laboratorio. Hacia las mesas a dos metros de distancia. La espada sería mi bastón. Mi pierna izquierda mi único equilibrio. Si pudiera llegar a las mesas, entonces tendría algo de apoyo. Podría liberar mi mano derecha para blandir la espada, al menos un poco.

Un cuerpo se estrelló contra el exterior del laboratorio, manos que arañaban y dientes que desgarraban contando justo lo que le estaba sucediendo.

Me lancé con la espada, girando y clavando la punta en la piedra. Esperando que Mali hubiera hecho la espada de Dolan más fuerte que la ciudad. Que su regalo a su compañero espíritu pudiera morder la roca.

La espada golpeó el suelo y saltaron chispas, pero sentí que la punta se alojaba en el suelo. Sostuvo mi peso mientras movía mi pie izquierdo hacia adelante en un largo paso. Lo hice una segunda vez.

Ahora podía alcanzar las mesas. Un empujón más con la espada, y estaría perfecto.

Pero se me había acabado el tiempo.

Detrás de mí, escuché los murmullos enloquecidos, gruñidos de un par de espíritus. Me arriesgué a echar un vistazo. Soldados, sus mentes militares hacía mucho perdidas. Mirándome como si fuera el almuerzo.

Se lanzaron hacia mí, ojos abiertos y ardientes. Esperé un largo segundo, luego cambié mi peso al pie izquierdo. Presioné hacia abajo con mi pierna izquierda, y luego barrí la gran espada con mi mano derecha.

Mientras mi cuerpo giraba, me impulsé con mi pierna izquierda. Las manos de los espíritus rozaron mi abrigo raído mientras giraba, la espada raspando el suelo. Vi sus caras, sus ojos ardientes, mientras caía. Ellos seguían viniendo.

Mi espalda golpeó el borde de la mesa, y el banco de trabajo de Nicholas se mantuvo firme. Usé el impulso, arrastré la espada hacia arriba en un corte cruzado hacia el que los espíritus, sin ningún sentido en sus almas, corrieron.

Giré la empuñadura mientras la espada cortaba, trazando líneas azules ardientes a través de los brazos extendidos de los espíritus. Cayeron sobre mí, sacándome de la mesa y llevándome al suelo. Colapsados.

Vi la parte inferior de la mesa, y tuve una idea. Los espíritus ardientes rodaron fuera de mí, y en segundos se habrían ido. Dejándome de nuevo abierto al ataque. A menos que los espíritus no pudieran decir que yo estaba allí.

Con mi mano derecha, levanté y golpeé la pata delantera derecha de la mesa, la más cercana a la puerta. Después de un par de golpes, la pata se partió por la mitad y la mesa se inclinó hacia adelante, luego cayó. Mientras se inclinaba, me empujé detrás de la barrera que caía.

La mesa quedó entre yo y la puerta, bloqueando toda vista del exterior. Los gritos habían disminuido. La brecha aún estaría atrayendo espíritus, pero sin nada que los mantuviera aquí, estarían vagando más lejos en busca de almas para atacar.

Yo, me acurruqué detrás de esa mesa caída. Junté mis piernas, sostuve la espada cerca, y obligué a mi alma a sanar.

Levántate



Escondido detrás de la mesa, esperando que mi cuerpo sanara, me conecté a través de mi vínculo con Anna. Sentí su nerviosa emoción y le hablé.

—¿Dónde están todos ustedes? —dije las palabras en mi mente y, como dirigiendo un grito hacia un amigo distante, envié la pregunta a Anna.

—Estamos en el bosque —respondió Anna—. Cerrando brechas y marchando hacia la Montaña. Bryce está liderando. Determinado.

—No me sorprende. Lamento no poder estar allí.

—Todavía, quieres decir.

—Estoy escondido detrás de una mesa, Anna. La bomba de Nicholas realmente me destrozó.

Una ola de preocupación pasó a través del vínculo, junto con una pequeña risa.

—No podíamos arriesgarnos —envió Anna—. Si el fuego no rompió el vínculo con Nara, no queríamos que volvieras a estar en pie y corriendo.

—Claro. En su lugar, me quedo aquí luchando contra espíritus con un solo brazo funcional.

—¿Pensé que estabas escondido?

—Ahora. —Escuché. Los espíritus seguían corriendo por las calles afuera, pero nada los atraía al laboratorio—. ¿Cómo van a aguantar hasta la Montaña?

—Lo haremos porque tenemos que hacerlo. No hay otra opción.

—¿Nicholas cree que su bomba funcionará?

—La misma respuesta, Carver. Tiene que funcionar.

—Sabes lo que pasará si funciona, ¿verdad? Me iré.

Silencio de Anna. Un toque de tristeza.

—Lo sabemos —las palabras de Anna llegaron lentamente—. Si Nicholas puede hacer lo que está prometiendo, él también será arrastrado. Y Selena. Y, en realidad, todos los que todavía estamos aquí.

—Ese es un precio muy alto que pagar.

—¿Comparado con el costo de no hacer nada?

—Entiendo tu punto.

—Creo que me dijiste, poco después de conocernos, que los guías deben estar preparados para morir en cualquier momento, ¿verdad? ¿Que no podíamos esperar tener vidas largas?

Asentí a nadie en el laboratorio. Había sido un sentimiento valiente. Palabras que me hacían sentir fuerte e importante, especialmente cuando las compartía con un niño en el tren hacia Chicago, o en una cita para Opperman en una de sus historias.

—Viene con el trabajo —le dije a Anna—. Solo que, aunque sea probable, no significa que tengas que estar de acuerdo con ello.

—Dime. ¿Realmente querrías quedarte aquí, en Riven? ¿Para siempre?

—No está tan mal. —Me sorprendí con mis propias palabras. Cuán ciertas eran—. Con Selena y todos ustedes, hay mucha aventura. Lugares para explorar. Cosas que hacer. El paisaje podría mejorar, y la comida es terrible...

Anna no dijo nada. No es que hubiera mucho que decirle a alguien que ya había muerto, que estaba a punto de morir de nuevo, si sus amigos se salían con la suya.

—Excepto —continué—. ¿Sabes qué? Estoy enojado. Estoy frustrado. Nunca tuve la oportunidad de formar una familia. De llevar una vida normal. De luchar en una guerra por mi país o encontrar un trabajo normal. Por casualidad, pude convertirme en guía, y antes de darme cuenta, ya lo era. Todas las cosas que podría haber hecho, no puedo hacerlas.

—Así es para todos nosotros —la respuesta de Anna llegó suave—. Somos peones en un juego más grande que nosotros. Carver, incluso con todos los horrores, todo el peligro y toda la lucha, al menos tenemos la oportunidad de afectar el mundo. Tú y yo, Bryce y los otros guías, estamos moldeando el futuro de todos.

—Lo sé. Por eso no cambiaría esto por nada —esbocé una sonrisa que esperaba se reflejara en mis palabras—. Necesito catarsis de vez en cuando.

—¿Sabes qué podrías estar haciendo en su lugar?

—¿Qué?

—Levantarte y venir tras nosotros.

—Esa podría ser una buena idea. —Probé mis piernas. Mis manos y pies. Más sensación. Probablemente podría ponerme de pie, tal vez cojear. Dar un paso o dos.

Me incliné hacia adelante, sentándome. Puse mi mano derecha en la parte superior de la mesa, me levanté. A mi pierna derecha no le entusiasmaba la idea, pero entre punzadas, se mantuvo firme. Me incliné, recogí la gran espada. La levanté con ambas manos. Cambié el arma a mi derecha y di un paso, con la mano izquierda lista para agarrarme a la mesa.

No me caí.

Di otro paso. Llegué al final de la mesa. Podía hacer esto.

—Anna, va a tomar un tiempo, pero voy en camino.

Apuesta De Almas



Las fábricas y almacenes del Pozo de Alquitrán estaban vacíos. Sus calles, desprovistas de los espíritus errantes que normalmente vería. Las brechas habían atraído las almas a otra parte, y los guías habían mantenido la ciudad lo más despejada posible de ellas.

Mi cojera se enderezó mientras caminaba. Flexioné los dedos de mi mano izquierda. Incluso logré girar la cabeza de lado a lado sin dolor. Los milagros de estar muerto.

En unas pocas horas pude ver la puerta Oeste, o mejor dicho, sus ruinas. La larga línea de escombros donde alguna vez se alzó el arco. La torre de guardia medio derrumbada en el lado sur.

Y los guías librando una batalla desesperada fuera de ella.

No podía correr del todo, pero mientras mi trote renqueante me acercaba, vi al par de guías fuera de la única puerta de la torre. Estaban luchando contra un grupo de espíritus, también armados. El ejército de Nara, entonces, persiguiendo a algunos rezagados.

El choque de metal contra metal confirmó que los espíritus no eran la habitual multitud de manos y dientes. Disminuí la velocidad al acercarme, tomando cobertura en las ruinas destrozadas de una garita. A través de sus paredes rasgadas, obtuve una mejor vista.

No me gustó lo que vi.

Manteniendo su posición frente a la puerta, luchando en sólida coordinación, estaban mis guías menos favoritos: Polk y Derringer. Bloqueaban la puerta con sus cuerpos, haciendo retroceder a los espíritus de Nara. Las probabilidades no eran buenas; ocho contra ellos dos, y los espíritus de Nara parecían conformarse con esperar su momento. Entraban y salían, buscando un golpe rápido, en lugar de la carga temeraria que había llegado a esperar de los espíritus.

Polk y Derringer eran humanos. Sangrarían, se cansarían. Perderían.

Aunque no era exactamente mi yo sigiloso, no me habían notado. Podía meterme en la retaguardia de los espíritus, podía derribarlos. Por otro lado, Polk y Derringer me habían matado. Me habían puesto un cuchillo en la garganta o una pistola en la cabeza y apretado el gatillo. ¿Qué mejor justicia había que ver su crueldad igualada?

Vi a Derringer esquivar el golpe de la espada de un espíritu, luego vi a Polk apuñalar por encima de la cabeza de su compañero, clavando la punta de su estoque en el pecho del espíritu, envolviéndolo en llamas azules.

Un movimiento fuerte. Uno que dejó a Polk expuesto.

El hacha cayó sobre la espalda de Polk, el espíritu empuñándola con ambas manos. El guía se derrumbó contra Derringer, quien por reflejo o habilidad lanzó a Polk perfectamente de vuelta a

través de la puerta mientras él mismo retrocedía para llenar la entrada.

Uno contra siete.

Incluso yo no soy tan cruel.

Salí tambaleándome de la garita hacia la calle sucia y comencé a gritar. Agité mis brazos. Tratando de llamar la atención. Los espíritus, e incluso Derringer, se volvieron al oír el ruido. Me miraron fijamente.

Entonces Derringer aprovechó. Usó sus espadas y apuñaló al espíritu más cercano a él. Lo quemó por completo.

Dos contra seis ahora.

Los espíritus se dividieron en dos, tres volviéndose para enfrentar a Derringer y otro trío encarándome a mí. Tenía al hombre del hacha, otro espíritu con un par de cuchillos largos, y uno sosteniendo una lanza con ambas manos. Los tres espíritus parecían fantasmas andrajosos de una sala de hospital, vestidos con batas manchadas y rostros picados.

—Bonita variedad, chicos —dije, desenvainando la espada grande.

El de la lanza tenía el alcance, y lideró el ataque, lanzándose hacia adelante con una estocada recta mientras los otros dos se separaban a mis costados. Un buen y viejo movimiento de pinza.

Así que di un paso adelante. Me deslicé justo al lado de la estocada de la lanza, y cuando el espíritu comenzó a retirar su arma, corté con la espada grande en horizontal. El espíritu no estaba lo suficientemente lejos para evitar la punta ardiente.

Mantuve mi impulso, tirando de la espada y rotando mis pies hacia la izquierda, obligando al hombre del hacha a retroceder. Lo que dejó al de los cuchillos largos libre para saltar sobre mi espalda, apuñalándome con esas malditas dagas. Pero seguí girando, y él no tuvo en cuenta su propio impulso, y aun cuando esos cuchillos se clavaron en mí, salió volando y golpeó el suelo.

Levanté mi golpe, empujando más allá del dolor abrasador, corté mi rotación a la mitad, y bajé la espada grande sobre mi cabeza hacia el espíritu empuñador de cuchillos. No se levantaría de nuevo.

Lo que dejó al hombre del hacha completamente solo.

—¡Carver! —El grito dolorido de Derringer hizo que mis ojos volvieran hacia la torre. Le quedaba un espíritu, pero Derringer, apoyado contra la entrada, tenía un cuchillo clavado en el costado. Una de sus espadas yacía en el suelo. El último espíritu, sosteniendo una gran hacha, la balanceaba hacia atrás para dar un golpe mortal.

Así que hice lo único que podía. Me retorcí, puse mi peso en ello, y lancé la espada grande por el aire. Voló, girando, y golpeó las piernas del hombre del hacha. Se clavó y derribó al espíritu.

No vi lo que Derringer hizo entonces, porque el hombre del hacha vino por mí. Balanceó hacia mi pecho, y me lancé hacia adelante. Atrapé su antebrazo antes de que el arma pudiera bajar, y nos llevé a ambos al suelo.

Desafortunadamente, eso significó ver la cara del espíritu de cerca; su dolorosa y supurante pesadilla era un verdadero festín de terror. Respondí a ello de la única manera sana que pude imaginar: tomando mi propia cabeza y golpeándola contra su nariz.

Con mi mano izquierda, traté de agarrar el hacha. Fallé cuando el espíritu movió su brazo fuera de mi alcance. Listo para golpearla contra mi espalda. Así que deslicé mi brazo derecho debajo de la espalda del espíritu y tiré mientras él balanceaba el hacha. Jalé al espíritu sobre mí, haciendo que su golpe fallara ampliamente hacia la derecha.

El hacha golpeó la piedra con fuerza y rebotó, fuera de su agarre. Dejándonos a ambos desarmados. Dos espíritus arañándose y desgarrándose mutuamente. Al menos, eso es lo que

pensé que sucedería, hasta que el espíritu, gruñendo en mi cara, se congeló y colapsó mientras el fuego azul ardía a su alrededor.

El rostro sudoroso y ensangrentado de Derringer apareció sobre los hombros del espíritu en llamas, buscando ver si aún estaba vivo.

—Apenas —respondí a la pregunta no formulada y me quité el espíritu de encima. Me ardía la espalda, pero comparado con la bomba de Nicholas, esto era pan comido. Nada del otro mundo.

—Gracias —Derringer me ayudó a levantarme—. Apareció de la nada.

—Aún no estoy convencido de que debería haberte ayudado —me apoyé en él mientras caminábamos de vuelta a la torre.

—Polk y yo éramos los guardias —Derringer me hizo pasar y vi, tendidos allí en varios estados de lesión, a una docena de guías o más. La mayoría se apoyaba contra las paredes. Algunos estaban sentados en el suelo. Un par yacía de espaldas.

Me sentí levemente enfermo. Casi los había abandonado a todos a su muerte, solo por mi propio rencor.

—Demasiado heridos para continuar —tosió Polk mientras se levantaba para estrecharme la mano—. Bryce nos envió de vuelta con ellos. Rodeamos a ese grupo de espíritus que estabas guiando. ¿Supongo que ya no lo estás haciendo?

—Cambié de opinión —dije—. El resto del camino no debería ser tan malo. Hay una brecha, pero no está abarrotada.

Derringer asintió. —¿Supongo que no querrás escoltarnos?

Negué con la cabeza. —Tengo que alcanzar al resto. Si no tienen éxito, no importará si vosotros regresáis con vida.

Ninguno de ellos protestó. Todos lo sabían.

Dos Necrófagos



Derringer se acercó a mí mientras yo contemplaba las ruinas de la puerta oeste, ya cubiertas de copos de ceniza. Las brechas en el bosque y los espíritus que brotaban de ellas probablemente estaban persiguiendo a los guías. El ejército de Nara. Un raro momento de calma para esta parte de Riven.

—Polk y yo podemos ir contigo. Podemos ayudar —dijo Derringer.

—No podrán seguirme el ritmo —respondí sin molestarme en mirarlo—. Yo no me cansaré. Cualquier espíritu que me atrape, me curaré en minutos. Tú ya estás herido. Polk apenas puede caminar.

Derringer no dijo nada por un segundo. Luego sentí su mano posarse en mi hombro.

—Estamos contigo, Carver. Sé que no tienes motivos para querernos, y está bien, pero te apoyamos. Todos queremos que vuelvas a esa Montaña, te encargues de Nara y salves Riven.

—¿Dices que me apoyan? —Miré a Derringer y luego extendí los brazos. Creo que pensó que iba a darle un abrazo, pero no, tenía una mejor idea.

—Lo que sea que podamos hacer.

—Dame tu abrigo.

—¿Qué? —Entonces Derringer miró el mío, que más que un abrigo era un montón de retazos de tela—. Oh.

Con el abrigo de Derringer puesto, un poco holgado en los hombros pero por lo demás sólido, salí de la torre de guardia y me dirigí hacia el oeste. Más allá de la puerta y hacia el claro antes del bosque. Cuando me acerqué a los árboles, me di la vuelta. Miré la muralla en ruinas, la puerta fracturada y la ciudad que se extendía más allá. Nunca volvería allí. Lo sabía tan bien como sabía cualquier otra cosa.

O tendríamos éxito y el Ciclo me borraría de la existencia. O fracasaríamos y Nara me ataría para convertirme nuevamente en su esclavo. Y esperaríamos el fin de todo en la Montaña.

No había sentido tristeza al pensar que no volvería a ver mi apartamento en Chicago. Una sonrisa al pensar en Ezra's, sin volver a probar otro vaso de su espumosa cerveza o un café caliente en una fría mañana de invierno. Riven no tenía ninguno de esos encantos, pero me di cuenta, allí de pie, que era más un hogar para mí que cualquier otro lugar. Conocía sus calles, sus edificios en ruinas, su brisa interminable y sus copos de ceniza. Riven nunca fue seguro, pero era mi hogar.

Ahora, para protegerlo, tenía que destruirlo.

Con la gran espada extendida frente a mí, y la espalda aún dolorida por el hachazo, me

adentré en el bosque. Los troncos grises se elevaban hacia el cielo, el oscuro dosel filtraba el cielo brumoso. Los sonidos de los espíritus luchando entre sí se abrían paso. Haciendo eco en los árboles y en el suelo, daba la impresión de que todo el mundo a mi alrededor estaba envuelto en una lucha mortal.

Sabía en qué dirección estaba el oeste, y hacia allí caminé.

Me comuniqué con Anna para asegurarme de que aún estaba allí. La confianza regresó a mí. Un ligero dejo de tristeza. Tal vez estaban perdiendo guías. Tal vez estaban comprendiendo que esto podría costarles también la vida. Resignación ante una necesidad.

Varias horas después de caminar, o al menos eso supuse, los constantes estruendos, gruñidos y murmullos estallaron más cerca de mí que antes. Pude ver movimiento más allá del siguiente árbol y me preparé. Esperé a que algo atravesara con fuerza. Los sonidos se alejaron en el último momento, un cambio brusco. Eran fuertes, una lucha entre algo más que solo espíritus.

No debería haber investigado. No había razón para ser curioso ahora. Debería haber seguido adelante. Excepto que no sabía si era como Polk y Derringer. Un amigo que necesitaba ayuda.

Así que en lugar de huir del ruido, me dirigí hacia él. Entré en un claro que no había estado allí antes, pero que ahora, tras la caída de árboles por golpes y cuerpos, aparecía un círculo roto. En él, con sus brazos grandes y gruesos golpeándose entre sí, estaba el necrófago dorado de Mali enfrentándose a otro más extraño.

Este necrófago, hecho de los cuerpos moldeados de espíritus consumidos, tenía seis brazos y los usaba como piernas y cualquier otra cosa que necesitara. Se agarraba con el necrófago dorado, y se turnaban para lanzarse uno al otro por el claro. No podía decir quién estaba ganando, ambos golpeándose mutuamente en igual medida.

El monstruo se paró sobre dos de sus brazos, y agarró las manos emparejadas del necrófago dorado con otros dos, y luego con su par superior atrapó la cabeza del necrófago dorado y comenzó a girar. A desgarrar al necrófago dorado en pedazos.

La creación de Mali había sido mi amiga.

Corrí hacia adelante y lancé un tajo con la gran espada. Alcancé la espalda del monstruo y me hundí profundamente en la carne oscura y arremolinada. El fuego azul de mi hoja bailó a lo largo de los bordes del corte, pero no logró prender.

El necrófago, sin embargo, lo notó. Se separó de su agarre y soltó un aullido agudo que provenía, me di cuenta, de una boca en medio de lo que había tomado por su pecho. El necrófago se dio la vuelta y pateó con su pierna inferior izquierda. Me golpeó directamente en las costillas, aunque logré hacerle otro corte con la espada en el proceso. Salí volando y aterricé sobre ramas rotas.

¿Qué era otro moretón de todos modos?

El ataque le dio al necrófago dorado la oportunidad de recuperar el equilibrio. Golpeó al ser de seis brazos, hundiéndolo en el suelo con la fuerza de su puño dorado. Sin embargo, desde su nueva posición abrazando la tierra, el necrófago agarró y arrojó los pies de la criatura de Mali por los aires. El necrófago dorado se desplomó en el suelo.

El monstruo aprovechó su ventaja; se arrastró sobre el necrófago dorado y comenzó a golpearlo con cuatro de sus seis brazos. Golpeando y destrozando a mi monstruoso amigo.

—Mali debería haberte hecho mejor —murmuré mientras me ponía de pie. Ajusté la espada y cargué con ella, dirigiendo su punta como una lanza.

Al acercarme, el monstruo disminuyó el ritmo de los golpes con su brazo izquierdo del medio y lo extendió para alcanzarme. Di un paso a la izquierda, esquivando el golpe, y luego hice girar la espada para cortarle el brazo. Con la fuerza adicional, la espada atravesó y cercenó la

extremidad del espectro.

Chilló y retrocedió tambaleándose del espectro dorado. Esta vez, el fuego azul de mi espada consumió la mano cercenada y lamió el muñón. Mientras el espectro caía hacia atrás, lo seguí. Cortando cada vez que intentaba alejarme con sus brazos. No tenía defensa contra la espada.

O eso pensaba.

El espectro hizo una pausa y me lancé a apuñalarlo directamente en la boca. Y entonces sus tres brazos restantes, los que no usaba como piernas, vinieron hacia mí desde diferentes ángulos. Ajusté mi golpe para apuntar al derecho, corté la mano extendida del espectro, pero siguió avanzando.

El espectro presionó la espada contra mi cuerpo y aceptó la llama azul ardiente. Sentí la presión por todos lados. Aplastante, triturante. En un momento me desintegraría por completo. Aplastado hasta no ser más que polvo.

Hasta que el espectro de Mali, la cosa que casi me había matado en su templo, se lanzó de cabeza contra el abdomen de la bestia. Me sacó de sus brazos y clavó sus puños dorados una y otra vez en el otro espectro. Caí al suelo y me quedé quieto por un momento, tratando de descubrir qué partes de mi cuerpo funcionaban.

Gracias al espectro de Mali, podía sentir mis brazos y piernas. No estaba destruido como después de la bomba de Nicholas. Me levanté crujiendo, alcé la espada del suelo, rodeé al espectro dorado mientras seguía golpeando a la bestia que se retorcía, y luego clavé mi hoja en la parte superior del monstruo de seis brazos. Dejé que el fuego azul corriera por la espada y entrara en la criatura, quemando los lazos que la mantenían unida.

El espectro de Mali se puso de pie cuando el fuego terminó de consumir a su enemigo. Me miró con un asentimiento. Y luego se volvió hacia los restos ardientes.

Vi por qué. Mientras el espectro ardía, surgían espíritus. La fuente de su poder y su furia. Esos espíritus eran los de la Mano Derecha y la Mano Izquierda. Los guerreros de Cheo, desgarrados y confundidos. Unidos en una ira perdida.

—Cheo —dije cuando vi al líder emerger del fuego. Sin embargo, no era el hombre que yo había conocido. Como los demás, el espectro había destrozado cualquier conexión que aún tuviera con la cordura. Si todavía hubiera sido humano, si aún tuviera vida, podría haberlos atado. Si hubiera sabido cómo usar la técnica de Nara, también podría haberlo hecho. Pero vi la calma en ese rostro, los ojos firmes y claros, y apoyé mi mano en su hombro.

—Me alegro de darte la paz que buscabas —dije mientras Cheo me miraba—. Tus días de lucha han terminado.

Un momento después, Cheo dio sus últimos pasos hacia el Ciclo.

Reencuentro



Devolví la gran espada a su vaina y me giré hacia el oeste. Listo para seguir los pasos de los espíritus de Cheo y alcanzar a los guías que se dirigían hacia la Montaña. Di un paso adelante y entonces escuché un rumor detrás de mí.

Oh. Por encima de mi hombro, noté al necrófago dorado que se cernía sobre mí.

Di otro paso adelante. Sentí que el suelo temblaba bajo mis pies mientras el necrófago se movía, siguiéndome.

Supongo que quería venir conmigo.

A partir de ahí seguimos caminando. El necrófago me siguió casi hasta la línea, apartando árboles como si fueran ramitas y manteniéndose a centímetros de mi pie trasero. Si la idea de una estatua viviente de tres metros de altura, con pedazos rotos por aquí y por allá, caminando detrás de mí no parecía extraña, bueno, ya llevaba mucho tiempo en Riven.

Las cosas ya no me sorprendían demasiado.

Mientras avanzábamos, de vez en cuando aparecían espíritus, de brechas o contingentes perdidos del ejército de Nara. El necrófago y yo los manejábamos con igual desdén y habilidad. Yo cortaba o apuñalaba. El necrófago pisoteaba, o golpeaba al espíritu con su puño tan fuerte que el alma salía volando a través de los árboles y no volvía a asomar la cara. Así progresamos. Con cada paso me sentía más fuerte. Mi alma se recomponía.

No sé cuánto tiempo tardamos, pero alcanzamos al ejército de Nara. O lo que quedaba de él. Cuando partí de la Montaña, como comandante de la fuerza de Nara, había más de mil espíritus caminando conmigo. Pero con el tiempo, a medida que las brechas, los guías y los espíritus enfurecidos habían ido desgarrando los flancos, solo quedaban unos treinta marchando con alguna semblanza de orden. Cuando el necrófago y yo nos acercamos, se detuvieron. Se volvieron para mirarnos.

—¡Carver! —oí la voz; el grito de Bryce—. ¿Qué te parece si los tomas por detrás y nosotros por delante?

Alcé la espada, señalando que sí. Cargamos. Los espíritus de Nara se volvieron, la mitad para recibirme a mí y al necrófago, y la otra mitad para enfrentarse a la repentina aparición de una docena de guías. Guías que reconocí. Anna y Bryce, Alec y más. Se lanzaron contra los espíritus con una ferocidad desesperada. Todos sabíamos que este era el momento, y no íbamos a dejar que los restos gruñones del ejército de Nara se interpusieran en nuestro camino.

La lucha fue rápida, sin incidentes. Una línea ininterrumpida de cortes y remolinos, salpicada de fuego azul, y los espíritus de Nara quedaron reducidos a la nada.

Cuando terminó, ayudé a algunos de los guías a atender sus heridas. Bryce me encontró colocando en su sitio el hombro dislocado de un hombre, que se había lesionado cuando un espíritu con el que forcejeaba le cayó encima.

—Nicholas está justo detrás del siguiente grupo de árboles. El resto de nuestras fuerzas a su alrededor —Bryce me miró de arriba abajo—. Me alegro de que hayas vuelto, Carver.

—Si querías que volviera, podrías haber encontrado una forma más agradable de pedírmelo —dije—. ¿Dejar una bomba? ¿En serio?

—No sabíamos si la encontrarías —dijo Bryce—. Fue más un último recurso que otra cosa. Anna tenía más fe que yo.

—Gracias.

—Pero ahora que estás aquí, tenemos que decidir qué hacer.

—Vi el mapa —dije—. Quieren detonarla dentro de la Montaña.

—Nicholas cree que su dispositivo arderá lo suficiente como para derribar la Montaña. Para liberar el Ciclo —Bryce me condujo entre los árboles, alejándome de la limpieza. Hacia Nicholas —. Si eso ocurre, el Ciclo se extenderá por el bosque, sobre la ciudad...

—Lo destruirá todo —dije—. Lo sé.

—Incluyéndote a ti. Y a Selena.

—Ya estamos muertos, Bryce —le di una sonrisa a medias—. Ya morí una vez, puedo hacerlo de nuevo.

Mi mentor me dio un rápido asentimiento.

—Gracias por entenderlo. La otra parte, por supuesto, somos el resto de nosotros.

—Os daré tiempo para escapar —no iba a detonar la bomba mientras Bryce y Alec y todos los demás siguieran aquí. Tenían familias. Todo esto no tenía sentido si significaba matar a los que amaba.

—No podemos confiarte esto —dijo Bryce—. Si fallas, si Nicholas no puede detonar la bomba, entonces lo perderemos todo. Quién sabe lo que Nara tiene esperándonos ahí arriba; si solo eres tú, puede que no haya posibilidad de éxito. Si eso significa que nos perdemos a nosotros mismos, que así sea.

Mientras nos adentrábamos en la fuerza principal de los guías, podía sentir las miradas sobre mí. Algunas manos fueron a sus armas, antes de relajarse ante la mirada de Bryce. Mis compañeros, habiéndome visto por última vez abriéndome paso entre sus propias filas, sin duda tenían algunas cuentas pendientes. Deudas que sentían que necesitaban saldar.

—El control de Nara se ha roto —anuncié a los guías—. Estoy aquí tal como soy. Llevaré a Nicholas y la bomba a la Montaña, la detonaremos y acabaremos con el riesgo que Riven supone para vosotros y vuestras familias.

Vi algunos asentimientos, pero parecía que los guías no estaban de humor para discursos. Fue entonces cuando me di cuenta de que ya llevaban días viajando. Habían cruzado durante mucho más tiempo que en una cacería normal. Sus cuerpos, al otro lado, estaban en peligro.

—Bryce —me volví hacia él—. Tienes que hacerlos volver. Tienes que volver.

—¿Cómo lo haríamos? —respondió Bryce—. Están agotados. Solo algunos de nosotros, los más fuertes y experimentados, hemos podido mantener nuestra resistencia. Enviarlos de vuelta ahora, a través de ese bosque, sería enviarlos a morir.

—No si tuvieran una escolta.

—No hay tiempo.

—Los dividiremos —dije—. El necrófago dorado de Mali irá con todos vosotros, de vuelta a la ciudad. Nicholas y yo iremos a la Montaña.

—Tú, Nicholas y algunos de nosotros —replicó Bryce—. Como dije, Carver, pretendemos llevar esto hasta el final.

Bryce reunió al resto de los guías, los que podían caminar y los que podían cargar a los que no podían. Envié al ghoul con ellos. Señalé y le dije a la criatura que protegiera a los guías con su vida. No sabía si realmente me entendía, pero cuando los guías se alejaron de vuelta hacia la ciudad, a los lugares donde podían cruzar y regresar a sus hogares, el ghoul los siguió.

Lo lograrían. Se salvarían.

Alec y Anna estaban cerca de Nicholas, examinando la bomba, que estaba atada a un carro casi tan alto como yo. Ruedas toscas en la base y cuerdas alrededor del dispositivo que lo ataban a los letreros. Manteniéndolo nivelado, manteniéndolo seguro.

—Siento casi haberte matado —le dije a Alec mientras me acercaba.

—¿A mí? Vaya, yo decidí no matarte —Alec miró a Anna—. Por ella. Yo, yo había declarado que ya no eras útil. Pero ella argumentó que deberías tener una oportunidad más.

—Bueno, entonces, gracias Anna —dije—. Alec, no te salvaré cuando te metas en problemas.

—Amigo mío, si me meto en problemas, será problema del problema, no mío.

Anna se rio. —Carver, sin ti por aquí, se ha vuelto aún más insufrible.

—No creía que eso fuera posible —Miré a Nicholas, inclinado sobre la bomba, ajustando algo en el lado izquierdo—. ¿Funcionará?

El científico se enderezó y me miró, con expresión seria. —Siempre me cuestionas, y siempre te equivocas. ¿Por qué esta vez sería diferente?

—Esta vez es diferente porque estás intentando volar una montaña. No hacer un látigo o una ballesta.

—Todos son milagros, y yo soy un hacedor de milagros.

—Si te lo preguntas, Carver —intervino Anna—. Me mantengo cuerda alrededor de estos dos dando largos paseos. Largos paseos donde encuentro y domo cada espíritu que veo.

—Más saludable que beber, que era mi solución —respondí.

—Insinúas que soy una molestia de alguna manera —Nicholas fingió tomar aire. Sonrió—. Probablemente tengas razón. Me alegra tenerte de vuelta, Carver.

—No podía perderme el final.

—Necesitaremos esa espada tuya —dijo Alec—. Sería bueno si también tuviéramos a Selena.

—Ella estará allí —dije—. Solo que no de nuestro lado.

—Todavía —Anna puso su mano en mi hombro, luego me atrajo para un abrazo—. La recuperaremos. Antes del final.

—Eso espero —dije. Y era cierto. De verdad. Aún no me había despedido de Selena. No quería irme a la vasta nada, a la siguiente gran aventura, sin una última oportunidad de hablar con ella. Nos habían robado nuestra vida, y era hora de recuperarla.

Bryce dio la señal un momento después. Era hora de partir, hacia la Montaña. Para enterrar a un espíritu loco más.

La Chusma



La Montaña se alzaba sobre el bosque, ya no una maravilla natural sino una trampa construida con intenciones esperanzadoras: hacer de Riven un segundo hogar para la humanidad. Un sueño convertido en pesadilla.

La Montaña era, en el fondo, la única razón por la que Riven existía en primer lugar. Sin ella, el Ciclo sería libre. Los espíritus vagarían hacia su azul olvido poco después de llegar.

Sin brechas. Sin espectros. Sin guías.

Pero allí estaba la Montaña frente a nosotros, y ante la amplia entrada de la cueva por la que cientos y miles de espíritus pasaban en su camino hacia el Ciclo, se alzaba la nueva fuerza de Nara. Más pequeña y concentrada, y liderada por el amor de mi vida. De mi muerte.

Selena lideraba al menos a cien espíritus. Se organizaban detrás de ella, de pie en formación, en secciones. Líneas perfectas, soldados perfectos.

Una veintena de nosotros salimos del bosque. Bryce, Anna, Alec, yo mismo y un montón de otros guías que habían hecho el viaje. Todos agotados. Todos lentos. Todos sabiendo que probablemente no volverían a casa. Hoy, estaban aquí por sus amigos. Por sus familias. Por sus hogares.

No les fallaría. No fracasaría.

No otra vez.

Nicholas se quedó atrás, escondido entre los espíritus perdidos que continuaban moviéndose a nuestro alrededor en su caminata en blanco hacia la Montaña. Teníamos que mantenerlo protegido. Si Nara destruía el dispositivo de Nicholas, todo estaría perdido.

Yo, por otro lado, era prescindible. El único espíritu de nuestro lado. Lo que significaba que caminaba al frente. Mantuve la gran espada en mi espalda mientras me dirigía hacia Selena, que estaba de pie a varios metros frente a las tropas de Nara. Sus muchos ojos me seguían y por un momento recordé aquel momento en el Pozo de Alquitrán cuando mi padre, Graham, arrojó una antorcha. Tantos rostros concentrados fijos en el mío.

—Nara sospechaba que te habían convertido —Selena no sonrió cuando me acerqué. No sacó sus armas. En cambio, me miró como alguien miraría una casa particularmente fea. Un objeto a la vez ordinario y sin importancia. Para ser tratado si era necesario, o ignorado.

—Tengo problemas para elegir bandos —extendí mis manos mientras me acercaba a ella—. Pero creo que te gustarían los beneficios de este lado. La gente es más agradable, para empezar.

—No ganarán —respondió Selena—. Míralos. La mitad están a punto de desmayarse ahora mismo. Y los otros... ¿pueden siquiera levantar sus espadas?

—Mi amor, te reto a que lo averigües.

Amor. Esa palabra pareció penetrar el control de Nara. Hizo que Selena se estremeciera, apartara la mirada por un momento. Sus manos, noté, se cerraron en puños. Por un segundo, Selena recuperó el control de su propio cuerpo.

Cuando su rostro volvió al mío, la máscara de Nara se había deslizado de nuevo.

—Nara está dispuesta a ofrecerles a todos ustedes una última oportunidad —Selena dijo las palabras no a mí, sino por encima y alrededor, a Bryce y los otros guías—. Si se van, ella los dejará regresar a la ciudad sin ser molestados. Pueden volver con sus familias, a salvo.

—¿Hasta cuándo? —gritó Bryce en respuesta—. ¿Hasta que tu ejército crezca de nuevo y nos persiga? ¿O hasta que dejes que Riven se desmorone bajo el peso de los muertos?

Selena se volvió hacia mí. —Veo que Bryce no ha cambiado. Nunca ha sido un hombre de razón.

—¿Eres tú o Nara la que habla?

—Supongo que nunca lo sabrás —dijo Selena, y luego frunció el ceño. Noté que una sola lágrima se deslizaba de uno de sus ojos—. Pero Carver, debes saber que lo que sucede a continuación es todo obra de ella.

La mano de Selena se movió más rápido de lo que creí posible. Deslizándose en su abrigo y sacando la cuchilla en un tajo hacia mi estómago. No salté hacia atrás tanto como caí, mis pies bailando rápidamente bajo mí para mantener el equilibrio. El corte enganchó los bordes de mi abrigo prestado y lo rasgó. Pero no a mí. Ningún fuego azul quemó mi piel.

Alcancé detrás de mi espalda y saqué la espada en un amplio movimiento que obligó a Selena a detener su avance. Yo tenía alcance. Tenía poder. Selena tenía velocidad. Difícil decir quién ganaría esta.

—Resístela —dije, manteniendo la espada en posición de guardia. Listo para girar hacia cualquier lado que Selena eligiera.

—No puedo —Selena levantó su cuchilla en el aire, giró la empuñadura, haciendo que la hoja estallara en llamas azules. Detrás de ella, los espíritus rugieron al unísono y comenzaron su estampida hacia mis amigos. Este sería el momento, y no sabía cómo los guías podrían sobrevivir. Estaban demasiado cansados, demasiado agotados.

Selena bajó su cuchilla, se agachó. Lista para lanzarse sobre mí.

Solo que yo no me quedé quieto.

Salté hacia la izquierda, me lancé contra un grupo de espíritus que cargaban ignorándome para arremeter contra los guías. Blandí la gran espada a través de sus filas. Sentí el arma morder y cortar y quemar. Intenté llevarme a tantos como pude con cada estocada y giro. La espada de Dolan cantaba, y tocaba una melodía ardiente.

Selena estaba sobre mí. Su cuchilla bloqueando mi golpe, deteniendo la espada. Su cuchillo apuñalando hacia mí. Invertí mi agarre en la espada y giré hacia atrás. Lejos de su cuchillo.

Con mi muñeca invertida, no tenía la palanca para mantener la hoja en alto, y mi espada bajó al suelo. Se alejó de la cuchilla de Selena.

Volví a girar mi muñeca, por debajo de la espada, y la levanté. Selena esquivó hacia la derecha, hacia el camino de uno de sus propios espíritus. El alma que cargaba empujó a Selena y la derribó al suelo.

Tenía un tiro claro. Levanté la espada, a punto de blandirla, cuando sentí el pánico de Anna a través de nuestro vínculo. Un miedo paralizante, un frío entumecedor por todo mi cuerpo. Me giré y miré colina abajo.

Había hecho lo que pude, pero los guías seguían siendo abrumados. La propia Anna,

blandiendo su mayal, mantenía a raya a cuatro espíritus ella sola. Ya estaba sangrando, ya estaba herida.

—Quédate aquí —le dije a Selena, que intentaba liberarse del espíritu.

Bajé la colina corriendo, usando el peso de la espada para darme impulso extra. Arremetí contra los espíritus en mi camino, cortándoles las piernas o empujándolos unos contra otros. Cualquier cosa para romper sus filas. Para evitar que simplemente abrumaran a mis amigos como una ola que rompe sobre una pequeña roca.

Golpeé a los espíritus por detrás, atravesando a tres de ellos con un amplio tajo. El mayal de Anna atrapó al cuarto. Me dedicó una sonrisa rápida y cansada. —Como dije, es bueno tenerte de vuelta.

—Hago lo que puedo —respondí, girando y arremetiendo contra otros dos con un par de tajos. A diferencia del primer ejército de Nara, el que había llevado a la ciudad, estos espíritus carecían de armas y disciplina. Nara estaba entrando en pánico. Podía ver, en el flujo ocasional de espíritus que salían de la Montaña y se lanzaban hacia nosotros en cargas suicidas, que Nara parecía más empeñada en la cantidad que en la estrategia. Sus fuerzas vivían y morían por las hordas, no por la habilidad.

—¡Cuidado, Carver! —gritó Alec mientras me encargaba de otro espíritu. El guía, con sus guanteletes encendidos en llamas, se lanzó entre Anna y yo, atrapando a otro espíritu que creí que había caído, pero que solo había tropezado, sus manos tratando de agarrar mis tobillos.

—Vuelvan con Nicholas. —Los necesitaba junto al científico. Los necesitaba lejos de mí—. Yo puedo soportar sus garras. Ustedes no.

Pero no podía resistir la cuchilla. No podía resistir el cuchillo de Selena. Ella vino tras de mí, implacable. Apenas tuve tiempo de levantar mi espada para bloquear una estocada directa, el borde dentado de la cuchilla haciendo que fuera tan letal como el tajo lateral. Intentó clavarme el cuchillo en la pierna derecha, pero me moví a una posición lateral, su cuchillo apenas rozándome. No lo suficiente para prenderme fuego.

La hice retroceder con una rápida serie de cortes; estocadas cortas que aprovechaban el alcance de la espada para forzarla a una postura defensiva.

—Nara dice que te perdonará —dijo Selena mientras giraba a mi alrededor, moviendo sus pies de lado a lado en un círculo, probando continuamente mi movimiento con la gran espada. Buscando que me saliera de posición. Que dejara de seguirla y me expusiera a un golpe rápido.

—Qué amable de su parte. —Moví bien los pies. Si hay algo que había aprendido con Bryce y nuestras cacerías, es que ser ágil era la clave para sobrevivir. El movimiento te mantenía vivo, lo cual era más importante que conseguir un golpe de suerte. Rotamos hasta que Selena quedó cuesta abajo. Un mal movimiento.

—Ella cree que es generoso —dijo Selena—. Yo creo que es tu única oportunidad.

—Creo que deberías prestar más atención. —Me lancé hacia adelante. Usé mi posición elevada para dar un golpe desde arriba en un ángulo que ella no podía contrarrestar sin poner ambas hojas sobre su cabeza. Pero no conté con su rodada. En lugar de bloquear, se lanzó colina abajo. Hacia donde Anna estaba, defendiéndose de otro espíritu. Selena salió de su voltereta, se levantó y apuñaló a Anna con el cuchillo.

Vi los ojos de Anna abrirse de par en par. Vi su boca caer, la vi girarse por el dolor y apartar el cuchillo de Selena con su mayal. Anna tropezó hacia atrás contra el tronco de un árbol. La ladrona que había encontrado, a quien conocí en el tren hace tantos días y meses y años, sostenía su mano sobre el floreciente rojo que brotaba de su costado.

A través de nuestro vínculo fluyó el dolor y una repentina debilidad.

Corrí. Seguí mi balanceo. Selena se volvió hacia mí con la cuchilla, pero la esquivé. Di un tajo cruzado que atrapó a un espíritu que intentaba rematar a Anna. Selena tenía un tiro claro a mi espalda.

Esperaba la mordida de su cuchilla, incluso mientras plantaba mis pies para darme la vuelta.

Anna se separó del árbol, su mano izquierda dejando una huella sangrienta. Balanceó el mayal hacia adelante, por encima de mi cabeza mientras Selena arremetía. La bola ardiente y con pinchos de Anna golpeó el hombro de Selena, desviando su ataque y envolviéndola en llamas. El fuego azul cubrió a mi amor y la hizo desaparecer.

Quería abrazarla. Quedarme con Selena y nunca, nunca irme. Pero mientras Selena ardía, tuve que darme la vuelta. Tuve que seguir blandiendo la espada y luchar junto a mis compañeros guías.

Algunos cayeron, otros se mantuvieron firmes. Bryce arremetía una y otra vez con su voulge. Alec usaba sus guanteletes con un efecto devastador. Otros guías usaban sus cuchillos, sus espadas, sus hachas. Al final, ocho de nosotros quedamos en pie en medio de una horda de espíritus vacíos.

Nara, al parecer, había aprendido su lección. Decidió guardar las almas nuevas para más tarde. Nos dio un momento para respirar.

Anna se veía gris. Pálida y perdida. Sus ojos se encontraron con los míos mientras me acercaba a ella, su espalda apoyada contra el árbol, su mayal en el suelo, sus manos apretadas sobre la herida en su costado donde el cuchillo de Selena había cortado profundo.

—Tienes que liberarme —dije, mirando la herida—. Corta el vínculo. Recupera tu fuerza.

—Pero te necesitamos para terminar esto.

—Necesito que vivas —dije—. Estamos tan cerca del Ciclo ahora, tan cerca de Nara. Podré resistir por un tiempo.

Anna me miró fijamente. Luego negó con la cabeza. —No lo haré. No correré ese riesgo.

—Entonces prométeme —dije—. Prométeme que si tienes que hacerlo, me liberarás.

—Solo si es absolutamente necesario.

Bryce y Alec estuvieron allí un momento después. Alec apartó los brazos de Anna y comenzó a vendar la herida. Arrancando tiras de su propio abrigo y envolviendo la puñalada. —Es un largo camino de vuelta, Anna, así que será mejor que nos pongamos en marcha.

—No pueden abandonarlos aquí —respondió Anna, negando con la cabeza.

—El camino está despejado —dije—. Nara no tiene más fuerzas. Puedo hacerlo.

—No —dijo Bryce—. Necesitarás ayuda.

Mi mentor se volvió y se acercó a Selena, que recién se ponía de pie, perdida en este mundo. Puso su mano en su hombro y comenzó a hablarle. Estableciendo la familiaridad, la relación para formar un vínculo. En un minuto, Selena, mi Selena, me miró.

—¿Carver? ¿Estamos libres?

—Aún no.

Minutos después, todo el grupo se dividió en dos secciones. Bryce y los otros guías en una. Selena, Nicholas y yo en la otra, junto con el carro que llevaba la bomba.

—Llévense a Anna —dije, mis ojos desviándose hacia ella una vez más. Sudorosa y pálida, los ojos de Anna estaban cerrados—. Vayan lo más rápido que puedan. Nosotros nos encargaremos de esto.

—Le avisaré cuando estemos a salvo a través de nuestro vínculo —Bryce asintió hacia Selena—. Para que puedas detonar.

Era un plan tan bueno como cualquier otro. Mientras los espíritus vagaban a nuestro

alrededor, mis amigos comenzaron la larga caminata de regreso a la ciudad. De vuelta a donde podrían cruzar. En el camino, sin duda tendrían que luchar contra otros espíritus, que se derramaban a través de las brechas y en oleadas furiosas y dispersas que merodeaban por Riven en números cada vez mayores. Lo lograrían. Sobrevivirían.

No importaría si fracasábamos.

Al Borde



Rodeados por los espíritus caminantes, los tres, con Nicholas tirando del dispositivo en su carrito detrás de él, entramos en la Montaña. Los espíritus llenaban el túnel, todos moviéndose hacia abajo en dirección al Ciclo. A ambos lados, se ramificaban túneles vacíos y sin explorar. Los recordaba de cuando estuvimos aquí la última vez.

—Es algo irónico —dije—. El fin de los guías será en el lugar donde comenzaron.

—¿Dónde comenzaron? —preguntó Nicholas.

—Mali creó la Montaña para albergar el Ciclo. Fue aquí, dijo Dolan, donde primero descubrió cómo hacer las armas que quemaban. Aquí es donde los guías se quedaron cuando empezaron a organizarse para luchar contra Nara.

No estaba seguro de qué más decir. Hay algo en enfrentarse realmente a la historia que te deja sin palabras. El mito y la leyenda se vuelven reales y trazan una línea directa hacia ti. Todos esos eventos, esos errores y esos éxitos que nos llevaron a los tres a intentar, en un último esfuerzo, borrarlo todo.

Llegamos a la caverna donde Piotr había cruzado. Donde hace meses perdí a mis padres. Habíamos conseguido nuestra primera victoria real y sufrido nuestra primera pérdida real.

Habría sido agradable tener a Graham y Katherine a mi lado. El optimismo arrogante de Graham, su gran martillo nos habría infundido confianza. La amabilidad de Katherine, su habilidad para saber el mejor camino a seguir... pero no estaban aquí. Estábamos solos.

A la izquierda, las escaleras continuaban descendiendo, adentrándose más profundamente en la cueva. Al final de esos escalones estaría el océano gris azulado del Ciclo. Al final de los escalones, no tenía duda, estaría Nara.

—Yo iré delante —dije, con la gran espada por delante—. Selena, tú cubre la retaguardia. Quédate entre cualquier cosa y Nicholas. Y tú, genio, lleva esa bomba al acantilado y ponla en marcha.

—¿No deberíamos esperar a Bryce y los demás? —dijo Selena.

—Esperaremos si tenemos tiempo. Quiero que vivan, pero no podemos arriesgarnos. Si no tenemos otra opción, Nicholas, haz detonar esta cosa.

El científico asintió. No noté ningún dilema moral en sus ojos. Ninguna preocupación de que no pudiera cumplir. Nicholas conocía el objetivo. Haría lo que tuviera que hacer.

Bajamos lentamente el último tramo de escaleras, pasando la cueva que llevaba al mirador de Piotr. Al final, los escalones se abrían a una amplia cámara dominada por el Ciclo. Su luz azul lo iluminaba todo, cubriendo nuestros rostros, nuestros abrigos, nuestras mentes de un tono

aguamarina. Frente a nosotros, un desfile de espíritus se arrastraba por el precipicio hacia el mar sin fin. Uno tras otro, como animales. O máquinas.

—Nunca lo había visto —dijo Nicholas—. Es hermoso.

—Solo no te acerques demasiado. —Moví la gran espada, miré alrededor. ¿Dónde estaba Nara?

Nicholas movió el carrito hacia la cámara. Lo empujó cerca del borde del acantilado. Los espíritus pasaban corriendo junto a él, junto a todos nosotros.

—Habéis vuelto a mí —la voz de Nara resonó desde los escalones. Estaba arriba. De vuelta por donde habíamos venido.

—¿Dónde estás? —grité. Hice pasar a Selena junto a mí y le señalé que fuera con Nicholas. Teníamos que mantenerlo a salvo.

—¿Por qué importa? —dijo Nara—. No cambiará lo que va a suceder.

—¿Qué crees que es eso?

Una parte de mí quería mantenerla hablando, aunque no creía que pudiéramos mantener el tira y afloja durante un día entero. O más, dependiendo de Bryce y los demás. Nara saldría tarde o temprano. Estaríamos listos.

—Vais a perder —dijo Nara—. Ni siquiera lo veréis venir.

Me posicioné frente a las escaleras. Miré hacia atrás a Nicholas y Selena. Parecían estar bien.

Sentí manos agarrando mi boca, mi garganta, tirando de mí hacia atrás y sujetando mis brazos a los costados. Se oyeron gritos de mis amigos, y espíritus que juraba que estaban caminando hacia el Ciclo hace un segundo los alejaron del dispositivo. Lejos del Ciclo. Contra las paredes de la cueva.

Los espíritus nos sujetaban a cada uno, obedeciendo resueltamente la orden de su líder. Nara, que bajó por los escalones y entró en la cámara. Caminó hacia la bomba y la miró fijamente.

Otros dos espíritus, ambos soldados, la seguían. Guardaespaldas personales.

—¿Qué estáis intentando hacer con esto? —dijo Nara, y nos miró—. ¿Qué es? ¿Algún tipo de arma?

Me di cuenta, esperando que Nicholas también lo hiciera, de que Nara tal vez nunca había visto una bomba antes. Quizás no tenía idea de lo que tal cosa podría hacer. Después de todo, los explosivos no tenían cabida en Riven. Quizás la idea de hacer detonar la Montaña nunca se le ocurriría. Ni siquiera sería una posibilidad.

—Es mío —dijo Nicholas—. Estoy intentando averiguar más sobre el Ciclo.

—No importa. El Ciclo no importará pronto. Todos volveremos a casa.

Nara caminó a través de la cámara, entre los espíritus, y se acercó a Nicholas. Extendió su mano hacia su rostro.

Vi a Nicholas mover los hombros. Los vi cambiar, y entonces reconocí el abrigo que llevaba puesto. Las líneas que lo cruzaban. Yo había tenido un abrigo así una vez, hasta que los espíritus me lo arrancaron. Cuando Nara alargó la mano hacia él, el abrigo estalló en llamas azules retorcidas. Cubrieron al espíritu que lo sujetaba. Nara retiró la mano sorprendida.

Sentí el tirón. El espíritu que me sujetaba con fuerza vaciló cuando Nara perdió su propio vínculo. Su propia concentración en los espíritus se desvaneció por el miedo. Aproveché la oportunidad. Apoyé los pies en el suelo y empujé al espíritu contra la pared que tenía detrás. Lo rompí contra la piedra.

Las manos del espíritu se soltaron y me liberé, con la gran espada en mi mano derecha. Listo para poner fin a la locura de Nara.

Di la vuelta a la espada y apuñalé hacia atrás. Sentí que se hundía en el espíritu aturdido. Lo

quemé. Nara huyó de Nicholas, subiendo las escaleras de la cueva. Cobarde.

—¡Carver! —gritó Selena, y vi que su espíritu la arrastraba escaleras arriba. Arriba y lejos del Ciclo.

Me dispuse a seguirla cuando los dos guardaespaldas de Nara me cortaron el paso. Eran criaturas altas y corpulentas. Pero no llevaban armas.

Así que cuando se abalanzaron sobre mí, usé la espada. Un golpe a la derecha, luego un giro a la izquierda. Dos cortes, dos espíritus ardiendo. El camino estaba despejado.

Nara necesitaba mejores guardias.

Nicholas corrió hacia el dispositivo y luego me miró. Podía ir tras Selena. O podía quedarme y mantener a Nicholas a salvo.

—Ve —dijo Nicholas—. Esa no es mi última sorpresa. —Abrió su chaqueta para revelar varios pernos azules en el interior, sobrantes para mi ballesta—. Estaré bien.

—Más te vale. Grita si algo cambia.

Subí corriendo las escaleras, persiguiendo a Selena. Persiguiendo a Nara. Tratando de sobrevivir.

Salvado



Subí las escaleras y me detuve al pasar por el camino hacia el mirador. Había dos lugares a los que podían ir. No sabía cuál. Todavía podía oír los gritos de Selena, pero hacían eco en la cueva, rebotando en las paredes y dificultando saber de dónde venían.

De todas partes, en realidad.

Estaba a punto de gritar, de preguntar hacia dónde ir, cuando el dolor me invadió. Sin embargo, no era mío, era de Anna. Llegaba a través de nuestro vínculo. Desapareció casi tan pronto como llegó, pero nuestro lazo seguía debilitándose. Podía sentirlo, sentir cómo su vida se escapaba. Si ella moría, nuestro vínculo desaparecería.

Sacudí la cabeza. No podía hacer nada por ella ahora. Tenía que encontrar a Selena, tenía que mantener a Nicholas a salvo.

—¡El mirador! —oí el grito de Selena, y fui en esa dirección. Quizás se había dado cuenta de que dar indicaciones era mejor que gritar angustiada.

No había espíritus vagando por el camino de Piotr, así que mi avance fue rápido. Salté los escalones. Me impulsé en las paredes y mantuve la gran espada delante de mí, firme. Irrumpí en el mirador.

El bosque se extendía abajo, cayendo desde la Montaña. Podía ver, casi como luces de ciudad, brechas brillantes. Riven estaba siendo abrumado, y estaba sucediendo más rápido. Algunas brechas parecían estar conectándose, grandes piscinas amarillas tragándose árboles enteros. En algún lugar allá abajo, Bryce y los demás corrían por sus vidas.

Al borde del mirador, Selena luchaba por la suya. El espíritu la tenía agarrada, un soldado escuálido pero fuerte que había levantado los pies de Selena del suelo. La estaba moviendo hacia el borde, preparándose para dejarla caer.

No llegaría a tiempo. Selena iba a caer.

Levanté la gran espada sobre mi cabeza, con ambas manos, y la lancé hacia adelante. La solté cuando mis manos empezaron a bajar.

La espada voló por el aire, girando de punta a punta. Golpeó al espíritu. Se incrustó en su espalda. Estalló en llamas. El espíritu cayó por el acantilado.

Y Selena se fue con él.

Corrí hacia ellos. Hacia donde habían estado. Me lancé y me deslicé por la roca, extendí mi mano para ver si había algo que agarrar.

No sentí nada.

—Tendrás que estirarte más —la voz de Selena me provocó un sobresalto. Miré por el borde;

estaba colgada a unos metros más abajo, su cuchilla y su cuchillo largo clavados en la roca, dándole apenas un punto de apoyo. Me arrastré más, me incliné y me aferré a la roca con la mano izquierda. Extendí la derecha. Selena la miró, miró la cuchilla y el cuchillo largo.

—Déjalos —dije—. No vale la pena morir por ellos.

—Sigues olvidando, Carver, que ya estamos muertos —Selena soltó la mano izquierda, y la cuchilla cayó de la Montaña y se precipitó al vacío. Se apoyó en el cuchillo y extendió el brazo para agarrar mi mano.

Mientras tiraba de Selena hacia arriba, el cuchillo se soltó. Selena mantuvo su mano derecha envuelta alrededor de su empuñadura. No estaba dispuesta a renunciar a esa última arma. Me di la vuelta, usé el impulso de mi espalda para subir a Selena al mirador. Ella rodó sobre mí, y ambos nos quedamos quietos por un momento.

—¿Cuántas veces tengo que salvarte la vida? —le dije.

—Podría preguntarte lo mismo.

Y entonces recordé a Nicholas. Solo allá abajo junto al Ciclo. Con Nara merodeando por las cuevas.

Un Final Susurrado



Selena y yo bajamos las escaleras corriendo. De vuelta por el pasaje oculto y hacia abajo en dirección a la caverna y el Ciclo. Cada segundo que no estábamos a su lado, Nara podría encontrar una manera de destrozar al científico. Destruir el dispositivo.

Selena y yo irrumpimos en la cámara, apartando espíritus a empujones, y vimos el dispositivo aún intacto en el acantilado. Nicholas estaba de pie frente a dos espíritus humeantes, vigilando para asegurarse de que no se levantaran de nuevo. Detrás de él, saliendo de un grupo de espíritus que marchaban hacia el Ciclo, Nara caminaba hacia su espalda.

Nicholas levantó la mirada, nos vio, levantó una mano. No vio a Nara acercándose.

Grité su nombre.

—¡Detrás de ti!

El científico, de ojos delgados y desgarbados brillantes por la adrenalina, se giró a tiempo para que Nara lo agarrara por la cara. Sus dedos huesudos se envolvieron alrededor de sus mejillas y vi cómo la vida se escapaba de ellas. La independencia, la libertad, desaparecidas.

Corrí hacia ellos. Podía oír a Selena haciendo lo mismo. A pesar de que solo teníamos el cuchillo de Selena, estaba decidido a intentar algo, lo que fuera.

Nicholas se volvió hacia mí, entre Nara y yo. Levantó su mano, me hizo un solo gesto de despedida.

—Adiós, Carver.

El científico se dio la vuelta y saltó hacia el Ciclo.

Todos vimos a Nicholas desaparecer en el azul. Luego el viejo espíritu, el que se suponía que nos ayudaría a salvar Riven y que había esparcido esos sueños a cenizas, habló.

—Él era el mayor riesgo restante —dijo Nara—. Una incógnita. No sé qué es esa cosa, pero debe haber una razón por la que lo trajiste aquí. Debe haber una razón por la que estabas tratando de salvarlo.

—Ya no importa ahora.

No sabía qué pensar. Qué sentir. Con Nicholas desaparecido, no sabía quién podría activar el dispositivo, si es que alguien podía. No sabía cuál era el plan. Simplemente nunca pensé que fracasaríamos. Nunca lo vi venir. Teníamos la ventaja, teníamos el equipo. Pero aquí estaba yo, desarmado, al final del mundo.

—¿Qué sigue? —dijo Nara, y miró a Selena—. ¿Me apuñalas? ¿Me quemas y me arrojas al Ciclo? ¿Aunque no te sirva de nada?

—Tal vez no, pero se sentirá genial —dijo Selena. Dio un paso hacia Nara, y entonces el

viejo espíritu se abalanzó sobre mí. No tenía armas para golpearla, así que hice lo que pude y me encontré con su mano que trataba de agarrarme con un placaje. La empujé hacia atrás, a lo largo del borde del Ciclo. Bailamos, yo intentando evitar que sus manos agarraran las mías, que tocaran mi cara, mi garganta, mis muñecas, cualquier lugar que pudiera permitirle conectarse con lo que quedaba de mi alma.

—Eres una decepción tan grande —gruñó Nara mientras luchábamos. Era más fuerte de lo que esperaba. Pero de nuevo, las apariencias podían ser engañosas en Riven. El músculo y el hueso no importaban una vez que estabas muerto. Lo único que importaba era tu determinación. Tu habilidad.

Nara había aprendido mucho en sus siglos.

Retorció su pierna y atrapó mi pantorrilla, me arrojó al suelo. Alcanzó hacia mi cara. Pateé hacia arriba con mi pie y la golpeé en el estómago. La hice retroceder.

—¿No puedes ver que la Tierra no merece morir para que tú puedas vivir? —le grité.

—Resulta que creo que sí lo merece.

Nara se abalanzó sobre mí de nuevo. Podía ver a Selena detrás de ella, buscando el lugar correcto para clavar el cuchillo en Nara. Esa era mi esperanza, ese era mi plan.

Pero Nara lo sabía tan bien como yo. Seguía retorciéndonos, rotando nuestros forcejeos para sacar a Selena de posición.

Tenía que intentar algo diferente.

Así que cuando Nara cargó de nuevo, dejé que envolviera sus dedos alrededor de mi garganta. Sentí que empezaba a desgarrar mi alma. Sentí los susurros de Nara derramarse en mi mente. Y luego los sentí desvanecerse. Apartados por el ardiente cuchillo azul de Selena.

Nara dio un paso atrás alejándose de mí, mostrando sorpresa en su rostro. No podía imaginar tal cosa. Como si el concepto de derrota nunca hubiera cruzado por su mente.

—Apuñalada por la espalda —dijo Selena—. Debería resultarte familiar.

Nara dio un paso, su boca trabajó, y luego se desplomó en las llamas. Se extinguieron alrededor de su cuerpo en el suelo. No la dejé ponerse de pie y la empujé por el borde.

Mientras Nara desaparecía en el profundo azul del Ciclo, me di cuenta de que los tres espíritus que habían construido Riven se habían ido. Era apropiado, entonces, que su creación se fuera con ellos.

Le di una sonrisa a Selena, y empecé a moverme hacia el dispositivo, cuando mi mundo explotó.

El dolor me atravesó de nuevo, surgiendo de la nada y de todas partes. A través del vínculo que compartía con Anna. Era salvaje, incontrolable, y sabía que solo había una manera de detenerlo.

—Déjame ir —dije las palabras en voz alta, pero las envié a través de nuestro vínculo. Se las envié a Anna a través de la distancia entre nosotros. Si ella iba a regresar con vida, necesitaba toda su fuerza. Necesitaba la parte de ella que me había dado. Necesitaba que la recuperara.

Confusión, alivio, fluyeron a través de nuestro vínculo. Anna estaba dudando. Así que la insté de nuevo. Le supliqué. Traté de ser confiado, de hacerle saber que esta era mi decisión. Que yo estaría bien. A pesar de que no sabía nada de eso.

Selena se arrodilló a mi lado, su rostro una máscara de preocupación, cuando me preguntó qué estaba pasando, apenas pude formar las palabras para decírselo.

Entonces lo sentí. La extraña sensación de mi cuerpo recomponiéndose. De Anna dejándome y cortándome. Ella estaría sintiendo lo mismo. La fuerza volviendo a sus extremidades. Como despertar después de una larga siesta, o una buena comida. Esperaba que fuera suficiente.

Cuando la separación terminó, me puse de pie, libre de dolor.

—Está hecho —le dije a Selena. Solo que no lo estaba. Escuché las voces filtrándose en mi cabeza. Los susurros. El desfile interminable de declaraciones una tras otra. Urgiéndome, urgiéndome a caminar hacia adelante. Dar unos pasos y desaparecer. Todas mis preocupaciones, todos mis problemas cesarían.

Sabía de dónde venían, conocía ese llamado.

El Ciclo me quería.

Una Espera Perfecta



Selena me rodeó con sus brazos antes de que pudiera moverme. Su boca cerca de mi oído, y escuché su voz.

—Carver, Carver, vuelve. Apártalo. Escúchame.

Las palabras iban y venían, mezclándose con el creciente coro de susurros. Exigencias. Impulsos de sumergirme en el azul profundo. Como el ansia de tabaco, de alcohol. Necesidades profundas que debían ser satisfechas.

—No puedo luchar contra ello —dije, y aparté a Selena. Me puse de pie. Moví el pie izquierdo, luego el derecho. Más cerca del borde.

Selena me placó por detrás. Me derribó. Clavó su codo en mi espalda y me presionó contra el suelo.

—No vas a dejarme aquí —dijo Selena, pude oír cómo se le quebraba la voz—. Después de todo esto, no vas a dejarme sola. No aquí. No ahora.

La emoción cruda en esas palabras logró penetrar. Amortiguó la fuerza del llamado del Ciclo lo suficiente para que me detuviera. Para sentir mis manos, mis piernas, mi boca. Para tomar el control. Pero no le dije a Selena que se levantara. Aún no. No hasta que estuviera seguro.

—Sigue hablando —dije—. Te necesito.

Selena lo hizo. Habló de historias, recuerdos y poemas. Me contó cómo se sintió la primera vez que nos conocimos. Cuando la salvé del espíritu y de las calles. Me habló del apartamento, los largos días dibujando e intentando encontrar una pasión en Riven, amando cuando yo llegaba a la puerta para ofrecer emoción.

Me contó sobre la primera vez que sostuvo la cuchilla. Más que un arma, era un símbolo de independencia. Algo que decía que este también era su mundo, y que ella tenía un lugar en él. Ya no estaba a merced de otros. Podía dirigir su propio destino.

Habló de cómo se sentía más cercana a mí que a cualquier otra persona. Que cuando los dos viajábamos por el mundo extraño, esos eran los mejores momentos de su vida. En Riven o fuera de él. Que nosotros dos como equipo, enfrentando horrores, o simplemente caminando juntos a través del interminable desierto o tallos de grano, esos momentos eran los que atesoraba.

Selena enterró el Ciclo bajo sus palabras. Su amor acalló los susurros, suavizó los gritos. Caí en trance escuchando todo lo que decía. Cuando terminó, antes de que pudiera lanzarse a algo más, levanté un brazo. Mi rostro aún estaba contra la roca, pero hablé de todos modos.

—Gracias —dije. Tal vez había más que decir. Pero en ese momento, eso era todo lo que parecía importar.

Selena me dejó levantarme un momento después, pero noté que se mantuvo alerta. Dispuesta a lanzarse bajo mis piernas una y otra y otra vez si fuera necesario.

A nuestro alrededor, los espíritus continuaban su caminata condenada como si nada de esto estuviera sucediendo. Un público inconsciente de la obra frente a ellos.

El dispositivo estaba allí. Esperando.

Me acerqué a él. Una esfera de metal sólido y sucio, con una pequeña escotilla que se abrió cuando presioné. Dentro había una esfera más pequeña, conectada a la exterior con muchos radios. Un simple interruptor, que se podía presionar, estaba en el interior.

Grabado en el metal sobre él, había un mensaje.

A quien sea que active este dispositivo, le transmitiría lo siguiente:

Presionar el interruptor activará el procedimiento. Exactamente 10 segundos después, el núcleo interno se encenderá. Los rayos se emitirán poco después, desencadenando la reacción en cadena como se espera.

Miré a Selena. —Dijo que esto era complejo, parece que es solo un interruptor.

—Quizás lo sabía —dijo Selena—. Quizás entendió al final que no iba a ser tan simple. Que podría no lograrlo.

Volví a mirar hacia el interruptor y noté otra serie de grabados. Debajo del botón. Estos en una escritura más desordenada.

Si estás leyendo esto, entonces perdóname. El Ciclo me llama, y si he de verlo, necesitaba una razón. Esta era mi oportunidad.

Tu amigo,

Nicholas

—Siempre supe que Nicholas era astuto —dije después de dejar que Selena viera el mensaje.

—Consiguió su deseo —respondió Selena.

—¿Entonces cuándo lo presionamos?

—Cuando Bryce nos dé la señal.

No sé cuánto tiempo nos sentamos, contando historias, abrazándonos y bañándonos en el resplandor azul del Ciclo. Viendo pasar a los espíritus en su marcha interminable. Fue una larga y perfecta despedida. Nosotros dos juntos en nuestra espera por el final.

Cuando Selena se incorporó, supe que la llamada había llegado. Bryce había llegado a casa.

—Dice que nos agradece —habló Selena, repitiendo las palabras de Bryce—. Que lograron regresar, con la ayuda sorpresa de un espectro dorado que, vagando de regreso de la ciudad, los encontró.

—La mejor creación de Mali.

—Anna lo logró —dijo Selena—. Alec dice que Laurence la llevará al hospital. Bryce dice que lo detonemos.

—¿Estás lista?

Selena asintió. Me moví hacia la bomba, me detuve. Me volví hacia ella. —Juntos.

Ambos alcanzamos el interior, sus dedos descansaban ligeramente sobre el interruptor. Selena susurró *ahora* y presionamos. El único sonido fue un ligero chisporroteo, como si algo hubiera comenzado a arder.

Cerré la escotilla. Selena encontró mis ojos, yo encontré sus labios, y el mundo se desvaneció.

Paz



Anna caminaba por la avenida, sobre una amplia acera bajo imponentes edificios. Cada día más y más altos. Ahora que la guerra había terminado, se invertía mucha energía y materiales en el crecimiento de la ciudad. Los zepelines llenaban el cielo, y menos mechs recorrían las calles. Aun así, Anna sintió alivio cuando divisó el local de Ezra. Una especie de hogar. A través del purificador, y hacia el lujoso bar. Ese mantel sobre el mostrador trasero mostraba una orquesta fantástica, con melodías de jazz emanando de los altavoces debajo. Alec ya estaba allí, bebiendo café. Sobre la mesa, una taza de té esperaba por ella.

—Ha pasado tiempo —dijo Alec cuando Anna se sentó.

Así era. Meses. Ya no había muchas razones para reunirse tan lejos de casa. Ya no tenían reuniones regulares. Los guías, en general, habían dejado prácticamente de existir. Bryce decía que lo comprobaba de vez en cuando. Cruzaba y se paraba en el pequeño trozo de Riven que quedaba. Anna no lo había intentado. La mayoría de los puntos de cruce, las camas a las que estaban acostumbrados, te llevarían directamente a tu propia muerte. Habían perdido a algunos guías de esa manera, justo después. Ahora solo quedaban lugares especiales, vinculados y designados al pequeño fragmento de Riven que permanecía.

—Él viene hoy, ¿verdad? —dijo Alec. Anna asintió.

Pasaron la siguiente hora recapitulando sus vidas. Poniéndose al día como, supuso Anna, lo hacía la gente normal. No había espectros tóxicos ni espíritus enojados interrumpiendo. Ninguna discusión sobre enemigos ocultos o maniobras viles. No, por una vez, lo único de lo que tenían que quejarse era del alquiler. Nuevos restaurantes. La conversación se volvió monótona.

Entonces una tercera persona se unió a la mesa. Anna se detuvo. Miró al hombre.

Opperman, el reportero, tomó asiento y sacó una libreta. —Así que, tengo entendido que tienen una historia que contar.

En un futuro lejano, un androide dormido despierta en una vasta nave estelar para descubrir que las últimas esperanzas de la humanidad descansan en él.

Comienza una nueva aventura de ciencia ficción con Más Allá del Horizonte Estelar, Horizontes Infinitos libro uno.


A. R. KNIGHT
MÁS ALLÁ DEL HORIZONTE ESTELAR

Sobre El Autor

A.R. Knight escribe ciencia ficción y fantasía en el gélido norte de Wisconsin. Acompañado por un par de gatos, disfruta adentrándose en aventuras que tratan tanto sobre el villano como sobre el héroe.

Después de obtener un título en periodismo y recorrer el país instalando software de salud, A.R. Knight pensó que sería bueno volver a lo que amaba. Así que ahora tiene una pequeña oficina y madrugadas para tejer las historias que surgen de su imaginación.

Cuando no está escribiendo, A.R. Knight tiende a viajar a cualquier lugar que pueda, ya sea a islas frente a la costa de Ecuador, a la selva tropical, a practicar snowboard en las Montañas Rocosas o a degustar whisky en Edimburgo. Esa es la ventaja de la vida de escritor, puedes llevarla a cualquier parte.

Para contactarlo o ver en qué anda, visita www.blackkeybooks.com

Sin título

Para Matthew

Derechos de autor © 2017 de A.R. Knight

Todos los derechos reservados.

ISBN:

Libro electrónico - 979-8-88858-134-6

Tapa blanda - 979-8-88858-135-3

Publicado por Black Key Books

Este libro o cualquier parte del mismo no puede ser reproducido ni utilizado de ninguna manera sin el permiso expreso por escrito del editor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de libro.

Esta es una obra de ficción. Cualquier similitud entre los personajes y situaciones dentro de sus páginas y lugares o personas, vivas o muertas, es involuntaria y coincidente.

www.blackkeybooks.com